

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

RELACIONES
DE DON JUAN DE PERSIA

PRÓLOGO Y NOTAS

DE

D. NARCISO ALONSO CORTÉS

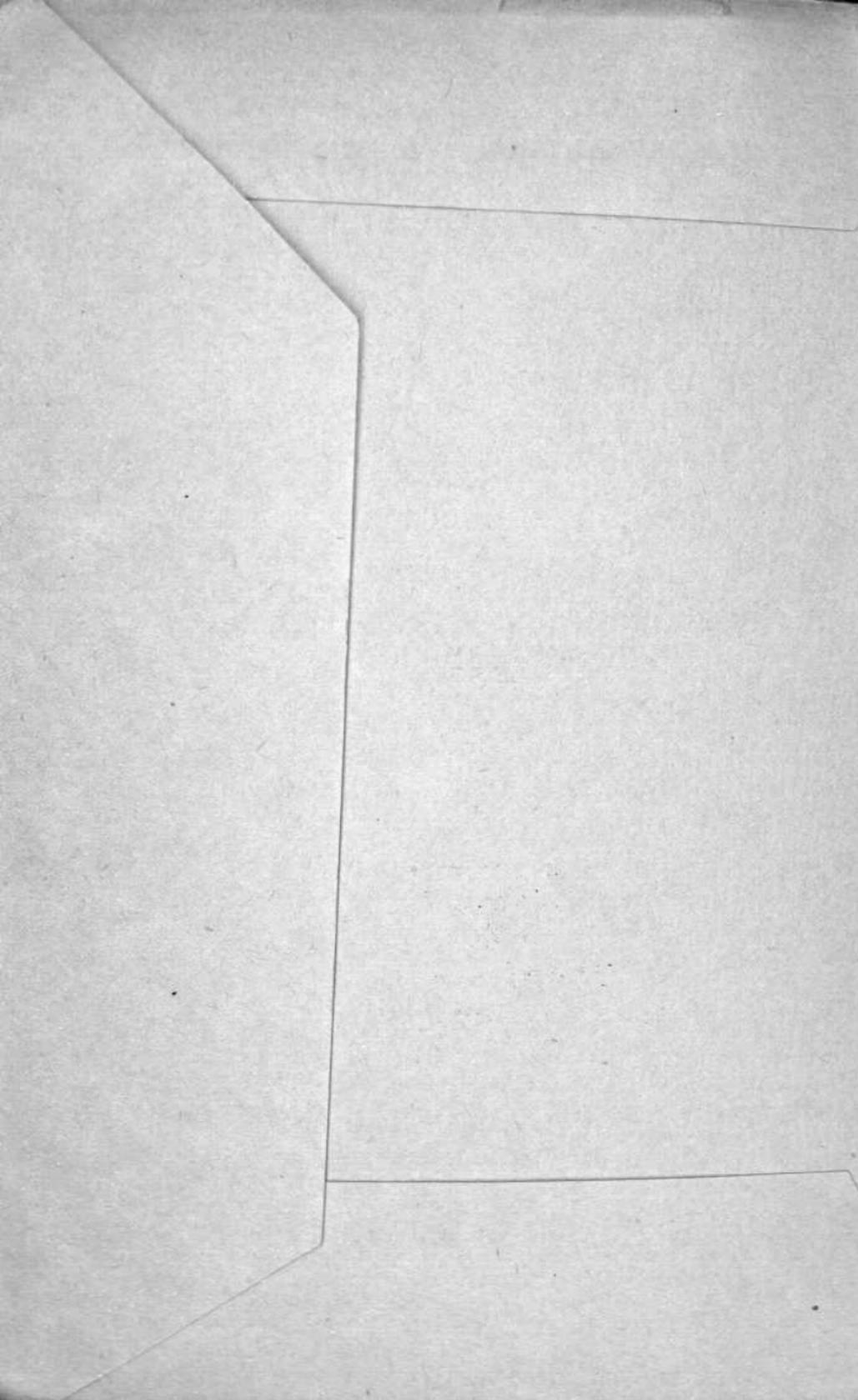
De la Real Academia Española



MADRID
GRÁFICAS ULTRA, S. A.

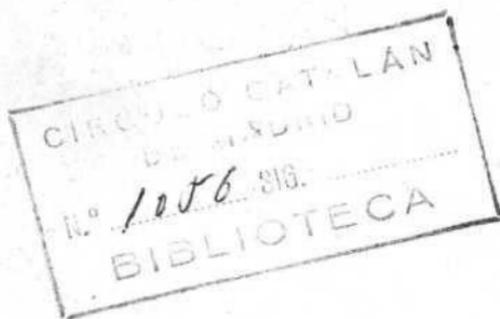
1946

19 23165



PGC
A

B6



RELACIONES
DE DON JUAN DE PERSIA



CB 41 27516
E. 101258

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

RELACIONES DE DON JUAN DE PERSIA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

PRÓLOGO Y NOTAS

DE
D. NARCISO ALONSO CORTÉS

De la Real Academia Española



MADRID
GRÁFICAS ULTRA, S. A.

1946

R.80678



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

RELACIONES
DE DON JUAN DE PERSIA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

SERIE SEGUNDA

VOLUMEN II

ESTE VOLUMEN HA SIDO IMPRESO A EXPENSAS
DE LA FUNDACIÓN CONDE DE CARTAGENA



M. A. G. R. I. D.
GRÁFICAS QUINCA S. A.

1948

PRÓLOGO

ALLEGRETTI, GIULIO

PROLOGO

ALLEGRETTI, GIULIO

Aun dándose el caso de existir una sola edición del libro que aquí reimprimimos, y esa tan rara que ya Salvá decía no haber visto más que un solo ejemplar, ha merecido continuas citas y la consideración de obra singularmente notable¹. El interés de su contenido, que permite compararle con los más curiosos libros de viajes, y las circunstancias especiales que a su autor rodean, son para ello motivos suficientes.

Las Relaciones de Don Juan de Persia se publicaron en Valladolid el año de 1604². El autor, Don Juan de Persia, no era otro sino el persa Uruch Bech, que había venido a España en 1601, como individuo de la em-

¹ He aquí las palabras de Salvá: «En tantos años como he residido en Londres y París no he visto más ejemplar que éste, y es el mismo del cual habla Brunet, adquirido en la venta de la biblioteca de M. Langlés, de quien lleva dos firmas originales.» (Catálogo, t. II, pág. 621.)

² *Relaciones de Don Ivan de Persia. Dirigidas a la Magestad Catholica de Don Philippe III. Rey de las Españas, y señor nuestro. Divididas en tres libros, donde se tratan las cosas notables de Persia, la genealogía de sus Reyes, guerras de Persianos, Turcos y Tartaros, y las que vido en el viaje que hizo a España: y su conuersion, y la de otros dos*

bajada que de aquella nación pasó a la corte de Felipe III para afianzar las amistades y tratar de cosas pertinentes a sus comunes intereses contra los turcos. Como ya veremos, seis de los individuos que venían en aquella embajada se convirtieron al catolicismo, entre ellos Uruch Bec, que tomó el nombre de Don Juan de Persia.

Varios móviles guiaron a Don Juan de Persia a escribir sus Relaciones, de los cuales no fueron los menos importantes el deseo de testimoniar al rey Don Felipe III su gratitud por las mercedes que le debía, y el de hacer pública declaración de la fe y ardor con que había abrazado la religión católica. «Al Rey de los Reyes, Dios—dice en las últimas líneas de su obra—, ofrezco el zelo y buen desseo que desde el primero punto que traté de ser christiano, he tenido de acertar el camino de mi saluación; y así, si he escripto este libro, más ha sido para que se den alabanzas a Dios de las maravillas que cada día obra, que no por otro respecto humano.»

Mas es también evidente que al escribir sus Relaciones, impulsaba a Don Juan la importancia que él concedía a su viaje de Persia a España, y la especial satisfacción que tenía en que los lectores españoles conocieran los amenos y variados incidentes de aquella empresa. Como que llega a afirmar que «después de la peregrinación de Marco Polo Véneto y la que dicen del Infante de Portugal, y la vuelta que dió la nao Victoria al mundo, no pienso ha habido otro viaje como el

Caualleros Persianos. Año (escudo real) 1604. Con privilegio. En Valladolid, por Iuan de Bostillo: en la calle de Samano.

Port. Vuelta en bl. 11 hojas sin numerar, que comprenden los preliminares, tal como en la presente edición se reproducen. 175 foliadas de texto + 13 hojas de tablas.

nuestro». Agréguese a esto que Don Juan de Persia era hombre observador y curioso, y ya desde que salió de la capital persa con la embajada, llevaba el propósito, como él mismo nos dice en las Relaciones, de recoger datos para hacer el relato de su largo viaje. Y ciertamente supo hacerlo sencilla y naturalmente, con la suficiente sinceridad para que se pueda dar crédito a todos los pormenores, que, por otra parte, si se exceptúan algunas exageraciones, no tienen nada de inverosímiles.

Creyó Don Juan de Persia que el relato de su viaje debía ir precedido de algunas noticias geográficas e históricas sobre su nación, y, en efecto, dedicó a esta materia los dos primeros libros de su obra. Circulaban, es cierto, algunas obras sobre el mismo asunto; pero sobre sus autores tenía Don Juan de Persia, como allí nacido, la ventaja de recordar tradiciones y relatos, y sobre todo de haber tomado parte en importantes sucesos guerreros y políticos.

El libro primero, pues, contiene una descripción de Persia y de sus curiosidades, a la que siguen noticias variadas sobre las costumbres de sus habitantes. La organización del ejército y de la monarquía merecen también atención a Don Juan de Persia. Entra después en la historia de este país, y a partir de Ciro, inserta una lista de los reyes, de vez en cuando acompañada por noticias de cierto carácter anecdótico. Breve y fragmentario es también el relato de la dominación musulmana, pero no falto de colorido.

Mucho más, y más complacidamente, se dilata en los acontecimientos del siglo XVI o época de los Sofíes, que comprenden todo el libro II de las Relaciones. Dirige un vistazo a los últimos años de la vida de Mahoma, para justificar la legitimidad de los Sofíes, y enaltece los hechos del primer Sofí, Ismael, su rápido encumbra-

miento, sus triunfos en la Mesopotamia y en la Media, y sobre todo sus luchas con Selim. De Tahamas (Tahamasp), el segundo Sofí, cuéntanos las circunstancias que facilitaron sus paces con Solimán, a lo que sigue el relato de los graves disturbios que a su muerte surgieron entre sus hijos, agravados tras el asesinato del cruel Ismael II, en que sobrevino un estado anárquico. Pero lo que forma el contenido principal de este libro II, y proporciona a Don Juan de Persia ocasiones de grata recordación, es el reinado de Mahamet Codabanda (Mohammad Cudá Bandah), asistido por su hijo el príncipe Emirhamze Mirza o Amza Mirza. La guerra de Codabanda con su capital enemigo Amurates III, y especialmente en las campañas contra Mustafá, ocupa no pocas páginas. Van intercaladas las luchas, generalmente victoriosas, contra los tártaros. A partir del momento en que Azan Bará entrega a Mustafá el prisionero Ali Culi Can, Don Juan de Persia empieza a valerle en su relato de referencias que no pueden ser más directas. «Hasta aquí—dice—he escrito por relaciones ajenas de autores graves y de amigos, y desde aquí escribo por las de mi propio padre Eultán Ali Bec Bayat, por haberse hallado él en todas ellas.» Codabanda marcha a Heri (Herat), donde su hijo Abbas Mirze estaba en poder del gobernador Ali Culi Can Chamblú, y empieza a sufrir graves reveses. Amurates sigue combatiéndole sin descanso. La pérdida de Tauris infiere a Codabanda un grave descalabro, y aunque reduplica sus esfuerzos para recobrar la plaza, sus tentativas fracasan. En una de ellas, cuando audazmente quiere dar un golpe de mano, muere Ali Bec Bayat, padre de Don Juan de Persia. La intervención de los turcomanos, que cometen toda clase de tropelías, hace aún más difícil la situación. Raptan a uno de los hijos de Coda-

banda, Tahamas Mirza, y le proclaman rey, con lo cual tumentan las divisiones en el ejército persa. Los partidarios del legítimo rey, Amza Mirza, entre los que figuraba Don Juan de Persia, consiguen el triunfo; pero el traidor Cudi Dalac—Cuda Verdi Dallah, el barbero del rey—, asesina bárbaramente a Amza Mirza. Desde aquí empieza Don Juan de Persia a referir los hechos del rey Xabas (Abbas el Grande), de los cuales sólo la primera parte pudo historiar, ya que aquél subió al trono en 1587. Es este período, sin embargo, el que Don Juan de Persia pudo conocer mejor, ya que intervino como actor en los acontecimientos.

A través de todo este relato, trata Don Juan de Persia de deshacer los errores históricos y geográficos que acerca de su país circulaban; pero no se crea que él se vea libre de ellos, ni que sepa descartar ciertas fábulas al estilo de las que solían amenizar semejantes libros. No pocos de estos errores han sido puestos en claro por Mr. G. Le Strange, traductor inglés de las Relaciones de Don Juan de Persia ¹.

Y surge en este punto una cuestión de gran interés: la parte que pudo tener en la reedición de estas Relaciones Fray Alonso Remón, el famoso mercedario que parece destinado a servir de pábulo a empeñadas discusiones histórico-literarias. Que Fray Alonso Remón intervino en esta labor de Don Juan de Persia, es evidente; pero de los datos en que ello consta, no puede de-

¹ *Don Juan of Persia. A Shi'Ah Catholic. 1560-1604. Translated and Edited with an Introduction by G. Le Strange.* Londres, 1926.. (En la colección *The Broadway Travellers*.)

Asesorado por doctos especialistas de las naciones respectivas, Mr. Le Strange ha hecho la identificación de los lugares geográficos que en las *Relaciones* se citan de Persia, Rusia, Alemania y otros países.

ducirse, en nuestra opinión, que esa intervención pasara de ciertos límites.

El propio Fray Alonso Remón, en la carta a Don Alvaro de Caravajal, que precede a las Relaciones, dice lo siguiente, con referencia a Don Juan de Persia: «Héle comunicado estos días, que le he ayudado a hazer la versión de estas relaciones, que traya escriptas en su lengua nativa, la qual, aunque es Persiana, la podemos llamar perfecta Arábiga, y más política que la de los Turcos y Moros comunes, y diferente de entrambas.» Por su parte, Don Juan de Persia, en su dedicatória al rey Felipe III, dice así: «Vi lo que escriuo: y lo que no vi y fué menester traer a propósito, juntamente con el estilo Español (en que soy tan nuevo), fié del Licenciado Remón (cuyo ingenio y experiencia merece que le honre vuestra Magestad con darle crédito)».

Don Juan de Persia, pues, escribió primeramente sus Relaciones en lengua persa. Claro es que Remón no puô traducirlas, puesto que no sabía persa. ¿Qué ocurriría, según esto? Pues que el propio Don Juan las traduciría en mejor o peor castellano, y que Remón le haría la corrección de estilo; o, en otro caso, que ambos se juntarían para ir haciendo la traducción del original persa, con lo cual Remón podría aclarar las dudas a medida que surgieran. Y algo más, sin duda. Antes de que Don Juan de Persia comenzase su trabajo, o durante él, el licenciado Remón le proporcionó algunos libros españoles, o al español traducidos, atinentes a la materia, o bien le dió ya hechos los extractos para que los interpolase. A esto se refiere Don Juan cuando dice que debia a Remón «lo que no vi y fué menester traer a propósito». Sin embargo, aun en aquellos extremos que proceden de fuentes escritas, se ve que Don Juan habla muchas veces por cuenta propia e introdu-

ce aclaraciones que sólo su conocimiento del país podía facilitar, por lo cual no cabe desconocer que también intervino en su redacción. Por otra parte, ni el Padre Remón ni Don Juan de Persia tuvieron que manejar tantos libros como parece, porque casi todas las citas están hechas de segunda mano. En realidad, fueron tres los que casi exclusivamente utilizaron: la Monarquía Eclesiástica, de Fray Juan de Pineda; las Relaciones universales, de Juan Botero Benes, y la Historia de la guerra entre turcos y persianos, de Juan Minadoi. Estas dos últimas, como es fácil comprobar, no en su original italiano, sino en su traducción española ¹.

¹ Los treynta libros de la Monarchia ecclesiastica, o Historia universal del mundo, divididos en cinco tomos... Compuestos por Fray Juan de Pineda, frayle menor de la Observancia... Con privilegio. En Salamanca. En casa de Iuan Fernández. Año 1588...

Relaciones vniversales del mundo de Iuan Botero Benes, Primera y Segunda parte, Traduzidas a instancia de don Antonio Lopez de Calatayud, Corregidor de las dezisiete villas, y Regidor de Valladolid, por Su Magestad: por el Licenciado Diego de Aguiar su Alcalde mayor... Con privilegio. Año 1603. Impresso en Valladolid por los herederos de Diego Fernández de Cordoua.

El colofón de la segunda parte, dice: Impresso en la Ciudad de Valladolid, por Diego Fernandez de Cordoua y Ouiedo, Impresor del Rey nuestro Señor. Año M.D.XCIX. Seguramente que, impresa toda la obra en 1599, hubo sustitución de portada para que figurase ya el pie de imprenta de los herederos de Diego Fernández de Córdoba.

Historia de la guerra entre turcos y persianos, escrita por Iuan Tomas Minadoy en quatro libros, comenzando del año de 1576, que fueron los primeros motivos della hasta el año de 1585... Traducida de Italiano en Castellano por Antonio de Herrera... Impressa en Madrid por Franc. Sanchez. Año 1588.

Cierto es, como dice Don Emilio Cotarelo ¹, que en el lenguaje de las Relaciones se observa una soltura rara en un extranjero; pero aun dando por hecho que el P. Remón hiciera una corrección importante, tampoco cabe negar la posibilidad de que Don Juan de Persia estuviera ya en condiciones de escribir en lengua castellana, sobre todo no haciéndolo en redacción directa, sino en una versión de su propio idioma. Obsérvese que él mismo, en palabras antes citadas, dice que era «nuevo» en el estilo español; luego si era nuevo, es que ya le manejaba. Don Juan de Persia llevaba hablando el castellano, no ya solamente desde que entró en Valladolid con la embajada persa, en julio de 1601, sino desde que ésta salió de Roma, unos meses antes, en unión del canónigo español Francisco Guasque, el cual desde aquel momento no tuvo otra misión que la de acompañar a los embajadores.

A mayor abundamiento, observemos que a la terminación de las Relaciones hay unas redondillas escritas por Don Juan de Persia, según consta en el encabezamiento. ¿Es posible que la ficción llegara al punto de que Remón escribiera los versos para ponerlos a nombre de su amigo el persa? No debemos creerlo así, y mucho menos si tenemos en cuenta que las tales redondillas explanan unas sentencias morales recogidas en la propia Persia: «Don Juan de Persia notó/en su patria estos diez modos / de darnos exemplo a todos, / y así aquí los escribió.» Resulta, según esto, que Don Juan

¹ Obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en la Colección de Escritores Castellanos; t. I, pág. XXXI.

Para don Manuel Serrano y Sanz no ofrece la menor duda que las Relaciones fueron escritas por don Juan de Persia. (Autobiografías y Memorias, pág. LXXXIX.)

de Persia no sólo era capaz de escribir en prosa castellana, sino también en verso.

No es admisible, por tanto, el intento de juzgar por indicios para descubrir unas veces la mano de Don Juan y otras la de Remón, según la fecha de los acontecimientos, la objetividad en los pasajes y la mayor o menor conformidad con las fuentes impresas. Estas razones, sin duda, han llevado a suponer que las relaciones I y II del libro I son totalmente de Remón, y que en las restantes la intervención de Don Juan de Persia es variable. La hipótesis carece de fundamento. Tampoco hay en el libro diferencias de estilo que permitan apreciar tales cambios, y doquiera se descubre la presencia de quien habla, no por encargo y sobre asuntos poco conocidos, sino por cuenta propia y sobre cosas propias, cualesquiera que sean los medios de información que utilice. Las frecuentes consideraciones que ilustran los hechos, la alegación de tradiciones y relatos persas, las rectificaciones o aclaraciones a otros autores, y acaso más que nada la verdad, sencillez, y aun desmaño con que está hecha la relación del viaje de Persia a España y acontecimientos subsiguientes, sólo de Don Juan pueden ser. De todos estos antecedentes, pues, parece deducirse que Don Juan de Persia escribió en persa las Relaciones y luego las tradujo a nuestra lengua, y que el P. Alonso Remón le ayudó en el acopio de datos y le corrigió más o menos radicalmente el texto castellano.

* * *

Uruch Bec—luego Don Juan de Persia—, debió de nacer por los años de 1567. Cuéntanos él que asistió con su padre a la batalla que, para recobrar la ciudad de Tauris, dió el ejército de Codabanda al de los tur-

cos, mandado por el Bajá Cigala y el de Carahemit. Esto ocurrió en 1585. Dada la edad temprana a que solía hacerse la entrada en las empresas bélicas, puede afirmarse que Uruch Bec tendría entonces, cuando más, 18 años.

Muy noble era el linaje de Uruch Bec. Su padre era Sultán Ali Bec, perteneciente a la familia Bayat, y muy estimado de sus reyes. Cuando Codabanda y su hijo el príncipe Amza Mirza quisieron reducir a Emir Can, gobernador de Tauris, declarado en rebeldía, enviaron a parlamentar con él a Sultán Ali Bec, el cual supo convencerle para que se presentase al rey. Por orden de éste, Emir Can fué muerto en el camino de la prisión.

Después de combatir en la antes citada batalla contra el Bajá Cigala y el de Carahemit, Uruch Bec siguió tomando parte en la guerra contra los turcos. Hallóse, pues, en la nueva tentativa que el príncipe Amza Mirza hizo para apoderarse de Tauris, y en la cual Sultán Ali Bec, el padre de Uruch Bec, asistía con 300 soldados a su costa sostenidos. Cercaron los persas la plaza y la combatieron con dos piezas de artillería, a más de lo cual empezaron a cavar con todo secreto una profunda mina; pero como unos capitanes persas, pasados al enemigo, descubrieran esta operación, Amza Mirza perdió la calma y resolvió asaltar la muralla al descubierto. Este audaz intento alcanzó tan infeliz éxito, que perecieron más de 6.000 persas, sin resultado positivo alguno. Entonces Amza Mirza, decidido a jugarse la última carta, encargó a Ali Bec la realización de una arriesgada estratagema. Consistía en ocupar con sus 300 soldados el baluarte superior de una muy alta manta o máquina bélica, que, conducida por 200 gastadores, se aproximaría a la muralla; arrojarían desde allí sobre ésta un puente de cuerdas, y por él correrían

los soldados al asalto. Pero también este intento fracasó. A pesar de ir debidamente engrasadas las ruedas del carro en que se asentaba el dicho artificio, los turcos oyeron el ruido; aprestáronse a la defensa, y después de lanzar sobre la manta una tremenda rociada de balas y fuegos arrojadizos, cayeron sobre ella en número de 700 y entablaron lucha con los que dentro iban. Ali Bec, no sin matar antes a siete turcos calificados, cayó muerto de infinitas heridas, mientras el lienzo anterior de aquel poco eficaz artificio bélico se desplomaba sobre asaltantes y asaltados. Y escribe Don Juan de Persia: «Este muro que se puso de por medio, nos rebatió afuera a mí y a los soldados que quedaron de mi padre, y fué causa de que, aunque más hize, no pude morir junto a mi padre, porque ya los Turcos se avian retirado del fuerte, sintiendo venir todo el resto del ejército del Rey y del Príncipe en nuestro fauor, y como ya el día era tan claro, los Turcos se retiraron y cerraron el postigo, con pérdida de dozientos; y a mí, aunque no quise, me llevaron ante el Rey, el qual me mando consolar, que estaua tal, que perdía el juyzio, especialmente cuando vi que sobre la muralla nos mostraron en una lança la cabeça de mi padre, por ignominia y affrenta; que el cuerpo ya le avian quemado de pura rabia. El Rey y Príncipe honraron con palabras el aiffuncto, y a mí me llenaron los oydos de promesas. Pero el Rey Mahamet, como quería tanto a mi padre, mandó pintarle una mezquita en Tauris, que es dedicada a uno que ellos tienen por sancto, que llaman Emir Hayder; el qual está oy día pintado sobre una puerta de la mezquita, con los siete Capitanes Turcos a sus pies».

En la campaña contra los turcomanos tomó parte Uruch Bec, como cabo de una tropa, en un cuerpo de

14.000 caballos. Estuvo en la batalla, favorable al ejército persa, que permitió al príncipe Amza Mirza arrancar del poder de los enemigos a su hermano Tahamas Mirza, a quien mandó preso a un castillo. Volvió al sitio de Tauris, y de aquí pasó a Genche y Casbín, siempre arma al brazo. Después del asesinato de Amza Mirza, fué de un lado para otro con las tropas encargadas de pacificar a las provincias, que continuamente se alzaban contra el poder central. Así fué a Casán, donde Gali Can, hijo de Mahamet Can, robaba toda la tierra y comarcas circunvecinas, y a Ispahán, donde Ferat Bec, georgiano renegado, había promovido una rebelión.

Erigido por rey Xabas I, de quien no se muestra muy entusiasta Uruch Bec, fué éste de los que, en un ejército de 30.000 infantes, le acompañaron en su expedición contra el sublevado rey de Guilán, en la cual todos los expedicionarios, incluso el rey, hicieron a pie la marcha de 50 leguas. Uruch Bec refiere algunas crueldades del rey Xabas. Vuelto a Casbín, no descansó Uruch Bec mucho tiempo, pues hubo de incorporarse a las nutridas fuerzas de caballería que, tras un recorrido de 150 leguas, llegaron a Luristán para castigar al rey Xavardi Can, también sublevado. Y si bien Uruch Bec, por encontrarse enfermo, no pudo asistir a otras empresas militares que se siguieron, concurrió a la muy importante contra los tártaros, tan larga como cruenta. «Una cosa—escribe Don Juan de Persia—puedo afirmar como testigo de vista: que en siete años y medio, poco más, que duraron estas guerras, se hicieron más de cincuenta jornadas importantes, y me hallé en las veynete y dos o veynete y tres, y no miento en decir que murieron de ambas partes de Persianos y Tártaros más de un millón de hombres.» Tras una tregua que

permitió a Xabas tomar algunas medidas políticas y trasladar la corte de Casbín a Ispahán, los tártaros entraron en el territorio de Corazán. Xabas reunió un ejército de 100.000 caballos, y marchó en persona contra Teli Can, rey de los tártaros. Sobrevino una tremenda batalla, toda vez que los tártaros disponían de una caballería aún más poderosa, y en ella Uruch Bec luchó «en puesto muy honroso», así como también su amigo Alí Guli Bec, que más tarde iría con él en la embajada de España y se bautizaría con el nombre de Don Felipe de Persia. La victoria quedó por parte de los persas; Teli Can fué hecho preso y muerto, y el ejército de Xabas, de regreso a Ispahán, llevó 4.000 cabezas de tártaros y gran número de cautivos. Uruch Bec, como criado del rey, fué a Casbín para recoger a Sofí Mirza, hijo primogénito y sucesor de Xabas.

Dos años llevaba Uruch Bec, libre ya de guerras, en la corte de Ispahán, cuando hubo noticia de haber llegado a Casbín, con acompañamiento de hasta treinta y dos personas, un caballero inglés que tenía el propósito de presentarse al rey Xabas. Pasó, en efecto, a Ispahán, y consiguió la deseada audiencia.

Este inglés, hoy famoso por sus correrías y andanzas, era uno de aquellos personajes, entre nobles y aventureros, que viajaban por el mundo entero y se las ingeniaban para alcanzar la confianza de reyes y gobernantes, y aun llevaban a cabo delidadas misiones políticas. Era Sir Anthony Shirley. Había andado ya por las Antillas en una expedición sospechosa, y por Italia con un mandado de la reina Isabel de Inglaterra, y recibido en Francia el título de caballero que le concediera el rey Enrique IV. Y su viaje a Persia no sería el último, ni aquella su última aventura, ya que después había de pasar en Italia por otras peripecias y alcanzar en

España la protección del rey Felipe IV, que le daría cargos y honores—como a su hermano Roberto, no menos aventurero que él—, y, últimamente, los medios necesarios de vida para llegar al fin de sus días en nuestra patria ¹.

Sir Anthony Shirley, pues, habló largo y tendido con Xabas. Díjole que era primo del rey de Escocia, y que llevaba a Persia la representación de los reyes cristianos de Europa, para aunar los esfuerzos de todos en la guerra contra el turco. Como, al parecer, esto coincidiera con el propósito de Xabas de enviar un embajador a España, llegóse a la resolución de que Shirley iría con la embajada, y que ésta visitaría las cortes del Sumo Pontífice, el emperador de Alemania, el rey de España, el rey de Francia, el rey de Polonia, la señoría de Venecia, la reina de Inglaterra y el rey de Escocia.

En consecuencia, se procedió a organizar la embajada. Formaron ésta Uzén Ali Bec como embajador, cuatro agregados—uno de ellos nuestro Uruch Bec—, quince criados y cinco intérpretes, a más del imprescindible Shirley, con quince ingleses, y de dos frailes portugueses que acababan de llegar a Persia, procedentes de la India y reino de Ormuz, y que regresaban a Europa. Llevaban las correspondientes bestias de carga y treinta y dos camellos con ricos presentes para las cortes europeas.

¹ Sobre Antonio y Roberto Shirley, Hakluyt, *Voyages and Discoveries* (1598); E. P. Shirley, *The Shirley Brothers* (1848); t. VIII de *Pilgrims de Samuel Purchas* (1905); Irene A. Wright, *The Spanish Version of Sir Anthony Shirley's Raid of Jamaica* (en *The Hispanic American Historical Review*, Baltimore, 1922). Según mis noticias, hay una notable tesis de una doctora española sobre Sir Anthony Shirley; pero está inédita.

Salió de Ispahán la embajada en el mes de julio de 1599. De los variados incidentes del viaje, nada hay que decir aquí, porque el lector los hallará minuciosamente referidos en las Relaciones de Don Juan de Persia. Embarcados en un puerto del mar Caspio, después de una travesía algo penosa llegaron a Astracán. Remontaron el Volga; se detuvieron unos días en Cazán, y luego continuaron el viaje en vehículos facilitados por los naturales del país. En noviembre llegaron a Moscú. El zar Boris Godunof les prodigó toda clase de atenciones. Los alojó en un castillo o casa principal, y, después de recibirlos con todo fausto y solemnidad, los invitó a una espléndida comida. Cinco meses estuvieron en Moscú. Desde Arkángel, y en un navío flamenco, emprendieron una larga navegación, hasta llegar al puerto de Endem, en Alemania. Aquí tomaron ocho coches, con los cuales atravesaron Turingia y Sajonia. Llegaron a Praga, corte del emperador Rodolfo II de Alemania. El emperador los recibió también afectuosamente y con grande aparato. Continuaron su viaje por Nuremberg, Munich y Augsburgo, y finalmente entraron en Italia.

Trataron de ver a la Señoría de Venecia, para quien llevaban también cartas; pero se encontraron con una negativa, más o menos justificada. El duque de Florencia los recibió en Pisa y trató con mucho regalo. Grave discordia surgió en la ciudad de Siena, que puso en peligro el éxito de la expedición. El embajador y los suyos miraban ya con mucho recelo a su conáuctor el inglés Shirley. Al embarcar en Arkángel, Shirley había aconsejado que, en lugar de llevar consigo los 32 cofres en que iban los ricos presentes para los soberanos europeos, sería mejor entregárselos a cierto inglés amigo suyo que allí se encontraba, el cual los haría llegar a

Roma, pues el barco flamenco que ellos tripulaban era ya muy viejo y podía correr peligro de naufragio. Antes de esto, al salir de Moscú, hallóse que había desaparecido uno de los frailes portugueses que iban en su compañía; y como constaba que el fraile había prestado a Shirley mil escudos y noventa diamantes pequeños, surgió la sospecha de que en tal desaparición pudiera tener parte el inglés¹. Así las cosas, pues, vió el embajador que llegaban ya a Roma, y que en cambio no llegaban los 32 cofres ni, por tanto, se podría ofrecer al Papa los presentes que le correspondían. Afrentó a Shirley su conducta, y tuvieron un serio altercado. A bien que Su Santidad tranquilizó al persa diciéndole que no se preocupara, e hizo a la embajada un recibimiento magnífico, del que Don Juan de Persia habla con entusiasmo. De Don Antonio Shirley los individuos de la embajada no volvieron a tener la menor noticia; pero sí supieron que las piezas de brocado y telas que en los cofres iban, se habían vendido en Rusia.

Tres de los criados persas de la comitiva se quedaron en Roma, hecho propósito de abrazar el cristianismo. Sin ellos salió de la Ciudad Santa la embajada, a la que se unió, por mandato del Sumo Pontífice, un canónigo de Barcelona, de nombre Francisco Guasque. Ocho días estuvieron en Génova, agasajados por la Señoría; por mar llegaron a Saona, y de allí, en cabalgaduras, pa-

¹ A un caso parecido dió lugar Roberto Shirley, hermano de Sir Antonio. De regreso de uno de sus viajes a Persia, hizo saber al rey Carlos I de Inglaterra que llevaba una misión del rey Abbas; pero como poco después llegara un embajador persa, Nagdi Ali Bey, y dijera que aquello era falso, el monarca inglés dispuso que ambos fueran en un barco a Persia, con objeto de poner allí en claro la cuestión. En la travesía, Nagdi Ali Bey murió envenenado.

saron a Francia. Poco tiempo después entraban en Barcelona, no sin que media legua antes de llegar a la ciudad los esperasen, por disposición del virrey duque de Feria, muchos nobles con coches y caballos. «Hay aviso—escribía Cabrera de Córdoba en Valladolid, a 28 de julio de 1601—, que llegó a Barcelona el embajador persiano a los 18 de este mes, el cual viene a esta Corte con embajada que trajo del Emperador a Su Santidad»¹.

En Zaragoza los recibió también cordialmente el virrey, duque de Alburquerque. Desde allí, para dar cumplimiento al principal objeto de su viaje, pasaron a Valladolid, donde a la sazón residía la corte del rey Felipe III. Entraron en esta ciudad el 13 de agosto de 1601.

A buen tiempo llegaban los persas a la corte de España. Era entonces cuando, iniciadas por el juramento de paces con Francia, comenzaba una serie de fiestas espléndidas y fastuosas.

Sobre la llegada y recibimiento de la embajada persa, escribe Cabrera en sus citadas Relaciones: «A los 13 de este mes entró el embajador de los persianos con nueve o diez de los suyos; salióle a recibir don Luis Henríquez, mayordomo de S. M., con cuatro coches en que iban criados de la Casa Real, y don Luis Henríquez entró en el suyo al Embajador y los otros a los demás; estábale aderezada la posada con aderezos de S. M., y les sirven sus criados y se le hace la costa por cuenta del Rey. Llevóle el mismo don Luis a Palacio el día de Nuestra Señora, a besar las manos a S. M., y a la noche le volvió a llevar allá para que se hallase con el Nuncio y embajador de Venecia en el sarao que se hizo del desposorio del marqués de la Laguna con doña María de

¹ Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Cortē de España desde 1599 hasta 1614*, pág. 109.

Villena; el cual estaba sentado en el banco con los demás embajadores, porque el del Emperador se volvió a Madrid y el de Francia no ha entrado en Palacio después que le prendieron los criados¹; y preguntándole cómo le había parecido la fiesta, respondió que bien, si no hubiera danzado la Reina, no teniendo sucesión S. M. y estando preñada. Corriéronse toros un día de esta semana, y lleváronle a verlos y a los suyos; y en todo tiene mandado S. M. los regalen y acaricien mucho. Dicen que de aquí irá a Francia con la misma embajada de que se haga guerra al Turco»².

Con mayores detalles cuenta Don Juan de Persia la presentación de la embajada al rey de España, y la entrega de cartas credenciales. Allí puede verla el lector.

Dos meses permaneció en la corte de Valladolid el embajador de Persia con su gente. Asistieron a fiestas de toros, cañas, saraos y otras, entre ellas el bautismo de la infanta Ana Mauricia, que el embajador persiano—dice Cabrera—presenció «en cierto tabladillo a un rincón de la capilla mayor, de donde vió lo que se hacía; de que se mostró quedar muy contento». Por muy dura prueba hubo de pasar el embajador cuando uno de sus acompañantes, precisamente su sobrino Alí Guli Bec, manifestó firme propósito de hacerse cristiano y bautizarse, y a tal fin se puso en manos de los Padres de la Compañía de Jesús, para que le instruyesen. Mucho pesó de esto a Uzén Alí Bec; pero comprendió que

¹ Alude Cabrera a un lamentable suceso ocurrido el 17 de julio, en que varios criados del embajador francés dieron muerte a cinco hombres, uno de ellos clérigo. Con tal motivo fueron presos por los alcaldes del Consejo Real, que allanaron la embajada, dieciséis franceses, entre ellos un sobrino del embajador.

² Ob. cit., pág. 111.

debía resignarse, y dispuso la partida. Había de acompañarlos el canónigo Guasque. Era lo malo que Uzén Alí Bec carecía de los necesarios recursos para el largo y costoso viaje que le esperaba, y hubo de rogar al rey Don Felipe, en un memorial, que se los proporcionase. Sobre ello dió informe el Consejo de Estado con fecha 7 de septiembre de 1601, en el que propuso que «se le den los dos mill ducados que ha consultado para las cosas que quisiere comprar, y al canónigo que a de yr con él otros mill para el camino de aquí a Lisboa, y que allí se le dé de comer el tiempo que esperase la embarcación, y los ocho mil ducados que assí mismo consultó, y si pudiesen ser diez, sería mejor, y que demás desto se le dé matalotaje para la navegación y se ordene a los ministros de la Armada o navíos que fueren, que tengan mucha cuenta con honrrar su persona y acomodar los que llevare consigo». Aprobó el rey esta propuesta; pero con la añadidura de que el virrey de Portugal entregase en Lisboa los 8.000 ducados a Uzén Alí Bec en forma que «le vaya entreteniendo con ellos de manera que no los gaste antes de embarcarse, escusándose con esto el darle de comer»¹.

Uzén Alí Bec y sus acompañantes, ya muy reducidos desde su partida de Persia, tomaron el camino de Lisboa, no sin despedirse antes del rey Don Felipe².

¹ Archivo General de Simancas, Secretaría de Estado, leg. 2.636, fol. 44.

² Cabrera de Córdoba escribe lo siguiente: «El mismo día 11 de octubre se partió el embajador de Persia para Madrid, a besar las manos a la Emperatriz, y de allí a Portugal a embarcarse en Lisboa para volverse a su Rey; diéronle 2.000 escudos y una cadena de 600, y cuatro de 200 a los que con él venían, y orden para que don Cristóbal de Mora le

Con ellos iba el intérprete Diego de Urrea, criado de Su Majestad. A su paso visitaron Segovia, el Escorial, Aranjuez, Toledo y otros lugares. Ya en Extremadura, ocurrioles en Mérida un grave percance. El alfaquí de la embajada, llamado Amir, por oponerse a que los curiosos penetraran en la casa donde se alojaban, fué muerto de una puñalada. Aunque el corregidor de Mérida hizo las oportunas diligencias, no hubo manera de descubrir al autor del crimen. Siguieron, pues, su camino y llegaron a Lisboa. Allí dió el embajador orden a Uruch Bec de volver a Valladolid en unión del canónigo Guasque, al objeto de notificar al monarca la muerte del alfaquí y suplicarle que hiciera castigar el crimen.

Y este fué el hecho providencial que originó la conversión de Uruch Bec al catolicismo. Al llegar a Valladolid, fué a visitar a su compañero Alí Guli Bec, que estaba con los Padres de la Compañía de Jesús. Sintió bien pronto deseos de seguir su ejemplo, y consultó el caso con Don Alvaro de Caravajal, capellán mayor y limosnero mayor de Su Majestad. Poco tiempo después, Uruch Bec y Alí Guli Bec recibían las aguas del bautismo en el palacio real, apadrinados por los reyes, y en la forma que puede leerse en las Relaciones. El primero tomó el nombre de Don Juan de Persia; el segundo, el de Don Felipe de Persia.

Después de esto, Don Juan de Persia se volvió a Lisboa. Era su propósito, parece, ir a su patria con

regale entretanto que no es tiempo de embarcarse, y le dé matalotage y 8.000 escudos para su viaje; con lo cual y haberle hecho la costa y regalado de la Casa Real, va muy contento, y no se le ha dado carta porque no la trajo de su Rey, sino solamente de creencia, y lleva respuesta a boca.» (Ob. cit., pág. 122.)

objeto de recoger a su mujer y su hijo; pero el embajador Uzén Alí Bec se enteró de la conversión, y a más de tener con él un lance en que ambos echaron mano a las espadas, trató de darle muerte por medio de un esclavo turco.

Comunicábase Don Juan de Persia con otro de sus compañeros de embajada, Boniat Bec, y continuamente le instaba para que abrazase también la religión cristiana. Esto al fin se realizó. Entonces el virrey de Portugal, Don Cristóbal de Moura, dió facilidades para que, sin conocimiento del embajador persa, Don Juan y su amigo regresaran a la corte de España, como lo hicieron. Don Juan de Persia se presentó a Felipe III, y poco después Boniat Bec recibía el bautismo en la capilla real del Escorial, y bajo el nombre de Don Diego de Persia.

Don Juan, Don Diego y Don Felipe de Persia quedaron en Valladolid con la corte de Felipe III. Durante mucho tiempo se ha venido diciendo que Don Juan de Persia murió trágicamente en aquella ciudad; pero esto es totalmente inexacto. Cundió este error desde que don Pascual Gayangos publicó en la Revista de España ¹ unos fragmentos de la Fastiginia, libro curiosísimo, en que el portugués Pinheiro da Veiga consignó las impresiones de su estancia en Valladolid durante la corte de Felipe III; y de un relato en él contenido, referente a Don Juan de Persia, venía a resultar, no sin pocas contradicciones, y a no dudar por defecto de copia en el manuscrito del British Museum que Gayangos utilizó, que, después de una pendencia ocurrida el día 15 de mayo de 1605 entre Don Juan y el embajador de Persia, éste mató a aquél de una esto-

¹ Tomos 97, 98 y 99.—Abril-julio 1884.

cada. Pero años después de publicar Gayangos esa versión, vió la luz el texto íntegro de la *Fastigia*, editado por José Pereira de Sampayo, director de la Biblioteca Municipal de Oporto, quien tuvo presentes para ello cuatro manuscritos. Y entonces se vió que Pinheiro da Veiga, al hablar del suceso a que nos vamos refiriendo, no dijo lo que nos había hecho saber Gayangos, sino todo lo contrario; esto es, que en vez de ser el embajador quien mató a Don Juan de Persia, fué éste quien dió muerte al embajador.

Véanse a continuación las palabras de Pinheiro, según la traducción castellana de la *Fastigia*:

«En este día mataron al embajador de Persia, y sucedió así: el embajador principal murió en el camino, y sobre la sucesión del cargo tuvieron diferencias él y otro que se convirtió y llaman Don Juan de Persia, que compuso un libro de ella, quien salió herido y después se reconciliaron.

»Sucedió que la semana pasada le azotaron a unos criados cristianos por poco más de nada, y para más desgracia los encontró en el camino, yendo él en un coche del rey, y saltó del vehículo, queriéndolos librar, mas le detuvieron, principalmente una señora que acertó a pasar en un coche, deteniéndole y consolándole, porque él entendía ya la lengua; por la noche vino a verle Don Juan, y dicen que, sobre llamarle cobarde por dejar azotar a sus criados, vinieron a las manos y le mató a estocadas; y es mayor lástima, porque estaba para convertirse y hacía reverencia a las imágenes, y era muy enamorado y muy bien vestido, siempre a su uso y con mucha riqueza.

»Ahora pide favor a las musas el autor, para cantar la venganza de tan injusta muerte, las muestras de sentimiento, las pirámides y mausoleos que se levantan

taron a la muerte del embajador del Gran Sufí Rey de Persia, Partia, Media, Bactriana, Ponto, Gedrosia, Asiria, y casi toda Babilonia y Caldea, emperador de medio oriente y el mayor señor, después del gran Turco, que hay del Ganges al Tajo, del Nilo al Danubio, viniendo por tan remotas partes, del oriente al poniente, sobre materia de paz, y a destruir la bestia fiera del Turco, que nos hubiera tragado mil veces, si él no le detuviera con sus armas.

»El caso es que al otro día le pusieron en un carro de cestos de llevar carne, con las piernas arrastrando por las calles, y más de doscientos chiquillos a destaparle y a gritar por Mahoma; y con este regocijo le fueron a dejar en un barranco junto a las galeras, donde le comieron los perros las piernas, que quedaron por fuera; cosa ciertamente lastimosa y vergonzosa para España, y una de las más mal hechas y que más escandalizan de cuantas vi, porque fuera hecho de bárbaros, y aun ellos tratan con diferente respeto a nuestros embajadores, honrándonos en todo, con ser de diferente ley y tan grandes señores, y con mucha más renta que el rey de España.

»No obstante, me afirmaron después que el perro lo merecía, porque le encontraron en su libro un título con su ítem de mujeres que había poseído, que dicen eran más de 130, en que decía: a tantos de enero estuve con la Sra. N., mujer de N., por tantos cruzados y de tal manera; tiene buenas pantorrillas y tal señal, venía vestida de tal, o tales medias, etc.

»Dicen que llevaron el libro al rey, y que, por estar algunas damas de cuenta, le mandó quemar; y se supuso que, para alabarse en su país, ponía en la lista a cuantas señoras veía, que todas le hacían agasajo

donde le encontraban; y si así es, bien merecía lo que le hicieron mas no lo creo y tengo por mentiras»¹.

Tal es la realidad de lo sucedido; pero en el texto proporcionado por Gayangos aparece este relato de modo tan incoherente, que ha suscitado dudas sobre la veracidad de Pinheiro da Veiga, y hasta sobre la autenticidad de la Fastiginia. Sin embargo, ahora veremos confirmada, con documentos del Archivo de Simancas, la exactitud de cuanto Pinheiro refiere.

Digamos, por de pronto, que el embajador de Persia, protagonista de este suceso, no era ya el Uzén Alí Bec, a quien dejamos en Lisboa dispuesto a embarcar para su patria. Con posterioridad a aquellos hechos salió de Persia, con una misión parecida, un nuevo embajador; pero, como Pinheiro cuenta, este embajador murió en el camino, y las diferencias sobre la sustitución en el cargo fueron las que originaron la mortal reyerta entre el que pretendía ocuparle y Don Juan de Persia.

Con fecha 16 de mayo, esto es, al día siguiente del suceso, el alcalde Melchor de Tebes mandó al duque de Lerma la información siguiente:

«Oy a la nuebe de la mañana se alló muerto en su aposento el embajador de persia con cinco puñaladas todas mortales; y en llegando la nueba a la sala fuimos toños allá y la allamos muerto, y lo que asta aora tengo averiguado es que el difunto auia tenido palabras con don phelipe de persia (un sobrino del otro embajador que estuvo en la corte aora tres años, y se bautizó) en razón de tenerle en poco el D. phelipe y aberle llamado perro en su propria casa, por lo qual el embajador le dió un bofetón y nunca más se ablaron. Don Diego y Don Juan de Persia, que asimesmo se bau-

¹ Fastiginia o Fastos geniales... Traducción del portugués por Narciso Alonso Cortés. (Valladolid, 1916), pág. 33.

tiçaron, acudieron a la parte de D. phelipe, pero después se hicieron amigos del embajador. Su Alteza auia mandado que el embajador se fuese a Roma y para esto le auia librado mil ducados y auia de partir por la mañana. Paresce que a la ora de las nuebe entraron don diego y D. Juan de persia en casa del embajador y con ellos un moro su compañero que tenia en casa, y en su aposento tubieron dares y tomares en su lengua, echaron ael aposento un paje español que tenia y cerraron la puerta por dentro y ablaron muy recio en arauigo, de manera que les oyeron en la posada denfrente, y llegando un moço a la uentana, bió que uno de los moros bautizados dió un bofetón en el rostro al enbaxador y el otro cerró la ventana, el paje que se salió fuera oyó grande ruido, acudió a la puerta, allóla cerrada, fuése a otra puerta falsa que tenia el aposento, y ya salían por ella los tres llenos de sangre, y el moro compañero llebaba un cofrescillo de oro, que así lo dice el paje, no sauén con qué; dió uoces y entraron dentro y allaron muerto al embajador con cinco puñaladas. Los papeles se an recogido todos y la hazienda que cuia. A D. phelipe de persia tengo preso, don diego y don juan están en casa del embajador de francia, el moro está en casa del nuncio. Tengo con dissimulacion guardas a la una y otra casa. Suplico a V. Exc.^a bea en esto lo que es seruido que se aga, que por dar quenta a V. Exc.^a no la boy a dar al consejo por parescerme que es lo mesmo, y todas las más diligencias necessarias y pregones se ban haziendo muy aprisa y se ará lo que mas V. Exc.^a me ordenare. Guarde nuestro señor a V. Exc.^a muchos años. En Valladolid a 16 de mayo 1605.—El licenciado Melchior de Teues¹.

¹ Archivo General de Simancas, *Secretaría de Estado*, leg. 2.637, fol. 13, 116, 117 y 150.

Al siguiente día, 17 de mayo, el Consejo de Castilla consultó ya oficialmente sobre el caso al rey, y éste transmitió la consulta al Consejo de Estado; pues lo que singularmente complicaba la cuestión, era que los agresores se hubieran acogido a las casas del Nuncio y del embajador de Francia. Los consejeros de Estado dieron informe sobre el asunto. El Comendador mayor de León dijo que «fué mal caso que sucediera esto, y aunque fué entre hombres de una sola nación, acá se puede distinguir el caso con la verdad de cómo passó, pero en Persia y otras partes no se dirá sino que en la Corte de V. Md. han muerto un embajador de aquel Rey, contra el derecho de las gentes... Que huviera holgado que el Nuncio de Su Santidad y el embajador de Francia, ya que recibieron en sus casas los delincuentes, no los tuvieran días continuados, contentándose con auerlos saiuado en fragante delicto, pues por la calidad de la persona del muerto, pusieron en contingencia la inmunidad de sus casas, auiendo tantas causas para no guardársele en este caso». Era de opinión que las casas del Nuncio y del embajador de Francia no valieran a los delincuentes. El marqués de Velada dijo, que, según sus noticias, el embajador de Francia había expulsado ya al agresor refugiado en su domicilio, y que otro tanto iba el Nuncio a hacer. El conde de Chinchón era partidario de que no se guardara la inmunidad, «y sobre todo le pareció mal el modo con que se llevó a enterrar el muerto, pues deuieran considerar los Alcaldes lo que representaba, auéndole muerto los de su misma nación, y si le llevaran con alguna decencia, se viera que a V. M. le había pesado del mal suceso». También el conde Miranda, presidente del Consejo de Estado, «reprobó mucho el modo de enterrar el muerto y qué inconsideradamente se hizo, auiendo parecido mal a

todos». El duque de Sessa pidió que «V. Md. ordene al conde [de Miranda] que reprehenda a los Alcaldes por la manera con que mandaron llevar a enterrar al muerto». Algo parecido dijeron los demás individuos del Consejo, opuestos todos a la observancia de la inmunidad¹.

Compruébase, pues, que son ciertas las noticias suministradas por Pinheiro da Veiga, no ya sólo en la forma de ocurrir el suceso, sino en las circunstancias que acompañaron al entierro del embajador. Es evidente que los alcaldes no se preocuparon de dar las órdenes necesarias para que el cadáver fuera llevado a enterrar en un lugar decoroso, ya que no fuera posible hacerlo en tierra sagrada, y acaso abandonado tal menester a los más ínfimos subalternos de la justicia, lo ejecutaron en la forma reseñada por Pinheiro, y dieron ocasión a que los chiquillos cometieran semejantes profanaciones y, aunque se resista uno a creerlo, al espectáculo subsiguiente.

Salieron los agresores de su refugio diplomático, y entraron, en cambio, en la cárcel. En su favor acudió don Alvaro de Caravajal, el capellán y limosnero mayor de S. M., que los había regenerado con las aguas bautismales, y que ahora demandaba gracia para ellos. No era contrario a esta gracia el rey Don Felipe, ni mucho menos; pero creyó prudente dar un decreto, de acuerdo con el Consejo de Estado, en que dispuso que por de pronto los alcaldes dieran cumplimiento a la ley y determinaran la causa en grado de revista, y que antes de publicar la sentencia le consultaran de nuevo, porque entonces sería el momento de conceder el in-

¹ Archivo General de Simancas, Secretaría de Estado, legajos citados.

dulto ¹. Y, efectivamente, muy pronto los tres encausados alcanzaron la libertad.

Puede suponerse que cuando la corte de Don Felipe III se restituyó a Madrid, en marzo de 1606, Don Juan, Don Felipe y Don Diego de Persia, a quienes el monarca había señalado una crecida renta anual, marcharían también. Del primero nada volvemos a saber. Después de publicar sus Relaciones debió de renunciar al ejercicio de las letras, y probablemente, bajo la protección oficial, pasó a ser uno de tantos cortesanos ociosos.

Don Felipe de Persia se determinó a crear en España una familia, y poco antes de volver la Corte a Madrid contrajo matrimonio con una vallisoletana, previa la necesaria dispensa, pues estaba ya casado en Persia. Véase copia de la correspondiente partida:

(Al margen. Desposorio. Don Phelipe de Persia-Doña Luisa de quirós). Yo el Doctor miguel gomez, cura proprio de la parroquial de Sr. S. Pedro desta ciudad de Valladolid, zertifico que auéndose hecho y precedido en tres días continuos festiuos las moniziones y denunziaciones entre Don Phelipe de Persia, Turco de nazon, baptizado, mi parrochiano, que uiue al entrar de las onze casas de la dicha mi parrochial, con Doña Luysa de quirós, ansi mesmo mi parrochiana, que uiue en la mesma casa, natural desta ciudad de Valladolid, hija de Juan de quirós y de Doña Maria de arze, y auiendo precedido licenzia del Doctor aguero firmada de felippe de Vega, notario y su secretario, en la cual se hazia relacion de las dispensación de estar él casa-

¹ Archivo General de Simancas, *Secretaría de Estado*, legajos citados.

do en su tierra, como contrajese con catholica, no parezió auer entre ellos ympedimiento para contraer matrimonio, y ansi contrajeron en mi presencia por palabras de presente conforme a lo decretado por el santo concilio Tridentino, siendo presentes por testigos Juan de Olabe y Juan de Robles mis parrochianos, y gabriel Sanchez, parrochiano de s. martin, y lo firme en Valladolid a veinte y cinco dias del mes de henero, deste año de mill y seiscientos y seis años, fué el dia del dicho desposorio.—Doctor Miguel Gomez ¹.

No parece que el matrimonio fijara su residencia en Valladolid. A lo menos en el libro de bautismos de la misma parroquia no aparece inscripto ningún hijo suyo, ni ãe Don Felipe de Persia he vuelto a encontrar rastro en los archivos vallisoletanos.

En cuanto a Don Diego de Persia, consta que volvió a Madrid con la corte, y que frecuentó el trato de poetas y artistas, y llevó una vida bastante divertida, y tuvo en 1609 una pendencia gravísima con Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, el donoso novelista. Grandes amigos eran los dos; pero cierta noche, después de haber cenado alegremente con otros amigos y amigas, se enzarzaron, por extemporáneas provocaciones de Don Diego, en un lance, a la verdad no muy gallarao, con fieros golpes de espada, y ambos resultaron heridos. Algún tiempo después ya eran otra vez amigos ².

* * *

¹ Archivo parroquial de San Pedro, de Valladolid, *Libro de Matrimonios que da principio en el año de 1603 y concluye en el de 1655*, fol. 63.

² En el prólogo a *Dos novelas de Alonso Jerónimo de Sa-*

Por su estilo y explanación, el libro de las Relaciones en nada se diferencia de los demás de su especie. Ajeno a toda preocupación literaria, el autor se conforma con poner en serie los sucesos que constituyen el asunto de su relato. Así va levantando el edificio de la historia y la geografía del país persa, a veces con poca amenidad, pues no se presta a mucha la enumeración de reyes y otros personajes, la descripción, puramente esquemática, de reinos y provincias, y las referencias a las marchas y contramarchas de los ejércitos. Todo ello se compensa con el interés que ofrecen los hechos de un país remoto y desconocido, referidos por uno de sus naturales, y la lisura y grafismo de la narración, que son mayores en el libro III, correspondiente al viaje que Uruch Bec, con la embajada persa, hace desde su patria a España. El lenguaje, en consecuencia, es familiar y expedito, aunque menudean las anfibologías y otras incorrecciones que oscurecen el sentido de las cláusulas.

Como ya queda indicado, de las Relaciones de Don Juan de Persia no hay más que una edición, la de 1604. Para la presente nos ha servido el ejemplar existente en la Biblioteca de Santa Cruz, de Valladolid. Conforme al criterio adoptado para esta Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, modernizamos la ortografía, con la excepción de aquellas palabras que deban conservarse en su valor fonético o morfológico. Corrígense las erratas evidentes. A número incalculable ascienden las que el

las Barbadillo, reimpresas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Madrid, 1894), publicó don Francisco R. de Uhagón noticia detallada de este suceso, conforme a la causa con tal motivo formada.

libro original contiene, en razón sobre todo a la gran abundancia de palabras y nombres exóticos. Muchos de éstos aparecen impresos en tres y cuatro formas distintas, entre las cuales adoptamos la que parece preferida del autor. De haber consignado por medio de notas las erratas y variantes, la extensión de tales notas hubiera tal vez igualado a la del texto.

DIRIGIDA A LA MAJESTAD
Cathólica de Don Phillips III. Rey
de las Españas, y Señor
nuestro.

DIVIDIDA EN TRES LIBROS. DONDE
se ven las cosas nuevas que se hallan en el mundo de las Indias
y de las partes de Persia, Tartaria, y Tamerlán, y las que todo
el mundo que hizo a España, y la descubrió,
y la de otros dos Capitanes
Portugueses.

Año.



1604.

CON PRIVILEGIO
En Valladolid por Juan de Robledo en la calle de S. Mateo.

RELACIONES
DE DON
IVAN DE PERSIA.

DIRIGIDAS A LA Magestad
Catholica de Don Philippe III. Rey
de las Españas, y señor
nuestro.

DIVIDIDAS EN TRES LIBROS, DONDE
se tratan las cosas notables de Persia, la genealogia de sus Re-
yes, guerras de Persianos, Turcos, y Tartaros, y las que vido
en el viaje que hizo à España : y su conuersion,
y la de otros dos Caualleros
Persianos.

Año.



1604.

CON PRIVILEGIO.
En Valladolid por Iuan de Bostillo: en la calle de Samano.

RELACIONES
DE DON
IVAN DE PERSIA.

DIRIGIDAS A LA MAGESTAD
Catholica de Don Philippe III. Rey
de las Españas, y Señor
nuestro.

DIVIDIDAS EN TRES LIBROS. DONDE
se trata de las cosas notables de Persia, la geographia de sus re-
ynos, y de las Persas, Turcos, y Arabes, y las que vido
en el viaje que hizo a España: y su conversion,
y la de otros dos Cavalleros
Persianos.

1604.



Año.

En Valladolid por Juan de Balthazar en la calle de Zamora.
CON PRIVILEGIO

ENMIENDAS

(Corrección de 20 erratas): En Valladolid a 17 de febrero de 1604.—Doctor Alonso Vaca de Santiago.

APROBACION

Por Orden de V. A. he visto un libro de las *Relaciones* de cosas de Persia y de la jornada que hizo a estos reinos y otras partes un Embajador del Rey de Persia, compuestas por Don Juan de Persia. No he hallado en ellas cosas contra buenas costumbres o doctrina, antes con estilo grave y apacible, se trata en ellas de muchas y varias cosas que darán gusto a cualquiera que las leyere, y noticias de muchas y muy curiosas. Y así me parece que se puede dar licencia para poderse imprimir. Dada en Valladolid en este Colegio de la Compañía de Jesús a 20 de octubre de 1603.—*Francisco de Galarza, Rector.*

SUMA DE LA TASA

Por los Señores del Consejo Real se tasó cada pliego deste libro a tres maravedís y medio en papel, como consta de la fe que dió el secretario Cristóbal Núñez de León. Su fecha en Valladolid a 20 de febrero de 1604.

EL REY

Por quanto por parte de vos Don Juan de Persia, residente en esta nuestra Corte, nos fué fecha relación que vos habíades compuesto con mucho estudio y trabajo un libro que

RELACIONES DE DON JUAN DE PERSIA

se intitula *Relaciones de Don Juan de Pèrsia* y de las cosas notables della, y de las que habíades visto en el viaje que hicistes a estos nuestros Reinos, suplicándonos mandásemos dar licencia y privilegio para lo poder imprimir, por el tiempo que nos fuésemos servido, o como la nuestra merced fuere. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandato se hicieron las diligencias de la pregmática por nos ultimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y Nos tuvimoslo por bien. Por la cual os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la fecha desta nuestra cédula, podáis imprimir el dicho libro que de suso va fecha mención, por su original que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Cristóbal Núñez de León, nuestro escribano de Cámara de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes que se venda le traigáis ante ellos juntamente con el original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma cómo por corrector nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresión por el original. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio ni el primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor a cuya costa le imprimiere, ni otra cosa alguna, para efecto de la dicha corrección, hasta tanto que primero y antes el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo. Y estando hecho y no de otra manera, pueda imprimir el dicho libro principio y primer pliego, y seguidamente se ponga esta nuestra cédula y privilegio y la aprobación, tasa y erratas, so pena de incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmática y leyes de nuestros Reinos, y mandamos que persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que de los dichos libros tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena sea la tercera parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para

la persona que lo denunciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, presidentes y oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes y alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a todos los corregidores, asistente, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios y otros jueces y justicias cualesquier, de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, ansí a los que agora son, como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que ansí vos hacemos; y contra su tenor y forma no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en S. Lorenzo a tres días del mes de noviembre de mil y seiscientos y tres años.—*Yo el Rey.*—Por mandado del Rey nuestro Señor. *Juan de Amezqueta.*

A LA S. C. R. MAJESTAD DEL REY DON PHILIPPE III,
SEÑOR NUESTRO

No puedo contentarme con menor dueño que Vuestra Majestad para dársele a este primero fructo de mi talento, aunque pequeño. Porque habiéndose dignado Vuestra Majestad de apadrinarme en lo que fué más, claro es que no me desconocerá en lo que es menos. Lo que a Vuestra Majestad ofrezco no es mucho, pero tiene una excelencia que lo hace (ya que no digno) capaz de un tan grandioso favor, que es la que dan todos a la vista comparada al oído. Ví lo que escribo; y lo que no vi y fué menester traer a propósito, juntamente con el estilo español (en que soy tan nuevo), fié del Licenciado Remón (cuyo ingenio y experiencia merecen que le honre Vuestra Majestad con darle crédito). Rey me envió a España, y al mayor Rey del mundo sirvo en ella. Real espero el premio, y más habiendo de ser de la augusta mano de Vuestra Majestad, a quien la del Cielo dé la vida que la Cristiandad ha menester.—*Don Juan de Persia.*

DON JUAN DE PERSIA

Al lector.

A mucho se obliga el que sabiendo el poder de este ídolo del uso y costumbre, sale a la plaza con gala y vestido nuevo; porque satisfacer tantos juicios y quietar tantas lenguas, y todos tan diferentes, más es que oficio de hombre. Mucho emprehendo yo en sacar a luz papeles míos, nuevo en la lengua y solo en el parecer de los errores que refuto. Pero esta licencia me permite el ser testigo de vista de lo más de lo que escribo, y correrme dos obligaciones tan grandes a tratar verdad: una, de no ir contra el mandamiento octavo de la ley cristiana que profeso; y otra, del haber nacido caballero, y de padre a quien de mis naturales reyes siempre fué dado tanto crédito como aquel que era uno de los Sultanes de su Cámara y secreto. Esto baste para satisfacer al lector y recibir mi voluntad.

DEL DOCTOR MAXIMILIANO DE CESPEDES A DON JUAN DE PERSIA

SONETO

Pelear y escribir con una mano,
Medir (como la milla) el paralelo,

Como se verá, entre los poetas que hacen aquí el elogio de don Juan de Persia figuran ingenios tan celebrados como

Sulcar un mar do no anochece el Cielo,
Nacer donde la espiga no ve el grano.

Ser tan propio español, siendo persiano,
Imitar la nobleza del agüelo,
Dejar la falsa ley del patrio suelo,
Besar el pie al Pontifice Romano;

Del Rey mayor que el mundo iberio vido
Gozar la protección con honra y renta,
Siéndole su padrino en su bautismo,

Sólo Don Juan de Persia ha merecido
Que se halle en un hombre (que él nos cuenta),
Que nos dice su libro que es él mismo.

DE DOÑA ANA DE ESPINOSA Y LEDESMA,
NATURAL DE SEGOVIA

A DON JUAN DE PERSIA

Don Juan de Persia ha mostrado,

Con darnos sus relaciones,

Que tiene dos corazones,

De estudiante y de soldado.

Como fuerte ha peleado

Y como discreto pinta,

Aunque en descripción sucinta.

Y así es muy digno de fama

Quien la sangre que derrama

Sabe eternizar con tinta.

el doctor Maximiliano de Céspedes, gran amigo de Lope de Vega, el doctor Agustín de Tejada y Páez, colaborador en las *Flores*, de Espinosa, y Alonso de Ledesma, el famoso autor de los *Conceptos espirituales*. No creemos, en cambio, que sean conocidos más que por estas muestras los demás poetas que hacen el elogio de don Juan de Persia (doña Ana de Espinosa y Ledesma, doña Bernarda de Paz y Pastrana, el licenciado Agustín de Viruega y el *Monsur de Avoir* que firma el último soneto, y que bien pudiera ser alguno de los individuos de la embajada francesa, con la que tanta relación tuvo don Juan de Persia).

A DON ALVARO DE CARAVAJAL, CAPELLAN MAYOR Y LIMOSNERO MAYOR DE LAS MAJESTADES CATOLICAS DEL REY DON PHILIPPE III Y DE LA REINA DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA, REYES DE LAS ESPAÑAS Y SEÑORES NUESTROS ¹

Sobre el cap. 7 de San Lucas dice el gran Doctor de la Iglesia Augustino: *Sicuti gavisata est mater vidua, de juvene illo resuscitato, sic de hominibus quotidie in spiritu resuscitatis, gaudet mater Ecclesia.* Y podrá bien V. S. participar de este mismo gozo y júbilo interior y exterior, por la merced que hizo Dios a Don Juan, Don Philippe y Don Diego de Persia de haberlos hecho cristianos, habiendo sido, como fué, por mano de V. S., que apadrinándolos las Majestades Católicas de los Reyes señores nuestros, y bautizándolos V. S., hijos espirituales de sus Majestades y de V. S. son; y hijos dignos de ser amparados y favorecidos con particular caricia y cuidado, pues no vinieron de nuestra vecina Africa, sino de los últimos fines de la Asia, y no son fugitivos, sino embajadores de su Rey, ni nacidos ni sacados de las cáfilas de los alárabes y moros comunes de las campañas de Orán y Mellilla, Peñón, Ceuta y Tánjar, etc., sino de la nobleza de lo mejor de Persia y de los más calificados caballeros de ella, y capaces de cualquiera honor militar que su Majestad se sirviere de hacerles.

Pero a quien V. S. debe con especial favor estimar y honrar, es a Don Juan de Persia; quien certifico a V. S. tener partes de un gran soldado, gran cortesano, y en las ciencias y artes, aunque enseñado a su modo, un gran sujeto.

Héle comunicado estos días, que le he ayudado a hacer la versión de estas relaciones, que trafa escritas en su lengua nativa, la cual, aunque es persiana, la podemos llamar

¹ Don Alvaro de Caravajal, que bautizó a don Juan de Persia y a sus dos compañeros, y a quien el P. Alonso Remón dirige esta carta, fué colegial de Mayor de Oviedo en Salamanca, Abad de Santa Leocadia, Arcediano de Plasencia y Capellán y Limosnero mayor del Rey Don Felipe III. Pertenecía a la ilustre casa de Caravajal o Carvajal de Plasencia.

perfecta arábica, y más política que la de los turcos y moros comunes, y diferente de entrambas.

Y prometo a V. S. que me ha admirado su vivo ingenio y tenaz memoria; porque con tener los Reinos sujetos al Rey de Persia más de quinientas leguas de travesía y más de seiscientas de longitud, sabe los nombres y propiedades de las tierras, montañas, ciudades, ríos y lagos, del modo que los españoles las oraciones ordinarias.

Y en lo que toca a la cronología de los antiguos reyes de la Asia y a los asientos cosmográficos de las provincias de aquellas partes, da razones tan fuertes, que en algunas cosas no me he osado yo arrimar ni a la historia del Beroso¹, ni a la descripción del Posevino, sino a su parecer².

Hónrele y favorézcale mucho V. S. acerca de su Magestad, y veamos todos a V. S. y al Señor Obispo de Coria, Don Pedro de Caravabal, en el puesto que merece la memoria del Arzobispo de Toledo Don García de Loaysa, que sea en gloria, para que V. S. haga el oficio que es tan propio a la casa de Caravajal y Loaysa, y tan en favor de los capellanes y criados de V. S., a quien Nuestro Señor, etc.—*El Licenciado Remón.*

¹ El original dice *Beloco*; pero es indudable errata, por *Beroso*. Cita obligada para todo el que escribiera obras históricas, era la de *Berosi Sacerdotis Chaldaici Antiquitatum libri quinque*, por lo cual todas las invenciones lanzadas por Juan de Viterbo con aquella atribución, eran ya moneda corriente. Cabe la certeza de que todas las citas de Beroso y de los autores por él alegados, que aparecen en las *Relaciones*, no están tomadas directamente de aquel libro, sino que son de segunda mano. En su mayor parte, cuando no en totalidad, proceden de la *Monarquía Eclesiástica*, de Fray Juan de Pineda.

² También aquí, por errata, el original dice: «la descripción del Passeuino». Alude Remón a la obra de Antonio Possentino *Moscovia et alia opera de statu hujus seculi* (Colonia, 1587).

SONETO
EN ALABANZA DE DON JUAN DE PERSIA

Celebre tus proezas todo el suelo,
Celebre ya la tierra tu victoria,
Celebre tu saber aquesta historia,
Celebre tu valor el mismo Cielo.

Celebre también Persia el vivo celo
Con que al mundo eternizas su memoria,
Celébrete, Don Juan, tu misma gloria,
Que para celebrarte viene a pelo.

Pues saliendo de lóbrega caverna,
Recibiendo la luz, das luz al mundo,
De tu valor ingenio y de tu tierra.

Déte el Cielo, pues puede, gloria eterna,
Que te veo, Don Juan, ya sin segundo,
Ansí triunfando en paz como en la guerra.

MIXTION DE SONETO Y OCTAVA,
EN ALABANZA DE DON JUAN DE PERSIA

Las crespas olas túmidas y hinchadas
Del soberbio Neptuno traspasaste;
Al rojo y celestial Apolo hallaste,
Poniendo en nuestra España tus pisadas.

Y así ya tus hazañas encumbradas
Después que en nuevo ser te reengendraste.
Descubren tu valor tanto, que baste
Que de ti mismo quedan namoradas.

En ellas no sosiegas, porque quíeres,
Probando a la fortuna y a tu hado,
Mostrar a todo el mundo lo que eres.

Y hoy le muestra, Don Juan, ese cuidado,
Pues es claro que das con esta historia
Noticia al suelo y a tu patria gloria.

RELACIONES DE DON JUAN DE PERSIA

A DON JUAN DE PERSIA,
DEL DOCTOR AUGUSTIN DE TEJADA Y PAEZ

SONETO

Cudicia de saber al hombre incita,
Que de los cielos mida el movimiento,
Las luces cuenta al estrellado asiento,
Siendo su multitud casi infinita.

A la tierra los términos limita,
Las olas doma al mar, la furia al viento;
Tanto alcanza el humano entendimiento,
Que las cosas más arduas facilita.

El tuyo admira ¡oh nuevo Ptolomeo!,
Que conoció de Dios, a quien se aplica,
La verdadera Fe y sacros altares.

Y dió a la pluma de pincel trofeo,
Pues que nos pinta de la Persia rica
Cielo, región, costumbres, tierras, mares.

A DON JUAN DE PERSIA
DE DOÑA BERNARDA DE PAZ Y DE PASTRANA

SONETO

España y Persia hoy quieren a porfía
Mostrar con un estilo heroico y grave,
España, lo que puede y lo que sabe,
Y Persia, lo que rige y lo que cría.

Persia a Uruch Bec a nuestra España envía,
Y España, con su termino suave,
Hace un Don Juan del Uruch Bec, que alabe
La ley y el Rey que allá no conocía.

Persia, rico blasón es tanta hazaña
Como tu patria al Otomano ofrece,
Y un Don Juan por quien esto merecemos.

Pero mayor blasón merece España
Que le baptiza, le honra y le enriquece
Y le da la política que vemos.

A DON JUAN DE PERSIA,
DE ALONSO DE LEDESMA

SONETO

De la rosada cumbre piritea
Al estrecho del Báltico remoto,
Hoy descubre Don Juan el curso ignoto
Para que España opuestos mundos vea.

Aquí el curioso, si saber desea,
Aprenda a ser soldado y ser piloto,
Verá roja la negra crin de Cloto
Y rimbombar la frente lilibea.

Persia es quien ha criado al nuevo Apolo,
Homero de la historia en que fue Marte,
Porque tal es su espada cual su pluma.

Aunque no es de los dos el lauro solo,
Que no le toca a España poca parte,
Pues le enseñó a Don Juan la verdad suma.

DEL LICENCIADO AGUSTIN DE VIRUEGA,
NATURAL DE ALCALA DE HENARES

SONETO

Discreto, fuerte, sabio, grave, osado,
Hoy se muestra en España un extranjero.
No menos cortesano que guerrero,
Juntamente de pluma y lanza armado.

Un libro nos ofrece, en que ha mostrado
A qué obliga el valor a un caballero,
Navegando hasta el Báltico postrero
Diversas bocas desde el Volga helado.

En lo que es coronista, fué testigo;
Pinta lo que tocó con propia mano
(Estilo que al lector mueve a respecto).

Rica está la verdad con tal amigo,
Supuesto que ha sabido ser cristiano,
Y aquí su nombre va en este soneto ¹.

¹ Dice que «su nombre va en este soneto», porque éste, efectivamente, tiene el acróstico *Don Juan de Persy*.

SONETO DE MONSUR DE AVOIR
EN ALABANZA DE DON JUAN DE PERSIA

A los poetas.

Con la mano que vence en la presencia
De su Rey, el poder del Otomano,
Hoy escribe Don Juan como cristiano
El largo curso de su cuerda ausencia.

Su valor nos esmalta con su ciencia,
Y del monarca del poder hispano
Nos muestra el patrocinio de su mano
Que le da nuevo nombre y excelencia.

¡Oh espíritus poéticos, que hicistes
Versos en alabanza del concepto
Del que templa su vida en sus papeles!

Cantad y prometed del que infiel vistes,
Que ha de poder la Fe en su entendimiento
Que sea nuevo horror de los infieles.

RELACION PRIMERA

LIBRO PRIMERO

DONDE SE DESCRIBEN LAS PROVINCIAS SUBJECTAS AL GRAN SOFÍ DE PERSIA Y LAS CUALIDADES DE LAS TIERRAS. Y SE REFIERE LA CRONOLOGÍA DE SUS REYES Y MONARCAS DESDE NEMBROTH.

RELACION PRIMERA

Bien puedo yo dar principio con el Apóstol: *Gratias ago Ei, qui me confortavit in Christo Jesu Domino nostro, qui fidelem me existimavit ponens in ministerio, que prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus, sed misericordiam Dei consecutus sum, quia ignorans feci in incredulitate*, etc. Bendita sea la misericordia de Dios, porque de caminos sabe traer a su Iglesia almas. Empieza el Apóstol en esta carta que escribe a Timoteo, diciendo: Gracias doy a Aquel que me corroboró y confortó en Jesucristo, y me sacó de las tinieblas de las falsas sectas de la idolatría y judaísmo, y me enseñó la doctrina de la verdad evangélica, y me armó del inofensible escudo de la Fe y fortaleza católica (que esto quiere decir *confortavit in Christo Jesu*). Era blasfemo, perseguidor de la Iglesia, maldiciente, incrédulo, y últimamente infiel. Escogióme Dios, no por merecerlo yo, sino porque agradó así a los más que piadosos ojos de su misericorde providencia para ser fiel, y hízome partícipe de los inefables misterios de su Pasión sacrosanta. Soy fiel, pienso que su Majestad al quererme hacer esta merced copiosísima, puso los ojos en la crasa ignorancia con que encenagado entre mi falsa secta e infidelidad, hacía

aquello, pero nada bastara, que todo fué misericordia suya. Hasta aquí es de San Pablo.

Por cierto palabras que, aunque algunas no se ajusten conmigo (como con tan pecador), cada cosa en su género, puedo aplicar las más dellas a la merced de mi vocación, pues siendo de padres y agüelos infieles, y nascido en la misma infidelidad y falsa secta de Mahomat en república infiel, debajo del gobierno de príncipe infiel (que dista de España, donde al presente escribo esto, en la ciudad de Valladolid, más de tres mil leguas), y me hizo Dios tan singular merced y usó conmigo de tan largas misericordias, que merecí ser uno de los caballeros nombrados en la embajada del rey de Persia para estos reinos de España, para que en ellos hiciese en mí la verdad del Evangelio, lo que dice la Sabiduría de sí: *Quasi myrrha dedi suavitatem odoris, vel odorem suavitatis*; que me dió en el olfato del alma (cuyo sentido alegórico podemos atribuir al dictamen práctico, que es el conocimiento que deja la experiencia en un hombre cuerdo, y es aquella señal que dice David que está estampada en nuestras frentes); y ansí a mí me dió el buen olor del modo de vivir de los cristianos, la suavidad de la doctrina evangélica, para que, comenzando a entrar por esta puerta, desease, como deseé, desde que lo entendí y me agradó, subir a creer lo que no se entiende y se merece creyendo, que son los misterios de la Fe; y últimamente a desear, con San Pedro, que me bañase el agua y rocío desta doctrina, *non tantum manus et caput*, sino el alma la del bautismo; cuya conversión y modo della, por haberle de tratar de propósito en su lugar, lo dejo para él.

Y digo que el viaje que hicimos de Persia a España fué tan grande y por tan remotas tierras y mares, y

por camino tan diverso y distinto del que traen los portugueses de la India, y desde el mismo reino de Ormuz, que confina con la Persia, y en él vimos tales cosas, que me pareció ser ingrato a tantas mercedes como Dios nos ha hecho después de la incomparable y no capaz de humana paga de habernos hecho cristianos, y a la liberalidad que la cristianísima y augusta mano de la Majestad Católica del Rey nuestro señor ha usado y usa cada día con nosotros, si yo, que he estudiado en la lengua arábica y turquesca y Alcorán algunos principios, no daba noticia a estos reinos del Poniente de lo que por nuestros ojos vimos, para que los fieles, de ver tanta diversidad de provincias y gentes como tiene bajo de su bandera el demonio, lo primero, den gracias a Dios de la singular y eterna merced de llamarlos al puerto subjecto de la ley de gracia; lo segundo, para que en sus oraciones pidan a Dios la conversión de tantas almas. Y también no será fuera de sazón para el gusto humano, la diversidad y diferencia de hombres, ritos y ceremonias de cada provincia; con que protesto y hago testigo a Dios, a quien ya sé que no se puede traer por testigo de cosas falsas (*quia Deus in cælo fidelis est*), que no diremos sino lo que vimos, sin añadir para agradar, ni disminuir para defraudar, y que podremos decir *quod vidimus testamur*.

Y porque sería contra toda arte de buen escribir no comenzar de la descripción de la provincia de donde habiendo nacido partimos, sin tocar en las cosmográficas pasadas y escritas por tantos, diré sucintamente y de paso, la moderna descripción y nombres persianos, para componer y ajustar los antiguos y modernos autores, que escribieron y escriben de oídas, siendo yo testigo de vista; y así, si en Tomás Mi-

nadoy y en Juan Botero ¹ se hallaren algunos vocablos diferentes de los que aquí pusiere, entienda el lector que éstos son los propios pérsicos, de la nativa lengua de mi propia patria, y los demás son adúlteros y mal entendidos y peor pronunciados. Y porque después de la peregrinación de Marco Polo Véneto y la que dicen del Infante de Portugal, y la vuelta que dió la nao *Victoria* ² al mundo, no pienso ha habido otro viaje como el nuestro, se podían estimar y agradecer las relaciones siguientes.

RELACION II

DE LA DESCRIPCIÓN DE PERSIA Y LAS PROVINCIAS A ELLA SUBJECTAS.

Es Persia, según Estrabón, aquella tierra que está bajo de la Partia y Carmania, entre las provincias de Media y Hircania (si hemos de creer a Pedro Apiano) ³, dejando al mediodía la Arabia; y dice el Botero en sus relaciones (y dice bien) que es Persia propriamente la tierra que agora llaman Farsi o Farsistán, cuyos

¹ En las obras a que más arriba nos hemos referido.

² Se refiere, claro es, a los viajes narrados por Marco Polo en el llamado *Libro de las maravillas del mundo* y a los que se atribuyeron caprichosamente al infante Don Pedro de Portugal, de quien se decía que había corrido «las siete partidas del mundo». La nao *Victoria* fué una de las que Magallanes llevó en su famoso viaje, y en la que Elcano finalizó su vuelta al mundo.

³ En su famoso mapa *Typus orbis universalis iuxta Ptolomai cosmographi traditionem et Americi Vespucii aliorumque lustrationes a Petro Apiano Leysnico elucubratus*.

términos son el río Sirto y el Liedro, y se extiende desde los confines de Carmania, que agora se dice Quiermán, hasta los de la antigua Media, que hoy se llama Gerbán, que es distancia de más de cuatrocientas leguas. La principal ciudad, metrópoli y cabeza de la Persia, es Xiras, ciudad puesta sobre las riberas del río Bendeamir, que antiguamente se llamó Persépolis, abrasada por Alejandro Magno, aunque agora no de mucho menor población; pues dentro de lo murado tiene más de sesenta mil vecinos, y aunque Josafat Bárbaro ¹, le da veinte millas de circuito, yo, que la he andado y medido, me parece que con latitud y longitud de huertas y jardines (porque no hay casa en ella que no tenga jardín), tendrá de circunferencia y casas cuatro leguas castellanas. Es esta ciudad de grande comercio, por pasar los mercaderes del Zagatay a la India por medio de ella, y ser como una aduana o puerto seco, y pertenecen al Farsi o Farsistán los estados de Lar. Y inclúyese también en esta provincia el reino de Sosián, cuya cabeza es la ciudad de Suster, puesta sobre el río Zeimara; tierra tan caliente que los hombres en el tiempo de la mayor canícula se meten en el agua hasta la garganta, para poder pasar el cuerpo del día.

Sobre el reino de Persia está (como dijimos) la Partia, que es hoy el reino de Harac, cuya cabeza es la ciudad de Ispahán, a donde tienen su corte los reyes de Persia, y de donde nosotros salimos para venir a España; y es de grande población, que la llaman Nispechahán, que quiere decir «medio mundo». Pero re-

¹ Josafat Barbaro en sus *Viaggi fatti da Venetia alla Tana, in Persia*, etc. (Venecia, 1543).

ducida a número cierto su vecindad, será de ochenta mil vecinos, antes más que menos. El concurso es notable, y podráse ver por las casas de mesones que tiene en sus entradas, que son seiscientos, que allá llaman *carbanzara*, y trecientas casas de baños, que allá llaman *hamam*. Es tierra baja, algo pantanosa, y por su mucha humedad, no bien sana; está cercada toda de un río, que llaman *Senderu*, y tiene diez mil tiendas de mercaderes, así de vestidos como de bastimentos de comidas, que se llaman *bazar*. Pero con todo, desde su principio tuvo estrella de ser Corte de reyes; pues según Estrabón, *Ispahán* es la antigua *Hecatóm-pile*, que quiere decir «ciudad de cien puertas». Y agora del número de ciento, tiene otra cosa muy notable, que tiene en diferentes estancias cien torres o atalayas tan altas, que demás de hermosearla con sus extrañas labores y pirámides, se ven desde sus ventanas más de seis leguas de longitud; y la mayor torre de éstas está en la caballeriza real, cuyo chapitel es tan grande y de tan extraña materia, que es hecho de treinta mil calaveras de venados y ciervos muertos por el rey *Tahamas* en un día de ojeo, en que afirman que de solos cazadores llevó veinte mil personas.

Críase en la comarca de *Ispahán* mucha seda y lábrase bien, particularmente en las ciudades de *Argistán*, *Casán* y *Est*, *Gom* y *Saba*.

Hacia el mar Caspio está el reino de *Casbín*, donde hasta agora han tenido los reyes su Corte, después de la ruina de la famosa ciudad de *Tauris*. Está *Casbín* a la parte de la tramontana, más al Septentrión; es tierra fertilísima, de grandes huertas y jardines, población de más de cien mil vecinos, y (para que se entienda su grandeza), yo he contado por curiosidad muchas veces las mezquitas de *Casbín*, y pasan de

quinientas. La casa y palacio real es suntuosísimo, y tan grande, que se anda por dentro de él derechamente la cuarta parte de una legua. Y tiene el reino de Casbín veinte ciudades muradas y mil lugares abiertos.

Entre Casbín y Curdistán está el reino de Amadán, que tendrá de travesía cincuenta leguas, quince ciudades; es toda gente de tratantes.

Acercándose más al mar Caspio, está el reino de Guilán, cuya cabeza es la ciudad de Lahichán, que tendrá de población setenta mil vecinos. Es tierra montuosa y áspera, muy enferma (por razón de los dos principios de calor y humedad, que lo son de corrupción donde quiera que predomine este temperamento). Las mujeres de la tierra son muy gordas y los hombres muy flacos. Tendrá hasta treinta ciudades de no demasiada población, las casas de madera, aunque por el sitio algo inexpunables.

Más adelante, costeano el mar de Baccú para el Septentrión, entre la Arabia y Tartaria, está el reino de Ierbán, provincia que tendrá de longitud cien leguas españolas; es su población de hasta quince ciudades. Es la ciudad de Ierbán cabeza y metrópoli del reino, de cantidad de cincuenta mil vecinos; es toda la tierra sana, de claros aires, de trato de mucha seda, y los campos de mucha caza, particularmente de venados.

Volviendo más al poniente por la parte septentrional, dejando el mar Caspio la tramontana, está hacia la Tartaria mayor el reino de Estarabat, de quien toma el reino el nombre, junto con el reino de Corazán. Tiene Estarabat sesenta leguas escasas de travesía; tiene el reino doce ciudades, y la de Estarabat más de cincuenta mil vecinos, y es su trato por una boca de un río a la navegación del mar de Baccú. Síguese

el reino de Mazandarán, tierra de cincuenta leguas de longitud; tiene veinte y cinco ciudades, su cabeza Mazandarán, población de cincuenta mil vecinos, tierra fría y de muchos montes; nunca llegan los frutos a madurar.

El reino de Corazán es de las mayores provincias que tienen sujetas los reyes persianos, porque tiene más de ducientas leguas de travesía. Tiene más de treinta y cinco ciudades de muy grande población, cuya cabeza es la ciudad de Hieri, cuya población es tan grande, que pasa de cien mil vecinos, y con los jardines y casas de placer, que están continuas con las murallas, tiene de circunferencia más de seis leguas. Es tierra llana y bien poblada, y la gente mercaderes tratantes en la India, Moscovia y las dos Tartarias.

Más al Oriente hay un reino que llaman Candahar, y sus moradores son vasallos del Preste Juan. Es la tierra riquísima, tiene de travesía sesenta leguas. La ciudad más principal, tomando el propio nombre del reino, se llama Candahar; tiene setenta mil vecinos: tierra cálida y gente tratante.

En el Mediodía, algo hacia el Oriente, hay un reino que se llama Cistán; tiene de travesía cincuenta leguas: su cabeza y ciudad principal se llama Cistán. Tiene quince ciudades; la población de la ciudad principal, cincuenta mil vecinos; tierra muy húmeda, enferma y montuosa, y de gente de guerra.

Más al Mediodía está la ciudad de Guienché, cabeza de aquel reino, que tomó el nombre de la misma ciudad; el cual tendrá de longitud escasas cuarenta leguas, poblada de siete o ocho ciudades; y la de Guienché será de hasta cincuenta mil vecinos de población. La tierra es muy fría, pero la gente muy

belicosa. Tiene la ciudad de Guienché una cosa notable, y por eso la pongo aquí: que es una torre hecha desde los cimientos para la pirámide de arriba, de calaveras de cabezas de turcos, que deben de ser el número más de cincuenta mil, que mezcladas con las piedras y argamasa, hacen una monstruosa torre, la cual labró el Can Ciadogli, habiendo vencido en una batalla campal al turco.

Más al Poniente se sigue el reino de Haderbaichán, cuya cabeza es la ciudad famosa de Tauris, tan conocida por haber sido ella y su reino en quien ha procurado la casa otomana satisfacerse de los sofianos persas. Es su reino poblado de más de treinta ciudades, cuya cabeza es Tauris, que antes que los turcos la arruinaran (como después veremos), era su población de más de ochenta mil vecinos. Es tierra apacible, abundante de carne y fructa, al modo de España, aunque mayores, porque los carneros son como las terneras de acá, de las cuales se hacen cinco cuartos. Es la gente muy belicosa, inclinados a guerras; la nobleza mucha. Tendrá la tierra de longitud ciento y cincuenta leguas.

Más hacia el Mediodía y Poniente, está el reino de Curdistán, aunque hay otro reino de Curdistán más hacia Babilonia. El reino de Curdistán de quien agora hablamos confina con el reino de Haderbaichán; su metrópoli es la ciudad de Coisalma, cuya población es de treinta mil vecinos, y la demás tierra tiene quince ciudades. La gente no es muy política, pero gente inclinada a las armas; viven la mitad del año en tiendas en los campos, al modo de los alarbes, aunque ellos lo son harto.

Luego se sigue el reino de Malaga o de Maraga, que es el otro reino de Curdistán, cuya cabeza es Ma-

raga, y confina con otro reino llamado también Curdistán, cuya cabeza es la ciudad de Cormaba, y este reino confina con el de Babilonia, llamado Bagdat. Tendrán de longitud estos tres reinos trecientas leguas; son bien poblados y de gente belicosa, y que jamás les faltan guerras con los turcos sus vecinos; de suerte que dando la vuelta por el mediodía, volviendo a caminar para el Seno Pérsico, y dividiendo el mar el reino de Ormuz del reino de Lar, se acaban los señoríos y provincias subjectas a los reyes persas, abrazando sus estados los dos mares Cásptico y Pérsico, por la latitud, y extendiéndose su longitud desde la antigua Caldea, Siria y Mesopotamia, llamado hoy Diar-bech, entre el Eufrates y el Tigris, hasta los confines de la Gurgia o Georgia menor, y la Tartaria septentrional y parte de Moscovia, a los fines del río Eder, dicho comúnmente Volga, por la tramontana, y por las tierras meridionales de las dos Arabias. De suerte que si queremos hacer un círculo imaginario del mar Caspio al Pérsico, y del lago Gioco al Tigris, y al río Oso o Abiano, hasta el reino de Cambaya, hallaremos una circunferencia y ámbito de todos los reinos subjectos hoy a la corona de los Persas, espacio tan grande, que encierra más de veinte y un grados de Levante a Poniente, y más de diez y ocho del Septentrión al Mediodía.

RELACION III

DEL MODO DEL GOBIERNO DE PERSIA.

Por ser extraordinario el modo del gobierno de los reyes persianos, pues hemos de tratar de las cosas destes reinos en particular, será bien dejar claro esto.

Siempre se ayuda y sirve el rey de la nobleza, así

para su servicio personal, como para el gobierno político, ministerio de justicia y administración de las guerras, que es lo que allá se prefiere y antepone a todo. Treinta y dos linajes y naciones nobles se conocen, y de quien se hace caso en los reinos persianos, los cuales tienen los nombres que se siguen, las cuales se contienen debajo deste nombre genérico, que quiere decir «nación».

Ustaxelú es la principal, y es la que ordinariamente tiene la privanza de los reyes, y los oficios de más honor tienen siempre los Ustaxelús.

Xamblú es como mayordomo mayor, porque esta nación y linaje de los Xamblús lo son siempre.

Asxar, esta nación y casta tiene siempre los ministerios graves de justicia, como presidentes.

Turcomanos, son todos los más sultanes y príncipes, y generales y grandes soldados, y casa y nación con quien han emparentado los reyes, y el rey Tahamas casó con mujer turcomana.

Bayat, es noblísima nación y linaje, y son como por acá duques.

Tacalú, como duques.

Harmandalú, como marqueses.

Dulgadarlú, como duques, y nación y sangre de belicosos y valerosos hombres.

Cacher, como duques.

Garamanlú, como duques.

Baiburtlú, como condes.

Ispirrhú, como condes.

Oriath, como condes.

Chauslú, como duques.

Assayshlú, como condes.

Chamizcaaclú, como condes.

Sarozolachlú, como condes.

Carabachaclú, como condes.

Barachlú, como condes.

Cuiniirilú, como condes.

Griclú, como condes.

Boschalú, como condes.

Acbisaquilú, como condes.

Ambzalú, como condes.

Solachlú, como condes.

Mamudlú, como condes.

Garachomaclú, como condes.

Garagoinlú, como condes.

Cossi Boyezlú, como duques.

Peyclú, como duques.

Inazlú, como duques.

Cohequilú, como duques.

No puede salir destos linajes el gobierno generalmente ni destas naciones, y ansí los corregidores de las ciudadès, que se llaman *Hacom*, son nobles.

Y los Daroga, que es lo mismo, aunque cuando se enoja y disgusta el rey, suele mudarlos.

El modo de sentenciar y castigar es acudir al Vesir mayor, que es como secretario de Estado y de la Cámara, y éste informa al Vecchil, que es como presidente y camarero mayor, y éste con el rey consulta, y las cosas de justicia remite a los Hacom y Daroga de las ciudades, y las de buen gobierno y de razón de Estado; y de guerras, a los grandes y virreyes de las ciudades, que llaman Cani y Canes, y aunque éstos son estados hereditarios y propietarios, los quitan y ponen en criados de los reyes, por leves culpas, que a esto están sujetos los canes y sultanes, de quien siempre se sirven los reyes en las ocasiones importantes.

Ixich Agasi Basi se llama el mayordomo mayor, y los menores Ixich Agasi, porque *Basi* es cabeza, y és-

tos son como los cuatro mayordomos menores de los reyes de España.

Gabuchi Basi se llama el oficio de portero mayor. Entre estos oficios se reparte el gobierno de justicia y se despacha cualquiera causa con brevedad.

El modo de servir el rey de Persia.

Sírvese el rey de Persia con grande majestad, principalmente cuando está en su corte, aunque lo más del tiempo anda a caballo en la ciudad. Sale al ejercicio de jugar cañas, y al ejercitar el tirar arco a la caza; sale muy continuo, oye familiarmente al más pobre y necesitado; pero ninguna vez sale que no lleve doce mil personas consigo, y la infantería que lleva pasa de cuatro mil arcabuces.

Aunque en la mesa de los reyes comen todas las cabezas de los nobles que se hallan presentes.

Deulethcahna se llama el palacio de el rey, y *Haram* el palacio de la reina, pero mejor diríamos de las reinas, pues pasan de cuatrocientas mujeres las que tiene en el Haram, que es la casa que los turcos dicen *Saray* y nosotros *Cerralle*; la cual casa guardan y tiene de servicio más de cien eunucos y docientos escuderos de sesenta años para arriba. Llaman a los eunucos *Acta*, y a los escuderos *Harram Exigacasi*; y otra persona si entrase, sería luego quemada o hecha pedazos.

El adorno es de pinturas en las paredes de palacio, y lo mesmo en las demás casas de nobles, y la tapicería es para el suelo, de costosísimas alhombros que llaman *Gali*; y el comer es en el suelo a la usanza de las demás naciones moras, y por esto más que por cortesía (aunque todo lo es en palacio), se descalzan al entrar en las salas.

RELACION IV

DE LAS COSAS PARTICULARES DEL REINO.

El estilo en general de la gente común es casi el mismo de las demás naciones alárabes y mahometanas, particularmente en los ritos y ceremonias, aunque en las sectas (como después veremos) se tienen por los verdaderos discípulos de Mahomat.

Cásanse con muchas mujeres, aunque entre la nobleza el número es el que se les antoja, y entre los plebeyos señalan y les son permitidas siete, aunque todos repudian.

El modo de diferenciarse y ser conocidos los nobles y los plebeyos es que solos los nobles pueden traer en los tocados doce puntas que añadió al turbante el primero Sofi (como después veremos) a quien llaman en la lengua propia, *Tachi*.

Todos los trajes de ordinario son de colores, y pocos son los que no traen seda, por ser tan barata que una vara de terciopelo de dos pelos y medio, vale diez reales escasos, y ocho varas de tafetán de color, aunque sea nácar, vale cinco reales, que es una pesa.

El precio de redes ¹ y cosas de lienzo, como se trae en tanta abundancia de la India, es tan barato, que veinte varas no pasan el valor de cuatro reales, aunque sea como la holanda de Cambray.

Los mantenimientos de las más de las provincias de Persia son tan abundantes las tierras en darlos, particularmente trigo, cebada y arroz, que valen cien ce-

¹ Seguramente es errata del original, por *sedas*.

lemines de trigo como doce reales, y de cebada valor de medio ducado. Los molinos son muchos, y todos en riberas de ríos y lagunas, al modo de las azudas y aceñas que vimos en Tajo.

Las carnes son terneras y carneros de cinco cuartos, conejos y perdices y aves en infinita abundancia, aunque los conejos no se comen. Venados hay muchos, y se estima la carne.

Fieras animales silvestres, hay sin número, y fuera de las montañas, en los llanos y arenales, como leones, tigres y osos (por haber grandes despoblados), y así no se camina por aquellas partes si no es con mucha gente y muchos camellos, que son las bestias de cargas que allá se usan. No hay carros, coches ni literas, ni género dellos, como tampoco hay naves ni galeras por mandato especial, sino un género de barcas ligeras.

Hay muchos caballos de hermosos pellejos, y imitan en la ligereza a los andaluces de España; sustienen la hambre treinta horas, escaramuzando un día y noche.

La más de la milicia es a caballo, a la gineta, aunque más larga que la gineta española.

Las armas son lanzas y adargas, y cotas y petos ligeros, y celadas de pasta de acero ligero, pero bien labrada; y lábrase en tanta abundancia, que se llevan arneses a Moscovia, como de Milán a España.

El modo del ir a la guerra es enviando cada cabeza de las naciones y linajes nombrados, ocho, diez, doce mil caballos, y otros tantos peones con arcabuces.

Las guerras, o son con tártaros o con turcos, y algunas con los dos reyes de las dos Georgias sus vecinos, aunque éstos siempre están a la devoción de los reyes de Persia, porque como son cristianos de la iglesia griega, quieren ser amigos, que les permiten vivir co-

mo cristianos, y el persa jamás los molesta sobre eso, y el turco sí.

El rey, cuando va a alguna jornada en persona, se conoce por un guión que siempre lleva cabe sí, y el tirasol, que le llevan sobre el caballo, hecho de pedrería, tal que parece otro sol, según resplandece.

Sabrásese el número que lleva este ejército en el de las banderas, porque con cada millar de hombres va una bandera, que es al modo de las centurias romanas, y ansí tantos millares hay de hombres cuantas banderas hay. Y es tanto el poder del rey de Persia, que afirmo lo que he visto, que con facilidad junta docientos mil caballos, porque en diversas jornadas he contado docientas banderas juntas, cosa que en un pobre tercio de infantería española las hay; pero allá no se puede enarbolar bandera entera si no milita debajo della mil caballos o mil infantes.

El modo del pelear es por desafío con trompetas o reyes de armas, sin otros estratagemas, aunque (como la malicia humana de unos años a esta parte ha corrido hasta la más oculta y remota isla), ya todo se usa, aunque siempre ha sido el estilo y modo de pelear de los persas el pelear en campaña abierta cuerpo a cuerpo; y en jugando el artillería, o se cubren o retiran (como veremos en las guerras de los turcos y persianos). Tiene su guarda de a pie, la más de gurjianos renegados, como el turco de genízaros, a quien llaman *Tusanctu*.

La gente noble es más dada a los estudios de la mágica y de la que llaman ciencia santa, que es del Alcorán, en la lengua arábica, y hay sus alfaqués y maestros públicos, con estipendios de las ciudades.

Los edificios de toda la tierra son generalmente de piedra, aunque hay muchas casas de madera; sólo

tienen todos terrados, y las más jardines, al modo italiano o flamenco.

En el curarse se guarda lo que entre las demás naciones bárbaras, aplicando hierbas y dando notables dietas, aunque usan sangrías en los males agudos, como en la esquinancia y la pleurisis y otras así; y son supersticiosísimos y grandes agoreros, y précianse de pronosticar los sucesos de las enfermedades, y consultan muchas mezquitas donde hay cuerpos de Sofís, Canes y Sultanes, que ellos creen que fueron santos, que llaman *Xieksofi*.

Los entierros aún es cosa más extraordinaria y diferente de los demás mahometanos en muchas cosas.

Si es persona de cuenta, van todos sus criados delante del cuerpo del difunto, desnudos hasta la cintura, y en el brazo derecho dada una herida o sajadura con una navaja a lo largo del brazo; y los hijos que tiene, de la misma suerte.

Llevar el cuerpo docientos hombres, tirando de unas cuerdas, y todos éstos van diciendo en voz alta oraciones y versos y rogativas a Mahoma.

Delante destos van veinte muchachos, que de dos en dos llevan una silla muy rica en los hombros, y van diciendo a voces el Alcorán de Mahoma.

Antes destos van muchos con árboles y ramos verdes, y dellos colgados muchos papeles con pinturas y muchas cintas de colores, y las fructas que hay por aquel tiempo.

Detrás de todos éstos se siguen los caballos que tenían, que los llevan mozos de caballos del diestro, todos los caballos muy bien enjaezados y sobre ellos las armas con que peleó y los trofeos de guerra que ganó; y los mozos de caballos desnudos y heridos en los brazos, corriendo sangre.

Con todo este acompañamiento llegan a unas fuentes que para ésto hay, como los pilones que en España tenemos para dar agua a las bestias, y lavan el cuerpo del muerto y le envuelven en una pieza nueva de Holanda delgadísima; desde aquí prosiguen con este modo de procesión, y reparten a infinidad de pobres que hay toda la comida que va sobre cinco o seis camellos, y haciendo una música tristísima con los atabales y trompetas, los cuales van tocando al revés. Llegan a unas mazmorras, y más que son los entierros en el campo, y allí le echan y se vuelven por la misma orden a la ciudad, y los parientes del muerto son obligados por todo un año cada día a ir decir el Alcorán y otras oraciones.

Précianse mucho de poetas, y hacen (aunque sin arte) infinitos versos, y hay muchos libros en la lengua arábica de versos y motes, cosa bien odiosa y aun prohibida en la república otomana; y ansí los mozos escriben y pintan muchos versos y los envían a sus damas, y a las que pretenden para mujeres propias; y hacen estos infieles que se jactan de amantes fieles, una cosa que no es bien pasarla en silencio, por ser tan extraordinaria cuanto disparatada. El galán que quiere dar muestras de que ama firmemente, se quema en diferentes partes del cuerpo con unos botafuegos de lienzo, que son como los cáusticos que los cirujanos ponen para abrir fuentes en las piernas o brazos, y luego se ofrece a la vista de la señora hecho un Lázaro, y ella le envía unos paños, toallas y bandas de seda y Holanda que traiga, y con que se cure; y el que más señales de quemaduras tiene, es tenido en más de las damas y halla más presto casamiento.

Y no será razón pasar en silencio dos cosas notables del uso de la república persiana, principalmente por

ser las que en todas las repúblicas, así políticas como bárbaras, son el principio y fin, y como si dijésemos la una el nervio y instrumento y medio de la propagación, y la otra un feudo y pensión universal que heredamos con esta mortal carga de la vida temporal, que es el estilo de los casamientos y entierros, bien peregrinas de las que usan todas las demás provincias y repúblicas, así políticas como bárbaras.

El día que un persiano, persona de cuenta en la república, se ha de casar, se juntan en la casa del novio todos sus parientes y amigos, y aquel día se visten de la librea que saca el novio, particularmente los padrinos, que de los demás, si no son poderosos, no salen sino como mejor pueden.

La novia sale de su casa al mismo tiempo a caballo, y todas las demás parientas y amigas a caballo a la gineteta, guardando las poderosas el mismo estilo en lo de la librea; va la novia cubierto el rostro con un tafetán, y en él pintado un retrato de oro, del sol o de la luna; delante van muchos músicos con grandes diferencias de instrumentos, y vuélvense todos a juntar, y entra el acompañamiento del novio y novia en la casa de la propia novia, donde está una sala ricamente aderezada, y se empieza el sarao casi a la italiana y francesa. El modo del festín es de bailes diferentes, y a cada uno que sale a bailar de los galanes, le van echando sus amigos reales por encima de la cabeza, y no los puede coger nadie si no es el músico, y así los músicos, como van saliendo los galanes a bailar, van cogiendo reales.

Las damas bailan en otra cuadra diferente, y llevan pegados con cierto licor al modo de la goma de nuestros olmos y almendros, en la frente escudos; que como se van moviendo, se les van cayendo, los cuales

todos son para los músicos; y así los músicos de Persia, por estos saraos y festines, son muy ricos.

Acabado el sarao, se ponen a cenar en casa de la novia, y otro día siguiente comen en casa del novio, y se hacen dos muy espléndidos convites. En acabándose la cena y llegada la hora de dormir, salen dos viejas y cogen como por fuerza al novio, y le meten en la cuadra de la novia, y la novia entra por otra parte; los parientes y parientas prosiguen el sarao, y cuando es como la media noche, salen las viejas y sacan una toalla con sangre y la muestran a los parientes del novio, con que se van muy contentos.

Pero si sucede lo contrario y no hay sangre que mostrar, sacan las viejas a la novia, y el novio sale y la repudia públicamente, y pagándola cierta cantidad, que por ser tan poca no se dice, la vuelven a sus parientes, y el novio se va con sus amigos y deudos.

No hay mujeres perdidas en abundancia como en otros reinos de infieles; pero de los gitanos o egipcios vecinos a estas provincias, pasan en tropas y escuadras como de alarbes, muchos con sus familias, y las mujeres vienen a ganar públicamente, y los maridos van con ellas a la casa del persa con quien ha de ir a dormir la mujer, y le lleva luego a la mañana el espejo y colores y tocas y alfileres y cintas, y cobran el precio: cosa fea y bestial para entre hombres con uso de razón. Pero supe y informéme de cierto de los propios egipcios, que no se quieren casar en aquesta provincia de donde es esta gente perdida, los hombres con las mujeres, si no se obliga la mujer que vestirá y dará de comer al marido con lo que ganare torpemente. Y esto baste cuanto a las costumbres de estas provincias.

RELACION V

DE LA ANTIGÜEDAD DE LOS REYES DE PERSIA Y PRINCIPIO DE ESTA MONARQUÍA.

Una de las partes del mundo que más presto fué poblada, después del diluvio general, fué la parte de tierra que hoy llaman los turcos Bagdat, que es Babilonia, que unos autores quieren que se diese principio a su población por Nembroth, hijo de Cus y nieto de Cam, a los ciento y cincuenta años después del diluvio ¹; pero esto no puede ser, vamos con la Librería susiana para no errar, y con los Anales de Oriente de Beroso ² y otros varones eminentes. Y digamos que siendo fundada Babilonia, Belo, hijo de Nembroth, a los mil y setecientos años de la creación, fué el primero rey de Ba-

¹ Desde aquí el autor de las *Relaciones* sigue paso a paso la parte primera de la *Monarquía Eclesiástica* de Fray Juan de Pineda. A veces, como ocurre al hablar de Sardanápalo, casi copia los párrafos.

² Se refiere al citado libro y cronología de Beroso, a quien nuevamente, por errata, se llama Beloco en las *Relaciones*. No debe llamar esto la atención. Muchas veces nombran las *Relaciones* a Juan Minadoi, por su libro *Historia della guerra fra Turchi et Persiani*, y ni una sola vez aparece el nombre correctamente impreso, pues siempre se le dice *Minodoy*. Tiene, además, aquí cierta explicación la confusión de *Beloco* por *Beroso*, porque no lejos de esta línea aparece citado el rey Beloco.

Errata debe de haber también en lo de *librería susiana*, aunque no parece fácil aclararla, si no es que se refiera a Lorenzo *Surius* o Surio por su edición del *Cronicón* de Nauclero, donde, efectivamente, obra la correspondiente cronología de la Edad antigua.

bilonia, y llegó a las llanadas de Senaar, y pobló aquellas partes que miran más al Oriente, que Procopio dice que el Saturno, padre de Belo, fué Noé (aunque esto no parece tener demasiado fundamento) ¹.

A ocho años del reino de Nembroth, envió Noé a Sabo, hijo de Cus y nieto de Cam, a poblar las Arabias, y fué con él Gago y sus hijos Ganjes y Indo, de quien tomaron nombre aquellos dos famosos ríos, y Sabo llamó a aquella provincia Sabea.

Sucedióle en la monarquía babilónica Baleo o Beleo el menor, a los mil y setecientos y cincuenta y tres de la creación del mundo (autor Metásthenes) ². Subjectósele toda la India Oriental, y la más gente que había poblado en el Mediodía y en las dos Arabias, desde esta junta de estados, llaman todos los autores monarquías.

Corrieron los años, y llególos el tiempo por algunos discursos que no son muy a nuestro propósito, a los dos mil de la creación, y entraron a gobernar la monarquía babilónica Altades y Mamito, siendo a quien podemos dar título decimotercio rey de Babilonia, por la cuenta de Beroso.

Desde aquí va dando más luz la continuación de estos príncipes, por estar más clara y por más autores escrita; y así hallamos a los dos mil y treientos y veinte y cinco años de la creación del mundo, a Mancaleo, gobernador de la silla asiria y sus reinos por treinta años.

¹ Procopio, el historiador bizantino, en sus *Historias*, que traducidas al latín corrían impresas desde el siglo xvi.

² Refiérese al autor que Beroso incluye en su libro *Antiquitatus Libri quinquē* en el apartado de *Metahstenis de iudicio temporum et annalium Persarum*. Advierte que no se le debe confundir con el griego Megástenes.

Sucedióle Esfero, y fué decimoquinto rey de Babilonia, y corría el año de mil y trecientos y cincuenta de la creación; y en este tiempo, conforme a la Librería susiana, se empezó a llamar esta monarquía y región Asiria o Siria, de Siris, hijo de Abraham; aunque conforme a algunos autores de los que hasta aquí hemos seguido, se llamaba Siria toda la región meridional subjecta a Babilonia, aunque hemos de seguir a Beroso hasta poner esta silla de Persia en Ciro.

El año tercero del nascimiento de Moisés, según Samoteo ¹, a los dos mil y trecientos y setenta y cinco años de la creación del mundo, entró en la monarquía de Babilonia Mameló, y poseyóla treinta años, y sucedióle Ascatades, que fué en número rey diez y ocho; y dicen que al décimo año de su imperio sacó Moisés de captiverio el pueblo hebreo.

Lucio Samoteo prosigue esta monarquía con Beloco el segundo, a los dos mil y quinientos y treinta años de la creación, y dale veinte y cinco años de imperio, haciendo contemporáneo suyo a Sosares, aunque otros le hacen sucesor suyo.

A los siete años de la judicatura de Débora, empezó a reinar Lampares en la monarquía babilónica, y danle treinta años.

A los dos mil y seiscientos y sesenta y siete de la creación, reinó Panias, y duróle la silla cuarenta y cinco años.

Siguióse Sosarmo, y continuó la sucesión Tautarmes o Tautanes, casi contemporáneo de Jepté el de la Escritura Sagrada y capitán del pueblo hebreo.

¹ Es el Juan Lúcido Samoteo de quien habla también Beroso.

Siguióse Teuteo, aunque fué menos su reino que algunos dicen.

Siguióse Timeo, y reinó treinta años, a quien sucedió Dersito, y fué treinta y un rey en número de los babilonios, y casi contemporáneo de las cosas de David.

Sucedióle Eupales, poco después de haber comenzado Salomón a edificar el templo.

Sucedióle Laostenes, y a él Paritidias, y a él Ofraganeo, y a éste Ascrazapes, y reinó cuarenta y dos años.

Methástenes, historiador persa, remata su cronología (que es a quien habemos seguido en esta sucesión), en Sardanapalo, y le da quince años de reino, dándole el nombre de Tonosconcoleros, aunque los historiadores griegos le llaman hijo de Anacindaraxis, aunque Suidas dice descende de Nino y de Semíramis ¹.

Hubo de Nembroth a Sardanapalo, a esta cuenta, treinta y ocho reyes, cuyos nombres dejó escritos Ctesias, autor grave ². El fin y ruina de Sardanapalo diremos luego por decir primero que el fin para que hemos traído esta antigüedad de los reyes babilónicos, es para que se entienda la antigüedad de los reyes de Persia y de la población de la misma provincia. Pues hallamos que cuando el rey Tautanes ayudó a Príamo como a vasallo suyo, con diez mil etíopes de la Arabia y otros tantos susianos, y docientos carros de guerra, era el capitán que envió con ellos a Menón, hijo de Titón, adelantado de Persia; y no corriendo de los años de la creación más de dos mil y seiscientos y noventa años, hallamos dos cosas notables. Una, que Persia se llama-

¹ Son éstas las mismas palabras de Fray Juan de Pineda; de modo que no es a Methástenes, sino a Pineda, a quien las *Relaciones* siguen en esta sucesión.

² Ctesias, historiador griego del siglo v. La cita está hecha también a través de Pineda.

ba ya Persia, y era ya provincia de por sí y cabeza de reino de Babilonia, y monarquía asiria. Y otra, que tenía príncipes y estados opulentos, pues Menón era príncipe persa, y Titón, su padre, adelantado de Persia, viniendo siempre, o por consanguinidad o afinidad, de los reyes mismos babilónicos. Y no me atreviera yo a decirlo si no lo hallara en el mismo Beroso y Metásthenes escrito, y siendo todo tradición de los Anales de Oriente y Librería susiana; de suerte que queda averiguada la antigüedad de esta provincia ser poco menor que la de Asiria, y sus reyes ser los mismos que los babilónicos; y así, si los babilonios se precian venir de Nembroth, los persas se pueden preciar de lo mismo, aunque no hallamos el nombre de Persia y príncipes persas, hasta los tiempos de Lampares y Panias, que fué a los dos mil y seiscientos y sesenta de la creación; y por culpa de los autores tan confusamente, que llaman a ésta provincia Persia, y sus príncipes adelantados, como a Titón y Menón, sobrinos y primos de los reyes asirios y babilónicos, sin que nos digan por qué se llamó Persia. Culpe el lector el descuido de los autores caldeos y griegos.

RELACION VI

DONDE SE PROSIGUE LA GENEALOGÍA DE LOS REYES DE PERSIA.

Ya empezamos a decir en la relación quinta, cómo Sardanapalo fué el último rey de los babilónicos, cuya ruina sucedió así, si hemos de dar crédito a Metásthenes. Tenía su corte en la conocida ciudad de Nínive, famosa por su grande población, el rey Sardanapalo, y

entre los otros capitanes por quien regía y gobernaba las cosas de la guerra, era uno Arbaces, valeroso soldado, y el otro Beloco, capitán de Babilonia y gran astrólogo, el cual supo por su ciencia, cómo se llegaba el fin de la monarquía de la sangre de la casa real de Asiria; digo permitió Dios, por lo que Él fué servido, lo rastrease y alcanzase (aunque yo fío bien poco de la ciencia astronómica, aunque tampoco niego sus principios genéricos). Pienso yo que lo más cierto fué que como vieron estos valerosos capitanes a Sardanapalo tan engolfado en sus torpes vicios, y viviendo más vida de mujer que de hombre, y de bestia que de príncipe, tomaron ocasión para prometerse tantas novedades (que el más cierto pronóstico de la caída de un reino, es tener un rey mujeril y vicioso), y ansí, aunque de paso, adviertan los que gobiernan que tan gran freno es para los malos la majestad y severidad de su príncipe, como la afabilidad y piedad. Digo, pues, que comunicado Beloco con Arbaces o Arbato (que ansí le llaman otros), fueron (habiéndose primero conjurado) a ver cómo vivía Sardanapalo, y hay quien afirme que estaba sentado hilando entre dos mil mujeres que tenía, y el rostro afeitado, y en la cabeza tocas de oro y ajorcas y pendientes en las manos y orejas. Blasfemaron los capitanes del rey que reverenciaban, y afrentados de ver el afeminado hombre a quien servían, se quitaron la máscara, y publicando guerra, se pusieron en campaña con infinito número de babilonios y medos (aunque los persas no quisieron moverse y quedaron neutrales).

Salió en campaña Sardanapalo, obligado de su cuñado Salameno; pero como más enseñado a deleites que a trabajos, apenas tocaron las trompetas a romper, cuando Sardanapalo volvió la espaldas y se encerró en Ni-

nive, y dejó el peso de la batalla en lo que hiciese la fortuna con su cuñado Salameno, el cual perdió la vida (y no el honor, que como valeroso soldado, ganó muriendo). Engolosinados con esta victoria los conjurados, se atrevieron a cercar a Nínive y al cobarde rey en ella; el cual, viéndose desamparar de los que más se fiaba y crecer el número de los conjurados, por no venir vivo en las manos de Arbaces y Beloco, y lo más cierto por morir como vivió, hizo juntar todas las piedras y joyas que tenía, que dicen valer un número infinito, y se quemó con ellas en mitad de la plaza de la gran Nínive, con que fué entrada Nínive y conquistadas las demás ciudades; aunque por querer Beloco, con cierta piedad fingida, que no refiero aquí por no engolfarme más en la caída de Sardanapalo, gozar de las quemadas riquezas, estuvo preso, y a pique de ser los amigos, enemigos, y los estados ganados, perdidos; pero Arbaces le perdonó, y al repartir de las provincias le hizo sátrapa de Babilonia, y Arbaces tomó para sí la Persia y Media, y se llamó rey de Persia; aunque nunca le faltaron pesadumbres con los de Siria y Palestina. Duró hasta aquí desde Nembroth a Sardanapalo el imperio de Siria, Babilonia y Persia y Media, teniendo reyes continuados mil y trecientos y sesenta años. Duró repartida entre diferentes tiranos la monarquía de Media y Persia desde el principio del reino de Arbaces, que se regió por sátrapas, trecientos y cuarenta años, hasta que Ciro y Darío pasaron la silla imperial a Persia, siendo Persia la cabeza de todos estos estados, como luego veremos.

RELACION VII

DONDE SE PROSIGUE LA SUCESIÓN DE LOS REYES DE PERSIA.

A los quinientos y veinte y ocho años antes que Cristo viniese al mundo, empezó Ciro el Magno a llamarse emperador absoluto de Persia, y sucedióle Cambises, y a éste luego los dos hermanos Magos. Siguióse después Darío, Xerxes Artabano, Artaxerxes, Xerxes Sordiano, Darío, llamado Noth, Artaxerxes, que dicen ser el Asuero nombrado, aunque no se halló mucho fundamento. A éste sucedió Occho o Occo, y a éste Artaxerxes, aunque no falta quien niegue este Artaxerxes, y no parece ir fuera de razón, y habremos de poner a Arsés antes dél, y luego a Darío, a quien sucedió Alejandro, y pasó la monarquía pèrsica a los dos Ptolomeos, al Filadelfo y luego a Ptolomeo Evergetes, en quien tuvo fin.

Habiendo durado en la ciega gentilidad este imperio, que empezó a honrar y ampliar Ciro, treientos y nueve años; siendo en las partes de Oriente y Mediodía, los monarcas y príncipes más temidos que vió la quinta edad, y aún lo mejor del Septentrión, hasta que el imperio romano, con la grandeza de sus soberbios ejércitos y expertos capitanes, se apoderó de lo más de la Asia y Europa y parte de Africa, y vino la sexta edad con la venida del Maestro de paz, Cristo Jesús; y el gran Octaviano Augusto, segundo señor universal de lo descubierto del mundo, mandó abrir el templo del bifronte Jano, aunque otros quieren que el cerrarlo fuese señal de paz; pero en esto seguiré a Virgilio su adulador (más buen poeta que verdadero cronista).

No es la menor excelencia del reino de Persia ésta con que daremos fin a los reyes que tuvo, hasta que Cristo vino al mundo, pues conformándonos con Juvenco poeta, en el libro primero de su *Historia Evangélica*, aunque no bastara su parecer, si no fueran del mismo San Basilio y el magno doctor griego Atanasio, Crisóstomo, Teodoreto y Nicéforo. Los santos Reyes Magos que fueron a adorar al Eterno Rey de los Reyes, Cristo, fueron reyes los dos de Persia, y el más moreno de la Arabia, aunque San Antonino los hace a todos tres de Media, de la ciudad de Vixaria; pero Pedro Apiano es de parecer que fueron todos de la Arabia felice, y con razón, si hablara en el sentido anagógico y moral, pudiera decirlo, pues merecieron ser de los primeros hombres que adoraron y conocieron al Verbo Encarnado Jesús, siendo Dios y vestido de nuestra naturaleza humana, hazaña tan alta y tan de Dios, que fué menester su omnipotencia para obrarla, y el amor que a los hombres tuvo, para obligarle a hacerla.

Nació, pues, el Salvador del mundo Cristo Jesús, Rey de los Reyes, y tenía la monarquía de la tierra, a lo menos de lo descubierto della, Octaviano Augusto; y aunque es verdad que había en la Media y Persia algunos príncipes con nombre de sátrapas y adelantados de aquella corona, a Augusto podemos dar el nombre de rey de Persia, continuándolo con el parecer de los que dicen que los Reyes Magos no fueron persas; fuélo el emperador Octaviano Augusto, que lo era en propiedad, y tenía sus exarcas y virreyes en aquellas provincias, como después los tuvieron los emperadores griegos en Italia, haciendo sus cortes en Roma y Rávena, y siendo ellos reconocidos por naturales señores.

Concluamos, pues, con que sea Octaviano Augusto

el último rey de Persia, hasta la venida de Cristo al mundo, y primero desde su nacimiento, no continuando la línea de los naturales persas, sino la sucesión de los que se llamaron reyes della, que de los naturales no les continuaremos hasta dar principio a la nueva monarquía de Artaxerxes o a la del primero Sapor, rey de Persia (como otros quieren, o como luego veremos), dejando en su fuerza la opinión de los Reyes Magos, que a ser así, continuaran ellos la sucesión desde Ptolomeo Evergetes hasta Sapor, por aquel interregno, aunque si fueron persas y sujetos a los emperadores Octaviano Augusto y Tiberio César, todo se es uno.

RELACION VIII

EN QUE SE PROSIGUE LA GENEALOGÍA DE LOS REYES DE PERSIA, Y SE DICE QUIÉN PREDICÓ PRIMERO EL EVANGELIO EN ELLA.

Ya sabemos del texto sagrado cómo se repartieron los Apóstoles por las provincias del mundo, y dice Perionio y Abdías ¹, que cupo a San Judas Tadeo y a San Simón, hermanos de Santiago, la predicación en Persia y Media, y hicieron tan grande fruto, que bautizaron setenta mil personas. Reinaba entonces Xerxes en Persia, y intitulábase rey de Babilonia, que traía guerras con el pueblo judaico; y llegando los gloriosos Apóstoles delante de Barardach, general de Xerxes,

¹ Alude a las apócrifas *Historiæ Apostolicæ*, atribuidas a Abdías, y a su segunda parte, por Joaquín Périon.

Las citas que algo más arriba hacen las *Relaciones*—siempre tomadas de otros autores—, son de nombres tan notorios, que no necesitan indicación alguna.

que, a la cuenta de Beroso, fué el postrero de los Xerxes, tuvieron grandes disputas con Zaroos y Arfajat, grandes magos y encantadores; pero vencida su diabólica obstinación, consagraron en obispo de Babilonia a Abdías, y bautizaron más de otras veinte mil almas, y libraron con la señal de la cruz toda aquella tierra de una plaga de serpientes pequeñas ponzoñosas, que llovían los vientos como otras moscas y langostas de Egipto. Pero no pudiendo sufrir el demonio la conversión de tantas almas, levantó contra los gloriosos príncipes de la Iglesia una tal persecución, que no paró hasta entregarlos en las manos de la muerte, siendo su glorioso martirio del modo que la Iglesia lo tiene recibido, en la ciudad de Suanir, quedando regada Persia con las celestes primicias de estos capitanes del Evangelio, cuya doctrina fructificó de suerte por toda la Persia, que hallamos por todas las persecuciones que padesció la Iglesia, desde Nerón hasta Valeriano y Galieno, un millón de mártires persianos, que murieron por no querer apostatar del bautismo recibido; y así espero en Dios que se ha de acordar por la intercesión de tantos santos naturales de aquella provincia, de la miserable y ciega gente que en tanto número se va cada día al infierno. Y cuando no tuviera Persia otra grandeza, si no lo que refiere Nicéforo Calixto della, en el lib. 8, en el c. 37, de que cien obispos persianos fueron juntos martirizados por no querer negar el nombre de Cristo ¹, bastaba para esperar que Dios se ha de acordar de aquel reino y provincia. Y son tantos los mártires, que nos refiere la *Historia Tripartita* ² en el

¹ Nicéforo Calixto, *Ecclesiasticæ Historiæ libri XVIII* (Basilea, 1553).

² La *Historia Tripartita*, traducida del griego al latín por

lib. 3 que padecieron en Persia en tiempo de aquel belicoso (cuanto bárbaro) rey Sapor, que los dejó en silencio, por que no admire el número. Pero quien quisiere ver cosas notables de los mártires cristianos de Persia, procure ver la historia que escribió Esaías ¹, hijo de Adamo, caballero del rey Sapor, en la décima tercera persecución de la Iglesia, en el martirio de Barasichio y Jonás y trece mártires, y hallará cosas notables; aunque Surio en sus tomos, tocó desto sucintamente ². Pero la pasión de mi propia patria me ha divertido mucho del principal intento, que es proseguir la cronología de los reyes de Persia, los cuales cuentan diversamente varios autores, aunque Agatio ³ refiere un caso en su libro 2, que aunque parece conseja y novela, le habremos de referir aquí, por ser de un autor tan grave y tan asentada opinión entre los mismos persas; que dice que en tiempo de Alejandro, el hijo de Mammea, al cuarto año de su imperio, sucedió Artaxerxes en la monarquía de Persia, cuyo principio sucedió así: Vivía cierto hombre (que él le da tan ruín oficio que no quiero aquí ponerle), junto al mar Caspio Hircano, grande astrólogo y mágico, cuyo nombre era Paveco. A casa deste vino a posar un soldado cuyo nombre era Sano. Conoció el astrólogo y mágico en este hombre que habían de suceder dél grandes reyes y príncipes, y deseando acariciarle y mezclar su sangre con la suya

Rufino, se publicó con la Historia eclesiástica de Eusebio (París, 1544).

¹ Es el *Esaías Persa* a quien, bajo la autoridad de Beroso, menciona también Fray Juan de Pineda.

² Lorenzo Surio, *De probatis sanctorum historia* (Colonia, 1576).

³ Agatias, en sus *Historias*, que circulaban con su versión latina (Leiden, 1594).

y no teniendo hija que darle para hacerle su yerno, ambicioso del honor que le prometía aquel pronóstico, se resolvió en una de las cosas más feas y torpes que jamás hombre intentó; y fué darle su propia mujer: tanto puede esta bestial golosina del mandar. Trató Sano no sé qué meses con la inocente adúltera, la cual parió un mochacho, a quien pusieron por nombre Artaxerxes, sobre cuyo nombre hubo no pocos pleitos, queriendo el marido legítimo que se llamase Paveco el nuevo bastardo. Pero como Dios suele castigar a los soberbios, poniéndoles en el cebo de la honra que por malos medios procuran su misma afrenta, para que por donde piensan ser más conocidos lo sean menos, castigó al bruto Paveco con lo que pensó honrarse, porque andando el pleito entre aquellos jueces bárbaros, llegando el muchacho a la edad de discreción y abominando la maldad del vil marido de su madre, no quiso llamarse Paveco, sino Artaxerxes; y de lance en lance vino a ser rey, y tan valeroso, que mató a Artabano, y con título de rey de Persia poderosísimo, reinó quince años.

Este principio dan a la tercera presencia y restauración de estos estados; pero no sé si demos crédito a este cuento, que así quiero llamarlo.

A éste dicen que le sucedió el rey Sapor, aquel que prendió al emperador Valeriano, y le traía consigo con una cadena para ponerse a caballo desde sus hombros. Ignominia y afrenta no pequeña para los imperios griego y romano.

Este Sapor dicen que fué el que destruyó toda la Mesopotamia, a Cilicia, Siria y Capadocia; y llevaba tan poderoso ejército, que jamás de príncipe bárbaro se escribió tal grandeza. Baste decir que para pasar las tierras montuosas allanaba los valles y vegas y ris-

cos, igualándolos a las cumbres con cuerpos de enemigos muertos. Pero al cabo de los treinta años de su reino, le vino a matar y destruir Odenato Palmirense, humilde soldado en sus principios, dando un hijo a Sapor llamado Hormisdates, que no duró sino un año y diez días en el reino.

A éste le sucedió su hijo Varanez, y reinó tres años. Sucedióle el segundo Varanez, y duró diez años.

Sucedió el tercero Varanez, por sobrenombre Seganesna, por la tierra ganada por el segundo Varanez su padre.

Sucedió Narsés, reinó siete años y siete meses; y a éste su hijo Misdates, que reinó otro tanto. Y éste fué el padre de aquel famoso bárbaro Sapor, que reinó setenta años; cuyo nacimiento y pronóstico de su reino, fué extraño, pues antes de nacer fué rey, lo cual pasó así. Dejó Misdates su mujer preñada, y queriendo saber los persas si era varón aquel que había de nacer, lo preguntaron a sus magos y astrólogos, y ellos respondieron que era varón el que traía en el vientre la reina; y no persuadiéndose ellos que aquesto fuese verdad, trujeron una yegua preñada delante de los mismos magos, y dijeron que si acertaban lo que traía la yegua en el vientre, creerían lo que habían afirmado de la reina (tales eran las supersticiones de aquella ciega gente). Afirmaron, pues, los magos que era potro el que traía la yegua en el vientre; y abriéndola, hallaron ser así. Y con esta satisfacción llevaron una corona y la pusieron sobre el vientre de la reina, jurando por rey de Persia lo que naciese, y nació Sapor, que fué otro Atila, que es el que cercó a la ciudad de Nisibis, que fué contemporáneo del apóstata Juliano y de su sucesor Joviniano, y es aquel cuyo

ejército destruyó Dios con infinitos mosquitos, enviados a petición del santo Jacobo, obispo de Nisibis.

A Sapor sucedió su hermano Artaxerxes, y no falta quien diga que le quitó el reino antes que muriese, aunque no lo gozó Artaxerxes sino cuatro años.

Murió Artaxerxes, y le sucedió su hijo Sapor, que reinó en Persia quince años. Sucedióle su hijo Varanez, y reinó once. Sucedióle su hijo Hisdicherdes, que es el rey persiano grande amigo del emperador Arcadio, y tanto, que le dejó por tutor de su hijo Teodosio. Reinó Hisdicherdes veinte y un años, y sucedióle su hijo Varanez o Vrazanes; reinó veinte años, y aunque Tornamira en su *Cronología* da diez y siete años de reino a Varanez el sexto¹. Aunque no falta quien ponga otro primero rey en Persia.

Seguióse luego Perozar el atrevido y soberbio, que murió en la hoya de los eutalitas; danle veinte años de reino, aunque no pueden ser tantos.

Seguiéronse Valente y Cavades en el reino de los persas. Fué Cavades hijo de Perozar, y daremos fin a esta relación con contar la huída de Cavades a los Eutalitas.

Eran los persas celosísimos de sus mujeres, costumbre bien antigua en aquella nación; y este rey, por pasión de ciertos amores particulares, hizo promulgar una ley, que las mujeres fuesen comunes y de todos aquellos que las quisiesen. Sintiólo tanto aquella república, que si no se huyera le mataran; pero satisfaciéronse con deponerle del reino y darlo a Blases o Zambases, que unos dicen fuese su tío y otros su hermano; pero volviendo Cavades casado con la hija del rey de los

¹ Francisco Vicente de Tornamira, *Chronographia y repertorio de los tiempos, a lo moderno...* (Pamplona, 1585).

eutalitas, con un grueso ejército, hubo de dejarle el reino Zambases, y reinó pacíficamente Cavades treinta años, y murió al año quinto del emperador Justiniano, y sucedióle Cosdroes, el primero de este nombre.

RELACION IX

DONDE SE PROSIGUE LA GENEALOGÍA DE LOS REYES PERSAS,
CON OTRAS COSAS CURIOSAS AL PROPÓSITO.

El primero Cosdroes fué uno de los mayores monarcas que tuvo el imperio de Persia, el cual no le dió vía de sosiego al emperador Justino, que lo era entonces en Constantinopla; y entre otras ocasiones, basté referir aquella memorable jornada que el dicho Cosdroes hizo contra el imperio griego por los años de la Encarnación de Cristo de quinientos y setenta y siete, donde fué tan grande el número del ejército, que de solos caballos llevaba quince mil cuando tomó la ciudad de Daras, frontera del imperio; aunque a la vuelta de esta jornada no le fué tan bien como pudiera a Cosdroes con Justiniano, hermano de Justino y capitán general suyo, el cual, animado del capitán Cuiso Scita, capitán de la derecha ala del imperial ejército, hizo retirar a Cosdroes con muerte de tantos, que no se pudo saber el número cierto. Y no sólo tuvo esta pérdida Cosdroes en esta jornada, pero ganáronle los imperiales en esta batalla el brasero del dios Fuego, joya tan estimada entre los persas, que adoraban al fuego por Dios, que, perdido el brasero, estuvo el restante del ejército para matar a Cosdroes y desampararlo, el cual, sosegándolos lo mejor que pudo, desbarató de noche su ejército y huyó a la ciudad de Melitinaz. Hasta pasar el río Eufrates en

un elefante, no se dió seguro de los imperiales, a donde cuando se halló más en paz hizo una ley, la cual mandó que jurasen los potentados de su imperio, de que no consentirían que ninguno de sus sucesores sacase sus gentes contra los emperadores griegos, fuera de los términos de los estados de los reyes persas; pero golosos los imperiales con las victorias habidas, habiendo sucedido Tiberio a Justino en el imperio, y privando Tiberio a Justiniano del cargo de capitán general, eligió Mauricio, corrió las tierras de los persianos y mató a Thamas Cosdroes, bravo capitán persa, y hiciera lo mismo de Adán Manes si no se le huyera. Pero siguiendo el alcance de estos capitanes Mauricio, entró victorioso, quemando y talando los campos, hasta pasar el río Cirma, en los campos argianos, tan cerca del rey Cosdroes, que estaba retirado en los campos Carduchios por los grandes calores, que veía el rey las llamas y humos del estrago que hacía en sus tierras el ejército contrario. Lo cual sintió de suerte, que mandándose llevar a Seleucia, junto al río Tigris, murió de pena allí.

Sucedióle su hijo Hormisda, el cual halló tan ocupado al emperador Tiberio con las guerras de Italia, que le obligó a pedirle paces, las cuales dice Zonaras, autor grave, que rehusó el bárbaro; aunque enviando el emperador Tiberio a Justiniano, a quien había vuelto a elegir por capitán general, asentó treguas con el cruel rey Hormisda, o Hosmida por tres años, aunque las rompió luego, y entró por Armenia destruyendo las tierras subjectas al imperio; aunque el año de quinientos y ochenta y cuatro de la Encarnación de Cristo, ya Mauricio, emperador y yerno de Tiberio, casado con su hija María, dió por tres veces bien que entender a los atrevidos persas, particularmente cuando los volvió a

echar de la ciudad de Martirópolis, donde los había metido un traidor llamado Sitas, por trato doble.

Sintieron mucho los persas esta pérdida, y no osando padecer ante su cruel rey Hormisda, se retiraron a la ciudad de Nisibis, y consultando sobre lo que harían, se resolvieron en rebelarse contra su rey, y eligieron por su capitán a Varamo, valeroso soldado y que diversas veces había peleado con los turcos, gente nueva en las partes del Oriente. Aceptó Varamo el cargo, y con color del bien público mató a su rey Hormisda y a su mujer y a algunos de sus hijos; pero el emperador Mauricio favoreció a Cosdroes, hijo de Hormisda, contra Varamo y los traidores y algunos turcos que se les habían juntado, los cuales todos murieron a mano de los imperiales y persianos. Una cosa advierte un autor grave, que es Fray Juan de Pineda, y no sé si lo tomó de Zonaras ¹, que estos turcos, con ser entonces idólatras, que aún no eran mahometanos, traían cruces en las frentes y cabezas; y preguntándoles por qué siendo gentiles y no creyendo la señal de la cruz, la traían en sus frentes, respondieron que habiendo una gran peste en su tierra, sanaron con otra señal semejante que les hizo hacer un cristiano.

San Antonio de Florencia dice una cosa bien dura de creer, si no la dijera en el título 3, cap. 4: que este rey Cosdroes fué tan amigo del emperador Mauricio, que el emperador le dió una hija suya llamada María, que casó con el Cosdroes, y que el rey se bautizó y fué cristiano. Todo pudo ser, aunque no sé cómo venga bien el ser cristiano el rey Cosdroes y ser el mismo que

¹ Pineda, en la repetidamente citada *Monarquía Eclesiástica*, y con referencia a la *Crónica* de Juan Zonaras (Basilea, 1557).

destruyó a Siria, Palestina, Fenicia, Armenia, Capadocia, Paflagonia hasta Calcedonia, que está enfrente de Constantinopla. Sea como fuere, lo que hace a nuestro propósito es que habiendo muerto Focas a Mauricio, y sucedido en el imperio Heraclio, mató a Focas y le sucedió en el imperio, y se coronó públicamente en Constantinopla con su mujer Eudoxia o Fabia el año de seiscientos y doce de nuestra Redención, y duró en el imperio treinta años; y porque veremos luego los sucesos de Cosdroes con el nuevo emperador Heraclio, concluyamos con lo que afirma Mateo Palmierino, que entró en el imperio Heraclio teniendo el reino de los Gotos en España Sisebuto ¹.

RELACION X

DONDE SE PRÓSIGUE Y DA FIN A LA GENEALOGÍA DE LOS REYES DE PERSIA.

Grande contrario fué Cosdroes de Heraclio, y dice Cristiano Maseo ² en el libro 13 de sus *Crónicas*, que viéndose tan poderoso el persa y ofreciéndole Heraclio paces por tres veces, y aún más de algunos dones de los que se dicen en sus anales, no quiso Cosdroes aceptar las paces, si no fuese con una condición tan torpe, que la callo por la honra de los emperadores cristianos de aquel tiempo; pero el valeroso y famoso emperador Heraclio, haciendo paces primero con Dagano, rey

¹ Mateo Palmieri (1405-1475), de Florencia, continuador de la *Crónica* de San Próspero.

² *Chronicorum multiplicis historiae libri viginti* (Amberes, 1540).

de los árabes, volvió por la honra de la Iglesia y del imperio griego, aunque Cosdroes entró por Palestina y la destruyó de suerte que en sola Hierusalem mató veinte mil hombres; y lo que más compasión fué, y aún confusión para los reyes cristianos de aquel tiempo, que llevó las reliquias de la preciosísima Cruz en que murió Cristo Señor Nuestro.

Llegó esto a los oídos del cristiano emperador Heraclio, y sintiólo con un dolor intenso, y con ansia de volver a cobrar las reliquias santas y las tierras perdidas del imperio, salió de Constantinopla la Pascua que llaman de Resurrección, y aunque con desigual número de gente, buscó a Cosdroes, y habiendo tenido un soberbio reencuentro al pasar del monte Tauro con Sarbard, sátrapa persa, se le ofreció al rey bárbaro a los ojos, y diciendo con muchas lágrimas, según refiere un autor grave, estas palabras: *Deus judicat causam tuam*, rompió con el enemigo, y le venció y tomó a Agazago, habiendo huído Cosdroes, y entrando en la ciudad donde estaba el templo del Sol y todos los tesoros y riquezas de Cosdroes, los llevó consigo; pero ante todas cosas llevó con mucha reverencia la preciosa Cruz.

No falta quien se atreve afirmar que habiendo vencido Heraclio al ejército de los bárbaros, entró en el templo del Sol, donde halló a Cosdroes sentado con grande majestad en un trono, que por artificios mágicos, tronaba y llovía, y a sus pies estaban el sol y la luna y estrellas, y al lado derecho tenía la santísima Cruz y a la izquierda un gallo, y que entró Heraclio y le mató. Pero lo más cierto es que Cosdroes no murió a manos de Heraclio, como luego lo veremos.

Sucedió Siroes harto tiranamente a Cosdroes en el reino de los persas y contra toda ley y razón natural,

pues olvidado de la obligación y respecto que con el instinto natural los mismos brutos dan indicios y confiesan rústicamente a los padres que los engendraron y dieron ser, mató a su mismo padre, madre y hermanos, y con favor de los mismos sátrapas de Persia entró en el reino, aunque duró sólo un año en él, y ése con tantos sobresaltos como merecía su mala vida.

Aunque hay autor que afirme que hubo más reyes de Siroes a Sarbaras, no halló cosa con fundamento, y así diremos que Sarbaras gobernó a Persia otro medio año escaso, aunque Barnare o Harnare, uno de los hijos de Cosdroes que escapó de las manos de su cruel hermano, pudo reinar con más miedo que libertad siete meses. Murió y sucedióle el último Hormisda, que reinó diez años; y dice Josefo Scaligero que al décimo año del reino de Hormisda, hallándose el rey persa fatigado y oprimido por una parte de los imperiales y por otra de los árabes, y algunos sátrapas rebeldes, llamó en su favor a Omar, califa de los sarracenos, y que habiéndole ayudado a sosegar y pacificar sus tierras, aunque otros dicen que no fué desta suerte, sino que llamó a los turcos en su favor, que entonces eran idólatras. Como quiera que sea, el persa no sólo no pagó con obras buenas, pero con malas palabras lo llamó de perro. Indignáronse desto, y juntándose en dos escuadrones los sarracenos que estaban esperando la paga del rey con los turcos, que estaban en las faldas del monte Tauro, revolvieron sobre los persas, de suerte que en pocos meses fueron señores de lo más rico de la Persia y Media; y viéndose Omar tan poderoso, prosiguió en las guerras con los persianos con tanto tesón, que a cabo de diez años acabó con los hijos y descendientes de la casa real

de los arsacidas, Arbaces, Cosdroes, Hormisdas, Xerxes, Artaxerxes, Daríos y Ciro; y se hizo absoluto señor de sus imperios y estados, introduciendo y derramando entre aquellas gentes la ponzoña de la nueva y bestial secta de Mahoma, y así Josefo Scaligero llama a Omar agotador de la sangre de los reyes persianos. Cansóse de tantas muertes Omar y fué a Hierusalem, donde puso su silla, y por consejo de ciertos embaidores tornó a reedificar el templo de Salomón; pero un persiano que llevaba en su servicio llamado Margancia, acordándose de la lastimosa tragedia de su patria, una noche mató a Omar; honrosa, aunque bárbara satisfacción. No murió luego Omar, y en las pocas horas que le quedaron de vida, nombró por su sucesor y califa a Odmán, uno de sus capitanes.

RELACION XI

DONDE SE PROSIGUE EL PRINCIPIO QUE TUVO EL SER SARRACENOS MAHOMETANOS LOS SEÑORES DEL IMPERIO PERSA, CON OTRAS COSAS AL PROPÓSITO.

Después que sucedió Odmán por califa a Omar, cuyo capitán era, el año de seiscientos y cuarenta y seis de nuestra Redención, luego trató de cosas políticas y de gobierno, y de innovar algo de su secta; y así hizo aquel nuevo y torpe decreto de aquella secta que se llamó xetaya. Y fué tan amigo de sepultar y poner en olvido perpetuo las cosas que hallaba memorables en el mundo, ora por avaricia, ora por invidia, que entre otras cosas notables que arruinó fué el Coloso de Rodas, tenido por una de las siete maravillas del mundo, y con razón; pues era (según dicen

autores graves) una figura de bronce tan monstruosa, que tenía ciento y veinte pies de alto, y tan curiosa en imitar el vivo natural de un hombre, que Cares Lindio, célebre artífice en esta arte, tardó en vaciarla, juntarla y bruñirla doce años, y habíase conservado en pie mil y trecientos y setenta años; y era tanto el bronce que tenía, que se cargaron novecientos camellos, que llevaba cada uno treinta arrobas de carga.

Hizo otros muchos desatinos Odmán, y al cabo murió, según dicen, por mano de un esclavo, por orden de Alí, habiendo sido califa de Babilonia, Persia y Media doce años. Pero (porque en otra parte hemos de tratar de estas muertes y diferentes sectas y agora no es mi intento de más de continuar la sucesión de estos califas en orden de como fueron reyes de Persia), digo que Odmán sucedió Alí, y siendo muerto Alí también violentamente por orden de Moabia, en la ciudad de Cusa, sucedió en el Caisado de Bagdat o Babilonia y reino de Persia, Moabia, el cual hasta los doce años de su imperio no tuvo hora de paz, particularmente con los imperiales, hasta que se asentó paces y treguas con ellos por treinta años, y viéndose Moabia desocupado de las cosas de la guerra, se retiró a la ciudad de Damasco, y llamando a cortes trató de reformar las cosas de su falsa religión, que entonces andaban divididas en varias sectas, y habiendo nombrado por diputados a seis varones, que fueron Mulciano, Baario, Buora, Cidi Nocio, Cidi Tenuin y Cidi Daud, y entregándoles las cédulas y papeles que dejó Mahomat, estos seis alfaquíes o maestros hicieron un modo de libro de artículos o preceptos o mandamientos que habían de guardar los que siguiesen su ley, y a esto llamaron Alcorán, poniendo graves penas a los que siguiesen otra secta.

A los seiscientos y tres años de la Encarnación de Cristo, sucedió en el reino de Persia, llamándose Califa de Bagdat, Iezíd, hijo de Moabia, el cual, en vez de darse a las armas, tan importantes en aquellas inquietas provincias, dió en ser muy enamorado y en hacer versos con tanto extremo, que fué otro Virgilio Mantuano, en su estilo bárbaro, aunque sus enemigos quemaron sus obras, y así carecemos de ellas.

Cansóle a Abdalá, hermano de Iezid, la mucha poesía y la remisión en las cosas de gobierno y de la milicia, y fué fratricida, como algunos dicen, aunque lo más cierto es que fué cómplice con otros parciales y conjurados que le mataron; los cuales eligieron en su lugar Alí Ozén, y otros dicen que Alí Huscein; y a éste también le mataron los mismos conjurados.

En este tiempo, llenas de tanta variedad de cabezas estas provincias, se levantó en la provincia de Persia (que es donde vamos pretendiendo continuar la sucesión) un hombre alarbe llamado Muchtar, y se hizo llamar gran califa de Persia; pero halló tantos contrarios para su intento, que apenas tuvo un día de paz, particularmente con el gran califa de Bagdat, pero el que más le apretó fué Mohezén, que le mató en campaña. Pero presto le vengó Abduc Melic, que levantándose en su favor los sarracenos acosados en Persia, y siguiendo la parte del gran califa Abduc Melic, mató a Móhezén, o Mohazán, y quedó Abduc Melic pacífico califa de Persia, Mesopotamia y Arabia.

Sucedióle a Abduc Melic su hijo Halid, que es aquel Ulit, por nuestros pecados tan conocido en las partes del Poniente, Europa y Africa, pues conforman los autores más graves en ser este califa el que permitió se le diese socorro al traidor conde don Julián, el año de la Encarnación de Cristo de setecientos y ocho, y

viene bien ser este califa el que dió el socorro, pues no se perdió España por los años de setecientos y catorce. Y es este Halid el que se hizo llamar *cuchillo de Dios*.

Muerto Halid, sucedióle Soleimán Hastián, y a éste Omar Ebne Moar o Aben Moadi. Pero todos estos tuvieron tan poca quietud, que apenas pudieron llamarse con verdad un día entero reyes pacíficos de Persia.

Sucedióles tras mil guerras Iezid Gelid o Iezid Calid, y fué califa trece. Murió, y sucedióle su hijo Hexen Aben Alas o Hachum Ebne Alas, el año de setecientos y cuarenta y ocho, intitulándose el gran califa de Siria y Persia. Pero en este tiempo eligieron en competencia suya por gran califa de Egipto a Marvia, el cual se concertó con el emperador Constantino, quinto de los deste nombre, y se hizo su tributario, pareciéndole que por este camino podría oponerse a Hachum Ebne Alas o a Hexen Aben; y no le sucedió mal, porque volviendo los ojos a su enemigo, y haciéndole la guerra abierta con el seguro del emperador, le venció y mató, y quedó Marvia pacífico por califa de Babilonia y Persia, y fué quinceno en el número de los califas persianos.

Pero en este tiempo, dividiéndose Persia en dos sectas grandes, una de los casimoros y otra de los amonitas, llamados los de la ley de Imamchafer, y tomando ocasión destas divisiones, uno de los más valerosos persas, llamado Lulcimín, resuscitó la secta de Muctar, que decía que Alí era mayor profeta que Mahomat, y llamóse Amirmo Selemín o Abumoslum; y siguiendo los casimoros, venció y mató a Iblinio, cabeza dellos, y hallándose con cien mil en campaña, se atrevió a esperar a Marván, el cual, con trecientos mil

hombres, salió contra él, y tuvo una de las más sangrientas y reñidas batallas que entre persas y medos vieron las naciones orientales; y al fin, siendo vencido Marván, huyó con su casa, mujer y hijos, siendo el número del ejército que le seguía de más de cuatrocientos mil. Amparóse Marván en Egipto, pero al fin Zelma, hijo de Abumoslum, le mató, año de setecientos y cincuenta y cuatro.

Deste Abumoslum o Amirmo Selemín Suleimán descendió Musacacazem o Muzaicazen, que tornó a levantar el imperio de los árabes parientes de Mahoma, y deste descienden los Sofies príncipes de Persia por Muctar y por Mahamet o Hamet Moahedín, hijo menor de Alí y de Fátima, hija de Mahoma, como veremos después.

Los persianos, después de todas estas guerras, eligieron por su califa Amir Suleimán; pero Abdalá Ben Mahamet, hermano de Abubacre, califa supremo en toda Suria, fué tan cauteloso que matando a todos por traición, quedó absoluto señor, y particularmente a quien mató con peor trato fué Amirmo Selemín. Muerto, sucedióle su hijo Mahamet Mehedi; reinó nueve años, y sucedióle su hijo mayor Haron Rekid; reinó veinte y tres años, y fué califa diez y nueve en número; y corriendo los años de Cristo el de seiscientos y noventa y dos, sucedieronle sus hijos Mahamet y Abdalas, y fueron tantas las guerras de los dos hermanos, que no tuvieron hora de paz. Al fin prevaleció la parte de Mahamet, y viéndose tan poderoso, fundó de las ruinas de Babilonia a una ciudad famosa que llamó Bagdat, la cual duró así hasta que los tártaros la destruyeron el año de mil y ducientos y cincuenta y ocho.

RELACION XII

DONDE SE PROSIGUE Y DA FIN A LA SUCESIÓN DE LOS CALIFAS SARRACENOS INTRODUCIDOS EN PERSIA, HASTA INTRODUCIRSE EL GOBIERNO DE LOS TURCOS OTOMANOS.

No se cansaron las califas de Bagdat de preciarse de gobernar y regir a Persia, y así Imbrael, que sucedió a Mahamet el año de ochocientos y cuarenta y siete, y reinó quince años, amparó mucho a las cosas de Persia hasta que murió, y le sucedió Memón, que murió en una batalla, él y sus hijos en breves días, que unos dicen que fué con los imperiales del emperador Michael y otros que con el ejército del emperador Teófilo. Sucedióle Ozmín, aunque tan a pesar de los persas, que era el hombre que más aborrecían, y aun el que fué el principio de la ruina de Persia, pues queriendo entonces valerse los persianos de los turcos contra los sarracenos, los llamaron en su favor, y debió parecerles bien la tierra, pues hoy día no los pueden acabar de echar de sobre sí. Fué Ozmín califa veinte y tres en número, y murió y sucedióle Caín Adam; murió tras cuarenta y cuatro años de gobierno. Y llegaron los años de novecientos y ochenta de la Encarnación, y dividiéronse Persia, Egipto y Bagdat en tres califas; y reinó en Persia Mahamet, hijo de Ignaro, a quien persiguió de suerte Pisasiro, califa de Bagdat, que le obligó a valerse de sus vecinos. Pero en este tiempo le sucedió a Pisasiro, cómo pagase sus malos tratos y tiranías, porque habiendo muerto a los turcos moradores del monte Cáucaso y robádoslos, enviaron los turcos a Trangolipico Moncadeto con un buen golpe de ejército, y aun-

que les resistió y les negó el paso Hameto (que era por el río Arajes de Armenia), ellos se acogieron a las partes montuosas, y bajando a los confines de Persia y otros reinos convecinos, mataron gente sin número y a los mismos califas, y de esta vez quedaron señores, entre otras provincias, los turcos de Persia, y Trangolipico se llamó grande Soldán, y le sucedieron sus sobrinos. Lo que se siguió de aquí para nuestro propósito, que acabaron los califas en Persia, y se apoderaron los turcos della, dejando los turcos la idolatría, porque eran gentiles, y haciéndose mahometanos; corriendo las cosas y sucesos de los turcos hasta Belcefo, señor absoluto dellos, y que se empezó a intitular emperador de Persia, el cual hizo a su sobrino Alfagalo sátrapa de la Menor Armenia, el cual fué tan ambicioso de honra, que queriendo imitar a otro Alejandro Magno, ganó a Cilicia, Panfilia, Licia, Licaonia, Capadocia, Armenia Mayor, Galacia, Paflagonia, Ponto, Bitinia, y se intituló gran Soldán y se mandó llamar Salamansa, que nosotros decimos Solimán a Solimano.

Desde los años de mil de la Encarnación hasta los de mil y ducientos, estuvieron las cosas de Persia casi podemos decir en silencio, porque siempre fueron regidas ya por sátrapas, ya por capitanes, unos y otros, ya sujetos a los imperiales, ya a los turcos, ya a los tártaros, porque estas dos naciones, con grandes mortandades y robos que se hicieron las unas a las otras, alteraron todo el Oriente, llevando los tártaros la mejor parte desde los años de mil y ducientos y cuarenta y cuatro, hasta que los turcos, por los años de mil y ducientos y ochenta, volvieron sobre sí, y habiendo reducido las siete satrapías de las tierras ganadas y las siete cabezas capitanes dellas, en cuatro satrapías principales y familias cuyas cabezas fueron Caramano, Cande-

loro, Otomano, Asumbeyo, de quien descendió Usán Casano, valeroso rey de Persia, como después veremos. Y de Otomano sucedió Orcanes, hijo menor suyo, que dieron principio a la casa otomana, según Genebrardo, lib. 4¹, siendo Otomano de tan humildes principios, que era hijo de un hombre común llamado Ortogoules, nacido en una aldea dicha Sogura; el cual, habiendo ganado muchas tierras, puso su corte en la ciudad de Bursa, de Bitinia (aquella que edificó el rey Frusa, que amparó a Anníbal). Pero quien quisiere ver particular suceso de la casa otomana, lea a Cuspiniano y a George Viz, que ellos lo tratan copiosamente². Basta decir para nuestro propósito, que los sucesores de Otomano, que fueron Orcanes, Solimán, Amurates, Bayaceto, el gran competidor del Tamurbec o Tamburlán, se apoderaron de lo más de Asia, teniendo sujetos a su devoción los príncipes naturales de la Persia y Media, hasta que el gran Tamburlán ganó lo más de la Asia y venció a Bayaceto, y le enjauló y se servía de él para ponerse a caballo. Y échase de ver que podemos poner en el número de los reyes persas al gran Tamburlán, pues en su muerte, a la cual se hallaron los embajadores españoles que había enviádole en correspondencia de otros don Enriquè tercero, rey de Castilla, dice Ruy González de Clavijo, uno de los embajadores, y el que escribió la relación de aquella misma embajada³, que al tiempo de las disensiones de Omar

¹ Gilberto Genebrardo, *Cronographiæ libri quatuor* (París, 1567).

² Juan Cuspiniano, *De Turcarum origine* (Amberes, 1541); Bartolomé Georgievits, *De origine imperii Turcorum* (Wittenberg, 1560).

³ Se refiere, claro es, a la *Historia del gran Tamorlán*, de Ruy González de Clavijo.

Mirzafá, uno de los tiranos que pretendieron la sucesión del grande Tamburlán, a quien llamaron los turcos Eldrim, que quiere decir torbellino o rayo, llamaron los embajadores que estaban en Uván, ciudad junto a Tauris, que eran tierras y reinos de la corona de Persia, y entonces sujetas a los herederos sucesores del Tamburlán; pero pasó el imperio del gran Tamburlán y de sus hijos Sagruso y Bayzangures y los demás tiranos, que se apoderaron de los estados que ganó en aquellos pocos años; luego volvieron a Mahameto, hijo menor de Bayaceto y sucesor suyo, aunque violentamente y con muerte de sus hermanos mayores; y Amurates el segundo y el gran tártaro rey del Catayo, apoderarse de aquellas provincias, hasta que los Sofies de Persia volvieron a aquella monarquía a su libertad y majestad primera.

RELACION XIII

DONDE SE PROSIGUEN LOS SUCEOS DE LA CASA OTOMANA
CON LA DE PERSIA, HASTA EL FIN QUE TUVIERON.

Mahameto, hijo de Bayaceto el primero, a quien llamaron el Magnó, como lo refiere Juan Cuspiniano, prosiguió con próspero suceso las cosas de Asia y Europa. pero no tan sin competidor en las de Persia, que Usán Casano, rey della, que es el que dijimos descender de Asumbeyo, uno de los siete capitanes turcos, no le hiciese notable contradicción, siendo uno de los mayores enemigos que Mahameto tuvo entre los reyes que se le pusieron, siendo a la verdad tan turco de sangre como él; pero preciábase Usán Casano, más de persiano moro que de turco asiático. Y así, a lo que

podemos colegir del rompimiento que tuvieron los venecianos con Mahameto, cuando nombró Venecia por su capitán general contra el turco a aquel valeroso soldado Pedro Mocenigo, en aquella embajada que envió Usán Casano, rey de Persia, a los venecianos, estando Pedro Mocenigo en la isla de Rodas, donde le hallaron los embajadores persianos, se echa de ver bien la enemistad grande que había entre el persa y el turco, pues lo que contenía la embajada era que le haría la guerra a Mahometo por Armenia, que la hiciese Venecia por la ciudad de Atalia en Panfilia, para que acabasen con aquel enemigo de todos. Fray Juan de Pineda, en sus *Monarquías*, llama a Usán Casano Sofí de Persia. No sé cómo se descuidó un autor tan grave, pues el nombre de Sofí no le hubo jamás en Persia hasta los años de quinientos, como veremos en el principio del segundo libro. No satisfizo la primera respuesta de los venecianos a Usán Casano, y sabiendo que Pedro Mocenigo estaba en Nápoles de Romanía, volvió enviar otro embajador, hablando más al descubierto, y pidiendo favor contra el turco, y pasando el embajador a Venecia, y juzgando aquellos estados en la ocasión que tenían entre las manos con Mahameto, por muy importante la alianza y confederación con los persas, la efectuaron y capitularon y enviaron en tres navíos pequeños, acomodados al remo como a la vela, a Pedro Immola con cien artilleros muy diestros y prácticos, por ser una de las cosas con que más daño hacían en las jornadas de Asia los turcos, y de que más carecían los persas; y cambiando por embajador a Josefo Bárbaro, por estar diestro en la lengua persiana, cargándole de infinitas joyas para el rey persiano, se hizo a la vela; y cuando no hubiera importado esta jornada sino haber visto con sus ojos propios Josefo Bárbaro

las grandezas de Persia, fué de mucho fructo para estos reinos del Poniente, de las cosas que vido, dejándolas escriptas fielmente; aunque en lo demás no tuvo mucho efecto la embajada, por no haber llegado a las costas del mar, donde andaba Pedro Mocenigo, que eran las de Cilicia o Suria el persa.

Por estos tiempos que Pedro Mocenigo ayudó a restaurar en sus reinos de Cilicia a los dos hermanos Caramanos, que había desposeído Mahameto, que eran Piramet, el que andaba en la corte de Usán Casano, y Casán Bego, el menor, Mahameto, ofendido de la contradicción que le hacía en Asia el persa, le buscó con un poderosísimo ejército, que llegaba a trecientas y veinte mil personas entre caballos y peones; pero pequeño número esa éste para el que traía el persa, pues autor Bernardo de Breihin Denbach ¹, pasaban de trecientos y cincuenta mil los caballos solos de persianos. Fué una de las más célebres batallas que entre los infieles vido Asia; porque habiéndose careado estos dos soberbios ejércitos, duró dos días el matar y vencer. Y aunque, para decir verdad, en alguna manera pudiéramos llamar victorioso el turco, costóle tan caro, que apenas se atrevió a tratar más de las cosas de Persia, y ansí volvió los ojos a las de Europa, y particularmente a las de Italia, a donde, con la lastimosa destrucción de Otranto, puso en no poco cuidado al mismo Pontífice Romano; pero permitió Dios que se le acabase la vida, con que quedó la cristiandad libre de un enemigo tan soberbio.

Usán Casano quedó también tan destrozado y tan lastimado de haber perdido su hijo mayor y sucesor en

¹ Bernardo de Breydenbach, *De oppugnatis a Turca Constantinopoli* (Basilea, 1556).

la batalla, que se retiró a Persia, donde la melancolía le acabó, y con él se acabaron los descendientes del turco Asumbeyo, no entrando más en el gobierno persiano príncipe turco. Quedando esta república gobernada los veinte años siguientes por dos antecesores de Casem Bech, más natural sarraceno que turco, y entrando Casem Bech en el gobierno de Persia, se levantó Ismael primero Soffí, con cuyo peregrino principio le daremos al libro segundo, pues hemos cumplido con los reyes extranjeros y los califas sarracenos y los turcos otomanos, que sucedieron en la monarquía persiana.

LIBRO SEGUNDO

DONDE SE DA CUENTA DEL PRINCIPIO DE LOS SOFÍES, Y DE
LAS GUERRAS QUE HAN TENIDO CON LOS TURCOS.
PARTE DELLAS EN QUE SE HALLÓ EL MISMO DON JUAN DE
PERSIA CON SU PADRE, LLAMADO SULTÁN ALÍ BEC BAYAT.

per nacido en ellos el gran Cesar, columna del cristianismo, Carlos Quinto, gloria de la Casa de Austria y gloria de España, y tanto indugencia de la fe, y tanta misericordia de todos los enemigos de ella, esto basta a hacer famosa aquella edad, que corte continúa con la nuestra; pero es nuestro propósito, y volviendo a él, digo que cuando son encontradas las compañías de Amado Alencón y Barroto de Italia, venidas con el Jovio, en el año de cuatro años del de

RELACION PRIMERA

DONDE SE TRATA DEL PRINCIPIO DEL PRIMERO Sofí DE PERSIA, CON OTRAS COSAS CURIOSAS QUE HACEN AL PROPÓSITO.

Llegó el año de mil quinientos, célebre y digno de memoria por muchos acontecimientos favorables a la cristiandad y no el menor las guerras que entre los mismos infieles abrasaban toda la Asia, porque habiendo muerto, como dijimos, Mahometo, le sucedió Bayaceto el segundo, por los años de 1481, el cual siempre aspirando al ambicioso y tirano intento de su padre, prosiguió las guerras con Caramano Abraham, y por otra parte no dió hora de sosiego a los mamelucos del Soldán del gran Cairo. ¿Pues qué diremos de los rompimientos y rebeliones de su hermano mayor Zezimo? Hasta su hijo Corcut, niño, se le rebeló en Constantinopla. Pero todas estas guerras van fuera de nuestro propósito, y así las dejamos para quien las ha escrito más al suyo; basta decir al nuestro que Bayaceto, viéndose pacífico y absoluto señor, le cansaron las armas, y dió en otros vicios bien fuera de lo que prometieron sus soberbios principios. Pero cuando no tuvieron los años de quinientos otra grandeza memorable sino ha-

ber nacido en ellos el gran César, columna del cristianismo, Carlos Quinto, gloria de la Casa de Austria y honra de España, y muro inexpugnable de la fe, y últimamente terror de todos los enemigos de ella, esto bastara a hacer famosa aquella edad, que corre continua con la nuestra; pero es salirnos de nuestro propósito, y volviendo a él, digo que aunque son encontradas las opiniones de Amando Zierixense y Bernardo de Brein Denbac, con el Jovio ¹, en veinte y cuatro años del de quinientos, habremos de ir con la común y decir que en este tiempo, que sería a esta cuenta el de cuatrocientos y setenta y dos, nació Ismael, que después se llamó Soff de Aidar, Arduel o Ardebil, que es señor de una ciudad llamada Ardeval. Era Aidar gran astrólogo y tenido de los mahometanos persas por santo, el cual, habiéndole nascido este hijo, profetizó que había de ser un gran príncipe, gran celador de la verdadera ley de Alí, yerno de Mahoma, y uno de los mayores señores de la Asia; y cumpliósse bien (como luego veremos) su profecía, y para que lo veamos con más claridad, será bien dejar declaradas dos cosas: una, qué ley era esta de Alí; y otra, quién era Ismael y de qué gente; y para la primera volveremos los años y la pluma a los de Mahoma, lo cual pasa así. Habiendo Mahoma alcanzado gran reputación entre los árabes, y fundado su falsa secta más a favor del apetito bestial de los hombres que conforme a ninguna verdad ni razón, viéndose cercano de la muerte a los sesenta y tres años de su edad, dejó la sucesión destos estados y la suprema autoridad de su secta, con nombre de Gran Califa (que

¹ Amando de Zieriksee, *Chronica compendiosissima ab exordio mundi* (Amberes, 1534); Breydenbach, ob. cit.; Paulo Jovio, *Comentarii delle cose de Turchi* (Venecia, 1541).

fué para añadir este disparate a los otros, hacerle como si dijéramos emperador y pontífice, o rey y arzobispo), Alí su yerno, marido de Fátima, hija de Mahoma de la primera mujer.

Había Mahoma casádose la segunda vez con Aisa, hija de Bubac, hombre de gran crédito. Sintió mucho Bubac que su yerno no le nombrase por sucesor suyo, y hubiese nombrado a un muchacho como Alí, de poca ciencia y de menos experiencia, y pareciéndole, como tan poderoso, que podrían sus armas y dineros lo que no pudo lo que a él le parecía razón, y hallando de su parecer a Omar y Otomán, juntando con ellos un poderoso ejército de árabes, desposeyó a Alí y quedó Bubac pacífico califa después de Mahoma. Murió en breve, y sucediéronle Omar y luego Otomán, los cuales pagaron bien la conjuración, porque a Omar le mató un esclavo suyo, que era un molinero persa, y a Otomán mató un soldado a traición, que se entiende fué echadizo de Alí, en cuya venganza Moabia, criado de Otomán, mató a Alí, según algunos; pero la verdad es que habiendo Alí vuelto a ser califa muertos sus enemigos, y habiendo adoptado un niño que halló en la puerta de una mezquita, a quien llamó Abdorrahemán y Ebnermarchén, éste, habiendo venido a ser hombre, en la misma mezquita donde le adoptó le mató con un alfanje untado con la grasa de una serpiente ponzoñosa que llaman en Persia *zahrquemar*. Sucedió esto en la ciudad de Cusa, puesta sobre las corrientes del Eufrates bajo de Bagdat, a la cual llaman los moros Masadal, que es lo mismo que la casa de Alí, porque Alí está sepultado en ella; y es una de las mezquitas más notables de toda la Asia, a donde concurren los persas a hacer sus romerías y sacrificios, con que tienen tan rica esta casa, que hay delante de la sepultura de Alí más de dos mil

lámparas de oro y plata. y en esta mezquita hay más de cuatrocientos Zeites, que los turcos llaman Faquines, que es, como si dijésemos, capellanes.

Volviendo, pues, a nuestro propósito, levantáron los de Cusa a Ozén, hijo de Alí, por califa, a quien también mataron, y a toda su casa, por orden de Iezid, en Moabia.

De las diferencias de Alí con Omar y Otomán, se levantaron grandísimas guerras y opiniones, porque los persianos dicen que conforme al testamento de Mahoma, Alí fué el verdadero califa, y su ley la verdadera, y los turcos, enseñados de los árabes, dicen que el verdadero califa fué Bubac, y su ley la verdadera.

Ahora será bien que declaremos quién era Aidar.

Era Aidar de la casa del mismo Alí, por la línea de Musa Casún su sobrino, y uno de los hijos de Ozén, hijo de Alí, y hijo de Fátima, hija de Mahoma; el cual, teniendo particular privanza con el rey de Persia que dijimos llamar Casem Bech, y llegó a tanto esta familiaridad, que le dió una hija suya el rey a Aidar, y le hizo su yerno; de suerte que por esta parte era de la casa de los reyes de Persia Ismael, y por la del padre ya dijimos que de la antiquísima casa de Alí; y por parte de la madre de su padre, era Aidar hijo de Marta cristiana, hija de Espina cristiana y de Usán Casano, rey de Armenia, y Espina fué hija de Juan, emperador de Trapisonda. De modo que no es mucho que los príncipes persianos sean y procuren de ser amigos de los reyes cristianos, pues la mitad de su casa y sangre viene y descende de la nobleza de los emperadores cristianos griegos.

Supuestos estos dos principios, digo que murió Casem Bech, rey de Persia, y le sucedió su hijo Jacupo, el cual, ofendido de tener por cuñado a Aidar, a quien

él tenía por hombre de cualidad desigual para cuñado de un rey tan poderoso, mató a Aidar, y lo mismo hiciera de Ismael su sobrino, que era entonces de hasta diez años, pero escapóse el muchacho, y dió consigo en los confines de Tartaria, y junto al mar de Baccú, en la ciudad de Zezián, se mantuvo de limosnas, hasta que el rey Firchaeli le crió en su corte, donde él, por fingir sus hipocresías, fué tenido casi por santo, y le empezó a seguir alguna gente.

Juan Botero cuenta esto diferentemente en sus *Relaciones*, y dice que este príncipe de Persia se llamaba Azembec, y que el hijo que le sucedió se llamaba Jacob Bech, y que mató a Aidar su cuñado, no por tenerse por afrentado; y en esto parece que lleva razón, que siendo Aidar por el padre de la nobleza de toda la Arabia, y por la madre de los reyes de Armenia y de los emperadores cristianos de Trapisonda, y él en posesión del señorío de Arduel, famosa ciudad, suficiente calidad y cantidad era ésta para dar su rey una tercera o cuarta hija suya. Lo cierto es que como Aidar era astrólogo y acertaba algunos prognósticos, tenía tanto crédito que se llevaba tras sí a toda Persia; de modo que el filo de la espada que le cortó la cabeza no fué de afrenta, sino de envidia. Dice más el Botero, que Aidar tuvo dos hijos, a Ismael y a Solimán, y que habiendo muerto a su padre Azembec, mandó a Amansar, capitán suyo, que los llevase a Zalga, lugar fortísimo y montañoso, que era como darles una muerte civil; pero Amansar le dijo a Ismael quién era, y le crió ascondidamente en su casa.

No sé a cuál de estas dos cosas me determine, porque de la primera hay más noticia en Persia, y esta segunda lleva más razón de haber sido así. Ismael, como quiera que sea, empezó de diez y nueve años a

predicar su nueva secta y a fingirse grande hipócrita, y a condenar las otras setenta y ocho sectas de los moros por herejías; con lo cual, habiendo empezado con doce o catorce hombres que se le allegaron, se halló en breve con trecientos bien armados, y con ellos dió en Persia con otro buen golpe de gente vagabunda y perdida, y tomó la ciudad de Simiach a saco, y ganando otras tierras convecinas al Armenia, se apoderó de ella; y habiendo salido en su demanda Jacupo, o Jacob Bech, tuvo traza cómo hacerle emponzoñar y matar, y habiendo el cuerpo en las manos, le quemó los huesos en venganza de su padre; con que se le pasó a Ismael toda la nobleza de Persia, y le empezaron a seguir los príncipes de los reyes comarcanos; y él, viéndose tan poderoso, se atrevió a emprender la jornada de la corte de los reyes persianos, que era la ciudad de Tauris, lugar de tanta grandeza por entonces, que afirman que tenía docientas mil casas, y la llamaban cabeza de la Armenia y del Oriente. Vino sobre ella, y la cercó y la rindió y la entró; aunque se escaparon de ella sus primos Levente y Morat Chamo.

En viéndose Ismael señor de Tauris, se empezó a llamar gran Sofí de Persia y se intitulaba Ismael Sofí Siach Arduelino Cuselvas Nazarii. Lo que quería decir este nombre era el gran Ismael, restaurador del chapirón, o sombrero o turbante de algodón o lana de las doce colores; porque, como vimos, la ley que seguían los persas era la de Alí, y Alí inventó esta manera de tocado, que era un bonete o copa de sombrero de algodón o lana bermejo, que eso quiere decir *cuselvas*, color bermejo; y como después veremos, los turcos llaman por eso *cuselvas* a los persianos. Encima deste bonete se echaban doce lazos o puntas de colores diferentes, y eso quiere decir *nazarii*, de doce.

Este resucitar esta manera de tocado y secta, pudo tanto en aquella gente novelera, que le hicieron a costa de su misma sangre, señor y príncipe de uno de los mayores estados y de los más calificados reinos de toda la Asia, llamándose gran Sofí de ella; y no Sofí por sabio, como algunos mal entendieron, pensando que venía de *sophos*, vocablo griego, sino de *solí*, que es vocablo persiano y quiere decir lana o algodón. Y con ver que Ismael Sofí era descendiente de Alí, yerno de Mahoma, y celador de la secta suya, y no de la de Omar y Otomar, quedó poderosísimo señor, aunque no pacífico, por las guerras que se le ofrecieron, durando hasta hoy entre los persianos y turcos. Pero este fué el principio que tuvo el primero Sofí.

RELACION II

DE LAS MUCHAS GUERRAS QUE SE LE OFRECIERON A ISMAEL SOFÍ.

Apenas tocó el cetro del nuevo imperio de los persas con la mano el gran Ismael Sofí, cuando fué menester desembarazarse de él, para empuñar la lanza y el alfanje contra tantos enemigos, y los que le daban más cuidado eran sus dos primos Levente y Morat Chamo, los cuales, puestos en la fortaleza de los montes Nisatos, entre la Armenia y Asiria, confiados en la aspereza del sitio y en el mucho número de gentes que tenían, salían a hacer notables daños, y se prometían no sólo los reinos propios perdidos, pero los ajenos. Sabida esta nueva por Ismael, juntó un copioso ejército, y fué en su demanda; y habiéndose careado con ellos y con sus gentes, los venció y desbarató y mató Levente, y

habiéndosele huído a Babilonia Morat Chamo, le siguió y le hizo huir de ella; y entrando el Sofí en Babilonia, quedó absoluto señor de Mesopotamia y lo más de la Media.

No le supieron muy bien estas nuevas al descuidado y dormido Bayaceto, y por una parte empezó a envidiar la buena fortuna de Ismael Sofí, y por otra a recelarse como tirano no pagase lo mucho que debía a los príncipes que había despojado de su reino y heredadas provincias, y obligóle más a hacer de la voluntad necesidad, ver que Techelle, discípulo de Aidar, padre de Ismael, gran hipócrita y gran soldado aceptando el cargo de capitán general de los persas sofianos, con gran multitud de naciones bárbaras salió por todas las tierras del turco, hasta llegar a Cilicia, donde venció a dos nietos de Bayaceto, y por falta de artillería no combatió a Iconio; y encontrándose con Corcuth, hijo de Bayaceto, pudo prenderle y matarle, y se contentó con hacerle retirar afrentosamente.

Pasó, siguiendo su buena fortuna, Techelle Cuselvas (que así la llaman) a Bitinia, y junto del río Sangario se encontró con Caracux, Beglerbey de la Natolia, que había avisado a Acomat, hijo mayor de Bayaceto, y los dos querían cogerle en medio de dos grandes ejércitos de turcos; pero entendiéolos y escapóseles, aunque no fué tan a su salvo, por ser tan grande ejército, que de la retaguardia no le matasen siete mil hombres. Pero él se vengó muy bien, que entró en la ciudad de Cuteya, metrópoli de Galacia, donde se había entrado Caracux, y saqueando la ciudad, prendió a Caracux, y pasó de paso. Quisiera combatir a Bursa, cabeza de Bitinia, y porque tuvo nuevas que Alí Baxá de Europa y Corcuth Sanjaco de Caslemoth, y el Sultán Acomat, le venían a las espaldas con uno de los mayores

ejércitos y más bien disciplinados que jamás Bayaceto había juntado, se fué haciendo a la larga y marchando más a la ligera, aunque disfrazando la huída y torciendo el viaje. pero no pudo tanto, que no le hiciese harto daño, porque Alí Baxá le mató infinita gente. Pero Techelle, rabioso de no poder satisfacerse, se desquitó en el pobre Beglerbey de Natolia, y a vista del campo de los turcos, le hizo empalar Alí. No por eso dejó de seguirle, y dejando a Sultán Acomat con la infantería, marchó con los caballos, y adelantándose con ocho mil, le alcanzó en el monte Oliga, delante de Angori, que fué antes Anciria, y ayudándose de los arcabuces a caballo, Techelle, arma con que pelean los persianos a caballo, desbarató a Alí, el cual, por meterse mucho, cayó muerto. Animáronse con esto los persianos, pero llegó Acomat con el resto del ejército y obligóle a proseguir su huída, trasponiendo el monte Oliga, y pasó el río Halis, y retiróse a Tasia, aunque llegó Junnus Baxá y general de los turcos, con un grande ejército de europeos, y le obligó a retirarse hasta la menor Armenia, donde estaba el Sofí, con que descansó por unos días contento y vanaglorioso (y con razón) de haber puesto en tanto aprieto los estados de Grecia de los turcos, que apenas les dejó ciudad que no sitiase, o a lo menos corriese sus atabales y viese sus puertas, pues hay quien afirme que estuvo tan cerca de Constantinopla, que llegó una mañana a caballo a romper las cadenas de la primera muralla. Salió el Sofí de la menor Armenia, para resistir a Sultán Alen, segundo hijo de Bayaceto, que estaba a la frontera de Persia, y aunque se carearon diversas veces los ejércitos, no sucedió cosa importante.

Por este tiempo, pocos días después, Selín, hijo de Bayaceto, con malos medios y con principios bien de

tirano, empezó a reinar en el imperio de Constantino-
pla, habiendo hecho matar a su padre con veneno
(costumbre bestial de la casa otomana, matar el que
sucede en el imperio a todos sus hermanos y aun pa-
dres, por que nadie de su sangre le inquiete).

De los hermanos que se le escaparon a Selín, fué uno
Sultán Amurath o Morato, el cual se fué a valer de su
mayor enemigo el Sofí. Es blasón de la casa persiana,
ser piadosos con los príncipes y reinos que quieren es-
tar a su devoción y ser sus amigos; y ansí Ismael Sofí,
no sólo hizo buen acogimiento a Sultán Amurath, pero
de enemigo le hizo amigo y pariente, y le casó con una
hija suya, y le dió treinta mil caballos para cobrar el
reino de Caramania, que decíase patrimonio suyo, se-
ñalado por su padre.

Todas estas cosas sintió notablemente Selín, y en-
fadándose cada día más de las libertades de los aficio-
nados al Sofí, hizo una ley de que nadie pudiese tratar
con los sofianos, poniendo penas gravísimas y prohi-
biendo la ley de Alf y condenándola por herejía, y ha-
ciendo un ejército de las gentes de Asia y Europa, que
llegó a ducientos mil hombres, de quien nombró por
general a Cheridemo Baxá, y Selín en persona quiso ha-
llarse en la jornada; y aunque fueron de parecer con-
trario los más de sus baxaes, por ser en el rigor del
invierno, pero con todo no bastó a reportarle de su
precipitada cólera, y caminó la vuelta de la ma-
yor Armenia y pasó el montè Tauro, aunque la nie-
ve le hacía ir más a espacio que él quisiera; y en todo
este discurso de jornada, no halló cosa en que hacer
daño, porque todo lo dejaban quemado y talado los
persianos.

Llegó Selín a la tierra de Aladulo, rey de Capadocia
en la Armenia, y importárale que le diera paso por

ella, por ser el camino más derecho y más seguro para los disignios de Selín; pero temiendo Aladulo que mañana se volvería Selín a Europa y quedaría por enemigo declarado del Sofí y los demás reyes sus vecinos, se determinó en excusarse con el turco, con mejores palabras que obras. Cosa fué ésta que la sintió en el alma, viendo que no era tan respectado ni temido como él creyó; y disimulando por entonces por ser fuerza (aunque para adelante en lo interior de su saña se la juró al armenio), hubo de echar a la mano siniestra cerca del Eufrates, y llegó al monte Lepro, perdiendo mucha de la ropa y bagajes y municiones, y algunos infantes retrasados por las muchas nieves. Al fin, habiendo pasado el gran río Araxe, raya de Armepín, llegó cerca de Coy, que fué la antigua ciudad de Artaxata, donde descubrió el campo de los persas y supo que estaba su sobrino Sultán Amurath, yerno del Sofí, que había promovido lo más de la Asia contra su tío Selín, el cual estaba muy poderoso con Ustaolago, capitán general del Sofí y valeroso soldado, esperando a Ismael Sofí para romper con Selín. Deseó Selín con hartas dádivas y hartas cautelas, haber a las manos a su sobrino; pero no fué posible, y ansí, habiendo llegado a Ismael Sofí con su ejército, y habiéndose juntado con Ustaolago y Amorato, se carearon los dos ejércitos, y el año de mil y quinientos y catorce, a veinte y seis de agosto, habiendo dado por la mañana la señal de acometer, se embistieron en los campos Calderanos, teniendo el ejército del persa trecientos mil caballos, sin la infantería; y Selín tan grande número, que parece fábula, si no hubiera pocos años ha, ancianos nuestros en Ispahán que lo vieron, los cuales afirman que tenía Selín cuatrocientos mil caballos y ochocientos mil infantes. Y habiendo durado la fuerza de

la escaramuza hasta a declinar el día, y los persas haciendo cosas tan notables, que se vieron cerca de Selín, y más de prenderle si su buena fortuna no se cansara, y el ánimo de Casín, Beglerbey de la Grecia, que aunque perdió muchos, escapó a su amo, y se rehizo de suerte, que habiendo muerto de un arcabuzazo a Ustaolago, hizo empezar a retirar a los persianos.

A este tiempo, oyendo Sinán Baxá, renegado de Epiro, que los genízaros no hacían lo que debían y suele aquella nación, cerró con el batallón del mismo Sofí, y habiéndolo herido en una espalda, fué causa de que se declarase la victoria por Selín, siendo el despojo que gozaron los turcos tal, que los dejó ricos para muchos días, aunque no le costó muy barato a Selín, pues de solos los caballos perdió treinta mil.

Ismael Sofí, de paso de esta retirada, tocó en Tauris, y les aconsejó por entonces se diesen al turco, señal de que él no quedaba para defenderlos, y entrándose con Amurath su yerno la tierra adentro, procuró reforzarse.

Selín, habiendo hecho gran sentimiento por la muerte de Casín Baxá, el cual, de herido y quebrantado, murió a pocos días, y dando las plazas de siete Sanjacos que perdió, a otros, llegó a Coy, y se la rindieron de paz, y pasando a Tauris, hicieron lo mismo; pero apenas hubo entrado, cuando le fué fuerza caminar casi a la posta, por llegarle nuevas que el Sofí volvía con dobladas fuerzas. Fué tanta la priesa del caminar, que se hallaron presto cerca del Eufrates, y Ismael no lejos de ellos, donde se ahogaron infinitos turcos, por no haber barquillos suficientes para pasar el río; pero, sin saber por qué, se volvió a retirar Ismael, y viéndose Selín desembarazado dél, no olvidando la injuria, a lo menos el poco respecto de el rey Aladulo, dió en sus tierras, y aunque él se acogió a las montañas, Selín hizo

harto daño, aunque de paso, en los lugares abiertos. Yéndose a Trapisonda, mandando despedir el ejército, se retiró a la ciudad de Amasia, esperando el año siguiente.

RELACION III

DONDE SE PROSIGUEN LAS GUERRAS DE ISMAEL CON SELÍN.

Venido el año de mil y quinientos y quince, no olvidando Selín los cuidados que le daba su sobrino Amurath, y el aumento de su persona cerca del Sofí, y por otra parte las libertades y gran poder de los Soldanes de Egipto, sin poderle detener los fríos y nieves, habiendo hecho llamamiento de sus gentes, partió a la vuelta de las Armenias, y por la primera cosa que intentó hacer, fué arruinar desta vez al rebelde Aladulo; pero él estando avisado, se huyó al monte Antinauro o Antiauro. Tenía Aladulo un pariente llamado Safo Varogló, a quien había muerto Aladulo el padre; éste, tomando ocasión de la venida de Selín, para su venganza se pasó a la parte del turco, y le descubrió los secretos caminos de aquellas montañas; lo cual sabido por Aladulo, bajó con quince mil caballos, pensando hacer algún buen efecto contra el turco; pero todo fué de ninguno, que al cabo al cabo vino a dar en las manos de Selín, y pagó lo de antaño y lo de hogaño, muriendo ahogado, y dando el reino Selín a Safo Varogló, con un tributo moderado. Desde aquí, inopinadamente, sin alcanzar la razón, se volvió Selín a Constantino-
pla. Quieren decir algunos que porque se le amotinaron los genízaros; pero no satisface esto a tan gran mudanza.

El año de mil y quinientos y diez y seis, viendo Selín

ocupados a los príncipes cristianos en guerras particulares unos con otros (cosa bien de llorar), volvió a Asia, dejando a su hijo Solimán en Andrinópolis, con poderes bastantes para todo el gobierno, y por su lugarteniente en la Natolia, al Baxá Chersiogoli, renegado esclavón. Y habiendo nombrado por general de todo el ejército y de una armada soberbísima que hizo, a Zafero, renegado húngaro, salió con mayores deseos que antes de no dejar memoria de los Sofíes de Persia. Llegó a Ismael el aviso de la venida de Selín, y procurando amigos, granjeó la voluntad de Campson Ciauro, soldán de Egipto, y él, con muchos rebeldes de Selín y una grande masa de ejército, se hizo hacia el mar de Baccú; pero queriendo el Soldán de Egipto mostrar que era enemigo declarado de Selín y amigo verdadero de Ismael, juntó catorce mil esclavos y otros tantos mamelucos, y habiendo mandado a Cayar Beyo, bravo capitán del Soldán, que juntase otro copioso ejército, se ofrecieron a la vista de Sinán Baxá, que traía la mayor parte de la gente del turco. Y habiéndose careado estos cuatro ejércitos, rompió con sus mamelucos Lamburdo Gazelle, que era todo el gobierno de el Soldán. Pero habiendo llegado Selín de retaguardia, le cogieron en medio; y teniendo travesado el monte Amaro, cerca de Alepo, que es Antioquía, pelearon tan valerosamente los turcos, particularmente aprovechándose de la artillería que habían hecho llevar en hombros, que no sólo dieron cabo del ejército gitano, pero el mismo Soldán murió, pisado y hollado de los caballos, siendo de edad de setenta y siete años. Pero las gracias, aunque malas, se las debieron a Cayar Beyo, que no peleó, antes desde luego se declaró por la parte de Selín; y siendo traidor a su príncipe, quiso más ser honrado

de el extranjero, que le había de tener por sospechoso amigo.

A todo esto estaba Ismael Sofí a la mira; y viendo encarnizado a Selín con los gitanos y mamelucos, le dejó de seguir y buscar, habiendo sido él el promovedor de aquel rompimiento.

Huyó Gazelle a Damasco, y tomó Selín a Alepo y otras muchas ciudades de la Suria; y habiendo sucedido en Egipto Tomón Beyo, no le bastó enviar por artillería a Rodas, que Sinán Baxá, con quince mil caballos, le fué mortal enemigo y le ganó la ciudad de Gaza. Quiso también el Gazelle hacer de las suyas, y volvió huyendo con seis mil mamelucos que había traído. Juntáronse Selín y Sinán, y cerca de Matera dieron en el enemigo, y hubo de huír el Soldán; porque habiendo enviado a pedir socorro a Ismael, como tenía obligación, se le negó, el por qué no se sabe, más de que el Soldán se retiró al Cairo, donde le siguió Selín, y entró en la ciudad, y pelearon en sus calles dos días, y al fin hubo de desampararla el Soldán Tomon Beyo, y huyó a Africa a la ciudad de Secusa, donde por orden de Selín le cogieron medio ahogado en una laguna, y le hizo empalar; con que se acabaron los Soldanes de Egipto. Y habiendo el Soldán Ioar fundado el gran Cairo el año de 979, le ganó Selín el año de 1517. Volvió el Gazelle de la Tebaida con algún socorro de gente; y hallando las cosas tan mudadas, se pasó al bando de Selín.

No falta quien diga que el Gazelle hizo esta traición antes de ser muerto el Soldán Tomón Beyo, mas lo primero parece más cierto.

Dejó Selín a Cayar Beyo por Beglerbey de Egipto, y al Gazelle por gobernador de Damasco, y a su yerno Farat Baxá con cuarenta mil caballos le dejó en las

fronteras del Sofí, para que se opusiesen a las novedades que intentaba Ismael. Retiróse Selín de la Grecia; empezó a querer hacer grandes armadas, no se supo para dónde, mas de que en la mitad de la ejecución de tan grandes alteraciones de guerras, teniendo suspensos a los príncipes de Europa y de Asia, murió en un lugar llamado Chorlu, por el mes de septiembre el año de 1519.

Por este propio tiempo, tres o cuatro años adelante, el año 1522 o el de 24, murió Ismael Sofí, de edad de 54 años, habiéndose acabado los bríos de los dos soberbios competidores casi en un tiempo. Dejó Ismael cuatro hijos; el mayor, y que le sucedió en el imperio persiano, llamado Tahamas; el segundo, Elías, que quedó con el principado de Mesopotamia; el tercero, Brechamo, que quedó con el reino de Media; el cuarto, Samirza, que quedó con la Partia.

Volvamos a los años de 1520 y digamos cómo en el mismo tiempo que el gran Carlos V se coronó en Aquisgrano, se coronó Solimán, hijo de Selín, en Constantinopla, el cual no hizo cosa de consideración, a lo menos que sea a nuestro propósito, hasta que el año de 1534, a persuasión de Abraham Baxá, que andaba poderosísimo contra los persas, juntó un razonable ejército y entró por la Asia; y guiado por Ulamán, fugitivo del Sofí Tahamas, llegó a Tauris. No quiso salir el Sofí a la defensa, antes se retiró la tierra adentro; y viendo Solimán que no podía sacalle a campaña, dió la vuelta a Babilonia y se coronó, por mano del califa della, por emperador de aquellas provincias.

Pasado el aplauso de la coronación, volvió Solimán y entró por Tauris, y enojado de no hallar a Tahamas Sofí, quemó a Tauris y pasó adelante. Llegaron las lástimas de Tauris a los ojos y a los oídos de Tahamas;

el cual, lastimado y aun corrido de ver tratar así a sus parientes, amigos y vasallos, convocando todas las gentes que pudo, pasó por Tauris, que fué acrecentarle el dolor, y siguiendo los que quedaron en las montañas de Rimac, los esperó, y haciéndose un poderoso ejército, caminó hasta Coinchay; y habiendo dado orden a Deliment, capitán suyo, que diese de noche en la retaguardia del ejército turquesco, a trece de octubre dió en los rezagados de Solimán, y como fuese el embestirlos de noche y con tanto ímpetu, era infinito el número de los turcos que caían muertos. Satisfízose Tahamas de los agravios recibidos, y no perdonaba a hombre que le veniese a las manos, y así degolló por las suyas propias hartos Beglerbeyes y hombres de cuenta, y de la caballería pasaron de cuarenta mil, siendo más de sesenta mil los infantes muertos, que fué una pérdida y afrenta de las mayores que la casa otomana recibió de los Sofíes persianos, que fué tal, que le obligó a Solimán a asentar paces con Tahamas, con que pudiese el Sofí castigar algunos rebeldes y con ciertas condiciones que en la relación siguiente veremos. Y así Tahamas se volvió a Persia; aunque no falta quien diga una cosa, que por ser peregrina y casi de risa, la refiero. Que Tahamas, ido Solimán, dió con el ejército que tenía en Babilonia o Bagdat, y quemó gran parte de la ciudad; y habiendo muerto el califa que coronó a Solimán pocos días antes, le desenterró, y enterró en su lugar un perro. No sé cómo, habiendo capitulado las paces con tantas fuerzas.

Solimán, viendo que le dejaban en paz en Asia, puso los ojos en Europa en los príncipes cristianos, y prosiguió las guerras de Hungría; y estando para tomar por fuerza de armas la fuerza de Liqueta, diez días antes de entrarla, murió de pena, según dicen, de no haber

podido ganar a Iula o Iulia. Reinó cuarenta y seis años, y sucedióle su hijo Selín, el cual emprendió en los primeros años de su imperio algunas cosas de poca importancia contra venecianos, aunque porfiando hizo el daño en ellos, que vido el mar de Negroponte. Juntó Selín una grande armada para bajar al Poniente, donde le rompió y desbarató Don Juan de Austria, hermano de la Majestad Católica del Rey Don Philipe segundo.

RELACION IIII

DE LAS GRANDES NOVEDADES QUE SUCEDIERON EN PERSIA ENTRE LOS HEREDEROS DE TAHAMAS, Y LAS GUERRAS DE LOS PERSIANOS CON AMURATES TERCERO.

Concluyeron sus paces Tahamas y Solimán, primero deste nombre y emperador otomano onceno, después de haber echado Tahamas el ejército turquesco de la ciudad de Tauris (que era la Ecbatana antigua); y aunque quedó maltratada del saco, se disimuló con el otomano, y pasaron las capitulaciones adelante de que el castillo de Queisen o Cheuferi, que los turcos llaman Cars, que se derribase sin quedarle conocida resistencia, y quedase, como quedó, en la obediencia de los persas ¹.

Estando en este estado las guerras del persa con el turco, murieron Solimán y Selín su hijo, que le sucedió en el imperio sin hacer cosa notable; y Tahamas

¹ Así como hasta aquí don Juan de Persia ha utilizado la *Monarquía eclesiástica*, de Pineda, de aquí en adelante tiene a la vista el libro de Minadoi, y aunque algunas veces le rectifica, casi siempre aprovecha sus datos.

murió de su enfermedad el año de mil y quinientos y setenta de nuestra Redención, a once de mayo. Dejó once hijos, el mayor llamado Mahamet, que un tiempo vivió en Herjia llamada aria, y después, por orden de su padre, en Iiras, y no Siras, como dice Minadoy (que es la antigua Persépolis). El segundo, que era Ismael, estuvo preso en el castillo de Gagaha, que está entre Casbín, que es Arsacia, y Tauris, distancia de ciento y cincuenta leguas de Casbín, y treinta de Tauris, torciendo hasta el reino de Ierván; y tenía allí su padre, por haber conocido en Ismael una inquietud de ánimo notable y una inclinación amiga de novedades, que casi siempre el viejo Tahamas previno a los altivos deseos del arrogante mozo, cuanto fué el prudente padre, hasta que la muerte le quitó tan cuerdo ayo. El tercero se llamaba Sultán Aider Mirza, que le tenían en guarda los parientes de su madre, y entre ellos Izacán Acta Osein y Piramahamet. El cuarto, llamado Sultán Mostafá, de madre cristiana georgiana. El quinto, Sultán Alimirza. El sexto, Bahiram Mirza. El séptimo, Ebrain Mirza; aunque estos cuatro menores y tres hijas que había de tan pequeña edad que no eran capaces de causar ninguna alteración, demás de ser todos de diferentes madres, sola Pericancanom, hija mayor, pudo causar las que luego veremos.

Era Mahamet enfermo de los ojos, y tanto, que era poco o nada lo que veía; y fuera deste inconveniente tan grande para entrar pacificando provincias y naciones tan inclinadas a novedades, no era amigo de las mismas cosas del gobierno, y así el viejo rey Tahamas, movido y aun casi forzado del parecer y voto de los Canes y Sultanes de su imperio, aunque contra el concepto que él mismo tenía de Ismael, hubo de nombrarle en su testamento por sucesor suyo, anteponién-

dole a Mahamet su primogénito y hijo mayor (cosa usada entre las naciones bárbaras), aunque aquí parece estar disculpado Tahamas, por ser Mahamet ciego y no ágil para la importancia de un reino tan necesitado de un señor y príncipe, no sólo con ojos, pero con más que la antigüedad atribuyó a Argos.

Enviaron los Canes y Sultanes, en virtud del testamento, por Ismael; pero antes que llegase, la infanta que decimos llamarse Pericancanom (que en la lengua pérsica es lo mismo que hermana de Mostafá Mirza), aconsejada de Kamal, tío suyo y hermano de su madre, georgiano y cristiano, persuadió a los Canes y Sultanes revocasen, o a lo menos suspendiesen, la ejecución del testamento, y pusiesen a su medio hermano Aider Mirza en la silla y gobierno; aunque no falta quien diga que esto no nació de la misma infanta, que antes siempre fué de parecer que Ismael sucediese en el reino y se cumpliese el testamento de su padre; pero descubriendo algunas conjuraciones contra Ismael y en favor de Aider Mirza, disimuló lo que tenía en el pecho por descubrir más los rebeldes; y visto que era imposible no dilatarse por algunos días la venida de Ismael, vino en la coronación de Aider, el cual apenas fué puesto en la silla, cuando le convino huír y esconderse en el palacio de las mujeres que los turcos llaman *saray* y los persas *haram*, donde, habiendo entrado tras dél Xamhac, le mató a puñaladas con otros de los parciales de Ismael, con que se acabaron los tumultos y novedades que prometió la repentina y nueva coronación de Aider.

Llegó, poco después de la muerte de Aider, Ismael a la ciudad y corte de Casbín, y fué recibido de todos con un general aplauso, el cual hasta ser coronado, mostró una afabilidad que se echaba de ver que era

bien violento en su inquieto ánimo, pues apenas amaneció rey absoluto, pospuesta la costumbre piadosa de reyes persas y de la casa de los sofianos, mató los hermanos menores que pudo haber, y de los Canes y Sultanes que tuvo bastante información que se hallaron en la coronación de Aider Mirza, no dejó uno.

No se contentó con esto el arrojado Ismael, sino que intentó dejar la secta de los sofianos y persas, que era la de Alí, como ya dijimos en el principio del imperio de los Sofís en Persia, y seguir la de Abubaxic y Osmán y Omar y los demás que siguen los turcos; cosa que si antes se entendiera de hacerle rey, le hicieran pedazos. Y en prosecución desta fama que se empezó a publicar, se derramó otra, que quería irse a coronar a Babilonia (que hoy es Bagdat), como Solimán y los demás turcos acostumbraron, de mano del gran Califa.

Entendido esto por la hermana y Sultanes, le trazaron la muerte tan apriesa, que entrando una noche en el *haram* en hábito de mujeres, los mismos sultanes le mataron, como los senadores a Julio César. Fué su muerte a veinte y cuatro de noviembre del año de mil y quinientos y setenta y siete. Quedó por su muerte Pericananom su hermana, en conformidad de los Sultanes, por gobernadora, esperando a ver a quién ponían de sus hermanos en la silla de Persia.

Emircán quería casar con una hermana de Pericananom que le quería bien, y no sé si se le hinchó la cabeza de aire y creyó poder ser rey de Persia.

Mirza Salmán, primero de los Sultanes de aquella puerta, quería poner en la silla a Mahamet, hermano de Ismael, o a Emirhamze Mirza, su hijo mayor, y casarle con una hija suya. Otros querían traer Abas Mirza, su hermano menor, de Heri, de donde estaba. Otros querían al infante Tahamas. Duró este mal modo

y gobierno, poniendo príncipes y matando reyes, siete años, siete meses y siete días.

Amurates tercero, que había sucedido a su padre Selín, hijo de Solimán, codicioso de pasar a Babilonia y ganar todo el restante de Asia, y especialmente la Persia y la Georgia o Gurgia, que allá llaman Gurgistán, y los reinos que en la Asia tiene el moscovita, y que después veremos, quitado el espantajo del valor de Tahamas tan temido de los turcos, tomó ocasión de la confusión y guerras civiles de los persianos. Y después de muchos pareceres, nombró por general del ejército que se había de hacer a Mostafá Baxá, y envió a mandar a los Baxaes de Uván de Babilonia y de Erzirún, en los confines de la Capadocia y de la Armenia mayor, que con diversas correrías destruyesen las villas y castillos de los cuselvas, que así llamaban los turcos a los persianos, y los promoviesen a la nueva guerra y rompimiento.

Llegaron estas nuevas de las alteraciones de la Grecia y jornada del ejército de Amurates a Persia y a la Georgia, a tiempo que Mahamet Codabanda, dicho así porque decía él que era esclavo de Dios y enviado por Dios milagrosamente, tras la muerte de sus hermanos, porque era ciego, como interpreta Tomas Minadoy, yerro que nació de no entender la etimología del vocablo de la lengua persiana. Entró Mahamet pacíficamente a tomar la posesión del reino de Persia, en compañía de su hijo mayor Emirhamze Mirza, el cual había dado muestras de tan prudente, que aunque su padre era ciego, podía suplir el defecto corporal suyo, la luz del entendimiento del príncipe, que aunque infiel, le hizo Dios merced de darle un agudo ingenio y pronta deliberación; siendo siempre Mirza Salmán el que más ayudó a pacificar aquellos reinos y a aceptar a su le-

gítimo señor; y aunque era el menor Sultán, pero el de mayor ánimo en esta ocasión, pues fué el primero que ayudó a quitar la cabeza de la malvada fraticida Pericancanom, en las puertas de Casbín, trayéndola en una lanza sangrienta y descabellada, espectáculo triste y horrible, aunque de mujer culpada, por ser hija y hermana de sus propios reyes. Con esto quedó quieto y pacífico Mahamet Codabanda, y su hijo Emirhamze en la corona de Persia, aunque les duró poco la quietud y descanso con la llegada del ejército turquesco.

RELACION V

DONDE SE CUENTAN LAS GUERRAS DE AMURATES Y MAHAMED SOFÍ, Y SE DA RAZÓN DE LA GEORGIA Y DE LOS SEÑORES DE ELLA.

Dejó pasar el invierno Mostafá, y en empezando a mejorarse el tiempo usó de la potestad del nuevo cargo de general, hizo marchar el ejército, cuya masa se había juntado en Erzirún, a las ruinas de Cars, y empezó alojarse en unos montes llamados Zuyeldei. Sería el ejército cantidad de docientas mil personas escasamente, los cien mil bien armados, siendo las naciones muchas, como son bitinios, frigios y los de Palestina y Judea, y los de Ponto y Libia y Egipto y Hungría y Africa; y bien bastecido de los bastimentos que el general Aliucheli había llevado al puerto de Trapezonte con las galeras, para que de Trapisonda se llevasen a Erzirún, plantó y formó su ejército Mostafá, fortaleciéndole de quinientas piezas de artillería pequeña.

Entendió el nuevo rey Mahamet los disignios de Mostafá, y habiendo juntado un razonable ejército, Taco-

mac Sultán, Can y gobernador de Iraván y Nacchiván, a quien eligió el rey por general de la gente de Atropatria, Media la mayor, Georgia y Persia, y de las ciudades de Amadán, Gange, Tauris, Masi, Nacchivan, Marent, Ardebil, Sofián, Garagach, Turcomán, Gravat, que llegaría todo este número escasamente a treinta mil caballos, y un buen golpe de infantería, marchó aprisa teniendo relación de que habiendo marchado Mostafá desde Erzirún y Cars, había venido por sus jornadas ordinarias a los llanos de Quieldier, y que el número de la gente era de hasta cuarenta mil hombres de diversas naciones y no bien armados, aunque le avisaron de que venían entre ellos excelentes capitanes y soldados, como eran Ustres Baxá de Uván, Sinán Baxá, Beirán Baxá, Drevis Baxá de Carahemit, Mahamet Baxá. No le admiraron a Tocomac los capitanes, pero admiróle el pequeño número del ejército, siendo traído de tan remotas provincias y enviado de príncipe tan poderoso y puesto entre enemigos tantos y tan fuertes, y siendo para conquistar no menos que toda la Persia, pues esa era la pública voz. Hicieron tanto con Tocomac los capitanes persianos mozos, que le obligaron a creer lo que no creía como experto y práctico soldado. Habiéndole, pues, metido los corredores tan a vista y tan cerca del primero cuerpo del ejército, que parecía ser de los cuarenta mil que ellos decían, donde sólo parecían las insignias de los Baxaes Bairán y Drevis, cosa que le dió más a sospechar que Mostafá (como es la verdad) quedaba con el mayor golpe de la gente emboscado, no pudo menos que embistirlos animosamente, y viendo tan empeñado su honor; pero apenas se trabó la primera escaramuza, cuando Mostafá le embistió por el lado derecho con más de sesenta mil hombres tan animosamente, que a no juntarse dos cosas, la experien-

cia de Tocomac y la noche que sobrevino, no escapara persiano. Pero conoció Tocomac el peligro en que estaba, y retirándose por lo montuoso de la tierra, usando de mil estratagemas, pudo escapar, pero no con tan poca pérdida que no pasasen de siete mil, habiendo quedado entre ellos tres mil captivos.

Despachó Mostafá a Amurates las alegres nuevas de la victoria; y habiéndole respondido amigablemente, a lo que parece fué orden de Amurates que quitase las cabezas a los tres mil captivos y que se trinchease con ellas; lo cual cumplió (bestialidad y crueldad de ningún príncipe bárbaro jamás oída). Este espantoso suceso dió ánimo para declararse algunos príncipes que estaban a devoción del persa, en favor de Amurates, y así se pasaron al ejército de Mostafá, Salmas georgiano y Levente, nuevo señor de la Georgia, y Muncher, señor de la Georgia desposeído, hijo de la viuda de Desmit, los cuales se vinieron al ejército de Mostafá; y habiéndoles hecho muchas caricias el general turco, despachó con el aviso dello Amurates, como tan importante principio para el fin que se pretendía.

Y para que se entienda más claro, porque convendrá adelante, quién son estos gurgianos o georgianos, es necesario saber lo que es la provincia llamada Georgia, que es la que llamaron antiguamente Iberia, que por Occidente confina con los Cólquides y los Mengrelios, y por Oriente con la Media Atropatia, que hoy llaman reino de Gerván, y por Septentrión con Albania, dicha agora la Zuiria, y por Austro con la Armenia peñascosa y montuosa, bañada de muchos ríos, y en especial del Ciro, que abre el seno desta provincia, con quien se continúa el famoso río Aras, en el monte Tauro, en la parte del monte Periardo al lado del monte Abo; y corriendo por Oriente hasta los confines de Gerván,

revuelve al Occidente por el aspecto del Septentrión, donde entra en el Ciro y pasa Arax, ciudad de Armenia, bajando hasta la campaña Arasena, que hoy son los campos Calderanos, y de allí desagua en el mar Caspio, que ahora llama Curzum.

Hay diversas provincias, y en ellas muchos señores, como duques, marqueses y condes, y entre ellos los más poderosos son los hijos de la viuda de Lavarza Mirza, Municher y Alexandro; llamados David Simón¹; y Levendogli, llamado de los de la tierra Eskender y de nosotros Alexandro, y por sobrenombre Magno. También es otro señor Guisuf, hijo de Gory el viejo; Sahamal, también señor de aquellos estados, y tiene su tierra entre las de Gerván y de Alexandro, y tenía un hijo que le sucedió (cuando le mató Osmán). Vive este hijo de Sahamal en un monte que los turcos llaman Brus, tierra asperísima y donde jamás falta nieve. También hay otro señor en la Georgia poderoso, llamado Basa Quiuch, con cuyas tierras confinan las de Gory y las divide el lago de Esequia, y por Levante tiene el condado de Levente; pero Guisuf y Gory diéronse a los turcos, y Guisuf renegó.

Alexandro, hermano mayor de Municher, tiene su tierra que confina con Cars por Occidente, y al Oriente con la tierra de David y Simón, que la baña el Aras y es la cabeza Altumcala, que es castillo de oro, entre Teflis y Cars, ceñido y cercado de la aspereza del Peirardo.

Había Labasap por su testamento dejado sus estados a Simón, su hijo mayor; pero David, socorrido del rey

¹ Aquí hay una omisión, del autor o de la imprenta. Debiera decir, como lo hace Minadoi, que David y Simón eran hijos de Labasap.

Tahamas con cuatro mil hombres, se apoderó de la tierra y se vino al servicio del rey de Persia, y renegó, y se llamó Daud Can, y el rey le hizo Can de Teflis; y a Simón, porque no quiso renegar, fué preso y llevado al castillo de Gahagaha.

Las ciudades de estos dos hermanos son Teflis, Cori, Tomanis, Quieres, Guarcingala; aunque Teflis es la cabeza, bañada del río Quiurquiur, que entra en el río Arase y tiene por la tramontana el Cáucaso.

Los turcos han procurado arruinar estas tierras, y así las han ocupado y entrádoles por cuatro diferentes partes, que les parecían a los propios naturales imposibles de allanar, enviando a Armidia al Mar Mayor por el lado de los Albanos, y trayendo a Abdilquiyay, príncipe de los tártaros, sobre el reino de Gerván, y por los otros dos estrechos caminando el ejército de los turcos; el uno de esta parte del lago Esequia, donde está la ciudad de Basachiuch y otros pueblos sujetos al príncipe georgiano, que dijimos llamarse Basachiuch; y el otro estrecho es opuesto a éste, lleno de enebros y pinos, que es por donde dice Estrabon, lib. II, que es por la que pasó Pompeyo y Canidio.

Ultimamente, el hijo de Levente, que dijimos llamarse Eskender, hermano de Isacán, entre Iraván y Gerván, tiene sus estados más hacia la Armenia, confinando con la Atropatia. Residen los señores de este estado en Zagam. Renegó Isachán, hermano de Alexandro, y procuró introducirle en el señorío Tahamas, y no pudo.

Concluyamos esta descripción de Georgia con decir que hay en las últimas partes de ella unos tártaros vagabundos llamados perecroseos, los cuales habitan las faldas del Cáucaso, hacia el corriente del Volga o Eder.

Con el nuevo socorro de los georgianos, que por ser en sus propias tierras era importantísimo, aunque

poco, y guiado Mostafá de Manicher el nuevo amigo, caminó, aunque con dificultad, por las grandes lluvias, cerca de la laguna Quierdergul, de donde nace el río Eufrates, y fué al castillo de Arquiquelich, que le tenían los turcos, y refrescó el ejército, hallando buena comodidad en los prados que cercaban la laguna, y pasó adelante por las ruinas de Vanachul, ciudad antigua que fundaron los Cruzados que ganaron a Hierusalem, y hoy día hay capellanes y número de gente cristiana, católicos y sujetos a Roma. Caminó el ejército adelante y subió al monte de Teflis; y habiendo pasado su cumbre, bajaron sin detenerse y ocuparon un castillo llamado Gurgicalasi, que está junto al río de la ciudad de Teflis. Aquí, viendo apacible la campaña, empezaron a desmandarse algunas bandas de turcos a robar la tierra; pero Usuf y Daud, juntos con Alexandro, deseosos de hacer algo en favor del persa y de sus estados y patria, dieron en los turcos desmandados y mataron no pocos; pero todo esto no bastó para poder defender a Teflis, porque Daud, que se había vuelto a entrar en ella, considerando la grandeza de el ejército turquesco, la desamparó, pareciéndole más sano partido andar en campaña con sus amigos. Mostafá llegó a la ciudad y reparó la roca y fuerte de la ciudad, y puso cien piezas de batir en ella y seis mil hombres, y dejando por gobernador a Mahamet Baxá, hijo de Ferath Baxá, y caminó la vuelta de la provincia de Gerván; pero los turcos de Alepo y de Suria, cansados de tantas jornadas, sin bastar ruegos de Mostafá ni protestas, se volvieron con Nasardín Cheleby, capitán suyo. Mas si bien libres anduvieron, presto lo pagaron, dando en las manos de los georgianos en viéndolos apartados del ejército, y escaparon bien pocos.

Pasó Mostafá el río Escoceso ¹, adonde le vinieron embajadores, que le quería venir a ver Alexandro y dar la obediencia a Amurates y darle paso por su tierra (tanta es la inconstancia de aquellos príncipes tan fáciles de mudar amigos como religión). Estima Mostafá el ofrecerle paso en la ocasión presente, y aceptándolo y dándole la ropa que suelen dar los emperadores otomanos a los príncipes extranjeros que se confederan con ellos o ganan nuevos reinos, se volvió muy contento Alexandro, y Mostafá caminó adelante doce días enteros, por pantanos y cañaverales, con tanta descomodidad, que más de una vez renegaron los soldados de las ambiciones de Amurates y de las vanaglorias de Mostafá; pero en efecto llegaron a los confines de los Medos, y allí vinieron con más miedo que gusto los de la ciudad de Sequi, que es fin del reino de Gerván, y se dieron a partido rindiéndose todos los más que viven en las riberas del río Canac.

Hallábase el ejército muy fatigado y falto de bastimentos, y apretaban al general que les diesen un día de descanso; y por ser la parte a donde estaban no muy a propósito, por consejo de los de la misma tierra envió Mostafá doce mil turcos no muy bien armados con algunos Espahines, Zaines y Sanjacos. Por haberles dicho que, pasadas las lagunas donde se junta el río Aras y Canac, había muy grandes prados y mucho arroz, trigo y cebada y grandes rebaños de ganado, creyéronlo así y fueron.

¹ No hay tal río Escoceso, y se trata de una mala traducción que Antonio de Herrera, a quien sigue don Juan de Persia, hizo del texto de Minadol. Este dice, que había «Mustaffa varcato il scosceso e l'erto del monti di Tiflis...» Herrera tradujo: «Y auiendo passado Mustafá el río Escoceso y el gran monte de Teflis...»

Habíanles andado a las espaldas, deseando una ocasión semejante, desde la rota de Quieldier, Tocomac, Aliculichán, Emangulichán, Serafchán, y dieron en ellos en apartándose del ejército, y no escapó turco, aunque gozaron poco del gusto de esta victoria los capitanes persas; porque dando los que quedaron aviso a Mostafá, cogió los victoriosos en una península entre los dos ríos Arase y Canac, siendo los primeros que los embistieron Beirán Baxá y Druis Baxá, cargando Mostafá con el resto del ejército últimamente, donde les fué forzoso a Tocomac y a los demás mostrar las manos, y tan de veras, que no se escapó hombre, aun de la gente de servicio de los persas, que no pelease como el más aventajado capitán, y así fué grande la mortandad de ambas partes y apenas pudieron escapar a nado los capitanes, siendo Tocomac el primero que los animó a pasar el río, quedando muertos de los persianos sin número y de los turcos doce mil vivanderos y tres mil soldados de cuenta. Retiráronse, pasada esta pérdida, Emangulichán a Genche, Seraf Can a Nacchiván, Tocomac a Iraván, sin salir a buscar al enemigo hasta ver orden de su rey y príncipe.

RELACION VI

DONDE SE PROSIGUEN LOS SUCESOS DEL EJÉRCITO DE AMURATES CONTRA MAHAMET CODABANDA, REY DE PERSIA, Y SE CUENTA LA MUERTE DE ABDILQUIRAY, PRÍNCIPE TÁRTARO, Y POR QUÉ FUÉ.

Aunque los confines del reino de Gerván parecían ser a devoción de Amurates, apenas venían los embajadores de paz de unos pueblos, cuando venían avisos de que estaban rebelados otros, y así Mostafá se de-

terminó de esta vez de pasar el Canac, aunque blasfemaban los de su ejército de sus porfías, tan a costa de la vida de sus soldados; pero al fin le siguieron con tanta descomodidad, que perdió más de ocho mil. Al fin llegó a la ciudad de Eres, que es la primera de aquel reino, y hallóla desamparada, como había hallado antes a Sumachia, porque Samir Can se había huído a la montaña; y juntáronse Samir Can y Aras Can, y se estuvieron a la mira de lo que hacía el ejército turquesco.

Veinte y dos días estuvo Mostafá en la ciudad de Eres, y habiendo labrado un fuerte en ella y puesto cien esmeriles, dejó a Caitas Baxá con cinco mil soldados, y envió a Osmán Baxá con diez mil soldados a ocupar la ciudad de Sumachia, que agora llaman Sumachi (cabeza de Gerván), puesta en el camino de Derbent, dicha Demircapi y otro tiempo Alexandría. Diéronse los de Sumachi a Osmán y los de Derbent, aunque eran vasallos del persiano.

Y pareciéndole a Mostafá que dejaba los negocios de la Georgia en buen punto y aumentada la opinión de su príncipe en aquellas provincias, dió la vuelta (cosa bien agradable a sus cansados soldados), y pasando por las tierras de Leventogli y de Sahamal, señor de Bruz, que le vino a ver y se le ofreció y quedaron grandes amigos, hizo una puente en el Canac y volvió a Teflis, donde descansó el ejército dos días, habiéndole guiado la gente de Alexandro por aquellas partes montuosas, donde pasaron no pocas hambres y trabajos. Al fin salió de los confines de los pueblos de los georgianos, y al salir de ellos (habiéndose quedado con la retaguardia y la ropa y enfermos Hasaín Baxá, hijo de Granbulat), fué saqueado de los georgianos (que andaban en las montañas), pero todo lo llevaron

los turcos en paciencia, cuando tras mil peregrinaciones se huyeron a Erzirún, donde habiéndose traído Mostafá los hijos de la viuda georgiana, despidió el ejército, avisando de todo a Amurates.

Entretanto que descansaba Mostafá, no descansaba el rey de Persia ni su hijo (había venido a llamamiento de los turcos, para confederarse con ellos contra el rey persiano Abdirquiray, mozo galán entre los turcos precopenses, príncipe de los tártaros, y había traído un razonable ejército de los confines de la laguna Meótide y las riberas escocesas del Mar Negro). Y habíale escrito Osmán a los tártaros, por orden de Mostafá y Amurates, que hiciesen todos los daños y correrías que pudiesen en el reino de Gerván; los cuales lo empezaron a hacer así. Estas nuevas llegaron a la corte de Casbín, donde estaba el rey de Persia Mahamet y su hijo el príncipe Emiranze. Y adviértese que lo mismo es decir el príncipe Emiranze que decir Anzamirza. Y tras mil pareceres y consejos de lo que se haría, seguros los persas de que por el rigor del tiempo no podía por entonces venir socorro a los Baxaes que quedaban por gobernadores de las plazas ganadas por Mostafá, se resolvió el príncipe de partir la vuelta del reino de Gerván, con doce mil caballos; lo uno para refrenar los tártaros, y lo otro, para castigar a los pueblos del reino de Gerván que se dieron al turco, sin obligarles necesidad a ello, como fueron los de Sequi y otros. Y en esta jornada no quiso Bagún, madre del príncipe, desampararle, que aunque madre de hombre varón, estaba en buena edad y más hermosa de lo que era menester una reina y mujer cuerda. Caminó el príncipe, y llevando a Mirize Salmas consigo, pasó la tierra de Ardebil y de Catacach; pero detúvose aquí por lo que agora diré.

Aras Can, con otros señores de la provincia de Gerbán (corridos de que ellos anduviesen peregrinando y los turcos les tuviesen sus tierras), habiendo cogido los avisos del príncipe tártaro a Osmán Baxá y de Osmán Baxá al tártaro, salió con un razonable escuadrón, queriendo hacer alguna facción de importancia; y hùbose Aras Can tan indiscretamente, que entendió sus designios el tártaro, y dió en él, y le desbarató y prendió, y lo envió a Osmán Baxá, el cual lo ahorcó luego. Supo esto el príncipe de Persia junto a la ciudad de Eres, habiéndosele juntado como otros diez mil caballos; y sabiendo que Caitas Baxá andaba fuera del fuerte robando y talando la tierra, dió en él de repente y le mató sietecientos turcos y cobró la ciudad; y los docientos esmeriles que había dejado allí Mostafá, los envió a Casbín.

Animoso con esta victoria el persiano, y dejando a su madre en Eres, pasó la vuelta de Sumachia, y como fué tan de repente su ida, llegó a la vista del ejército tártaro, y vídole tan desordenado y tan fuera de el buen gobierno de gente práctica en la milicia, así en el asiento como en el descuido de las centinelas, que se resolvió a una cosa notable, que fué en embestirlos. Sucedióle bien, porque en la guerra la diligencia suele ser madre de la buena ventura. Cuando los tártaros quisieron volver sobre sí, ya los más estaban muertos y su príncipe Abdilquiray preso, al cual envió el príncipe Emiramze con buena guarda a Casbín.

Deshechos los tártaros, no se contentó Emiramze con esta victoria, sino que siguiendo su buena fortuna, dió sobre Osmán Baxá, que había quedado por gobernador de Sumachia, y escapósele por su buena industria y huyó a Derbent; pero fuéle fuerza dejar la ciudad y artillería y amigos, en la cual entrando el príncipe

hizo grandes castigos y arrasó las murallas. Y volviendo a donde había dejado a su madre Bagún, se la llevó consigo a Casbín, donde entró cargado de despojos de enemigos turcos y tártaros, dejando pasar el rigor del tiempo.

Dos cosas pasaron en aquel tiempo en aquellas provincias, que de más de ser importantes para adelante, no es razón pasarlas en silencio. Estaba preso, como dijimos, en Casbín, Abdilquiray, príncipe de los tártaros y hermano de Tartarchán, gran príncipe y monarca dellos. Trataba Mahamet al tártaro no como a enemigo preso, sino como amigo y vecino; y los pensamientos del Sofí eran casarle con una hija suya para emparentar con los tártaros y obligarles por este camino a su amistad. Pero descubrióse una celada notable, que Abdilquiray, poniendo los ojos en la reina, mujer de Mahamet Sofí y madre de Emiramze, hallando en ella alguna correspondencia, trató amores ilícitos; lo cual entendido por los sultanes, entraron y mataron a la reina y al tártaro. Esta fama publicaron los sultanes; pero lo cierto es (aunque lo que hemos dicho lo afirma Tomás Minadoy), que los sultanes, invidiosos de la privanza del tártaro con Mahamet Codabanda, y temerosos de que le quisiese hacer su yerno (como es la verdad, e introducirle en el gobierno de Persia), lo mataron por no sufrir a un extranjero, y levantando este testimonio a la reina, pagó su inocente honra la invidia de sus vasallos.

Otro caso sucedió en aquel tiempo, que Osmán Baxá, profesando particular amistad con Sahamal, príncipe georgiano, le obligó a que le diera a su hija por mujer. Dióselo el viejo Sahamal; pero como la consciencia le apretaba de verse suegro de su capital enemigo, y fuera de la amistad de sus príncipes y de su sangre

y parientes, empezó a dar trazas ocultamente de reducirse a la amistad del persa. Entendiólo Osmán por medio de su mujer; enviando a llamar al pobre suegro sobre seguro, le cortó la cabeza, para escarmiento de los que se fían de amigos bárbaros y infieles.

El turco Amurates, el año siguiente, solicitado de Osmán y de las relaciones de Mostafá, que estaba en Erzirún, y de Tartarchán. El tártaro, ofendido del persa por la muerte de su hermano Abdilquiray (aunque éste no cumplió lo que ofreció), se resolvió de fortificar el camino que va desde Erzirún a la Georgia, y así hizo traer canteros y maestros de Alepo, Damasco, Carahemit, Suria, Mesopotamia y Egipto.

En este tiempo Manicher renegó en Constantinopla y llamóse Mostafá, con título de Baxá de Altuncalá; pero Alexandro su hermano no quiso renegar, y así Amurates le mandó prender y se le entregó a su hermano el renegado Mostafá, preso, para que hiciese su voluntad; el cual, llevando consigo con buena guarda a Alexandro, se partió como vasallo del turco a sus tierras.

No dormía el rey de Persia, antes previniendo lo que le parecía necesario, dió título de general a Emangulichán, gobernador de Genche, y con particular orden para que resistiese a Osmán y le echase de Demircapi; y para esto se mandó que se juntasen con él y le obedeciesen, Emirçán, gobernador de Tauris, y Tocomac, gobernador de Ierbán, y a Seraf Can, gobernador de Nacchiván, y dióse orden para que se juntase con ellos el hijo de Sahamal; aunque él no quiso obedecer a este mandato.

Estando las cosas en este punto, sucedieron dos cosas bien fuera de la esperanza de todos los persianos: que Daud Can, estando favorecido del persa después

que renegó, sin darle ocasión se huyó a Amurates. La otra fué que Simón, el que estaba preso, hermano de Daud, habiendo perseverado en ser cristiano tanto tiempo, pudieron malas compañías de otros delincuentes presos, reducirle a que renegase, y así renegó y se le dió libertad, y se restituyó a su tierra con título de Can de ella.

El cual, por hacer algún servicio de cuenta, juntóse con Aligulichán; llevando algunas piezas de artillería de las que se tomaron a los turcos, con tres mil caballos, corrieron por toda la Georgia.

RELACION VII

DE LOS SUCESOS DEL RENEGADO SIMÓN ALIGULICHÁN
CON LOS TURCOS, Y DE LAS NOVEDADES DE LOS EJÉRCITOS
DE AMURATES Y MUNICHER.

Mostafá, en cumplimiento del mandato de su señor Amurates, recogido con los maestros de cantería que vinieron de Egipto y de Menfi, que es el Cairo, y de Damasco y otras partes, hizo una gran fábrica en Cars y envió a socorrer a Teflis con Azán Baxá, gran soldado, hijo de Mahamet, primero Visier de la Puerta y Baxá de Damasco, y con él invió a Resván Baxá, cabeza de algunos aventureros.

Tuvieron noticia Simón y Aligulichán de este socorro, y llegando a noticia suya de que no eran más de hasta ocho mil turcos, aunque los engañaron, que más eran de veinte mil, se emboscaron Simón y Aligulichán alrededor de Teflis y Tomanis, y cuando les pareció la ocasión a propósito, dieron en los turcos y les mataron muchísimos; y entre los hombres de cuenta se

perdió con su bandera Mustafá, Bey de Caíser en Carmania. Sintió este golpe Azán, más por el honor suyo que por la pérdida; y deseoso de satisfacerse, hizo muestra de huír y haberles cobrado miedo, hasta sacarlos de los bosques. Aliculichán, ciego con la cólera y engolosinado con aquella poca fortuna, se metió tanto en los turcos, que cuando le quiso socorrer su amigo Simón, no pudo, y ansí, matándole Azán Baxá muchos georgianos y persianos, le prendió, y lo mismo hiciera de Simón si no se le escapara; y contento con la presa, habiendo tardado doce días, metió el socorro en Teflis.

Halló con harta necesidad de socorro a los afligidos turcos, y puso en lugar de Mahamet Baxá, a Amet Baxá Agi Beolli, y puso tres mil turcos de refresco, y pareciéndole no estar muy fuerte ni muy segura aquella plaza, sacó el tesoro y hacienda y volvió para ir a Erzirún.

Estaba lastimado Simón de la prisión de su íntimo amigo, y determinóse de liberarle por todos los caminos posibles, y para este fin fortificó el paso de Tomanis, para necesitar y obligar a Azán a pelear con él; pues no habiendo otro paso, y estando aquél tan fuerte, le había de costar sangre pasar.

Azán, no sabiendo qué hacerse, se ayudó de las caudelas que suelen aquellos capitanes bárbaros y envió a ofrecer a Simón que le daría a su amigo Aligulichán libre si le enseñaba otro paso más fácil. Creyóse del turco Simón, que no debiera, y habiendo pasado Azán su ejército, envió el preso adelante y no quiso cumplir la palabra puesta. Sintió tanto esto Simón, que recogiendo la gente que halló más cerca, le siguió y dió con la retaguardia, y le mató toda la gente que iba de escolta, y le quitó el tesoro. Azán Baxá no pudo más de irse retirando por escapar el preso y librar

su gente, hasta que llegó a Erzirún y lo entregó a Mostafá, y él le mandó poner en la roca.

Hasta aquí he escrito por relaciones ajenas de autores graves y de amigos, y desde aquí escribo por las de mi propio padre Sultán Alí Bec Bayat, por haberse hallado él en todas ellas. Lo cual pasa así:

Avisó Mostafá a Amurates de todo lo sucedido aquel año. Agradesció el cuidado de las fábricas, y particularmente el socorro de Teflis, y así envió una ropa de brocado y un escudo de armas a Azán, en señal de honor y agradecimiento; y mandó que Aligulichán fuese muy bien guardado, por ser hombre de cuenta en las cosas de la guerra.

Viendo el rey de Persia acomodados y casi vueltos turcos a todos los más de los príncipes georgianos, y que no bastó lo que hizo Simón en aquellas provincias, empezó a recelarse más y temer el peligro de Tauris y de la Media mayor, y así, persuadido de Leventogli, envió un embajador a Constantinopla, aunque se volvió sin concluir cosa de importancia.

El rey de Persia, entretanto, para dar ánimo a los que estaban a su devoción, y para que sonase en Constantinopla que le sobraban dineros y ánimo, hizo algunas jornadas, más de ostentación que de importancia, y fué a visitar los sepulcros de sus aguelos, a Sultania, Zangán, Miana y otras partes; y habiendo dado la vuelta a la corte, hizo hacer la masa del ejército por lo que sucediese en la ciudad de Tauris, mandando convocar allí todos sus capitanes.

En este tiempo llegó Sinán Baxá a Teflis, rico y soberbio, porque le había ya llegado la nueva de que le había hecho Amurates Visier primero. Iban tan contentos los amigos de Sinán con el honor de su capitán, que se alargaron para hacer alguna cosa de

importancia en algunos georgianos que andaban demandados; adelantáronse a Tai Ilogi, Agá de los genízaros de Damasco, y Homar, Sanjaco de Safet; pero supo Simón cómo aquellos capitanes turcos se habían adelantado, no con mucho orden ni mucha gente, y dió en ellos y degollólos; sólo se le escapó el Agá, que le valieron los pies. Con todo llegó Sinán a Teflis, y metió socorro y mudó soldados y dejó allí a Guisusay, georgiano renegado; y estando en Teflis, se le envió Leventogli a ofrecer, y Sinán le envió sus presentes como a los demás, y salió de Teflis. Adelantóse un buen pedazo del ejército con algunos Sanjacos a hacer agua y coger bastimentos, y dió en ellos Tocomac, que se había juntado con Simón, con ocho mil persianos; y mataron más de siete mil turcos, y no quedara hombre si no le socorriera Sinán con lo restante del ejército, y pudo apenas alcanzar los postreros caballos de los persianos, de los cuales mató hasta cincuenta, cuyas cabezas hizo cortar y poner en las lanzas. Pero apenas había llegado a Triala, cuando le avisaron sus centinelas y espías de que el rey de Persia en persona venía sobre él. Alguna confusión empezó a causar en los turcos tan repentina venida; pero Sinán los sosegó y hizo general reseña, y mandó desembarazarse de las cargas de ropa, y hizo la frente de su ejército de quinientas piezas de artillería. Pero estando esperando al rey, llegó un embajador suyo desde Persia a pedir paces y ofrecer condiciones de que dejaría el persa a Teflis y a Cars y que asentasen paces y treguas. No se resolvió en nada Sinán, por no tener orden de Amurates; lo que hizo fué entretener al embajador hasta llegar a Cars, y desde allí dió licencia al embajador de que se fuese a Constantinopla, y volviendo con esta resolución

Aider al rey de Persia; y el rey nombró por embajador a Hebraín Can, hombre de mucha opinión, el cual partió luego a Constantinopla, y llegó a tiempo a ella que Amurates andaba ocupado en fiestas y regocijos, porque trataba de circuncidar a su hijo Mahamet, sucesor suyo. Llegó el día de las fiestas, y no habiendo concluído cosa que importase con el embajador persiano, aunque le había dado audiencia, trató secretamente de que se le hiciese una burla al embajador, que fué mandarle señalar unos tablados donde viesse las fiestas, hechos con tal cautela, que a lo mejor dellas se hundieron, con harta risa de los que lo miraban. Disimuló el embajador, por estar donde no pudo hacer otra cosa; y pidiendo resolución, mandó Amurates llevarlo preso hasta Erzirún, y que allí lo tuviesen con buena guarda hasta haber orden suya.

El año siguiente mandó Amurates hacer nuevo ejército, aunque fué de parecer contrario Sinán, Visier mayor; pero no bastó su voto. Nombró Amurates por general a Mahamet Baxá, nieto de Mostafá, el enemigo de Sinán; el cual partió a Erzirún con título de Baxá de aquella provincia, quitando de allí a Resván Baxá, dándole título de capitán del ejército, y fueron enviados también los Baxaes de Alepo y Maras, aunque éstos pasaron el invierno en Van. Salió Mahamet Baxá para Teflis, y llevó consigo a Azán Eunuco y a Mostafá, el antiguo Municher renegado, y a todos los Sanjacos Curdis, y los de Erzirún, y juntando veinte y cinco mil hombres, y entró por la tierra de Municher.

Tuvieron aviso de esto los persianos, y aunque no se atrevieron al descubierto a dar en ellos, por no ir contra las paces que andaban tratando, se disfrazaron en hábito de georgianos, y guiados de Simón y otros capitanes (tras de haber hecho un desafío,

que no aceptó Mahamet), al pasar el río dieron en ellos, y matando muchos turcos, les quitaron gran parte del dinero y ropa, y los enviaron bien mal tratados a Teflis, donde se vido Mahamet en punto que se le amotinarian, si no juntara treinta mil ducados entre los del ejército, que repartió con los soldados del fuerte; y dejando en Teflis algunos soldados, y poniendo en lugar de Gusesuf a Homar Baxá, salió del fuerte, aunque se desavino con los Sanjacos sobre el camino que había de traer para volver más seguro; pero los Sanjacos vinieron por Tomanis, y él por Altuncalá, y llegados todos a Cars, junto de Uván, que es consejo, pareciéndole tretas del renegado Municher, y que por causa suya le hubiesen sucedido tantas desgracias en aquel viaje; y así trató de matarle, pareciéndole que con esto se aplacaría Amurates, su señor. El caso fué notable por lo que resultó de él, y pasa así:

Habiendo salido del consejo que juntó, que sería bien matar a Municher, enviolo a llamar Mahamet sobre seguro. No faltó quien avisó a Municher, y él fué armado de secreto, dejando a la puerta del consejo ciertos soldados georgianos criados suyos, muy bien armados. Entró en el consejo, y mandándole Mahamet que se sentase y oyese una patente de Amurates, en que le mandaba ir preso a Constantinopla, respondió Municher que iría a este tiempo. Diciéndole que se sentase y no queriendo, le tiró de la manga el Capigi Basi de Mahamet. Viéndose tratar de esta suerte, Municher metió mano y abrió hasta las tripas a un criado de Mahamet, y al Baxá Eunuco le derribó una oreja y parte de un carrillo, y le libró el turbante de muerte, y hirió de cinco heridas mortales a Mahamet, y poniéndose a caballo, huyó.

Púsose luego en arma el ejército, hasta que se en-

tendió lo que era, procurando curar los heridos. Despachóse a Amurates por la posta, avisándole de lo sucedido. Sintiólo notablemente, y empezóse a quejar de Sinán, que lo había engañado, y quitóle del cargo de Visier mayor, y diólo a Xaus Baxá, hungarón de nación, mas amigo de cristianos.

Parecióle con esto al rey de Persia que harto haría ei turco el verano siguiente en salir de las cosas de Municher y en socorrer a Teflis; y con esto seguro, dejando a Emircán en aquellas fronteras con título general (para que a cualquiera novedad que hiciesen los turcos acudiese), con los turcomanes y demás confederados, partió de la corte a la jornada de Heri contra su hijo Abbas Mirze, siendo la ocasión de esta novedad la que agora veremos.

RELACION VIII

DONDE SE CUENTA LA OCASIÓN DE LA JORNADA DEL REY DE PERSIA A HERI CONTRA SU HIJO ABBAS MIRZE, EL CASTIGO DE MIRZE SALMÁN, Y LA VENIDA DE FERAT BAXÁ POR GENERAL A ERZIRÚN.

Dejando la orden que hemos dicho en las fronteras, fué el rey a Casbín y juntó veinte mil caballos, y dejando a mano izquierda a Guilán y el Mar Caspio, y a la derecha a Siras, Caxán, Mazandarán, Sennán, Tangán, Vastán, hasta a Sapzoar, que es la primera ciudad por esta banda subjecta a Heri, envió el rey a requerir y mandar al gobernador que la tenía por su hijo Abbas Mirze, que se la entregase, y no quiso; y mandóla cercar, y con las escalas la entraron, y preso el gobernador, le fué cortada la cabeza, y cami-

rando el ejército adelante llevó tras de sí los soldados de Nichahur, Masahat, Turcis, Turbhat, y castigando los gobernadores rebeldes, llegó a Heri, la cual es una ciudad fuerte, en sitio alto, bien murada y con fosos de agua viva. Reedificó un tiempo esta ciudad el gran Tamburlán. Tenía en su poder Aligulichán Cambliú al muchacho Abbas Mirze, y era ocasión de todas estas rebeliones; y porque Tomás Minadoy, como escribió por relaciones de los turcos, no fué bien informado, contaré esto muy al revés de aquello que él cuenta, siendo la verdad ésta, por haberse hallado mi padre presente, y gran copia de nuestra casa y sangre. Aligulichán le pareció que teniendo en su poder como él tenía a Abbas Mirza, segundo heredero del rey Mahamet Codabanda, como el infante aún no tenía discurso para ver lo que le convenía, que podía muy bien abrazarse con el infante y aquel reino de Corazán, y así se había mostrado rebelde en enviar socorro al rey en las ocasiones que le fué pedido. Y como en aquel reino se castiga esto tan rigurosamente, partió el rey, como se ha dicho, y el príncipe Amza Mirza, castigando a los rebeldes hasta poner cerco a Heri. Tres meses y más duró el cerco; y como la ciudad era tan fuerte, y Aligulichán estaba tan bien prevenido, fué en balde, y así pareció convenir dejarle por entonces a los aparatos de Amurates, que amenazaban de nuevo a Persia.

Viendo, pues, los sultanes del ejército cuán sin fruto había sido aquella jornada, y los grandes gastos que en ella se habían hecho, y que el que movió el ánimo del rey para emprenderla era Mirze Salmán el Visier, se juntaron todos los sultanes, y dando la mano a uno de ellos, que se llamaba Chabda Sultán, el cual, con color de entrar a negociar con el Visier

Salmán, le dió de estocadas y le mató. Con que se sosegaron los tumultos del ejército, y el rey y el príncipe se volvieron a Casbín.

Tomás Minadoy dice que Mirze Salmán tenía casada una hija con Ambza Mirza (es como Emiranze, y lo mismo Amza Mirza), y que por ambición de que reinasen sus nietos, aconsejó al rey que hiciese esta jornada, por si podía hacer prender o matar a Abbas Mirze; y que llegado a Heri el ejército, el infante escribió a su padre y hermano, y se descubrió la malicia de Mirze Salmán o Salmas (como él dice), y el infante y el rey y príncipe quedaron en paz; y le fué mandado cortar la cabeza al Visier. Cosa bien fuera de lo que pasó; porque Mirze Salmán no tenía hija casada con el príncipe, ni el infante Abbas tenía edad para poder tratar de guerras, ni a Mirze Salmán le fué quitada la cabeza por orden del rey. La verdad es la que yo he escrito aquí.

Habiendo entendido Amurates las grandes ocupaciones de el rey de Persia con su hijo Abbas Mirze, nombró a Ferat Baxá por general de aquellas partes, y mandó que se continuase la guerra y que se procurase tomar a Iraván, donde gobernaba Tocomac Can, y se asegurase el camino que iba de Cars a Iraván, y se socorriese a Teflis, Y que en lo que tocaba al delito cometido por Municher, que era el nuevo Mostafá, se disimulase por entonces, porque no les impidiese sus disignios, que eran de tomar a Tauris el año siguiente.

Hecho el ejército, partió Ferat con él, y llegó a Erzirún; y habiendo descansado y hecho una general reseña, salió de Erzirún y partió para Cars, y en el camino reparó una roca que estaba en paso importante y dejó en ella un Sanjaco y artillería con cuatrocientos

tos soldados. Llaman los turcos a esta fuerza Agiacalasi. Y habiendo pasado de Cars, llegó a Ireván, que está asentado junto a unas montañas muy altas, que lo más del año están cubiertas de nubes y hielos; pero abajo en los valles hay buenos pastos para los ganados, y muchos panes, y la tierra bien bañada de arroyos, que van todos a desaguar al río Arase. Está en el camino Nacchiván, Marant y Sofián.

Llegó Ferat sin sucederle cosa notable a Ireván, y cercóla; y aunque tenía tan gran soldado como Tocomac Can, no pudo defenderla, porque se halló con muy desigual número de gente, y los georgianos andaban ocupados en el socorro de Teflis, y el rey Mahamet y su hijo el príncipe, también no podían venir a tiempo, y así fué fuerza rendirse a partido, el cual aceptó Ferat; y Tocomac salió de Ireván, y Ferat entró y fabricó en la casa y jardines de Tocomac un razonable fuerte, en el cual dejó a Sinán Baxá, hijo de Cigala, con Asaín Bey, hijo del gran Bulat Can, con ocho mil soldados, pero bajo del orden de Cigala y con razonable artillería; y con esto se volvió a Erzirún.

Es Ireván gran población y cabeza de reino, pero como está agora en poder de turcos de unos años a esta parte, aunque siempre fué de la corona de Persia, bastará poner la parte donde cae, sino nombrar entre los reinos sujetos al persiano. Está asentado en los principios de la Georgia, y tiene al Austro la ciudad de Teflis y los campos Calderanos, y más arriba, hacia el trópico de Capricornio, a Van con la laguna marciana.

Como se vió Tocomán fuera de Ireván, recogió los soldados que pudo, y andaba haciendo correrías y de-

gollando hoy ciento, mañana ducientos turcos de los que salían del fuerte a correr la campaña.

En este tiempo sucedió una cosa de harto donaire, pero de harto enfado para Amurates. Como había mandado Amurates que se disimulase con Municher por entonces, y se hiciese nueva confianza dél, mandó que se le entregasen treinta mil ducados y que los llevase, como más práctico en la tierra, a Teflis, a los turcos del presidio.

Aceptó el cargo Municher y fué a la vuelta de Teflis con los Capigis y Chausés a meter el dinero en Teflis, y en el camino encontrósese con Simón el nuevo renegado, y poniéndole Dios en el corazón lo mal que habían hecho en hacerse moros, se enternecieron y arrepentieron, de suerte que se determinaron de matar a los Capigis y Chausés, y alzarse con el dinero, y diciendo y haciendo, no parecieron más por entonces.

Llegó la nueva a Erzurún, y Ferat con toda la diligencia posible socorrió a Teflis, enviando a Azán Baxá con soldados prácticos, que fué en doce días, sin sucederle cosa de cuenta, y metió en Teflis cuarenta mil ducados.

Socorrido Teflis, envió Ferat a Resván Baxá con razonable golpe de gente, para vengarse de la burla de Municher y Simón, que corrió la tierra de Municher y la destruyó sin hallar resistencia en ella.

Llegó el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro, y el rey Mahamet y su hijo el príncipe se determinaron de ir a Tauris con un grande ejército; y sabido por Ferat Baxá, reparó a Coy y puso en ella ocho mil soldados con Alí Baxá de Grecia y docientas piezas de artillería menuda, y dejó orden a Alí que fortificase a Asaitán Calasi, que quiere decir en su len-

gua castillo del diablo; el cual está diez millas apartado de Coy, que es una fuerza y plaza importante. Y Ferat con el ejército llegó a Tomanis, el cual había desmantelado antes Simón por no tener artillería con que conservarlo; y así Ferat dió orden de hacer un fuerte en Tomanis, y cortó del monte que está a la boca del estrecho de Tomanis un buen pedazo, y hizo una razonable plaza donde se levantó una fuerza y muralla capaz de más de doce mil hombres, y en medio della se hizo una torre muy gruesa, y asentó en la torre y cubos docientas piezas de batir. Con este castillo, puesto en el estrecho a la boca del paso de estas dos provincias, pareció que quedaba suficientemente fortalecido Tomanis y seguro el paso para socorrer cada y cuando que fuese menester con brevedad a Teflis; y así, para hacer la experiencia, envió Ferat a Resván Baxá de Natolia, y al Baxá de Carahemit con veinte mil soldados, y en un día llegaron a Teflis y metieron el dinero y socorro y mudaron gobernador, que fué Balli Baxá, y volvieron al fuerte sin sucederles cosa.

En este tiempo Daud, hermano de Simón, fué a ofrecerse por vasallo de Amurates a Resván Baxá, cuando salía de destruir la tierra de Municher, que fué nueva de harto gusto para todos los Baxaes. Salía contentísimo Resván con el nuevo amigo, lo cual así como lo supo su hermano Simón, habiéndole engañado las espías que envió a reconocer el campo de Resván, diciendo que era menor número de gentes, salió y dió en ellos de través, y los puso a la primera remetida en harto aprieto; pero entendiéndose en el campo de Ferat, se puso todo en arma, y salieron dos Baxaes de socorro, creyendo que fuese todo el ejército de Persia y el rey en persona. Con este tumulto

y revolución de tantas gentes, tuvo lugar Simón de retirarse antes que reconocieran los turcos la poca gente que los había alborotado. El intento de Simón fué bueno, de quitar a Resván, si pudiera, a su hermano Daud y descomponer esta amistad. Pero viéndose empeñado con tan poca gente y a tanto peligro de perderse, se retiró, habiendo hecho no poco daño, viéndose a pique de ser preso.

Sosegado el campo y sabida la verdad, viendo que se acercaba el invierno, dejó en el nuevo fuerte de Tomanis Ferat a Azán Baxá, con ocho mil soldados; y pareciéndole que sería bien tomar nueva venganza de Municher, determinó de pasar con todo el ejército por su tierra para ir a Cars y a Erzirún. Fueron de parecer contrario todos, pero no bastó, y así caminó el ejército y llegó en tres días a Triala, y pagóle bien la fortuna sus dañadas entrañas, porque toda la gente había huído a la montaña, y lo mismo en Arguelec y en la tierra de Altuncalá y en Clisca, donde padeció tanto el ejército, particularmente de hambre, que valían tres fanegas y media de trigo, que es un estaro veneciano, cincuenta ducados, y así se le amotinaron dos genízaros y espaollanes de Constantinopla, aunque bastó a sosegarlos Veis, Baxá de Alepo.

Intentó de saquear a Altuncalasi y de hacer un fuerte en Clisca, pero todo salió en vano, porque en entendiéndolo el ejército, se amotinaron de suerte que quisieron matarlo, y así le fué fuerza a pasar a Ardachán, donde dieron georgianos en los eunucos y en el carruaje y mujeres, y lo saquearon todo. No falta quien diga que fueron en ello los mismos genízaros amotinados, con cuya pérdida perdió Ferat harta reputación en Constantinopla. Con esto llegó Ferat a Erzirún, y despidió el ejército; y sucedió otra cosa, que

acabó de desacreditar a Ferat: que Aligulichán, que quedaba preso en el fuerte de Tomanis, tuvo modo cómo se huyó a Persia, cosa que sintió harto Amurates.

En este tiempo sucedió una cosa en Persia que fué harta parte para que se perdiese Tauris, como en su lugar veremos. Tenía el gobierno de Tauris Emircán, como antes dijimos; y era Emircán cabeza de la nación de los turcomanos, y gran soldado; y sin saber por qué (que esto jamás se alcanzó a entender), se retiró a una fuerza que tenía en la ciudad de Tauris, y no se quiso entregar a su rey. Sospéchase que era algún trato oculto, aunque no se pudo probar nada. Era fuerte aquella casa y barrio a donde se hizo fuerte Emircán; y habiendo llegado el rey y el príncipe con el ejército a Tauris, y viendo el rebelión de Emircán, envió a mi padre a que hablase con él y le redujese a su servicio. Mi padre le persuadió tanto, que le trujo a la presencia del rey, el cual le envió preso a Cahgaha; pero en el camino, al llegar al castillo, le mataron por orden del rey.

En esta misma ocasión nombró Amurates a Osmán Baxá por general del ejército, aunque lo procuró estorbar Xaus Baxá, Visier mayor de la Puerta, porque era el mayor enemigo que tenía Osmán; pero viendo la resolución de Amurates, hubo de nombrarle, y envióle aviso a Sumachí, donde estaba Osmán.

Ya que Xaus no pudo impedir el nombramiento de Osmán en lugar de Ferat, para la jornada de Persia, dió traza de matar a Osmán; y el medio que halló fué este. Enviaba cada día de Cumano, el príncipe tártaro, quejas Osmán a Amurates, en razón de la ruín vecindad que hacía, y que siempre era en favor del persa, y reconocía poco las amistades y respecto que debía a la casa otomana. Pero estas quejas jamás llegaban a

los oídos de Amurates, porque el tártaro, con presentes, tenía cohechado a Xaus, y él cogía todas las cartas de Osmán, y creía Amurates que tenía buen amigo en el tártaro, y así, pareciéndole esta buena ocasión, escribió Xaus al tártaro a la ciudad de Cafa, junto a la laguna Meótide, que si le importaba la paz de Amurates, que no dejase venir a Osmán a Constantinopla, porque se descubriría la trama y enriedo de los dos, y que así convendría dar orden que muriese Osmán; y para esto sería bueno que saliesen entre Colechos y la Iberia, algunos tártaros disfrazados, y diesen en Osmán y le matasen, que él persuadiría fácilmente a Amurates que habían sido nomandios o mangrelios o georgianos o algunos ladrones moscovitas. Trazóse así, y viniendo Osmán con el nuevo nombramiento para Constantinopla, pusieron en efecto los tártaros el salir a matar a Osmán; pero no pudieron, antes los prendió Osmán, y a tormentos sacó la verdad; y llegó en salvo a Constantinopla, y contó a Amurates cómo habiendo partido por su mandato de Derbent, o como otros dicen de Demircapi, rodeando por los riscos del Cáucaso, y dejando a la mano izquierda la Media y la Iberia y a Colcos, y a la derecha los ríos Volga y Tanay, en entrando en las primeras riberas del Ponto Euxino, fué acometido de doce mil casacos ¹ o ladrones, y que con cuatro mil que llevaba se resistió y prendió a los que le dijeron la verdad. Amurates sintió esto con particular demostración, y depuso del cargo de Visier mayor a Xaus, y declaró al tártaro por enemigo público, y procuró tomar venganza dél; y como lo in-

¹ Como dice Minadoi en la *Declaracion de los nombres oscuros y bárbaros* de su *Historia*, casacos son los «ladrones de camino o salteador».

tentó, salió con ello, porque Osmán, por pagarle en la misma moneda, le hizo prender y matar, y puso Amurates en su lugar al hermano menor de Cumano por rey de los tártaros precopenses, que le tenía preso en Iconio, ciudad de Licaonia.

En este tiempo, habiendo honrado Amurates a Osmán Baxá y dádole el cargo de capitán general de la jornada contra Persia, mandándole que publicase que iba a Nacchivar, y la verdad era que iba con resolución de hacer la jornada de Tauris; pero dilatóse la prisa de Osmán, porque vinieron nuevas que Azán Baxá el Eunuco, que había enviado Amurates por gobernador de Egipto al gran Cairo, usaba tan tiranamente de su oficio, que trataba de hacerse rico y no administrar justicia; y habiéndole mandado Amurates que viniese a Constantinopla a dar razón de las quejas que habían venido a dar dél los naturales de la tierra, jamás se pudo acabar que viniese, y así se determinó de enviar a Hebrain Baxá; el cual, en lugar de remediarlo, hizo mayores robos y tiranías, y habiendo juntado mucho dinero Hebrain y enviado al Eunuco de Constantinopla, se vino por los pueblos de Palestina y Judea, y sosegó de paso los emires de aquellas provincias, que son los reyes dellas; y éstos son los pueblos llamados Drusos, reliquias de los cristianos que ganaron a Hierusalem y la Tierra Santa, pero ya son moros y tributarios a la casa otomana. A estos también los robó y sacó grandes dineros, y con esto se vino a Constantinopla; y demás de traerle a Amurates los seiscientos mil zequies que deben dar cada año el Cairo y Egipto al emperador de los turcos, le presentó un millón, cosa que agradó tanto a Amurates que le casó con una hija suya.

Desocupado, pues, Amurates de las cosas de Azán y de los pueblos Drusos, mandó a Osmán pruseguir la

jornada de Tauris, y partió para Erzirún, y habiendo hecho la masa del ejército allí, salió a once de agosto de Erzirún del año de mil y quinientos y ochenta y cinco para Tauris, guiado de Mahud Agá huído de Persia al turco; y porque Tomás Minadoy cuenta esto como se lo quisieron contar los turcos, y yo lo sé diferentemente y como verdaderamente pasó, lo quiero contar.

No era Mahud Can, como dice Tomás Minadoy, pero ni aun hombre noble no era, ni tenía nombre de Bec, que es como Don, sino un Agá, es a saber, villano rico; el cual compró por sus muchos dineros un lugar junto a Tauris de hasta quinientos vecinos, llamado Cuzacunan. Este era muy amigo de Emircán, y como vido que el rey le había mandado matar, y de éste se murmuraba que tenía la ley de los turcos, escarmentó en cabeza ajena y huyóse a Constantinopla, y agora venía por guía de Osmán con el ejército, como hombre tan práctico en la tierra de Tauris. Cuando salió Osmán de Erzirún, hizo reseña de la gente, y halló que llegaban a docientos y treinta mil, aunque dicen que trecientos mil; y parece que lleva camino que fuese el número tan grande, pues despidió cincuenta mil de la gente menos importante, y todavía publicaba que iban a Nacchivar. Pero ya cuando fué fuerza declararse, estuvieron para amotinarse, porque los había engañado; pero él lo supo pacificar, y caminó hacia Coy, ciudad sobre Uván, y descansó allí, y luego pasó a Morán, ciudad de Persia, y subió a Sofián, un lugar pequeño puesto en alto, y desde allí empezó a descubrir a Tauris, cosa que causó mucha alegría en todo el ejército, particularmente de que llegaron a las huertas de Tauris sin haber visto un solo enemigo hasta allí. Pero el príncipe Emirhamze había venido a la mira de lo que hacía el ejército de los turcos desde Sofián; y habiéndose em-

koscado con diez mil caballos, en viéndolos desbaratados en las huertas, salió y dió en ellos y deshizo la vanguardia y mató siete mil turcos. Y aunque Osmán, en descubriendo al príncipe, envió a Sinán, hijo de Cigala, y a Mahamet Baxá de Carahemit, con catorce mil turcos, y necesitaron al príncipe a pelear con ellos; y hizo el príncipe tan valerosamente, que les hizo más daño que recibió, y llevándoles muchas banderas, se retiró a donde estaba su padre el rey con el restante del ejército, doce millas de Tauris. Estaba Aligulichán por gobernador de Tauris con cuatro mil caballos de guarnición; pero vista la máquina que traía Osmán, que eran sesenta mil caballos y ciento y cincuenta mil infantes, aunque salió, como tan gran soldado, tres veces y mató tres o cuatro mil turcos escaramuzando, no pudiendo defender una tan gran ciudad con tan poco número de guarnición, y siendo la gente del burgo, aunque mucha, no muy dócil, pareciéndole que se aventuraba a perder honor y no a ganarle, desamparó la ciudad y se retiró a la montaña y aconsejó a los ciudadanos que, no pudiendo defenderse, se entregasen con buenos partidos; aunque ellos no lo hicieron así, antes como buenos ciudadanos defendieron su patria hasta no poder más. Pero al fin Osmán entró en Tauris por fuerza, y enojado de la gran resistencia que le hicieron, la dió a los soldados a saco abierto, donde se hicieron las mayores maldades que jamás nación bárbara ha hecho en entrada de ciudad enemiga. Está Tauris en las raíces del monte Oronte, que se levanta al Septentrión, ocho jornadas del mar Caspio; hacia la parte austral tiene a Persia, y dejados los montes Caspios, está puesta en lo mejor de la frente de la gran Media, y es toda población de mercaderes, porque es el concurso de Levante para pasar en Suria y de Europa

y de otras partes occidentales para Oriente. Es tierra muy fría, lo más del tiempo cargada de nieves; las casas son soterrañas, las más bajas, de pocos altos, hechas de barro cocido, pero hermosas a la vista.

No le bastó esta desgracia a Tauris, sino que habiéndose hallado en un barrio de ella unos genízaros que alojaban allí, muertos, mandó Osmán saquearla de nuevo, y fué de manera, y tales las crueldades que usaron los turcos, que los niños y mujeres, dando gritos, iban huyendo a los montes.

Osmán, en el tiempo que estuvo aquí, hizo labrar un fuerte con fosos de treinta pies de ancho y un estado de hombre de altura, y poblólo de muchas piezas de artillería, escogiendo guarnición que dejar en ella, con que quedó Tauris en poder de la casa otomana.

Parece que se ofrece una dificultad grande, que ya estará deseoso de saberla el que leyere esto: cómo siendo una ciudad tan importante Tauris para los reyes de Persia y su reputación, y estando el rey a doce millas della con su ejército, no la socorrió y la dejó perder. Toda la causa desto, la más fué la muerte de Emircán, porque como era el ídolo de los turcomanes, y los turcomanes es la gente de guerra de la comarca de Tauris, y estaban tan amotinados contra el rey de Persia, por haberlo mandado matar, no se atrevió a carearse con Osmán y volver las espaldas a los pueblos que dejaba atrás, porque sucediera una grande desgracia; y así, por estar a la mira de todo, hubo de dejar perder a Tauris, por no aventurar su persona; pero cuando llegó a sus oídos la lastimosa ruina de su ciudad y valsallos, se acercó al ejército de los turcos, rabioso y impaciente; les echó seiscientos caballos para provocarlos a pelear, y salieron el Baxá de Carahemit y Cigala con cuarenta mil turcos; pero los seiscientos caballos se

dieron tan buena maña, que los metieron en donde estaba emboscado el príncipe con veinte mil caballos, y salió y dió en ellos con tanto ímpetu, que obligó a huir al Baxá de Carahemit, y sólo Cigala resistió; donde mostraron los persianos, llegados a las manos, cuánto más valen que los turcos, pues al cabo al cabo les hizo huir y ampararse de su ejército. Y glorioso el príncipe con esta victoria, envió a desafiar de ejército a ejército a Osmán; el cual aceptó el desafío. Y porque el príncipe se alojaba ocho millas de los turcos por temor del artillería que le hacía tanto daño, le hubieron de ir a buscar los turcos.

Llevaban el cuerpo del ejército y frente dél, el Baxá de Carahemit y el Baxá Cigala y la gente de Asiria y Babilonia, y el Baxá de Natolia llevaba el lado izquierdo con la gente de Grecia; y el lado derecho, el Baxá de Caramania con la gente de Suria, que sería toda como hasta setenta mil turcos, y la demás gente común había quedado en la ciudad buscando los tesoros enterrados en las mezquitas y otras partes, y los genízaros quedaron en guarda de Osmán que estaba muy enfermo.

Llegaron los turcos a donde estaba el príncipe con cuarenta mil, gente de Persia, Hircania, Partia y Atropatia, gente escogida; y en esta batalla me hallé yo con mi padre.

Rompió los dos campos, y fué una de las reñidas batallas que ha habido entre persianos y turcos. Murió mucha gente de cuenta, particularmente de los turcos, y entre ellos el Baxá de Carahemit, cuya cabeza mandó el príncipe poner en una lanza. Cayó también muerto el Baxá de Trapisonda y el Sanjaco de Bursa, y cinco Sanjacos, y prendió a Amurates Baxá de Caramania, que peleando cayó en un foso, y si no anocheciera, no

quedara turco vivo; pero la noche hizo retirar al príncipe al ejército de su padre.

Osmán fué empeorando de su enfermedad, y así se determinó a partirse de Tauris, y dejó en el fuerte a Ajafer Eunuco, Baxá de Tripol, y dióle la renta de Tauris por tres años, y dióle doce mil soldados. Caminó el ejército, y cuando llegaron a Xam Casán (que es una mezquita en el campo, de gran antigüedad, sobre un cerro muy alto), dos leguas de Tauris, dió el príncipe con veinte y ocho mil caballos en la ropa y retaguardia; y visto que los degollábamos, jugaron la artillería, y mataron tantos como estábamos mezclados, que fué menester retirarnos, pero con mayor pérdida suya. Y súpose por cierto, que con veinte mil que les matamos desta vez, les faltaban setenta mil turcos desde que vinieron a Tauris.

Apenas nos acabamos de apartar, cuando nos vino nueva del campo turquesco cómo era muerto Osmán; y aunque lo quiso encubrir Cigala, que quedaba en su lugar, no pudo, y así partimos con el príncipe, siguiéndolos toda la noche con catorce mil caballos, para óar al amanecer con ellos. Pero como iban con Cigala dos persianos, que eran Daud y Maxud Agá, y entendían el modo de pelear del príncipe, no levantaron el ejército, antes estuvieron quedos; y viendo el príncipe que le habían entendido, tornó a pasar el río de Achichay, que había pasado antes, y al retirarse se le ahogaron tres mil persianos, y Cigala pasó adelante.

RELACION IX

DE LO QUE HIZO EL REY DE PERSIA POR TORNAR A RECOBRAR A TAURIS, Y CÓMO CERCÓ EL FUERTE, Y LO QUE EN SU DEFENSA SUCEDIÓ, Y LA MUERTE DE SULTÁN ALÍ BEC BAYAT MI PADRE.

Por la inteligencia de Maxud Agá y de Daud Can, que avisaron a Cigala del modo de pelear del príncipe de Persia, no cayeron los turcos en la celada y emboscada que les tenía el príncipe, y pudieron retirarse de unas lagunas y pantanos, de donde no se escapara hombre; y así, como los halló sobre aviso, no sólo le hicieron retirar, pero le mataron más persianos que en ninguna de las cinco batallas que antes de ésta había perdido, con que los turcos pudieron caminar seguros la vuelta de Erzirún, y de ahí, deshecho el ejército turquesco, se fueron los Visieres, Baxaes, Sanjacos y Beyes a dar cuenta a Amurates a Constantinopla de lo sucedido. El cual, después de sentir la muerte de Osmán como de hombre tan importante y práctico en las guerras, particularmente en las de los persas y georgianos, hizo celebrar fiestas en Constantinopla, aunque no faltó quien las murmurase; porque aunque es verdad que quedaba señor del fuerte de Tauris, cosa que ponía espanto y aun causa no poca afrenta a toda Persia, y del Teflis en la Georgia, costóle aquello y esto tan caro, que más pudieran llamarse obsequias solemnes que alegrías públicas las que hacía, por las diversas viudas y huérfanos que ocupaban las calles.

Partido el ejército turquesco, el rey Codabanda y su hijo el príncipe Amza Mirza, queriendo gozar de la

ocasión, aunque era en la mitad del invierno, y cobrar con la opinión perdida tan famosa ciudad, tan arruinada a sus ojos, se entró en el burgo della con la parte que quedó del ejército y parte de la corte y burgaleses huídos, y asentando en partes opuestas, según buena milicia, dos piezas de batir tan grandes, que jamás en Persia se vieron semejantes, batía de noche y de día la fuerza, ayudándose como de caballeros y baluartes contra puestos de las ruinas de la misma población, aunque esto no causaba desmayo en los tres mil turcos del presidio; lo uno, por ser soldados viejos y de experiencia; lo otro, por haberles quedado, por orden de Osmán Baxá, munición y bastimento para tres años, y ser la muralla del fuerte espantosa.

Visto el tesón y ánimo de los cercados, el príncipe de Persia se determinó a minar la fuerza y a poblarla con fuego; y habiéndose empezado a minar, y con tanto secreto y el fondo de la mina tan profundo, y los instrumentos y horas tan a propósito, que era imposible dar los turcos en ello, demás que de noche y de día jugaban las dos piezas de artillería contra la muralla, por divertir a los turcos de lo que se hacía, porque con los movimientos de piezas tan grandes, no se podían echar de ver los que hacían la mina en la tierra cortada, por ser infinitas las piedras de estas dos pedreras, cuyas bocas eran tan anchas, que tenía la boca de la pieza una vara de alto, y la misma pieza cinco varas de largo. Con esto no podían los turcos atinar a la parte que se hacía la mina. Pero en este tiempo sucedió que dos caballeros del ejército del rey, que eran Gorgivasi Can, que era general mayor de los criados del rey, y Can, que es ser grande del reino, y Can Bargulibec, cuñado de Gorgivasi, entendieron por ciertos medios y inteligencias que tuvieron, que el rey Codaban-

da y el príncipe mandaban matarlos, no se sabe por qué, más de que habiendo tenido estos dos príncipes o caballeros este aviso al anochecer, el día siguiente, al romper del alba, tuvieron modo cómo huirse del burgo y corte y pasarse al fuerte de los turcos; y avisando de la mina que el rey mandaba hacer, los turcos hicieron una contramina y cerraron la boca a piedra y lodo, fortificando aquella parte de nueve, y algunos pedazos de un lienzo de la muralla del fuerte, que hizo por aquella parte sentimiento; y esto con tanta presteza y ánimo, que costó muchas vidas de los persianos el querer impedirlo y proseguir la mina. Visto el príncipe de Persia que los traidores que se huyeron a la fuerza fueron causa de entender sus designios, y que ellos le habían quitado de las manos tan grande fuerte, como esperaba con él volar los turcos del castillo, colérico e impaciente se resolvió de asaltar, escala vista, la muralla, de cuya resolución y inopinado asalto, aunque al principio causó algún espanto a los turcos, pero después, animándose, empezaron a volar a los que ponían las escalas y tirar de puntería y mampuesto por las saeteras y troneras que había en los altos y cruceros de las casasmatas y baluartes, y habiendo durado este combate como seis días continuos, y viendo el poco fruto que se hacía, se mandó tocar a retirar con muerte de más de seis mil persianos que cayeron en los fosos desde las escalas, y de los que mataban las escopetas y de algunos que de sobre la muralla vinieron a las manos.

Ultimamente, el príncipe de Persia mandó a mi padre Sultán Alí Bec Bayat, que era entonces de la cámara del rey Mahamet, que con trecientos soldados escogidos (que mi padre traía en esta jornada a su costa), se acercase una noche a la muralla en el cuarto de la modorra, y se asentase un modo de manta hechiza,

que llevaban docientos gastadores, que remataba arriba en un caballero o baluarte hecho y calafateado de talegas de tierra y clavazón y alguna fajina, tan alto, que casi desde él se podía descubrir parte de la plaza del fuerte, para que echando de repente una puente de unas cuerdas sobre la muralla, fortificado con tablas y talegas de arena, que se llevaba para el propósito, diesen al amanecer sobre los enemigos, y antes de ser vistos de los soldados turcos que estaban de posta, pudiesen echar aquellos trecientos hombres de armas sobre un torreón que caía a la banda del fuerte, que era la parte que miraba a las dos piezas de artillería y a la parte de las casas de la ciudad, más importantes para el sitio y ejército del rey de Persia.

Partió mi padre, siendo llevado dentro del dicho artificio, y aunque se untaron las ruedas del dicho carro artificio con manteca y se puso algodón en los cantos de las ruedas, y se llevó escondida la lumbre de las mechas y cebadores y fogones, fuimos sentidos de los turcos, y antes de llegar a abocar con el baluarte de la fuerza, tocaron al arma dentro, y dieron en la manta y carro con tanta rociada de balas y tantos fuegos arrojados, y no sólo esto, pero se determinaron a salir seiscientos turcos por la puerta que correspondía al mismo baluarte, y vinieron a las manos con los nuestros.

Mi padre, hallándose tan empeñado que el retirarse era imposible y cualquiera partido que intentase afrentoso, hubo de pelear dentro del mismo artificio, porque fué tanta la prisa de los enemigos, que no le dieron a otra cosa lugar; y habiendo muerto entre otros turcos siete hombres de cuenta, dos Sanjacos y tres Beyes, cayó muerto de infinitas heridas, ayudándole a acabar más presto el lienzo de la frente del carretón, que con el mucho peso de los enemigos (que entraron estando

las ruedas de aquella parte, casi consumidas del fuego), cayeron y saltaron, muriendo a vueltas de nuestros soldados más de cien turcos que cogió debajo.

Este muro que se puso de por medio, nos rebatió afuera a mí y a los soldados que quedaron de mi padre, y fué causa de que, aunque más hice, no pude morir junto a mi padre, porque ya los turcos se habían retirado del fuerte, sintiendo venir todo el resto del ejército del rey y del príncipe en nuestro favor; y como ya el día era tan claro, los turcos se retiraron y cerraron el postigo, con pérdida de docientos. Y a mí, aunque no quise, me llevaron ante el rey, el cual me mandó consolar, que estaba tal, que perdía el juicio, especialmente cuando vi que sobre la muralla nos mostraron en una lanza la cabeza de mi padre, por ignominia y afrenta, que el cuerpo ya le habían quemado de pura rabia. El rey y príncipe honraron con palabras al difunto, y a mí me llenaron los oídos de promesas. Pero el rey Mahamet, como quería tanto a mi padre, mandó pintarle una mezquita de Tauris, que es dedicada a uno que ellos tienen por santo, que llaman Emir Haider; el cual está hoy día pintado sobre una puerta de la mezquita, con los siete capitanes turcos a sus pies.

RELACION X

DONDE SE DA CUENTA DE LA VENIDA DE LOS TURCOMANES AL EJÉRCITO DEL REY, Y DE LAS NOVEDADES QUE RESULTARON DE SU VENIDA.

Ya dijimos que la Turcomania, aunque no es provincia ni cabeza de por sí, que por eso no le dimos nombre de reino particular, es un modo de república de gente muy importante para aquellos estados, y una nación y

linaje no poco validos en aquellos reinos, y no pequeña cantidad de gente; antes tan importante, que se vido en hartas ocasiones, como lo probamos en la pérdida de Tauris, que una de las razones de su ruina fué no querer socorrerla esta nación, por la muerte dada a Emircán, su principal caudillo. Pero aunque el rey estaba sentido desto, disimulaba con ellos por si acaso se moviesen de nuevo a servirle, que no importaba poco el favor de estas gentes por echar los turcos del fuerte de Tauris, por estar esta nación muy extendida en su comarca, como los alárabes por la de Orán en Africa.

Estando, pues, como dijimos en la relación antecedente, los turcos tan fuertes y el rey con tan poca esperanza de ganarles el fuerte, se juntaron cuarenta mil turcomanes, y guiados de dos príncipes de aquella nación, que eran Mahamet Can y Balí Cantacali, caminaron la vuelta de Tauris y sentaron su real a media legua de la ciudad, causando tanta alegría en el rey, quanto pesar en los turcos cercados; los cuales, viendo el nuevo socorro de los persas, se resolvieron en pedir al rey y al príncipe su hijo, que les dejasen salir con banderas y cajas hasta Sofián, asegurándoles el paso, y que les entregaría la fuerza. Estando las cosas en este estado, y tan en nuestro favor, se declaró el mal ánimo que los turcomanes traían; lo cual, para que mejor se entienda, pasó ansí.

Habían tenido siempre los turcomanes, a imitación de otras gentes sujetas a los persas que hicieron lo mismo, deseo que uno de los hijos de Mahamet Codabanda los regiese, y tener un príncipe y señor y cabeza de por sí. Tomando ocasión de los desabrimientos pasados por la muerte de su querido Emircán, a quien mató el rey como vimos, salieron con ánimo de robar a Tahamas Mirza, hijo pequeño del rey, que le traía consigo en el ejército, que tendría hasta once años de edad, y para

hacer mejor su hecho, echaron fama y voz que instigados del honor propio, venían a socorrer a su rey, pospuestos los sentimientos pasados. Pero aquella misma noche, habiéndose el rey asegurado dellos, con esto cuando fué la hora que dormían todas las centinelas y guardas, Sacoli Sultán, con trecientos hombres de armas, los más facinerosos y de mala vida que se hallaban en toda Persia, entró en el cuerpo de guardia del ejército y de la ciudad, habiendo hurtado las luces de las postas, que es como descifrar por acá el nombre del santo que se da aquella noche; y dando de repente en la casa real, la dió asalto matando algunos soldados y caballeros de las puertas; cogió en brazos al infante Tahamas, y diciéndole en su lengua algunas razones (que aunque niño le animaron y le obligaron a callar), le sacó del ejército y ciudad, trayéndose tras de sí algunos de los conjurados que servían al mismo infante, y volvió con pérdida de cincuenta hombres donde le aguardaban Mahamet Can y Bali Can, y muy alegres con la presa, tocando a marchar, se levantó el ejército turcomano, guiando a la vuelta de Casbín, puestos en forma de pelear para cualquiera acontecimiento. Siendo tanto el alboroto en el palacio y campo del rey y burgo de la ciudad, y como por tantas partes se tocaba al arma, los turcos tragaron más de una vez la muerte, animándose unos a otros; y no faltó quien intentó matar al Baxá gobernador del fuerte y entregar su cabeza al rey de Persia, para sosegarle. Pero pacificáronse todos y cobraron ánimo en sabiendo la verdad del robo del infante.

Llegaron a Casbín los turcomanes con el infante, y entrados en la corte, se hicieron no pocos robos y estupros y daños, no como de vecinos y amigos, sino como de enemigos capitales. Puedo decir esto porque en la recién heredada casa de mi defunto padre, me alcanzó

harta parte. Hicieron los turcomanes al nuevo rey (así llamaban al infante) que hiciese, decían, y juntase consejo y cortes, y echaron a los leales vasallos de los reyes de la ciudad, y atemorizaron con nuevos editos y pregones a la gente plebeya e ignorante y que no podía hacerles resistencia y contradicción, y aun se atrevieron a labrar moneda nueva y en la vieja echaron nuevos cuños y armas; cosa que pienso que jamás se ha oído, que a ciento y treinta leguas de la corte de su rey y príncipe, naturales señores, se atreviesen sus vasallos a una novedad y libertad tan grande; y no sólo esto, pero viendo que las nieves y lluvias, que eran muchas, invernarón en la corte, dando y quitando oficios. Llegó el buen tiempo, y Amza Mirza, que con harta impaciencia había pasado las tempestades de las lluvias y nieves con los turcos a los ojos, y con esta insolencia de sus mismos vasallos a los oídos, apenas le dieron licencia su padre y los de su consejo que partiese, cuando, sin esperar a más del principio de la luna de marzo, salimos catorce mil caballos con él, habiéndome honrado su alteza con hacerme cabo de una tropa de ellos, y el rey Codabanda quedó en Tauris con cincuenta mil hombres entre caballos y infantes, quedando por ayudante suyo Tocomac Can Caxelu y Mangulichán Cacher.

Llegó Amza Mirza a Sultanía, que está treinta leguas de Casbín, y allí nos rehicimos y reparamos, por ser la tierra abundante y estar holgada. Aquí vino Chabarguli Can, con Nicheps Sultán y Sahali Sultán y Bedel Sultán, sus tres hermanos, y traían doce mil caballos y infantes en socorro de el príncipe, y eran todos Bayates de nación, que es de la calificada gente de Persia, con cuya venida me consolé no poco, por ser estos sultanes primos segundos míos.

Luego que los turcomanes supieron la venida des-

te Can y sus hermanos, le enviaron a ofrecer su amistad y parcialidad de Tahamas Mirza, los cuales, como leales vasallos a su rey, no sólo no respondieron bien, pero mandaron echar de cabeza en una laguna al embajador, el cual escapó medio ahogado y volvió a Casbín, y contó la resolución de los Bayates.

En esta misma ocasión, dos días más o menos, llegó Deulahar Can con diez mil caballos y infantes, en favor de su príncipe, todos gente práctica y nación muy estimada, que se llama en Persia Curtahasi Manzir; y viéndose el príncipe con cerca de cuarenta mil caballos, con otros que sacó de la misma tierra, aunque fué avisado que los turcomanes se habían mejorado de otros diez mil caballos, se resolvió de partir para Casbín.

Marchamos con harto recato y poco a poco, y en el camino la primera noche que alojamos, nos avisaron que habían salido como veinte mil turcomanes de Casbín, y querían dar en nuestro ejército a la media noche. Velamos y pusímonos en arma, pasando la palabra de que tuviésemos ensillado para en haciendo señal; mas habiendo sus corredores descubierta los nuestros, y viendo que eran sentidos, se retiraron, aunque como al amanecer empezaron a trabar una escaramuza bien floja; pero viendo que cargaba nuestro ejército, no pareció más hombre dellos.

Otro día, que fué viernes, se nos apareció todo el ejército de los turcomanes por la mañana, los cuales, como es constumbre de los persas, por sus embajadores enviaron a desafiar al príncipe. Los nuestros aceptaron el desafío, y dándonos señal de acometer, rompimos. Al principio no llevamos la mejor parte; pero nos dió la fortuna la victoria, ayudándonos a ella lo que aquí diré.

Llevaba un criado de Bali Can una escopeta al hombro, y iba corriendo delante de su señor, y sin ser en su mano, se disparó y mató a Bali Can desgraciadamente; habiéndole poco antes muerto los nuestros a sus ojos a Ali Pagmán, capitán valeroso y en quien ellos tenían toda su esperanza. Con esto desmayaron y volvieron las espaldas; y el príncipe, cebado en ellos, siguió el alcance y victoria, y mató ocho mil, y entre ellos cortó muchas cabezas importantes, particularmente la de Sacoli Sultán, hermano de Emircán, y prendió más de tres mil, y le fué entregado el muchacho Tahamas Mirza su hermano, y le envió preso luego al castillo llamado Halamud, con que el príncipe pasó y entró pacíficamente en Casbín.

Ya me parece que oyo al que está leyendo esto, ofrecérsele una dificultad: cómo Casbín, siendo una ciudad tan importante, era entrada con tanta facilidad de amigos y enemigos; a quien satisfaré con el mismo proverbio español, que no hay peor ladrón que el de casa. Es la población de Casbín, aunque tan grande, de diversas naciones, como todas las cortes de los reyes del mundo, y en ella tenían tantos parientes y amigos los turcomanes, como los demás; y así había tantas manos a abrir las puertas, como a cerrárselas. Y esta es una de las razones de no poder haber cosa encubierta en la corte de un príncipe que no se sepa en la del otro rey, porque la puerta franca en la corte de cualquiera rey, suele ser cuchillo para degollar al mismo que le labró. Pero ¿quién me mete en razón de Estado, tratando sucesos de guerra tan distante y de república tan desproporcionada con la política española? Volviendo al propósito, digo que el príncipe, sosegada la ciudad de Casbín y corte, y castigados los rebeldes,

dentro de dos meses volvió a la ciudad de Tauris, donde dejó a su padre, y le hallamos prosiguiendo el cerco del fuerte, a donde, como luego veremos, no holgamos una sola hora.

Siguióse la nueva primavera y el buen tiempo con ella, aunque no para nosotros; pues caminando nuevo socorro para Tauris en favor de los turcos, que según decían eran más de docientos mil, trayendo por capitanes a los Baxaes Sinán y Ferat, aunque con orden de obedecer a Cigala. Visto por el rey Mahamet y por su hijo el príncipe que era imposible defender a Tauris y resistir al gran poder de los turcos, se determinaron en desamparar el burgo de la ciudad, y llevaron consigo toda la más gente y riquezas y ropa que se pudo recoger; y así la desmanteló y partió la vuelta de Genche, llevando consigo Abutalef Mirza, otro hijo pequeño suyo.

Apenas habíamos entrado nosotros en Genche, cuando vinieron nuevas de como llegaron los turcos a Tauris y la habían puesta toda por tierra, dejando solamente en pie el fuerte y la muralla antigua. Estando en Genche nosotros, dispuso el príncipe, casi presago de lo que le había de suceder, de la guardia de dos hijos que tenía en dos diferentes madres, harto pequeños, llamados Ismael Mirza Sultán y Aider Mirza, a los cuales dió en guarda a Esmi Can Xamblu y a Aligulichán.

Estando en Genche, vino Emán Gulichán Cacher con mucha gente en socorro del rey y príncipe, aunque todo esto no pareció suficiente para dar una vista al ejército de los turcos, y así, resueltos de ir a Casbín, salimos todo el ejército y corte con hartas nieves y fríos. Hicimos la primera jornada en tiendas en campaña,

tres leguas de Genche, por no darnos lugar el rigor del tiempo a caminar más; a donde sucedió la novedad siguiente.

RELACION XI

DE LA DESGRACIADA MUERTE DE AMZA MIRZA, CON OTRAS MUCHAS NOVEDADES.

Salieron los turcos, según tuvimos relación cierta, de Tauris tratándola de modo que apenas quedó memoria de haber habido allí tal ciudad, y si como se encaminaron a la Georgia, caminaran a la vuelta de Casbín y Ispahán, hallaran las cosas de Persia de modo que pusieran aquellos reinos en mucho aprieto; pero la fortuna, que es amiga de contentar a muchos, trocó las suertes y lo hizo mejor.

La novedad que prometimos en la relación pasada, fué que como nadie está seguro en haciendo confianza de otro, y más los príncipes, que si la fortuna los honró con riquezas, la misma nobleza les puso una pensión no pequeña, que es obligarlos a vivir por ajenas manos. Y diz que está la grandeza en ser servidos de muchos. Yo digo que está la desventura en haberse de confiar de tantos.

Esmí Can Xamblú, en viéndose hecho ayo y guarda mayor de Ismael Mirza Sultán, sucesor de Amza Mirza, deslumbrado con el oficio y privanza, le pareció que sería bien trazar dos cargas de disparates para alentar el mundo de Asia, si saliera con todo como salió con lo primero. Paréceme que venían de atrás conjurados catorce Canes y Sultanes, deudos y parientes de Esmí Can, y él por cabeza de la conjuración de matar Amza Mirza por mano de Cudi Delac, que es, como si

dijéramos en español, Cudi el barbero del rey. Este era como ayuda de cámara y muy privado del príncipe; y asegurado, con una firma que traía en el pecho, de todos los conjurados, con que le habían hinchido la cabeza de viento, se resolvió en matar al príncipe en aquella noche, como dormía en su antecámara; y así, escogiendo el primero sueño por más conveniente hora, y más que aquella noche había habido un gran convite en la tienda que era palacio real, y todo ayudaba a este ciego verdugo, el cual llegó a la cámara del príncipe sin ser sentido, y le mató como tan diestro en el arte de degollar; y saliendo por la puerta de la tienda y preguntándole las guardas que qué salida era aquella tan a deshora, respondió que su alteza le enviaba a cierto negocio importante, con que pudo escapar hasta ponerse en poder de Esmí Can, cabeza de la conjuración. Aunque ya, cuando él salía huyendo, el rey viejo daba voces; y levantándose toda la guarda, hallaron muerto al príncipe, con que se alteró todo el ejército, de suerte que pensamos de ser perdidos, particularmente cuando Aligulichán entendió la muerte del príncipe y vido que el barbero se socorría de Esmí Can. Llegando los dos a las manos, se perdiera el resto del ejército, como tan poderosos, si el viejo rey no lo pacificara, viendo que si se entendía, pudieran los turcos seguirle y aun arruinarle, y como destruyeron a Tauris, destruyeran a Casbín; y lo otro, ver que no podía resucitar a su hijo, aunque más remedio pusiese, y que todo era escupir contra el cielo. Y así, hubo de quebrar la sogá por donde dicen todos, y hizo buscar al barbero, y habiéndole hallado, y queriendo el barbero mostrar las firmas de los conjurados, que traía en el pecho, Esmí Can le metió una daga por la boca (indicio suficiente de su culpa), con que pararon los

castigos de un tan gran delito en quemar al pobre barbero.

Llevaron las reliquias, que así las llamaban ellos, del cuerpo del muerto príncipe, después de pacificado el ejército, a Ardebil, una ciudad muy grande, donde están enterrados todos los Soffes y el grande Sofí Ismael, a quien llaman Xiche Sofí, que quiere decir santo Sofí, que es una mezquita de grande concurso en aquellas partes, y donde se reparten cada día más de mil platos de limosna de las rentas reales. Estaría distante donde al presente nos hallábamos como cien leguas Ardebil, y fuimos caminando por respecto de las ceremonias de los entierros reales, con más flegma que quisieran los soldados, y llegado a Ardebil y hechas las solemnidades, dimos la vuelta a Casbín.

Pocos días había que estaba el rey viejo en Casbín, cuando no bastándole los trabajos pasados, le vinieron nuevas de que Gali Can, hijo de Mahamet Can, estaba en Casán por guarda, y robaba toda la tierra y comarcas convecinas con unas bandas de turcomanes, que le habían dado alas para rebelarse; y cargados de luto hubimos de ir con el rey Mahamet, y como no fuese tan prevenido, no hizo mucho fructo esta jornada.

Como las cosas estaban en Persia en este punto, y no había rey a quien temiesen los grandes, y las provincias son tantas, no habíamos venido de pacificar una, cuando se rebelaba otra; y así, cuando venimos de Casán, hubimos de ir la vuelta de Ispahán, donde Farat Bec, georgiano renegado, se había rebelado, y tampoco pudimos hacer cosa importante, porque los rebeldes estaban muy validos; de suerte que no había Can ni Sultán que no se le atreviese al pobre rey ciego, y aquí tenía su lugar el proverbio castellano que no se tenía por buen moro, etc.

Mientras andábamos ocupados por acá en castigar rebeldes y pacificar provincias, no holgaban los de Corazán, porque estando en Heri, como hemos dicho, Abbas Mirze en poder de Aligulichán, apoderado de aquellos estados, Marxud Guli Can, que estaba por gobernador de Maxet, y grande enemigo capital de Aligulichán, sobre particulares intereses de los dos, con estar cien leguas Maxet de Heri, se enviaron a desafiar y salieron a campaña y se buscaron el uno al otro, trayendo Marxud doce mil caballos y Aligulo veinte mil; y como venían deseosos de encontrarse, en careándose rompieron, y fué la batalla de las más reñidas que se vieron en aquellas partes. Pero como Marxud Can tuviese soldados más prácticos, aunque menor en número, fué mayor en la buena fortuna, y venció y desbarató a Aligulichán, y hubo en su poder a Abbas Mirze, que, según hemos visto, muerto Amza Mirza, y no siendo sus hijos legítimos, era el inmediato y verdadero sucesor de aquellos reinos el príncipe Abbas; y al tiempo de la muerte de su hermano y rebeliones dichos, se hallaba Marxud Guli Can con el príncipe en su poder en Maxet y victorioso de Aligulichán.

Visto, pues, por los Canes y Sultanes de aquellos reinos, la confusión dellos, despacharon al príncipe Abbas, inviándole a suplicar viniese a donde fuese recibido por rey, porque de la dilación podrían resultar muchas novedades en su daño, porque su padre estaba ya tan ciego y tan viejo, que no servía de gobierno sino de impedimento.

En llegando que llegó esta nueva a Maxet, caminó por la posta y a la ligera el príncipe Abbas a Casbín, siguiéndole Marxud Guli Can con un gran ejército.

Así como se supo que el príncipe estaba en Casbín, donde entró y fué recibido con gusto de todos, no que-

dó Can, Sultán ni Bec que no desamparase el palacio donde estaba el rey viejo y se fuese y pasase a la casa donde se había aposentado el príncipe (que dicen que todo lo nuevo aplace), y más esto, que era rey y señor natural en edad, para poder granjearlo.

Acordaron y juntáronse en muchos consejos unos Canes y otros, y al cabo se resolvieron todos de hacerse un cuerpo de república. y olvidando las enemistades particulares y guerras civiles (que suelen ser cuchillos de muchas cabezas) de reinos, y soltar las armas y darse los brazos y ser los enemigos amigos; y así fueron delante del rey viejo, y haciéndole muchas protestas, le obligaron a venir en esto mismo, y el rey y veinte y ocho Canes y Sultanes fueron a donde estaba el príncipe, y el rey le abrazó y le entregó el cetro y corona de Persia, y ellos le juraron por su rey y señor y le besaron la mano como a tal.

Luego el príncipe Abbas se llamó Xa Bas, porque Xa quiere decir majestad, y se hizo poner doce mil georgianos renegados de guarda, y asentó (aunque tan mozo que no tenía poco más de quince años) las cosas del gobierno y de la paz general tan aprisa y tan en su favor y con tanta prudencia, que admiró a todos los reyes y provincias confinantes.

Pasadas las fiestas de la jura, mandó el nuevo rey Xabas que otro día todos los Canes y Sultanes viniesen a palacio en hábito de paz y sin armas, porque quería hacer unas proposiciones de un diván y consejo general para el sosiego universal de aquellos estados. Los cuales vinieron a la hora y como se les mandó.

Tenía el rey toda la guarda de secreto en las bocas de las calles que correspondían al palacio; y así como entraron los Canes y Sultanes, hallaron al rey Xabas sentado en su trono real, y a su lado derecho su viejo

padre Mahamet, el cual les preguntó que el que mataba a su amo, qué pena merecía. A lo cual los que se hallaron más culpados, respondieron menos, aunque otros, más satisfechos y libres, dieron varias sentencias y respuestas, aunque todos se resolvieron en que el criado que mataba a su amo, era digno de muerte. Apenas hubieron acabado de pronunciar esta sentencia, cuando haciendo cierta señal el rey a los capitanes de su guarda, dieron en ellos y los mataron a todos, y por las ventanas del palacio mostraron veinte y dos cabezas puestas en lanzas al común del pueblo; espectáculo terrible, que atemorizó a los más libres y soberbios.

No paró en esto la ira del rey; que mandando traer a Tahamas Mirza y a Abutalef Mirza, hermanos suyos menores, les mandó sacar los ojos y llevarlos a Alamud Calasi, que es un castillo fuerte.

En esta misma ocasión vinieron a besarle la mano Balichan Can y Farat Bech, que eran los que se habían rebelado en Ispahán y Casán, y pagóles el bien venido con quitarles las cabezas. Y para acabar de quedar absoluto señor, Mahamet su padre renunció públicamente en él; y así, aunque fué tan llorosa esta entrada a gobernar los reinos de Persia, pareció importante porque no se atrevieron, a lo menos en su corte, a intentar más novedades.

RELACION XII

Y ULTIMA DEL SEGUNDO LIBRO

DONDE SE CUENTAN LAS JORNADAS QUE HIZO EL REY XABAS CONTRA LOS REBELDES, LA MUERTE DE AMURATES, Y SUCESIÓN DE SU HIJO MAHAMET EN EL IMPERIO OTOMANO, Y CÓMO MUDÓ LA CORTE DE CASBÍN EN ISPAHÁN.

Aunque en la corte y los que estaban cerca de la persona del rey cobraron temor a sus ejemplares castigos, los parientes de los muertos y algunos virreyes suyos y príncipes confinantes, se rebelaron y declararon por públicos enemigos del nuevo rey; lo cual no pudiendo sufrir el soberbio mozo, por parecer y consejo de Marxud Guli Can, que era toda su privanza por entonces, envió un embajador a Constantinopla, que fué Gara Hazen, un Can casado con una sobrina del rey, a tratar de paces con Amurates, aunque pareció a algunos cosa afrentosa; en las cuales no quiso venir el otomano si no fuese con estas condiciones: que se quedase el turco con lo que tenía ganado en la corona de Persia, y con condición que el río Arase dividiese los estados de los dos, y si no fuese mercaderes y tratantes o embajadores, ningún hombre de guerra turco ni persiano pudiese pasar el río, pena de la vida; y que cada príncipe de los dos quedase por perjuro e incapaz de tener ni dar nobleza, que fuese ni interveniese contra las paces juradas, de las cuales se hicieron dos solemnes actos y testimonios públicos, uno en Constantinopla ante los Visieres de la Puerta, con grandes muestras de alegría, y otro en Casbín, ante los Canes

y Sultanes; y porque entre otras capitulaciones era la una que había de dar el rey Xabas a Amurates un sobrino suyo que se tuviese como en rehenes en Constantinopla, envió con Can Mahamet Culi Califa a Sultán Aider Mirza, su sobrino, segundo hijo de Amza Mirza, su hermano.

Hechas y asentadas todas estas cosas, juntó el rey como treinta mil infantes y salió de Casbín con ellos; y la razón desta jornada fué esta. Entre los Canes y Sultanes que se escaparon de las manos del rey Xabas (cuando mató aquellos veinte y dos), fueron Mahamet Xerif Can y Sultán Mahamud y Azem Bec Gulgachi, unos de los que se escaparon, los cuales se ampararon de Can Hamet, rey de Guilán, y Besth y Guescher, los cuales están todos cerca de el mar Caspio. Estaba casado Can Hamet con una hermana del rey Mahamet Codabanda, y pagaba de tributo a los reyes de Persia cantidad de más de un millón; y habiéndole enviado a pedir el rey Xabas que le entregase estos Canes y Sultanes que se huyeron a sus estados, no sólo no los entregó, pero negó el tributo debido. Sintió el rey esta inobediencia notablemente, y porque es el reino de Guilán tierra montuosa y áspera donde no son de mucho fruto los caballos, salió el rey con gente de infantería, siendo el número que dijimos, sin que se exceptuase del más noble al más humilde que no fuese a pie; habiéndose mandado hacer para esto grande copia de zapatos de cueros de vacas, que se llaman charuc, y el mismo rey, por dar ejemplo a los demás, se calzó unos y caminó a pie adelante del ejército, y así nos obligó a todos a imitarle y así tardamos doce días en estas cincuenta leguas que hay de Casbín a Guilán.

Can Hamet y sus amigos no se habían descuidado ni estaban ignorantes de nuestra ira, antes habían man-

dado cortar muchos árboles y atravesarlos por los caminos y hacer muchas enramadas y en ellas emboscarse escuadras de arcabuceros; pero todo esto no fué bastante a que no llegásemos sobre a Guilán, aunque con muerte de algunos. Pero no es mucho que estuviesen tan rebeldes cuanto lastimados; porque habiendo enviado adelante de su ejército el rey a Xic Hamet, alcalde mayor de su corte y Daroga della, con cinco mil soldados, todos vestidos de colorado desde la pluma al zapato, que es la señal de la librea de la justicia real, llegó a un lugar llamado Nohum, y en él castigó y mató más de diez mil personas, que eran más de la mitad mujeres y niños, y a la mujer del gobernador de aquella tierra, que era muy hermosa, porque se había huído su marido, la hizo asar viva.

Llegamos nosotros sobre Guilán por unos caminos y sendas no usadas, y sabiéndolo el rey Can Hamet, salió de una ciudad adonde tenía su corte, que se llama Lahichán, que es tan grande como dijimos en su descripción; y desamparándola y llevando las riquezas que en ella había y una esclava georgiana, con quien estaba amancebado, tan hermosa que la había comprado por diez mil escudos, se embarcó en aquella punta del mar de Baccú, que confina con su tierra, y dió la vuelta y se pasó a Constantinopla, con que se acabaron de rendir todas las ciudades de aquellos estados; y dejando el rey a Mediguli Can Xamblú por gobernador, con doce mil persianos, y trayéndose el rey consigo a su tía, desamparada del marido, y a un niño pequeño suyo, se volvió ufano y victorioso.

Volvimos a Casbín, y no sosegamos mucho en ella, porque dentro de dos meses vinieron nuevas de cómo Xauardi Can, casado con sobrina del rey, hija de Ismael, que era rey de Luristán, y pagaba cincuenta mil

ducados cada año de tributo (la causa de rebelarse Xauardi fué el no haber hecho caso dél en la coronación de Xabas, siendo tan pariente y solicitado de algunos tártaros y turcomanes), negó el tributo. Su mujer, como sobrina del rey Xabas, le reprendió esta novedad, y quiso irle a la mano, y él, en lugar de tomar su consejo, la dió un bofetón, de lo cual sentidísima la reina, avisó de secreto a su tío el rey Xabas, y el rey mandó juntar treinta mil caballos, y sin decir a dónde iban, caminamos en ocho días ciento y cincuenta leguas, que hay desde Casbín a Cormaba, que es la corte de los reyes de Luristán.

No sabía Xauardi cómo íbamos nosotros sobre él; y habiendo llegado a un portachuelo montuoso, donde tenía siempre Xauardi cien soldados de guarda, y siendo descubierto nuestro ejército como era forzoso, fué uno dellos a avisar a Xauardi, y el premio que le dió fué matarlo. Con esto tuvo lugar de coger a su mujer y joyas y huírse a un presidio de turcos que está a doce leguas de Bagdat, de modo que cuando nosotros llegamos, ya era escapado, y la gente estaba retirada a los montes; pero envió el rey a Alahuerdi Can con doce mil georgianos, porque era él georgiano renegado, el cual se dió tan buena diligencia, que habiendo quemado las puertas de la ciudad sin hacer mal a los turcos, por no ir contra las paces capituladas, prendió al rey Xauardi y le trujo con su mujer a la presencia de el rey Xabas a Cormaba, donde siendo traído, le fué cortada la cabeza, y su mujer, por ser parienta del rey, honrada, y dejándole renta en que viviese, y a Uzén Bec por gobernador de aquellos estados, que era criado del mismo Xauardi, y volvimos a Casbín.

Nosotros entramos por una puerta y las nuevas de otra rebelión por otra; porque el reino de Mazanda-

rán, que es hacia la Tartaria, y toca una parte en el mar de Baccú (su rey Bengui Melic, que quiere decir el rey loco y borracho, y habíanle puesto este nombre porque era hombre muy vicioso y distraído), se había rebelado y no quería pagar el tributo; y aunque era hombre de la manera que hemos dicho, era gran soldado, pero no quiso el rey Xabas ir contra él en persona, no sé la causa, mas de que envió a Gorchi Basi Cacher, que quiere decir cabeza de los criados del rey, con cincuenta mil soldados; el cual pasó allí todo el invierno en aquella tierra, en el sitio primero que hizo donde cercó a Bengui Melic, y fué un engaño gracioso y digno de saberse, para que se vea el ingenio de los hombres.

Había hecho hacer Bengui Melic, en un sitio asperísimo de aquella montaña, un castillo de extraña apariencia, todo de madera, con gran máquina de torres y baluartes de tablas ligeras, y por de fuera bañadas de yeso, con tanto artificio y curiosidad, que no parecía sino que verdaderamente era de piedra, y era necesario llegar a tocar con las manos para desengañarse. Pues como Gorchi Basi no llevaba artillería, porque jamás se lleva sino poca o ninguna en el ejército de los reyes persianos, parecíale inexpugnable el castillo y no se osaba acercar por amor de los arcabuces que tenía dentro y algunas piezas pequeñas de artillería, que tenía dentro Bengui Melic; y así le entretuvo con este engaño todo el invierno, queriéndole obligar que por hambre se diese y entregase. Hasta que un criado de Bengui Melic, que se huyó del fuerte, descubrió la burla a Gorchi Basi; y él, acercándose una noche al castillo pintado, se desengañó y le pegó fuego y prendió a Bengui Melic, y corrido y afrentado de la burla, le cortó la cabeza y se volvió a Casbín, donde reímos no poco del donaire del castillo, y del que se hizo de Gorchi Basi,

y hubo coplas del cuento, y él no osó parecer por muchos días.

Poco nos duraron estas fiestas, que Alí Bec, rey de Estarabat, tributario del rey Xabas, también quiso hacer de las suyas, y negó el tributo; pero salió el rey en persona contra él, aunque yo no fuí a esta jornada por no tener salud. Pero lo que sucedió fué que el rey llegó con treinta mil caballos, y a las primeras lanzas le prendió, aunque otros me dijeron que él se había venido a entregar y pedir perdón. Como quiera que sea, el rey le mandó sacar los ojos, y dejando por gobernador de aquellas fronteras de los tártaros, se volvió a Casbín victorioso.

Algunas veces hemos llegado a dar noticia en las relaciones de atrás, del gran estado que les quedó a los tártaros, sucesores y descendientes en el imperio del gran Tamburlán o Tambur Bec, cuya nación se llama Chinguis, que quiere decir alteza de todos o sobre todos; pues cuando entró a reinar Xabas en Persia, tenía el imperio dellos Abdulac Can, y no dejaba frontera que no corriese. Y viendo ocupado al rey en las guerras dichas, hizo grandes daños en los reinos subjectos a la corona de Persia, porque entró por el reino de Corazán y ganó treinta y dos ciudades, y la principal ciudad dél, que es la ciudad de Heri, y mató en ella Aligulichán Xamblu, que la tenía con seis mil persianos de presidio, aunque vendieron bien sus vidas. De ahí pasó cien leguas a Maxet, que es a donde está aquel cuerpo que llaman santo los mahometanos persianos, que llaman Eran Reza, que es como si dijera santo hijo de Alí. Y aquí es donde habemos dicho que vienen los moros de tantas leguas descalzos en romería; y no será bien callar cómo hay aquí una torre de pica y media en alto poco más, toda de oro macizo, que tie-

ne por chapitel unos arcos de piedras finas y encima un diamante como una castaña grande, que alumbraba una legua al rededor la noche que hace oscuridad; y no afirmara esto, si no le hubiera visto con mis propios ojos.

Aquí halló Abdulá Can a Imet Can Estexelu, que estaba por gobernador y virrey della; el cual, aunque la defendió valerosamente tres meses, no pudo resistir la entrada del tártaro, que dicen que le costó el sitio docientos mil hombres, y entrando en ella hizo una crueldad notable, que mandó que se encerrasen en la mezquita todos los que eran persianos, que quería por el amor del santo perdonarlos. Entráronse todos, que serían como hasta cuarenta mil, y cuando los tuvo encerrados, degollólos sin dejar uno vivo.

Llegaron estas nuevas a los oídos de el rey, que estaba en Casbín tratando de pasar la corte a Ispahán, y dejándolo todo, se resolvió de ir a tomar satisfacción y venganza de tan grande agravio y crueldad; pero hallábase muy gastado y falto de dineros, y no sabía qué hacerse; y como el dinero en la guerra es el nervio y fuerza de ello, y quien tuviere dineros tendrá soldados. Yo hablo de experiencia, y quiero traer aquí un refrán y proverbio que le he oído decir al mismo rey Xabas en esta ocasión; porque viendo que no hallaba çineros para la jornada, mandó que se deshiciese su vajilla, la cual era la mejor que tenía príncipe en todo el mundo; y habiéndola mandado deshacer tres veces, no querían sus mayordomos, y queriendo saber el rey por qué, le respondieron que se perdía la hechura, y era tanta, que había costado de hacer novecientos mil ducados. A lo cual respondió el rey que, sin embargo de aquello, se deshiciese y se pagasen los soldados para que fuesen contentos, diciendo: Yo le oí decir a mi

padre: tantas victorias ha dado la buena paga, como la buena fortuna. Con esto se labró la moneda de la vajilla y se pudieron juntar como ochenta mil caballos, con que partimos a Maxet. Pero en sabiendo el tártaro nuestra ira, huyó, y hubimos de volvernos sin hacer ningún efecto a Casbín. Pero apenas estábamos en la corte, cuando volvió Abdulá Can con docientos mil tártaros sobre la ciudad de Turbeth, donde estaba por gobernador Mahamet Can Bayat, y la defendió como obra de un mes; y en diversas veces que salió de la ciudad, mató más de treinta mil tártaros. Pero crecía cada día tanto el número de ellos, que le pareció más conveniente de entregársela por concierto; y así se la rendió, saliendo con banderas tendidas y tocando cajas. Pero no se contentó mucho de esto el rey Xabas, y si no hubiera muy buenos terceros en Casbín, le cortara la cabeza; pero al fin le perdonó.

Cerca de ocho años duraron estas guerras entre el tártaro Abdulá Can y el rey Xabas; y no hacíamos sino recobrar el reino de Corazán, y el tártaro tornarle a ganar; y aunque el rey Xabas le envió a desafiar muchas veces y a decirle que saliese en campaña, o con ejército, o con su persona sola de bueno a bueno, porque esto era pelear de reyes y esotro era saltar de ladrones, el tártaro respondía que siempre usaron sus mayores este modo de pelear, y que no pensaba mudar de costumbre. Así se prosiguió y duró el tiempo dicho desta enemistad, hasta que la muerte de Abdulá Can acabó con su soberbia y libertades, muriendo con él un hijo suyo. Una cosa puedo afirmar como testigo de vista; que en siete años y medio poco más, que duraron estas guerras, se hicieron más de cincuenta jornadas importantes, y me hallé en las veinte y dos o veinte y tres, y no miento en decir que murieron de ambas par-

tes de persianos y tártaros más de un millón de hombres.

Con la muerte de Abdulá Can sucedieron todas estas novedades, que el rey Xabas tuvo lugar de tratar del gobierno de sus reinos: lo uno, por haber faltado su enemigo Abdulá Can, y lo otro, por haber muerto en Constantinopla Amurates y haberle sucedido en el imperio otomano su hijo Mahamet, que hoy reina; y con esto le dieron tártaros y turcos lugar para descansar, porque Mahamet por entonces pareció mostrar gusto de continuar las paces con Persia, que su padre Amurates dejó capituladas. Y ansí el rey Xabas se ocupó en reparar algunos edificios, en visitar los huesos de sus mayores y en promulgar algunas nuevas leyes y pragmáticas, y últimamente mudó la corte de Cashín a Ispahán; lo uno, que es cabeza, como dijimos, del reino de Harac, que es la Partia antigua, y pareció sitio más conveniente y más a propósito para tener corte en él, así por su mayor población, como por su mayor comarca, capaz de la grande corte que agora traen los reyes de Persia.

Cuando más descansados estábamos en la nueva corte de Ispahán, T'elin Can, que había sucedido a Abdulá Can su tío en el reino de los tártaros, como mozo amigo de novedades y falto de quien le aconsejase lo que le estaba más bien, juntó cerca de trecientos mil tártaros, y dió sobre el reino de Corazán; y como a tan grande máquina de ejército no pudo haber resistencia suficiente, ganólo todo y puso su corte muy de asiento en la ciudad de Heri.

El rey Xabas, a quien también ya cansaba el ocio, despachó a Farat Can, que entonces era toda su privanza, con doce mil caballos; el cual no sólo no hizo cosa de importancia, pero llegándose a carear con el ejér-

cito del tártaro, volvió las espaldas. Sintió el rey Xabas esto en extremo, y disimulando por entonces, por convenir así, juntó cien mil caballos y partió en persona contra Telin Can. En esta jornada nos hallamos Don Philippe de Persia y yo en puestos muy honrosos. Llegamos con el ejército cerca de Heri, a donde el rey Xabas nos alcanzó, porque se había quedado en Ispahán, y partió después de nosotros a la posta. Llegado el rey y viendo que Telin Can estaba deseoso de batalla campal, como mozo, se la ofrecimos y dimos, con no tener nosotros más de cien mil caballos y él más de ciento y sesenta mil. Pero la fortuna se declaró por nosotros aquel día, y en empezando a escaramuzar con nuestros persianos, probaron, y bien a su costa, los tártaros cuán diferentemente pelean los caballeros y la nobleza estando el rey presente; y así, no pudiendo esperar nuestra furia, volvieron las espaldas, perdiendo desta vez el crédito y todo el reino de Corazán, y en la retirada perdieron a su rey Telin Can, al cual, siendo preso, mandó matar el rey Xabas, y entramos en la ciudad de Heri y se tomaron captivos más de seis mil tártaros y otras tantas mujeres.

El rey dió orden de volverse a la corte, viendo desta vez acabados sus enemigos; y perdonando a Farat Can, le nombró por virrey de Heri. Pero Farat, que sabía más de los regalos y vicios de la corte que de los trabajos de la guerra y peso de las armas, estuvo rebelde en aceptar el cargo; de lo cual enfadado el rey, juntando esto a la culpa de la afrentosa huída, le mandó cortar la cabeza y dió el gobierno de Heri a Huzén Can Xamblu, con cuarenta mil persianos que le dejó de guarnición. Y trayendo veinte y cuatro mil cabezas de tártaros y los captivos, volvimos bien contentos y ricos, aunque no fuimos derechos a Ispahán. Los que

éramos criados del rey, teníamos obligación a seguir al rey, porque fuimos a Casbín y de allí nos llevamos a Sofí Mirza, hijo primogénito y sucesor del rey Xabas, habido en mujer georgiana, que tendría como diez años, para que asistiese en la corte de Ispahán, donde, así como llegamos, se le asentó casa como para tal príncipe.

Allí estuvimos sin suceder cosa notable dos años, al cabo de los cuales se empezaron a sonar no sé qué novedades que intentaban algunos turcos de las fronteras, aunque no le pesó mucho al rey Xabas destas nuevas, porque tenía gana de romper con Mahamet; y aumentóle el buen deseo la llegada de ciertos ingleses que habían venido desde Escocia a Venecia, y de ahí por Alepo y Bagdat, como turcos, y como no podían pasar, conforme a las paces capituladas, el río Chifir, los turcos los dejaron allí, pensando de ser turcos mercaderes, porque eran prácticos en la lengua, y de ahí unos mercaderes persianos los pasaron el río y los trujeron a Casbín, y allí dijeron quiénes eran, y allí los hallamos cuando llegamos, aunque sin hablar al rey. Fueron llevados a la corte de Ispahán, donde les dió audiencia, porque el rey no los vió hasta Ispahán. Y de su ida resulta nuestra venida, como veremos en el principio del libro tercero.

LIBRO TERCERO

Donde se da cuenta de la ocasión de su venida a Es-
paña. Y las cosas notables que en esta jornada vido.
Y el modo de su conversión y la de otros dos ca-
balleros.

ALFONSO PEREZ

Donde se da cuenta de la ocasión de su venida a Es-
paña. Y las cosas notables que en esta jornada vido.
Y el modo de su conversión y la de otros dos ca-
balleros.

ALFONSO PEREZ

de la corte y en tanto que era hecho, porque todo era a fin de matar los hereticos de Persia (como se ve en las historias otomanas); y en lo de que ha-
 bla entendido el rey Xabas al gran turco, Mahamet, mandó enviar la carta a su embajador y enviársela a Mahamet; alenta muy usada entre aquellos prin-
 cipes, pero debida era que se la debia dar a Xabas, si se acordara Mahamet de la jurta que se habia en
 Amurates hizo hacer a otro embajador de Persia en

RELACION PRIMERA

DONDE SE DA CUENTA DE LA VENIDA DE DOS FRAILES PORTU-
 GUESES Y DOS INGLESES HERMANOS, A LA CORTE DEL REY
 DE PERSIA, Y CÓMO EL REY SE DETERMINÓ DE INVIAR UNA
 EMBAJADA A OCHO PRÍNCIPES CRISTIANOS.

Estando el rey Xabas pacífico y quieto en sus esta-
 dos y ufano con tantas victorias, así de sus enemigos
 como de las provincias comarcanas, llegó a la corte de
 Persia Mahamet Agá, que es gran Chaus del turco, con
 trecientas personas, todos caballeros y gente noble, y
 propuso al rey su embajada, que era de que él enviase
 a la corte de Constantinopla, para regalarle y servirle,
 a Sofí Mirza, hijo del rey Xabas, de edad de doce años,
 heredero de sus estados. A lo cual respondió el rey,
 como quien tenía experiencia de las crueldades y es-
 tratagemas de la casa otomana, que era criado de su
 hijo (porque en Persia, en naciendo el príncipe here-
 dero, es verdadero rey de ella), y que el propio rey
 iría a servir a su Majestad y a honrar su corte (porque
 su hijo, aunque quisiese inviarle, no lo consentirían
 los grandes de sus reinos, ni el mismo príncipe querría
 ir). No se sintió poco el emperador de la respuesta; pero
 más se sintió el rey de la libertad del embajador y

de la cautela y engaño con que era hecha, porque todo era a fin de matar los herederos de Persia (como acostumbran los príncipes otomanos); y en fe de que había entendido el rey Xabas al gran turco Mahamet, mandó quitar la barba a su embajador y enviársele a Mahamet; afrenta muy usada entre aquellos príncipes, pero deuda era que se la debía bien a Xabas, si se acordara Mahamet de la burla que su padre Amurates hizo hacer a otro embajador de Persia en unas fiestas solemnes en Constantinopla, con unos tablados engañosos, que a lo mejor de las fiestas se hundieron.

En este tiempo llegó a la corte del rey un inglés con hasta treinta y dos personas, llamado don Antonio de Sherley, que quedaba en Casbín, y dijo ser primo del rey de Escocia, y que por tan conocido de todos los reyes cristianos, era enviado dellos para que como embajador suyo, tratase con el rey de Persia que se confederase con ellos, para hacer guerra al turco, como a enemigo común de todos.

Llegó a tiempo este caballero cristiano que estaba determinado el rey de Persia de enviar él mismo embajador por las Indias de Portugal, con muchos presentes, pero para sólo el rey de España. Pero el don Antonio dijo al rey que otros muchos reyes había en Europa, en el Poniente, también cristianos y poderosos, que querían juntarse con su Majestad para contra el turco, y que así convenía que fuesen para los reyes que él señalase embajada, carta y presente, lo cual supo proponer tan bien, que satisfizo al rey; y mandó se preveniese todo, y el mismo don Antonio para ir con el embajador persiano. Aceptó y agradeció el honor que su Majestad le hacía a don Antonio, y señaló los reyes que habían de ser, los cuales eran

ocho: El Pontífice Romano. El Emperador de Alemania. El Rey de España. El Rey de Francia. El Rey de Polonia. La Señoría de Venecia. La Reina de Inglaterra. El Rey de Escocia.

Prevínose todo lo necesario, y dejó don Antonio un hermano suyo menor, en Persia con quince ingleses ¹, señalándole el rey de Persia casa y renta suficiente, conforme a la persona que decía ser.

A este tiempo llegaron por el viaje de la India y reino de Ormuz, dos frailes portugueses naturales de Lisboa, uno dominico y otro francisco, que el dominico dijo llamarse Fray Nicolao de Melo. Estos animaron más al rey para que enviase su embajador, y el rey los regaló mucho y los llamaba a los frailes, padres, y los trataba con mucha cortesía; los cuales le pidieron una carta para Su Santidad y otra para la Majestad Católica del Rey de España, en su recomendación, y las mandó escribir y dar aparte de las demás.

Y porque don Antonio había hecho su viaje por la Grecia en hábito de turco, como hombre práctico en la lengua, y por allí no era posible volver, y el camino de la India también pareció de mucha navegaci6n, se determinó en que la jornada se hiciese por Tartaria y Moscovia; y ansí, hechas las prevenciones neces-

¹ Este hermano menor a quien dejó en Persia don Antonio, era Roberto Shirley, que no le fué a la zaga en cuanto a vida aventurera. El rey Xabas le admitió en su ejército y en 1606 le encargó en Europa de una misi6n parecida a la de su hermano, para la cual visitó al Papa, al emperador Rodolfo y al Rey de Inglaterra. Luego hizo otros viajes, y sus imposuras y temeridades le pusieron más de una vez en peligro. El Rey Carlos I de Inglaterra trató de castigar sus malas artes.

rias y dando su Majestad sus reales provisiones y patentes, para todas sus tierras y reinos para donde habíamos de pasar, y créditos y dinero para que todo el viaje nuestro y de los ingleses fuese a costa del rey de Persia, y señalados los caballeros persianos que habíamos de venir con el embajador, tomando la bendición y licencia del rey en Ispahán, corte donde ahora asiste, salimos año de la Encarnación de Cristo de mil y quinientos y noventa y nueve, jueves por la tarde a nueve de julio.

Los que salimos del palacio a costa de su Majestad y grandes de su corte, en orden y hábito de camino, eran el embajador, que se llamaba Uzén Alf Bec, y cuatro caballeros y quince criados, y los dos frailes, y don Antonio y cinco intérpretes, y quince ingleses, y treinta y dos camellos cargados de los presentes, y los demás caballos de camino y bestias de cargas necesarias para el número dicho.

La diferencia de los corazones de los que partimos eran diferentes, porque unos salían alegres y otros tristes, aunque a todos había el rey dado su real palabra de hacernos muchas mercedes; pero las lágrimas de los parientes, la pena de los amigos, el sentimiento y dolor de las mujeres, padres y hijos, eran tan diversos y tantos, que nos fué fuerza salir a prisa de la corte aquella tarde, tomando el camino de la ciudad de Casán.

Durónos el camino desde Ispahán a Casán cuatro días; descansamos dos días, y pasamos a la ciudad de Com, y la mañana siguiente venimos a la ciudad de Saba; y desde Saba anduvimos tres jornadas y venimos a la ciudad de Casbín, antigua corte de los reyes persianos, como ya dijimos en la descripción de estas provincias. Aquí tardamos ocho días, por haber man-

dad el rey que sacáramos desta ciudad algún presente para los reyes cristianos, demás de los que lleváramos, y así lo hicimos.

Después de salidos de Casbín, venimos en cinco jornadas a Guilán, tierra y reino de diferente lengua; aunque, como ya dijimos en su descripción, de la misma corona de Persia. Aquí, por costear este reino con el mar de Baccú o Culzún (que es el antiguo mar Caspio), y porque aquí nos habíamos de embarcar, estuvimos diez días preveniendo lo necesario. Aquí llegaron más amigos y parientes nuestros, de los que siempre nos habían venido acompañando y salídonos al camino desde Ispahán; y embarcándonos en un navío los arriba declarados, se despidieron todos muy tristes, y nosotros nos hicimos a la vela.

Este mar no fué muy conocido de los antiguos, que aun hasta los tiempos de Augusto César, creían continuarse con el Océano. Llámánle los Arabes el mar cerrado; tiene de largo ochocientas millas y de ancho seiscientas; recibe en su seno muchos y muy caudalosos ríos, y aunque no falta quien diga que por esta razón su agua ni es muy amarga ni muy salada, yo, que le navegué y probé a empezar una y dos veces el sabor della, puedo afirmar que es harto gruesa, amarga y salada. Los principales ríos que entran en este mar son Quesez, Geicón, Teuso, Car y el Volga, que allá llaman Eder, y por donde nosotros, como luego diremos, venimos navegando.

Habiéndonos embarcado, como decíamos, en este mar, en un día y una noche llegamos a una islilla que está en el mar, en la cual de ordinario hay poblaciones de pescadores, por ser aquella parte la abundancia y la diferencia de los pescados grande. Particularmente pescan gran copia de perros marinos, cu-

vos pellejos son de mucho provecho, porque los venden para llevar aceite. Aquí estuvimos un día y una noche, esperando buen tiempo, y el día siguiente, pareciendo mar bonanza, nos hicimos a la vela; pero bien se echó de ver el poco conocimiento de los marineros, pues cargó una tempestad a tres o cuatro millas de navegación, tal, que el viento rompía las velas, y era de modo que temimos muchas veces ser anegados. Pero, a decir verdad, los más de los persianos, como poco prácticos en las cosas de la navegación, y lo que más era, ignorantes de lo que es morir para siempre, nos reíamos de los frailes, que lloraban y se disponían para morir. Duró la tempestad toda la noche, y al amanecer nos hallamos en el mismo puerto y ciudad donde habíamos embarcado.

Pareceres hubo de que nos desembarcáramos y volviéramos a la corte, pareciendo no ser voluntad del cielo que hiciésemos esta jornada; pero temimos la indignación del rey, y volviendo buen tiempo, nos volvimos a hacer a la vela, y en dos días navegamos lo que habíamos andado al principio, y otro día adelante llegamos a un puerto sin edificios, pero muy ocupado de diferentes gentes, que vivían al modo de alárabes con sus ganados y camellos. Son de nación tártaros rústicos, y llámase tierra de el Gran Tamorlán de Tartaria; pero también es subjecta al rey de Persia. El modo de la gente es muy tosco y de poco discurso de razón. Andan desnudos; sólo traen una manera de pañetes o camisa cortísima; son pobres y muy humildes, que con facilidad reciben cualesquiera gentes en sus tierras; y a nosotros nos ofrecían de aquellos sus ganados, copiosa y liberalmente, quince días que allí tardamos por una grande calma que hubo en el

mar, tal, que no fué posible moverse el navío en todo este tiempo.

En esta tierra, que se llama Minquezlac, hay un ídolo de Persia muy venerado de los naturales y extranjeros, y a éste ofrecimos muchos dones y sacrificios por que nos diese buen viento; y habiendo aquí encontrado a un persiano, que también se vino con nosotros, y habiendo buen viento, nos hicimos a la vela, y tardamos dos meses de navegación, costeano, por el mal tiempo, en lo que, a hacerle bueno, no tardáramos doce días. Al cabo de los dos meses dimos en un brazo deste mar, donde el agua es más delgada y dulce, y éste es el que quiso decir Juan Botero en sus *Relaciones*; pero éste, aunque es un brazo del mismo mar Caspio, no es el golfo dél. Aquí viene bien el decir que el agua es dulce, por estos ríos que entran en esta boca o canal. Pero para que se vea que el agua del mar es amarga, en subiendo con el viento y borrasca el agua de la canal por los mismos ríos, los vuelve amargos como la hiel, y desto yo me satisfice. Llaman a estos ríos los de la tierra, Idel.

Treinta leguas de esta boca o canal, para el Septentrión, se empieza a entrar en las tierras que tiene en la Asia el moscovita, y la primera es una ciudad de cristianos que se llama Astaracán; y los marineros y un persiano y un inglés, fueron en un esquife pequeño al capitán general de la ciudad, que estaba treinta leguas de donde estaba el navío, porque el navío, por ser el agua aquí más baja, no podía pescar fondo suficiente para moverse, y ansí, con cualquier viento, por ser grande el casco, era mayor el peligro. Y por esta causa, sobreviniéndonos una borrasca, nos vimos tan perdidos, que todos nos juzgamos por muertos, y nos obligó a echar a la mar mil fanegas de trigo y

harina y muchos mantenimientos de que íbamos proveídos, y muchos cofres de vestidos y cosas de joyas, con que pareció sosegar la tempestad.

Pasado este peligro, vinieron los que habían ido a la ciudad, y con ellos envió el capitán della muchos caballeros en cuatro galeras, y mantenimientos y refresco, y nos llevaron a nosotros en las galeras y el navío ajorro ¹. Y cuando llegamos y desembarcamos, se nos hizo un muy grande y muy solemne recibimiento, por ser el concurso de la gente grande; y aquí hallamos otro embajador del rey de Persia, que iba a Moscovia, y llevaba trecientas personas de servicio.

Aquí descansamos diez y seis días, por ser los regalos que nos hicieron muchos y ser otoño, y haber en aquella tierra abundancia de melones y manzanas de razonable gusto. Y fuera de ser apacible la tierra, lo fué más para nosotros, por haber mandado pregonar el capitán que allí tiene el gran duque de Moscovia, que nadie osase llevar dineros por cosa que pidiésemos ni tomásemos, pena de docientos azotes.

Es la ciudad de Astaracán, y no Astracán, población de cinco mil vecinos. Son todas las casas de madera, salvo una fortaleza muy fuerte a donde asiste el capitán general, que es hecha de piedra, en altura y grueso razonable; y ésta se guarda con gran vigilancia por muchos soldados, y si no es con particular licencia, no puede entrar allí nadie.

Las iglesias son muchas, y no muy grandes; están llenas de santos de berniz, también muy pequeños, y tiene todo el día cada santo una vela encendida

¹ Como dice Covarrubias, «llevar una cosa ajorro es sacarla y tirarla con guindalera arrastrando, ora sea del agua, ora sea de la tierra».

delante de sí, y si no es a los naturales de la tierra, no dejan entrar a otra persona extranjera en las iglesias. Es Astaracán una de las ciudades que dice el Botero en sus *Relaciones*, donde habitan los tártaros por hordes, como por tribus los hebreos, aunque los propios tártaros andan en campaña como alarbes, y los cristianos moscovitas solos habitan lo poblado.

Está asentada encima de las riberas del río Volga o Eder, y concurren a ella muchos mercaderes de Moscovia, Armenia y Persia y Turquía; y el trato suyo es particularmente de sal. Dice el Botero que está una jornada del mar; pero yo la vi, y digo con verdad que haciendo muy favorable tiempo, se llegará con dificultad en dos jornadas. Esta ciudad es la que un tiempo destruyó el gran Tamorlán, y ahora no padece menos, con las ordinarias guerras de persianos y turcos.

RELACION II

DONDE SE PROSIGUE LAS TIERRAS Y COSAS NOTABLES QUE EN ELLAS VIMOS CAMINANDO POR LA MOSCOVIA.

Habiendo estado diez y seis días en Astaracán, y habiéndose acabado cinco galeras que se habían hecho para nosotros y para el embajador de Persia que llamamos en Astaracán, cuando llegamos nos embarcamos en ellas todos los persianos, ingleses y frailes, y más cien soldados del rey de Moscovia que iban con nosotros de guarda y escolta, por orden del capitán general del rey. Las galeras eran muy bien labradas, y llevaban cien remeros cada una. Embarcámonos en el río que llaman Eder, que a la cuenta es el Volga, que tiene larga media legua española de ancho, y por

una banda y otra está poblado de aquellos pueblos tártaros, divididos en hordes o tribus, siendo su ordinaria vivienda más en el campo entre sus ganados, por ser su mayor trato aquél. En este río andan gran número de pescadores, y pescan unos pescados grandes, al modo de los salmones de España, aunque más largos y más hermosos a la vista, y el que menos es, pesa treinta y cuarenta libras; pero es cosa admirable que nadie osa comer la carne de estos pescados, sino que los pescan para sacarles unos huevos que tienen, a seis y siete libras dellos, y son negros como los higos maduros, y son muy sabrosos al gusto, y guárdanlos enjutos y secos uno y dos años, sin corromperse, como por acá los membrillos y granadas. Y es uno de los mayores regalos de aquella tierra.

En la ribera deste río, caminando para Moscovia a la mano derecha, hay una manera de gente tártara, que todos tratan en camellos y caballos y otro ganado menudo, y viven como los alarbes, haciendo la mudanza de sus casas como la hacen, los cuatro tiempos del año. A esta gente llaman *nocay*, y como el herbaje está a la otra banda del río, y no tienen puentes con que pasar el ganado, y cada una pasan una vez por el mes de agosto cuando está el agua más baja, y para el ganado mayor usan de una invención, que los atan de las colas y los sueltan de treinta en treinta y de cincuenta en cincuenta, y ansí, haciéndose fuerza los unos a los otros, vencen el corriente del agua, y pasan. Para el ganado menudo, tienden sobre el agua unas piezas de jerga breadas como las tablas de los navíos y muy bien tejidas, y tirándolas con unos palos al modo de tornos, van pasando los carneros y ovejas; pero como es tan grande la distancia, de ordinario se ahoga la mitad del ganado, porque por

donde es más estrecha la corriente del río, tiene una legua. Esta gente tártara tan presto son de un señor como de otro, y el ganado que tienen es en tanta abundancia, que vale menos que un real un carnero. Son barbarísimos en cosas de religión, grandes regaladores de los extranjeros; y cuando tienen algún convidado, matan un caballo y aderezan las partes viriles y dáselas al huésped, en fe de lo mucho que le quieren y estiman.

Dos meses navegamos por el nacimiento de este río, y cada diez días desembarcábamos en un lugar, porque está por las riberas poblado de unos lugares pequeños con casas de madera, y en cada lugar dejábamos unos remeros y llevábamos otros en las galeras, y esto todo se hacía, según decían los soldados que nos hacían escolta, por orden y mandado del rey de Moscovia. Las montañas que tiene este río por ambas partes, son muy pobladas y muy altas, y en ellas vimos muchos osos, leones y tigres y martas de todo género, y de cien a cien leguas hay un lugar del rey de Moscovia, al primero de los cuales que llegamos se llamaba Iamar, el segundo Zaracén, el tercero Zimer, y los demás al modo destes.

Quando en el río corría tempestad alguna, los marineros echaban caballos por la ribera del río, y tiraban las galeras con maromas, y cada noche dormíamos en tierra en el campo, y los cien soldados nos hacían vela y guarda.

Al fin de estos dos meses llegamos a una ciudad muy grande del rey de Moscovia, y llámase la ciudad Cazán; es de cristianos y tiene cincuenta mil vecinos y más. Está todo este lugar pobladísimo de iglesias, y tantas campanas y tan grandes en ellas, que en siendo

víspera de fiesta, no hay quien pueda estar en la ciudad ni dormir.

El día que llegamos a esta ciudad, nos salió a recibir tanto concurso de gente y tan admirados de vernos, que no podíamos pasar por los campos ni calles. Estuvimos en ella ocho días; regaláronnos de modo que se arrojaba la comida por las ventanas. En esta tierra no hay pobres, porque valen los mantenimientos tan baratos, que salen a buscar por los caminos quien los quiera comer. De lo que hay falta es de buenos vinos, porque no hay otro vino sino uno que hacen de trigo y cebada, y es tan fuerte que con facilidad se emborrachan los que lo beben, y por eso hay pragmática y ley que ningún oficial pueda traer ninguna género de arma, porque se matan cada momento.

Es la tierra frigidísima, y así todos andan vestidos de martas, que las hay en abundancia. No hay fruta: sólo se hallan unas camuesas silvestres, y pocas y muy ásperas. La gente de la tierra es muy bien dispuesta: los hombres muy blancos, gordos y altos, y las mujeres generalmente muy hermosas, y adórnalas muy bien las martas, de que traen hechas las ropas y capirotos. Usanse muchas estufas. En cada casa hay un perro como un león, porque se temen de ser robados de noche de enemigos; tienen atados estos perros de día con cadenas, y a una hora de la noche hacen señal las campanas de que quieren soltar los perros por las calles, para que se guarde la gente, y suéltanlos, y no osa salir nadie de su casa, porque lo harían pedazos. Todas las casas de esta ciudad son de madera, pero hay una fortaleza muy grande y muy fuerte de muralla de piedra, y en ella muy buena guarnición de soldados, y velan de noche por sus cuartos, como en España, Italia y

Flandes; y nace este cuidado de que suelen venir turcos y tártaros de noche y pegar fuego.

De aquí salimos en siete galeras que nos dió el capitán de la ciudad, y cien soldados para que nos llevasen y acompañasen hasta la corte del rey de Moscovia. Siempre seguimos la navegación del mismo río; y navegando más adelante por él, empezamos a sentir más de veras la destemplanza de aquellas partes septentrionales, pues habiendo llegado al cabo de seis días a un lugar que está en la misma ribera, que se llama Chapuazar, aquella noche se heló tan densamente el río Volga o Eder, que era por donde navegábamos, que nos fué fuerza mudar de modo de caminar; y los de la tierra sacaron todo lo que llevábamos en las galeras a tierra, y previnieron bagajes y caballería para llevarnos por tierra hasta la corte.

La causa de helarse tanto estas bocas, canales o brazos del Volga (los cuales quiere el Botero que sean setenta y ocho, y que este río también nazca del lago Volapo, como el Borístenes y el Duina; y parece que tiene razón, pues la corriente suya es casi derivada de los últimos términos de la Lituania), es, pues, según parece, la causa de helarse tanto, lo poco que gozan estas partes del sol y tenerle tan distante, con ser esta la parte del Mediodía al Levante que dura el invierno rigurosísimo largos nueve meses, y ser las selvas suyas tan espesas como aquellas que son ramos de la Ercinia, que se derrama por el Septentrión, y por eso jamás puede calentar el sol el terreno en los tres meses del estío. Pero aunque es tan frío el invierno, y la tierra cubierta de hielos y nieves, es más a propósito aquel tiempo para los tratos y viajes y jornadas que el verano; porque en aquel poco tiempo que gozan de aquel tiempo vehementísimo, se desatan las nieves y hielos,

y queda la tierra toda llena de lagos y pantanos, casi imposibilitada de caminar, hasta volverse a endurecer y a helar.

Las caballerías que nos aderezaron en esta ciudad, fué una manera de sillas de manos a modo de literillas o cochecillos, asentados sobre unas tablas gruesas lisas, que casi imitan la forma de aquellas que en los Países Bajos usan los flamencos, y en Italia en los Alpes sobre los brazos del Po, y en Flandes en la Musa y Eschelda cuando se hielan, aunque estos del Volga y los moscovitas son mayores y caminan lisamente sin cortar el hielo, como los de Alemania, cuya forma es esta: una torrecilla cuadrangular, y dentro de ella dos asientos; remata piramidalmente; su cubierta y abrigo es de pellejos de pelo; tiene delante un taburet o media silla, donde va sentado un hombre que guía un caballo que tira este artificio, y dentro, en las dos sillas, van las personas que hacen viaje; y como en las espaldas de las sillas un modo de saledizo, donde se lleva una parte de ropa. Camina este caballo con velocidad, de doce a quince leguas cada día, y como llevan tan poca gente, fueron menester para nuestra gente y nuestra ropa, más de quinientos coches. De esta suerte caminamos hasta llegar a una ciudad que se llamaba Noche-na, que tenía de población como ocho mil vecinos; las casas de madera como los demás, aunque estaba murada de piedra, cuya muralla batía el río Eder. Cuando llegamos aquí, llegó al mismo tiempo orden del rey de Moscovia, a quien se había ya dado noticia de nuestra ida, que nos detuviésemos un mes en ella, y ansí nos fué fuerza de suspender por aquel mes el viaje. La gente de la ciudad son cristianos, sujetos al rey de Moscovia, aunque de torpes costumbres, porque el regalo de la tierra son baños, y yéndose a bañar a ellos hom-

bres y mujeres, sin paños, se permiten muy torpes conversaciones, más de lo que permite la honestidad de cualquiera república. Los mantenimientos son muy baratos, como en las demás partes dichas de Moscovia y Tartaria; pero los vestidos muy caros, aunque de todo fuimos muy regalados con grandísima abundancia por orden del rey, del cual nos fué enviado a mandar al fin del dicho mes que allí estuvimos, que pudiésemos partir para ir a su corte.

Partimos con el orden que nos dió un mayordomo del rey que vino a Nochena, en otras caballerías de otros cochecillos semejantes a los primeros, saliéndonos a acompañar el capitán del fuerte de aquella ciudad, que tiene seis mil soldados de guarda. Cada día y noche hacen vela por los turcos y tártaros, y no sé si verdaderamente estos tártaros sean los precopenses, por parecerme estar en tierras más de asiento al Septentrión adelante los precopenses, y éstos ser más alárabes y montarazos.

Seis días caminamos llevando siempre a la vista las riberas del río Eder, y al fin dello llegamos a una ciudad que se llama Morlo. Es muy grande y bien poblada, y como pasábamos tan a la posta, no podimos gozar de las cosas particulares de aquella tierra; pero contáronnos y mostráronnos una, que por ser tan particular, aunque muy supersticiosa, no quiero pasarla en silencio.

Es el trato de aquella ciudad lo más general y común, de cueros adobados de vaca, y es con tanta abundancia, que hay mil y una casa que tratan en esto. Y tienen un pozo, donde cada uno de estos tratantes echan mil y un cueros, y cuando los sacan adobados, los mil y uno de un particular parecen consumidos y quemados, y los demás juntan los mil y uno y se los

dan a aquel cuyos eran los mil y uno que parecieron quemados en las señales y marcas que les ponen. Embuste terrible del demonio y novela y patraña (si no lo hubiéramos visto) jamás oída, porque claro es que siendo una misma agua y unos mismos materiales los que echan para curtir y adobar aquellos cueros, no se quemarían más los de Fulano que los del otro; y cuando queramos decir que por participar mejor éstos que aquéllos del agua y sitio del pozo, unos se adobaron y otros se quemaron, no había de venir tan ajustado siempre el número, que se quemasen siempre los mil y uno. En que se echa de ver no ser obra natural, sino cosa de Satanás.

Salimos de esta ciudad, y en tres días llegamos a otra que se llama Valla de Amor, siempre corriendo por el nacimiento del Volga y caminando en otros coches semejantes. Esta ciudad es de mayor población; tiene doce mil vecinos, y parece república más concertada y de mejor gobierno. Hay mujeres hermosas en extremo, pero el modo del vestir tan feo y desproporcionado, y con tan poca arte y compostura, que las desdoraba mucho. Los hombres son muy altos y gruesos; el temple de la tierra el propio de las demás ciudades vistas desde el mar Caspio hasta a esta parte. Y por no detenernos más aquí de un día, no podemos gozar de otras cosas particulares.

Ya desde aquí empezamos a perder de vista el río Eder, dejándole a la mano derecha y caminando por el orden dicho, con la misma escolta y guarda del capitán y mayordomo del rey, el cual y los soldados que llevaban ya en número de ducientos, al cabo de tres días de viaje llegamos a la corte del gran Duque y rey de Moscovia, que es una ciudad populósísima, llamada Mosca o Moscao, de quien toman denomina-

ción todos aquellos reinos, y ella la toma del río Mosco, que la inunda y baña naciendo noventa millas arriba della, aunque la navegación deste río es muy dificultosa, por las tortuosas corrientes suyas, particularmente entre la misma ciudad de Mosca y Colona. Y aunque el Botero diga y el Posevino (que es de quien él lo tomó) que esta ciudad, después de la ruina y quema que en ella hicieron los tártaros y turcos, el año 1570, no tiene de circunferencia más de dos leguas escasas, yo la anduve con particular cuidado mirando, y la población me pareció que sería de 80 mil vecinos largos, y con estufas, casas y apartados, por estar hecho el sitio más difusamente que requería la traza dél, y me parece que tendrá de circunferencia y ámbito más de tres leguas. Verdad es que no está murada, y es la tierra abierta, porque su fortaleza consiste en los pantanos, ríos y lagunas que la cruzan y cercan; sólo está cercado el gran palacio, cuyo sitio es tan grande, que hay dentro otra razonable ciudad. Y esto es de piedra y de vistósísimos edificios, particularmente el mismo palacio, que está labrado a la italiana; y es tan grande este cercado, que viven dentro todos los caballeros criados del rey, cuyo número de la vecindad no supe, más de que el número de las casas pasaba de seis mil. Cuyo recibimiento fué del modo que ahora diremos.

RELACION III

DEL RECIBIMIENTO QUE NOS FUÉ HECHO EN LA CORTE DEL REY DE MOSCOVIA Y DE LAS COSAS QUE VIMOS EN ELLA, Y LAS QUE CON EL REY NOS PASARON, HASTA PARTIRNOS.

Un viernes, como a las diez de la mañana, por el mes de noviembre, entramos en la corte y nos salieron a recibir infinito número de gente, porque los moscovitas son hombres de grandes ostentaciones, y el día que entra algún príncipe o embajador extranjero en la corte de su rey o en alguna ciudad de las que son cabezas de gobierno, se manda por edictos públicos que nadie trabaje y que todos salgan los más bien aderezados y vestidos que pudieren, a la parte donde es la entrada. Y es muy bueno que huelgan estos tales días y no osan trabajar ni un momento, y las ordinarias fiestas del año no hacen escrúpulo de trabajar todo el día, con ser tan observantes de otros preceptos de la Iglesia griega, que es la que tienen recibida.

El número de la nobleza que nos salió a recibir por orden y mandado del rey, que eran todos grandes y titulados y señores de vasallos y caballeros de cuenta, me pareció que serían más de seis mil, y para que nosotros entrásemos nos envió el rey docientos cochecillos o literas, que cada uno lo tiraba un caballo muy holgado, y todos ellos eran cubiertos de pieles de leones y tigres, los cocheros, coches y caballos; lo uno por la gala, y lo otro por defensa del frío, que es muy grande en aquellas partes.

Media legua antes que llegásemos a la ciudad, nos empezó a recibir la guarda del rey, que estaba puesta por su orden, por una banda y otra del camino que traía-

mos; la cual era toda de infantería y arcabuces, que sería el número de estos soldados de los arcabuces, sin otros que había de arcos y flechas, como hasta diez mil, por medio de los cuales pasamos, teniendo estos soldados de la guardia siempre sus mechas encendidas.

Y por que se entienda cuán gran príncipe es el que reside en esta ciudad, el gran Duque de Moscovia y rey dos veces, es señor de quince estados de duques, diez y seis provincias de príncipes y dos reinos; las cuales tierras por Septentrión llegan hasta el Oceano Septentrional, y desde el seno Graduzco hasta el río Obio por el Mediodía se extiende por todas las riberas del río Eder, hasta la mar de Baccú, y por el Poniente confina con la Livonia, y por esta parte tiene por límite al Borístenes, como por el Levante al río Eder, y es su longitud de tres mil millas y su latitud de mil y quinientas. Es muy rico este príncipe, respecto de disponer a su voluntad de las vidas y hacienda de sus vasallos, de los cuales no sólo es servido, pero adorado. No permite escuelas, estudios ni universidades en sus estados, porque nadie llegue a saber lo que él sabe, y ansí ninguno de sus presidentes ni gobernadores ni secretarios, saben más de lo que dicta el gran Duque. No se pueden curar con médicos extranjeros, ni salir a otros reinos, pena de la vida, para que no comuniquen con otras gentes. No hay pobres ni ladrones, porque para los unos se manda dar comida abundante, y a los otros dan cárcel perpetua, porque a nadie matan por algún delito, sino que el condenar a muerte es condenar a cárcel perpetua, y ansí el que es delincuente una vez, no puede serlo más, porque le entierran en vida. De las cosas de la religión, es muy observante. No hay otros libros sino los Evangelios, homelías y vidas de santos. Todos andan cargados de cruces. Cuando entra en la iglesia, siempre besa la

tierra; trae en la mano derecha la imagen de Nuestro Señor Jesucristo. Y sobre la cátedra o silla donde está asentado sobre su cabeza, está la imagen de Nuestra Señora. Trae mitra y báculo y vestidura como de obispo, y los dedos llenos de sortijas.

Como entramos en la ciudad, nos hospedaron en unas casas muy principales, a modo de una gran fortaleza. En la una hospedaron al embajador persiano que venía para el rey de Moscovia; en la otra a nuestro embajador y a nosotros, y en la otra a los ingleses, y dejaron con nosotros trecientos hombres de guarda, y el rey nos mandó enviar luego nueve hombres que entendían nuestra lengua, tres para cada casa, y nos mandó enviar muy grandes regalos. Y habiendo descansado allí ocho días, un domingo nos envió a llamar con su mayordomo, y salimos por el orden que habíamos entrado en la ciudad, estando la guarda de la infantería como el día que entramos hasta palacio; y había un largo cuarto de legua que andar desde la casa fuerte al castillo donde fuimos alojados. Es el palacio real aquella citadela que dijimos, que tendrá como seis mil casas, todas de madera, salvo la real y la muralla, que son de piedra y labradas y fortificadas a la italiana, como dijimos. Hay muchas iglesias dentro desta cerca y fuerte, y en la mayor de ellas una campana tan notable, que la tocaron para que oyéramos esta maravilla, y treinta hombres no la podían mover; y no se toca sino al nascimiento o coronación de príncipe. Cuando llegamos a la puerta del palacio, hallamos el mayordomo del rey, de estatura casi de gigante, el cual tenía cerca de sí un perro ferocísimo, atado de una cadena, y al que sueltan de noche; y aquel mayordomo nos entró hasta la segunda puerta, a donde había otro mayordomo, y aquel nos entró hasta a la tercera puerta, y el mayordomo de la tercera puerta nos

llevó hasta la sala del rey, a donde hallamos quinientos caballeros, todos con ropas de brocado aforradas en martas, y gorras con mucha pedrería y otras muchas joyas que traían puestas, de increíble valor. Estos caballeros nos recibieron y acompañaron hasta el fin de la sala, que era a donde estaba el rey; porque esta sala es tan grande, que con dificultad desde el principio de la puerta se puede distinguir lo que se hace al fin della. El modo de su hechura es como una galería o nave de iglesia, pero tan larga como se ha dicho; cuyas bóvedas y cimborios se sustentan a trechos sobre cuarenta columnas de madera dorada, con grandes follajes y molduras; el grueso con dificultad le abrazarán dos hombres. Cuando llegamos al fin de la sala, hallamos al rey, el cual estaba sentado sobre una silla encima de muchas gradas, y la silla era de oro macizo, guarnecida de piedras finísimas. Tenía el rey vestida una ropa de tela de oro aforrada de martas, con muchos botones de diamantes, y un sombrero al modo de mitra, y en la mano un cetro como báculo pastoral. Y atrás del rey había cuarenta caballeros en pie, con cetros de plata, que son las insignias que lleva el rey a la guerra; y habiendo llegado delante dél, nos postramos todos, y el embajador persiano que venía a Moscovia, que se llamaba Pergoli Bech, que era un caballero persiano muy principal, besó la carta que llevaba y la dió en las manos al rey, y el rey se levantó de la silla, y tomó la carta y la besó y la dió al intérprete, el cual la interpretó en su lengua, y luego allegó al embajador que venía a España, y dió su carta, la cual contenía que nos mandase favorecer y nos diese paso, y él ofreció hacerlo, y nos mandó sentar a todos en unos bancos o taburetes largos, aforrados de pluma y cubiertos de terciopelo, y luego se levantó el rey y se entró dentro con los mismos caballeros, y en bien poco

espacio volvieron a salir el rey y todos los que habían entrado con él, vestidos de blanco, aforrado todo en mantas blancas, al modo de armiños de España, y en el entretanto que tardó a salir el rey, habían puesto las mesas, y el rey se sentó a comer y nos mandó sentar a todos, dando el lugar a cada uno que pareció convenir. La comida fué abundantísima y de grande ostentación, porque se sirvieron a cada persona más de cuarenta platos, y todo lo que en ellos se traía era entero, y eran terneras, venados, carneros, patos, ánades, y otras aves de agua; y los panes que servían eran tan grandes, que un pan con dificultad lo podían traer dos hombres, y una fuente de plata como brasero con sus asas. Y el rey regaló a todos de su plato, conforme a la calidad de cada güesped, particularmente con vino de uvas, que es cosa la más preciada que hay en aquellos reinos, y sólo se trae de muchísimas leguas para el rey y los obispos, para que lo repartan a sus iglesias para consagrar. En un retrete adentro de la sala a donde comíamos, hubo siempre música con grande diferencia de instrumentos y voces; y duró la comida desde las dos de la tarde hasta las ocho de la noche; y luego nos volvimos a nuestro aposento y alojamiento, con el mismo acompañamiento y guarda con que fuimos, y más de cien hachas, y a los criados se les habían enviado grande abundancia de comida. Y cada día que quería alguno de nosotros salir a ver la ciudad, era menester pedir licencia al capitán de aquella fortaleza, y él nos daba cuatro hombres de guarda; y pasados ocho días nos fueron mostrando las cosas notables de la ciudad, en especial la casa del tesoro, en cuya puerta estaban dos bultos de leones muy disformes, que parecían ser el uno de plata y el otro de oro. La riqueza que había dentro es tan difícil de creer, como de contar, y por eso lo

callo. Las guardarropas del rey era también una cosa de inestimable valor, y la casa de armas tan grande y bien poblada, que se podrían armar veinte mil caballeros. También nos mostraron una jaula de fieras, y entre ellas un león tan grande como un caballo, que tenía los crines de dos varas, y se encendió tanto en vernos, que rompió una viga muy grande. Ultimamente discurrimos por la ciudad, y vimos sus grandes diferencias de tiendas, y la plaza mayor, la cual está llena de unas piezas de artillería tan grandes, que podían entrar dos hombres en cada una para limpiarlas, y tenían de longitud cada una siete varas, y para cargarla, se le echaban dos arrobas de pólvora a cada una.

Pasados cinco meses que estuvimos en esta corte del Moscovita, detenidos por las grandes lluvias y nieve, nos dió licencia el rey para partirnos, y habiéndonos ido a despedir dél, en volviendo a nuestra posada, nos envió al embajador tres ropas de tela de oro riquísimas, aforradas en martas, y una copa de oro capaz de una azumbre de vino, y tres mil ducados para el camino; y para cada uno de nosotros envió tres ropas, una fina y dos ordinarias, y ocho varas de paño para vestidos de camino, y una copa de plata sobredorada, del mismo tamaño de la del embajador, y ducientos ducados a cada uno. Y habiéndonos despedido con mucho sentimiento del embajador persiano, que quedaba en Moscovia, el cual nos acompañó más de dos leguas y se apartó con mucha tristeza, y habiéndonos quedado cuatro criados, que se volvieron a Persia, y el fraile dominico, que aunque hicimos diligencia, no podimos saber dél. Sospechamos que Don Antonio de Sherley le desapareció, porque cuando veníamos navegando en las galeras por el río Eder, lo tenía para matar en lo bajo de la galera, en un camarote, de donde lo sacamos los

persianos. Decía el fraile que había emprestado al dicho Don Antonio mil escudos y noventa diamantes pequeños, y que porque le pedía que le pagase, le quiso matar.

De este modo partimos de la corte de Moscovia por Pascua de Resurrección, viniéndonos acompañando un capitán con cien soldados. Y cada día caminábamos a diez leguas, y en tres días llegamos a una ciudad muy grande, que se llama Parasvalt o Paraslap, la cual tiene treinta mil vecinos de población, y más; son cristianos moscovitas y tienen muchas iglesias y muy bien labradas, a su modo. Este muro desta ciudad, el cual es de piedra, baña un río muy caudaloso que me pareció traía el corriente como hacia la corte de donde veníamos, algo transversal. Era el golpe del agua mucha, y pasamos sobre unas tablas que tiraban sobre unas marmas a modo de barcas, y son tan grandes, que pasaban de una vez cien cabalgaduras. No supe el nombre de este río, pero parecióme el brazo que venía a dar en el Mosca. Caminamos otros tres días adelante, y llegamos a otra ciudad que se llama Iaraslap, caminando siempre al Poniente del Septentrión. Esta ciudad es de mayor población, porque tiene más de cuarenta mil vecinos. Son también moscovitas cristianos, y está muy bien adornada de iglesias y monasterios a su modo, y tiene una de las mejores cercas y fortaleza que vimos en toda Moscovia, y hácela más fuerte y vistosa del río Barem, cuyas vertientes bañan y cercan el fuerte. Desde esta ciudad, para venir a Lotaringia, Sajonia y Alemania, que era el camino que pretendíamos traer, nos informaron que el más seguro, cierto y derecho, era embarcándonos en el mismo río en galeras, hasta el mar, que habría como cien leguas, que a la cuenta es el Océano Septentrional; otros quieren que sea el mar

Báltico, a donde yo pienso que entra parte del río Dui-na o Borístenes, aunque éstos, dicen los buenos cosmógrafos que se esconden en el mar Báltico. Como quiera que sea, nosotros caminamos cien leguas por el río Batem a quince y a diez y seis leguas cada día, en dos galeras que nos dieron, una para nosotros y la otra para los ingleses. Está esta ribera poblada de muchos lugares, y así, a dos días que nos embarcamos en el río, llegamos a una ciudad que se llama Xibisca, la cual me parece tendría como diez mil vecinos, y antes más que menos. Allí trocamos la gente que traíamos para servicio de las galeras; nos dieron otra y nos regalaron mucho. En otros dos días llegamos a otro lugar en la misma ribera, que se llama Turmén, que me parece tendría como tres mil vecinos, pero una fortaleza de las mejores que habíamos visto. Aquí mudamos la gente de servicio de las galeras, y nos dieron otra; y luego en un día llegamos a otro lugar, que se llama Brusinisca, y de aquí pasamos en otro día a un lugar que se llama Restuc. Aquí nos enviaron muchos regalos; de aquí pasamos en otro día a otro lugar que se llama Turavichis, y desde este lugar se nos acabó la noche, que nunca dejaba de ser de día, porque en esta tierra el mes de marzo, abril y mayo, no hay noche, y otros tres meses de invierno siempre es de noche sin alcanzar día. Por estar esta tierra, como se ve, en tantos grados, se nos hizo muy extraña esta manera de vivir, no anocheciendo jamás, siendo la razón la dicha.

De aquí llegamos a una ciudad muy grande que está cerca del mar, y se llama la ciudad Cormacuri, la cual tiene una muy grande población, que pasa de treinta mil vecinos, y está diez leguas de donde desemboca el río Barem en la mar. Aquí estuvimos doce días descansando y esperando navíos de ingleses y alemanes, y

de aquí nos pareció pasar a un lugar que se llama Goret Arcancher, que está cinco leguas más abajo, a la boca del canal del río, y me parece que tendrá hasta doce mil vecinos, y es un puerto conocidísimo y a donde desembarcan la máquina de los navíos de Francia, Ingalaterra y Alemania, de los mercaderes que tratan en las partes septentrionales del Asia. El muelle es bonísimo, y el abrigo de la boca del puerto, que mira al Mediodía, muy grande y seguro; y de ordinario hay en este puerto cuatrocientos navíos, y es de grande provecho al gran Duque de Moscovia el aduana de este puerto, donde estuvimos veinte días para proveer lo necesario, porque ya teníamos una urca o navío flamenco de más de mil toneladas, que llevaba veinte piezas de artillería.

Aquí no será bien pasar en silencio el cuento que nos pasó con Don Antonio Sherley, y con que daremos fin a esta relación. Es el Don Antonio un hombre de gran ingenio, aunque pequeño de cuerpo, amigo de grandes ostentaciones, a costa de las rentas que no le dió propias la fortuna; y a lo que pareció después, trujo siempre ánimo de engañarnos, y así se ayudó del orden que nos había dado el rey de Persia, de que siempre estuviésemos por la que nos diese Don Antonio, por ser más práctico. Y así, cuando llegamos a embarcarnos en este mar, nos dijo Don Antonio que era mucho embarazo llevar los cofres de los presentes en aquel navío flamenco, principalmente que no tenía mucha satisfacción de aquella nave, por ser vieja para llevar demasiado peso, y que si llegase a hacer alguna agua y hubiesen de echar alguna ropa a la mar, corrían peligro los cofres de los presentes; y que él tenía allí un grande amigo inglés, que traía un navío muy fuerte y ligero, y aquél se los daría puestos en Roma. Y pare-

ciéndonos a nosotros que decía verdad, los entregamos al inglés que dijo; y sucedió lo que en su lugar se verá.

RELACION IIII

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA NAVEGACIÓN DEESTE MAR, Y LAS COSAS NOTABLES QUE VIMOS.

No será razón dejar de contar la manera de gente que habita por esta costa, porque son los hombres y mujeres de una misma suerte en el rostro, porque no tienen barba los hombres, ni cejas, y son de muy pequeña estatura, y si de alguna gente del mundo se puede verificar lo de los pigmeos, es de ésta, porque son menores que los menores enanos que traen en España. Estos hombres andan caballeros en venados y ciervos, y tienen los ojos tan pequeños, que apenas parece poder ver. Son muy supersticiosos y hechiceros, y con sus hechicerías prometen de dar buen tiempo a los que navegan aquel mar, y venden la buena fortuna; y llegando a nosotros a decirnos que si queríamos buen tiempo que nos lo venderían, pero reyéndose el embajador de Persia, les respondió que cómo podrían vender ellos lo que estaba en la mano de Dios; y ansí los despidió, y nos hicimos a la vela, y en cuarenta días no vimos noche, sino siempre alcanzamos a ver el sol. Y luego al cabo deste tiempo, vimos la luna y las estrellas; y en esta parte del mar encontramos muchos navíos de ingleses cosarios, y dos de ellos nos quisieron embestir y robar. Nosotros nos apercebimos y pusimos en orden la artillería, y como se fueron acercando, habláronse los unos ingleses con los otros, y no nos

hicieron daño; y estando abordados los navíos, vieron los ingleses el fraile francisco en nuestro navío y nos dijeron que por qué no echábamos aquel demonio en la mar, y hubimosles de responder que el rey de Persia nos mandó expresamente que lo llevásemos con nosotros, y con esto no trataron más dél.

Acabadas estas demandas y respuestas, se despidieron de nosotros avisándonos que nos guardásemos de doce navíos de cristianos que andaban por allí, y con esto nos hicimos a la larga. Y empezó a correr tan grande tempestad, que ya nos arrepentimos de habernos embarcado, porque era la tempestad tan grande, que no dejó gúmena ni jarcia que no maltratase, y el último remedio fué amainar las velas mayores y dejar el navío correr sobre el timón a su fortuna, encomendándolo a Dios; aunque muchas veces nos vimos ahogados, según la mucha agua que entraba por los escotillones y sobre cubierta, sin bastar las bombas, con traerlas todas a brazos. Al fin, a cabo de cinco días cesaron unas grupadas de vientos contrarios, y empezó a herir la popa un viento favorable, con que podimos descansar sobre las áncoras; pero no le sucedió así a un navío que cerca de nosotros vimos ir a fondo, aunque nuestros marineros acudieron con el esquife, pero ya fué tarde. Todavía libraron alguna ropa, pero la gente toda ahogada, y así no se pudo saber de dónde fuese.

En el tiempo que navegamos en este mar, vimos notables diferencias de pescados, y algunos tan grandes, que creíamos ser navíos, de que se sacudían sobre el agua. Vimos también muchos caballos marinos, que van a banda de treinta en treinta, y se acercan mucho a las naves y las ponen en harto peligro, y por eso disparábamos en viéndolos una pieza de artillería, y con esto nos dejaban.

Salidos de este golfo mayor harto mareados, sin color de hombres, porque todo cuanto comíamos trocábamos, después de dos meses de navegación, empezamos a descubrir tierra (cosa bien deseada a nosotros), y una boca de un río por donde salimos a un lugar y puerto que está en la punta del mismo canal. Y aquí, de parecer de todos, se vistió el fraile de persiano, porque este lugar es de luteranos, y nos dijo Don Antonio que harían pedazos al fraile, porque era papista.

Este lugar es de pequeña población, y todo el trato de pescadores.

Habiendo navegado por estos dos pedazos de mares tan grandes, salimos por la boca deste río en dos galeas, el cual era capaz de navegación mayor, y sus riberas pobladas de tantos lugares, que decían pasar de mil, y aquí fuimos descubriendo por la parte del Septentrión algo de las tierras que tocan a la Suevia y al Ducado de Witemberg, y de las de Norimberga y Franconia, y Baviera y la Asia Bucavia, aunque estas eran tierras muy distantes de nuestra navegación, pero descubriéndose más cerca las de Mendem, Brunsvic y Luneburgo. Pero volviendo a nuestra navegación, siguiendo el corriente del río, después de tres días llegamos a una ciudad que se llama Endem, que tiene de población más de treinta mil vecinos, y muchos suntuosos edificios, y una de las mejores fortalezas que tienen todas aquellas provincias. Todos los techos de las casas son de plomo, cosa que a lejos de la vista hace mayor agrado, porque el día que hiere el sol en ellas, parecen de plata. De esta ciudad nos salió a recibir un capitán del príncipe de esta tierra, de cuyas cosas particulares no pudimos informar más: lo uno, por no traer carta del rey de Persia para él; y lo otro, por el recelo del fraile por ser luteranos los de esta tierra. Tiene esta

ciudad dos famosos ríos que la ciñen, y dan en el mar a dos jornadas, y ansí este puerto es de grande comercio y siempre abunda de muchas mercancías, que las más son de ingleses ¹.

Habiendo desembarcado en la ciudad, nos hospedaron en una casa a manera de mesón, pero de mucha curiosidad y limpieza, y que tenía más de cien camas con colchones de pluma y sábanas de holanda, donde nos regalaron mucho; y otro día vino el mismo capitán por nosotros, y nos llevó al palacio del príncipe, al cual presentamos una pieza y tocas de Persia y algunas telas, y las recibió y agradeció mucho, y nos convidó para otro día a comer, y fué la comida tan larga, que duró seis horas, y nos hicieron beber tanto, por ser uso y costumbre de aquella tierra, que muchos tuvieron bien que dormir.

Lo que vimos notable en esta tierra, fué el modo de los tocados de las mujeres, el cual es como una rodela grande, y sobre el rostro hace una punta como las tejas que en España salen de los tejados afuera, y éstas son para guardar el rostro de las continuas lluvias y nieves. Paréceme en general no haber visto a una mano tantas mujeres hermosas en ninguna tierra de las vistas.

Otro día nos ocupamos en ver su tesoro, armería y riquezas, que fueron cosas muy de ver, aunque ordinarias. Pero mostráronnos, entre otras cosas, una casa del depósito de trigo, tan grande, con tantas trojes y tan llenas de trigo, que nos afirmaron que había trigo de

¹ Como antes la *Monarquía eclesiástica*, de Pineda, y la *Historia de la guerra entre turcos y persianos*, de Minadoi, ahora empieza don Juan de Persia a utilizar las *Relaciones universales del mundo*, de Botero Benes.

noventa años, cosa que se nos hizo dura de creer; pero afirmábanlo tantos, que nos persuadieron. Además de que aquel trigo no tiene dentro sustancia medular, sino que es todo corteza, y es más largo el grano que el de acá, pero no tiene cuerpo mayor que un grano de avena y menor que el de centeno. Ya esta manera de trigo la habíamos visto nosotros en Persia, y le llaman los persianos *chaudar*.

De aquí de esta ciudad salimos después de ocho días en ocho coches, y llegamos a otra ciudad que se llama Haveec, bien murada de población de hasta diez mil vecinos, y adornada de una fortaleza bien vistosa. Estuvimos un día en ella, y por ser unas costumbres y gentes, no digo más della.

Luego en dos días llegamos a un lugar de no mucha población, pero muy fuerte, que se llama Fritberc, y de ahí pasamos a una ciudad que se llama Nimbret. Es de razonable población y fuerte, a lo que nos pareció.

Y otro día pasamos a otra ciudad que se llama Holdbrerc, también de buen muro y fortaleza. Y todas estas ciudades y tierras, o las más, se guardan con mucha vigilancia y cuidado, y se cierran al anochecer y no se abren por ningún caso hasta las ocho del día, por ser de diversos señores y tener príncipes confinantes enemigos y de diferentes leyes, aunque algunos católicos.

Ya que llegamos a Turingia, tierra de Lantgrave, una de las tierras más fértiles de Alemania, que es la tierra que está sentada entre los ríos Salas y Uverra, que es la que llama Ieorgio Agrícola el riñón de Alemania. No es larga la travesía della; pero es una de las tierras más poblada del mundo, pues encierra en poco más de doce millas tudescas, doce condados o regiones, y en ellas ciento y cuarenta pueblos cercados y

otros tantos lugares abiertos, y dos mil casares, y ciento y cincuenta fortalezas y doce abadías. El primer lugar suyo que fuimos, fué Brimer; el segundo se llama Alfel; el tercero donde llegamos es una ciudad muy grande y muy fuerte, de mucha población, cuya muralla es tan gruesa, que pueden ir por encima tres coches juntos; y se llama esta ciudad Kassel. Tiene una fortaleza de tierra fortísimamente labrada, para contra la artillería que se usa.

Luego que el Lantgrave supo nuestra venida, nos envió con el mayordomo suyo tres carrozas riquísimas de terciopelo negro, y en ellas nos llevaron a palacio, y al embajador y a Don Antonio y a los demás caballeros. Después de habernos recibido amigablemente y con toda la cortesía que merecía la calidad de cada persona, nos hospedó en un cuarto del palacio harto suntuoso, y nos dió camas ricamente bordadas, y a los criados mandó hospedar por su cuenta en posadas, regalando a todos abundantísimamente, diez días que allí estuvimos, y cada día nos mostraba cosas particulares, como fué un aposento de piedra blanca como el alabastro, asentada la piedra con tal artificio, que no se parecía asiento ni juntura de puerta ni ventana, sino que parecía que naturaleza la hubiese hecho así, y ansí la juzgamos por una de las cosas más peregrinas que vimos en corte de ningún príncipe.

También nos mostró la sala de sus guardajoyas, llena de inestimable riqueza de piedras finas, particularmente de diamantes; pero la mayor grandeza que en ella había, era que en lugar de tapices estaba cubierta desde el techo al suelo, sin descubrirse cosa de las paredes, de coral en rama, que hacía hermosísima vista. La armería y caballeriza deste príncipe, no es razón pasarlas en silencio, pues son tan grandes y curiosas y

tan bien pobladas, que me pareció se podrían armar diez mil caballeros de arneses enteros.

No hubo noche, desde que allí estuvimos, que no nos hiciese diferente fiesta y caricia, pero particularmente una. Su hijo heredero, que será de hasta doce años, con otros mayorazgos de aquella edad y la flor de la nobleza, tornearon con gran ostentación de libreas y luces.

De aquí salimos después de diez días bien regalados, y especialmente de conservas dulces, porque en mi vida vi mayor uso de cosas de azúcar que en esta tierra, tanto que el primero día que comimos con este príncipe, los panes, toallas, cuchillos y saleros que nos pusieron en la mesa, eran todos de azúcar, tan bien imitado el natural y el artificio de estas cosas, y de muchas diferencias de frutas, que causó mucha risa el llegar a partir con los cuchillos y hacerse harina entre las manos.

Diéronos para el camino todo lo necesario, y al embajador de Persia dos copas de oro, y a cada uno de los caballeros una; y habiéndonos mostrado en un río que bañan los muros de su alcázar, en dos galeras, un modo de artillería tan ingeniosa que cada pieza dispara 40 veces en media hora, dándonos un capitán de su guarda, con gente suficiente para pasar por sus tierras hasta al Alemania, y con embajada particular para el emperador, y agradecido a la carta que le trujimos del rey de Persia, la cual se la dió Don Antonio, envió a ofrecer al emperador doce mil hombres para contra el turco.

Así fuimos caminando por las ciudades suyas, que son muchas y muy buenas; particularmente las que vimos son las siguientes: Lipzic, Roberg, Quimendec, Iub, Quimidac, Labinc, Aslaben, Xipric, Wilfuesen,

Perbin, que es la última raya de sus estados. De aquí llegamos a las tierras del duque de Sajonia, las cuales pasamos más a la ligera.

Es la tierra de Sajonia la que contiene a Mansfelt y Madeburgo y la Misnia, aunque otros las sacan fuera. Dividen la Sajonia en Alta y Baja; de la Alta es cabeza Witemberg, una de las ciudades más hermosas y fuertes destos estados; y de Sajonia la Baja es cabeza la ciudad famosa de Alla, encima del río de Sala, y a su Poniente está la gran ciudad de Mansfelt, cabeza de aquella tierra, donde tanta abundancia de metales se sacan para toda la Europa. Y a la tramontana, sobre las famosas riberas del río Albis, está dividida en tres barrios la ciudad fortísima de Mademburg, difícil de sitiarse y ganar, por sus extraordinarias murallas y fosos. Nosotros entramos en esta tierra por la ciudad de Beltey, por donde hay muchas minas de plata, y toda la gente que encontrábamos estaba muy flaca y descolorida, particularmente de aquellos oficiales que andaban a las minas: argumento evidente del daño del azogue que se les comunica en ellas, por estar de ordinario mezclado a los minerales y venas de la tierra desta provincia. También cerca de los caminos por donde entramos, alcanzamos a ver muchos molinos de viento, y siendo tan grandes los ríos desta provincia, y habiendo hombres tan ingeniosos entre los alemanes, me admira que haya tantas sierras de agua como vimos para labrar la madera y metales, y remitan el sustento ordinario a la voluntad del viento.

La segunda ciudad que vimos fué Menil Warat, y la tercera Siflit, que es una grande ciudad de buena población, aunque los edificios me contentaron más por ser de los mejores que vimos después que entramos en la Europa. Aquí tiene el duque de Sajonia su casa y

palacio, y por estar el duque a caza aquel día, y ser muchacho de catorce a quince años, no le vimos ni tuvo noticias de nuestra venida, y así no tardamos más de un día en su corte, ni podemos dar más razón con verdad de sus cosas. Y el capitán embajador de Lantgrave y nosotros, pasamos a las tierras del emperador, y a la primera ciudad, confinante con los Sajones, que se llama Aniz Uverc.

RELACION V

DE CÓMO LLEGAMOS A LA CORTE DEL EMPERADOR DE ALEMANIA, Y LO QUE NOS PASÓ EN ELLA HASTA SALIR DE SU CORTE.

Llegados a Anisuverch, nos pusimos en orden para ir a la corte del emperador, pasando las ciudades de Neutri, Estratasenc, Berexen, Klucen, Kling, Pouscin, Trinc, la cual está tres leguas de la corte imperial; y aunque las Alemanias siempre las dividen los cosmógrafos en Alta y Baja, no sé por qué llaman a las tierras bajas de los países Alemania, no siendo alemanes, sino flamencos, los que las habitan, y así llama Alemania el Botero a todos los que imiten el modo de hablar de los alemanes y tudescos, y comprende debajo del nombre de Alemania toda la tierra que se extiende desde el río Musa hasta el Vístula, y desde los Alpes hasta el mar Océano. Pero la que tratamos agora es de la Alemania Alta, la cual es nobilísima tierra y bien poblada de muchas y buenas ciudades, y exceden los tudescos a las más naciones en la curiosidad y limpieza de edificios y calles, así en los edificios de piedra como en los de madera. Contiene en sí Alemania, fuera

de la Majestad imperial, muchos potentados y príncipes, como el de Austria, de Dinamarca, Sajonia, Turingia y los Eclesiásticos de Maguncia, Reveri y Colonia, el Cleves Palatino del Rhin y Madeburg y otros muchos. Es el terreno fertilísimo, fácil de labrar, que con un caballo se siembra lo que basta a una familia en un año. Hay muchos animales y aves de todas suertes, particularmente es abundantísima de caballos. Vino se coge en algunas partes, como en la Alsacia, en las riberas del Neccaro y del Rhin, y también en Austria. Está adornada Alemania de hermosísimos ríos, como son el Danubio, que es el mayor de toda la Europa, el Rhin, el Albis, Odera, el Musa o Mosa, Mosella, Neccaró, Meino, Eino, Molta, Ens, Wifurgo y otros. Tiene lagos muy grandes, aunque los de más cuenta son en Elvecia, el Lemano, el Neoborges y los de Lucerna, Zurrioz y Constancia. Tiene muy grandes selvas y las mayores de que hay noticia al mundo, particularmente tres, que son la que llaman Negra, que está en torno de las fuentes del Danubio, y la Eurónica, que está en la Franconia, la Ercinia, que ciñe toda la Bohemia y se extiende hasta la Moscovia. Hay por lo más de la Alemania grandes minerales de hierro, plomo, azófar, estaño y acero, y tiene algunas minas de oro, y no tan pocas que no valgan cada año más de millón de escudos. También hay mucho azufre, salitre, piedralumbre, y algunas salinas. El modo del hábito tudesco ya es conocido en España, y se tiene suficiente noticia de las más gentes della, sus costumbres, juntas y dietas. Lo que hay de más digno de notar en estas provincias, es lo tocante a la Majestad imperial y elección suya, y esto también está escrito por muchos y muy graves autores; y quien quisiere saber de la creación del César, vea la bula de Gregorio santo y las constituciones

que hizo el emperador Carlos VIII el año de 1356, y sabrá enteramente lo que a esta materia toca. Ciudades hay notabilísimas, como la Clivia en el ducado de Cleves, Calcaria, Duisburgo y otras; en el ducado de Julia, Dura y otras. Y también en las riberas del Rhin, la famosa Colonia, y Nuiz en el ducado de Wsfale. Las ciudades convecinas, como Padeborna, Oznaburg y Monasterio; y sobre el río Mosella, en la Alsacia, la de Treves; y entre la Austria y Basilea, Strasburgo, una de las más ricas y fuertes ciudades de toda Alemania; y en la Helvecia, que es la tierra más alta de la Europa, los Trece Cantones. Esta sucinta relación he querido hacer de la Alemania, aunque yo no vi della más del camino derecho que llevé a la corte y truje a Italia, por ser una de las célebres provincias de la Europa, así por la majestad de la silla imperial, que asiste en ella, como porque me informé con particular cuidado de personas fidedignas; porque mi ánimo fué siempre, desde que emprendí esta jornada, escribir lo que viese para dar cuenta dello al rey de Persia. Sea loada la misericordia de los piadosos ojos de Dios, que se la doy a la Majestad Católica de Filipo Tercero, rey y señor nuestro.

Volviendo, pues, al propósito de nuestro viaje, en la ciudad de Trinc, que está cinco leguas de la ciudad de Praga, donde tiene su corte el emperador, despachamos a su Majestad suplicando nos diese licencia para nuestra embajada. El despacho tardó cinco días de ir y venir, y al cabo dellos, envió su Majestad Imperial, con un mayordomo suyo, seis coches para llevarnos a la corte, y antes de entrar en ella, fuera de los muros un razonable trecho, salió su mayordomo mayor con otros seis coches riquísimos a recibirnos, y traería a mi parecer más de diez mil personas de acompaña-

miento, y que salían a vernos todos estos en coches y caballos. Y venían entre ellos todos los embajadores de los reyes y príncipes de la cristiandad que estaban en la corte, los cuales nos acompañaron con mucha majestad y muestras de placer, hasta dejarnos aposentados en un cuarto de un gran palacio que nos dieron de aposento, y otro cuarto semejante dieron a los ingleses; y luego su Majestad mandó poner guarda en nuestro alojamiento y que nos sirviesen criados suyos, y nos mandó señalar para el gasto de cada día, para la mesa, ciento y cincuenta escudos; y después de haber descansado ocho días nos mandó llamar por su secretario, y el día siguiente, a las diez de la mañana, nos llevaron en cinco coches al gran palacio, el cual era de los más suntuosos y más bien labrados que habíamos visto. Desde la primera puerta hasta la primera escalera, a una y a otra banda, había cuatro diferencias de guardas, todas con armas diferentes, y nosotros pasamos por en medio, y en llegando arriba, nos salieron a recibir los mayordomos de su Majestad y los grandes y titulados nos acompañaron hasta la antesala de su Majestad, y en entrando en la puerta de la gran sala donde su Majestad estaba, se quedaron los mayordomos y caballeros, y entramos nosotros solos. Estaba su Majestad al fin de la sala, arrimado a la pared frontera, encima de un tapete hermosísimo, puesta la mano en una silla que estaba cerca, y fuera del tapete, descubierto, su secretario mayor y un intérprete que estima mucho, y que está diestrísimo y es muy cursado en todas las lenguas.

El embajador llegó y hizo su acatamiento; hincada la rodilla en tierra, dió la carta del rey de Persia y el emperador la tomó y le levantó, y por el intérprete le mandó preguntar si estaba bueno y cómo venía, y si

había descansado, y el embajador respondió por el intérprete lo más cortésmente que supo, y dijo a su Majestad quién éramos los caballeros persianos que veníamos acompañando al embajador por mandado del rey de Persia; y su Majestad mandó que llegásemos uno a uno, y nos mandó preguntar por su intérprete a los que éramos caballeros que cómo veníamos, y habiéndonos hecho este favor (con tanta afabilidad, en que mostraba su Majestad, de más de la grandeza de la Majestad Imperial, aquella incomparable nobleza de la sangre de Austria y de los perfectísimos dotes de ella), dió licencia al embajador para volver a su posada, respondiéndole que su Majestad mandaría ver y vería lo que venía en la carta del rey de Persia y lo que decía en ella, y que acudiría a ello con mucho gusto. Y acompañándonos uno de sus mayordomos hasta el palacio de nuestro alojamiento, nos dejó en él; y los días que se siguieron salimos en coches a ver la ciudad, la cual es de muy gran población y de muy vistosos edificios y bien labrados; y hácela más abundante y hermosa un caudaloso río que por ella pasa, sobre el cual hay una muy bien labrada puente que hace más comunicable las dos medias ciudades y la tercera ciudad, que se llama Praga la vieja. Tiene esta puente, que yo los conté, cuatrocientos pasos de largo. Y es tan fría esta tierra, que con ser tan grande este río, estaba helado como una piedra, y ansí no hay casa, por pobre que sea, que no tenga estufa. También mandó su Majestad mostrarnos su casa de armas, guardajoyas, guardarropa y caballerizas, donde vimos cosas muy notables; y también nos mostraron jaulas con animales extraordinarios: particularmente vimos cuatro leones y cuatro tigres de los mayores que jamás pensamos ver.

Tres meses descansamos en esta corte, donde se nos

hizo mucho regalo, y al cabo dellos, mandó su Majestad darnos licencia para partirnos, y envió al embajador cincuenta piezas de plata dorada, como son fuentes, aguamaniles, platos, jarros y candeleros, y cuatro mil ducados para el camino. Y a cada uno de los caballeros nos envió una copa muy grande de plata dorada, y con cada una ducientos escudos para el camino, y dándonos los coches necesarios, salió un mayordomo de su Majestad con nosotros hasta una ciudad que se llama Virón, y aquella noche dormió allí, y a la mañana se despidió de nosotros y se volvió a la corte, y nosotros caminamos camino derecho de Italia, por las ciudades del imperio y de Alemania, que aquí van escriptas.

RELACION VI

DEL VIAJE QUE HICIMOS POR ALEMANIA Y ITALIA, HASTA LLEGAR A ROMA; Y DEL RECEBIMIENTO QUE EN ELLA NOS MANDÓ HACER SU SANTIDAD, Y CÓMO LLEGAMOS A ESPAÑA.

Despedidos del mayordomo de la Majestad Cesárea en la ciudad de Virón, fuimos caminando por las ciudades que se siguen: Roquelcan, Pilza, Cludra, Frabanberc, Wilithaucen, Fuderiz, Ginthaoth, Hirjo, Quienpu, Sultsbahac. Esta es una ciudad muy bien poblada y de muy hermosos edificios, por donde, aunque pasamos a la ligera, el príncipe y señor della, llamado Otuhynzie, nos envió a regalar mucho y nos mandó dar lo que fué necesario aquel día. De allí pasamos a una ciudad llamada Ispruch, y de allí pasamos a un lugar llamado Luf, de razonable población y edificios, aunque la ciudad de Ispruch nos pareció bonísimamente, así los edificios como el sitio della. De allí caminamos para

Norimberg, donde estuvimos tres días. Es ciudad de muy grande población, y con particular limpieza en las calles y plazas; el número de la gente mucha, que parece corte. El gobernador y príncipe desta tierra, que es puesto por la Majestad Cesárea, nos regaló con gran extremo, enviándonos muchos presentes, y entre ellos al embajador unos jarros y copas de plata sobredorada de harto valor, y a cada uno nos regaló en particular. Aquí mudamos coches, y pasamos a la ligera y de paso por estas ciudades: Curimberc, Brot, Bilifilith, Alencen, Bicembrec, Munchem, Cacerchen, Donawireth, Augusta. Esta es una muy grande población, que se le echa bien de ver en la suntuosidad de sus edificios, que se puede preciar siempre de su antiguo y cesáreo fundador. Parece una gran república y cabeza de muchos estados, según es el concurso de la nobleza y del trato. Aquí estuvimos seis días, y el gobernador de ella, que es un caballero y príncipe poderoso, nos regaló con especial cuidado, y cada día nos mandó hacer fiesta diferente. Aquí mudamos coches, y caminamos en ellos hasta la ciudad de Minicem. Esta ciudad es ducado de por sí, y el duque y señor della se llama Du Capi ¹. Este caballero nos regaló mucho y nos hospedó en un cuarto de su propio palacio, y nos mostró sus guardajoyas, que es riquísima de piedras finas, particularmente de piezas bien labradas de oro y plata. Pero entre las cosas más curiosas que nos mostró, fué un jardín de los más curiosos, y en la mitad de él, un modo de cenador donde estaban al rededor de una fuente de piedra cortada, hechos de piedra, todas las diferencias de especies de animales, aves y peces de quien se tiene noti-

¹ Como observa G. Le Strange, este Du Capi es, indudablemente, *Duca Pio*.

cia, que todas ellas echaban agua por la boca; cosa que si se hubiera de mirar de espacio, había bien que notar un mes entero.

Habiendo estado en esta ciudad tres días, nos dió el duque coches y un mayordomo suyo y lo necesario para el camino, y partimos agradecidísimos deste caballero.

Entramos en Italia, habiendo dejado las tierras del Imperio atrás, y porque nuestro viaje iba dirigido a la Señoría de Venecia, antes de ir a Roma fuimos a Mantua, que es la primera ciudad notable que vimos de Italia, y por cierto digna de celebrar, cuando no tuviera otra cosa sino la extrañeza del sitio. Está Mantua fundada sobre un gran lago de agua muy clara, de suficiente fondo para una galera ordinaria. El burgo de la ciudad es muy grande población y de vistosos edificios, labrados a la italiana, y está de manera compartido el pueblo, que hacen vista las calles a todas las partes. Tiene un muy vistoso muro y bien labrado, que le baña el mismo lago; y en forma cuadrangular correspondiente, cuatro soberbias fortalezas que la hacen quasi inexpugnable. El duque y príncipe della, que es de la ilustrísima casa de Gonzaga, nos mandó por un mayordomo suyo enviar coches en que entrásemos, y nos aguardó en la antecámara de su palacio, y nos recibió muy afablemente, mandándonos hospedar en un cuarto de su propio palacio, el cual estaba riquísimamente aderezado, porque este príncipe es grande hospedador. Allí estuvimos dos días, y nos mostró particulares cosas de sus riquezas y joyas y pinturas, que las tiene notables y de extraordinarias manos, y gran copia de vestidos a la usanza de las demás naciones. Y habiéndonos regalado con comidas y festines, nos mandó dar una galera para ir, y que nos acompañasen cria-

dos suyos hasta Florencia. Nosotros caminamos la vuelta de Venecia, para dar la carta del rey a la Señoría, antes de ir a Roma, y así navegamos un día por un río desde la boca del lago, y salimos para ir a una ciudad que se llama Otranto, y de aquí pasamos a Verona, ciudad de la Señoría de Venecia y una de las buenas ciudades de Europa.

Aquí estuvimos tres días esperando un caballero que habíamos enviado a Venecia, para que la Señoría nos diese licencia para ir a ella, y nos respondieron que por estar allí un embajador del turco, tratando cosas importantes, no se atrevían, porque no pareciera bien, que habiendo embajador del turco presente, admitiesen otro embajador del rey de Persia, siendo príncipes tan encontrados, porque no resultase alguna novedad en daño de la cristiandad; que viésemos lo que habíamos menester, que nos lo enviarían. A lo cual respondió el embajador del rey, muy enojado, que ni se le daba nada del embajador del turco, ni de la cortedad de la Señoría. Y con esta resolución pasamos a la ciudad de Ferrara, y desde aquí enviamos un caballero al gran duque de Florencia, a avisar de nuestra venida, y luego nos envió el mayordomo mayor suyo, y nos vino aposentando hasta llegar a la ciudad Florencia, donde aposentamos en su propio palacio; y media legua de esta ciudad, nos salió a recibir toda la nobleza della, y nos pusieron en cuatro coches muy ricos, y así entramos hasta el palacio, cercados de multitud de gente, donde fuimos servidos de los mismos criados del gran duque, por estar en caza. Y habiendo estado quince días en Florencia con mucho regalo, viendo las cosas particulares de la ciudad, que cierto son notables así de riquezas como de edificios, nos mandó el duque enviar a llamar desde la ciudad de Pisa, donde estaba

con la gran duquesa; donde, habiéndonos recibido Don Juan de Médicis, hermano suyo, nos llevó al palacio, y allí nos recibieron el duque y duquesa con mucha afabilidad, y nos tuvieron diez días con grande regalo, en los cuales nos mostró grandes riquezas y curiosidades dignas de tan gran príncipe, pero entre otras nos llevó a Livorno a mostrar una nueva ciudad que hace, que será cosa monstruosa, y una fortaleza y un modo de boca de puerto, que será la una de las peregrinas cosas que haya por todo el mar Mediterráneo, donde tenía trabajando más de cinco mil esclavos. Dió el gran duque al embajador de Persia una cadena de oro de diez y seis vueltas, con una medalla de su retrato, cercada de muchas piedras finas, y otra del mismo peso a Don Antonio Sherley, y a los caballeros honró y regaló; y dándonos un mayordomo suyo que nos acompañase y hiciese el gasto hasta Roma.

Nos despedimos, volviendo a ir por Sena, y en esta ciudad nos detuvimos, porque fué un caballero por la posta a Roma a dar cuenta a Su Santidad de cómo estábamos en Sena aguardando licencia para ir a besar el pie de Su Santidad; y al cabo de tres días, envió un cardenal que nos recibió en su nombre y dió orden en todo lo que fué necesario.

Aquí en la ciudad de Sena riñó el embajador de Persia con Don Antonio Sherley, y llegaron las cosas a mal, si el cardenal que había enviado Su Santidad no se hallara presente, aunque no pudo acabar con el embajador que entrasen juntos en Roma.

La razón que tuvo el embajador para reñir con Don Antonio, fué que como había ofrecido Don Antonio al embajador que los 32 cofres de los presentes los darían en aquellos navíos ingleses, puestos en Roma, pedía el embajador a Don Antonio los cofres, para

hacer el presente a Su Santidad, porque era de mucho valor; y a lo que pareció fué todo engaño, pues tales cofres no habían venido a Roma, y el Don Antonio debió de vender o cambiar en el mar Báltico o Océano Septentrional a aquellos mercaderes ingleses el valor de los siete presentes; y pareció después ser así, porque tuvimos aviso como se habían vendido las piezas de brocado y telas en Moscovia.

Al fin, apaciguada esta pesadumbre por medios del cardenal, llegó un sobrino de Su Santidad a una legua de Roma, con todos los caballeros della, y nos envió muchos coches para adorno del acompañamiento. Pero pareció más conveniente que entrásemos a caballo; y así entramos entre dos caballeros romanos un persiano, llevando el sobrino de Su Santidad a su mano al embajador, entre otro caballero.

Estaba la campaña tan cubierta de coches, que me parece que había más de mil coches y más de cuatro mil caballos y mulas; siendo el número de la gente de a pie que salió a vernos, infinita.

Al llegar a la ciudad dispararon más de cien piezas de artillería del castillo de Sant Angelo y torres, y un buen golpe de arcabuces, que pareció una gran salva y honra que nos quiso hacer Su Santidad.

De ahí nos llevaron a una casa o palacio no muy distante del Palacio Sacro donde Su Santidad asistía, y allí vino un mayordomo de Su Santidad que nos esperó y estuvo ordinariamente con nosotros, regalándonos y mandando dar cuanto era necesario; y después de tres días que estuvimos en Roma, nos envió a llamar Su Santidad.

Aquí volvió el embajador a tener nueva pesadumbre con Don Antonio, y envió a responder a Su Santidad que no podía ir aquel día a besarle el pie porque

faltaba el presente; que Don Antonio le había engañado; y Su Santidad volvió a responder que fuésemos, que no importaba, que él se informaría de lo que era y mandaría remediarlo. Y así, fuimos acompañados de muchos caballeros hasta el Palacio Sacro; y en entrando en él, salieron todos los cardenales y nos acompañaron hasta la sala donde estaba Su Santidad, el cual estaba en su trono pontifical, y a los pies dél un alfombra con sus cojines, donde se asentó el embajador, habiendo besado el pie a Su Santidad y recibido su bendición diciéndonos: «Dios os haga cristianos»; y luego el embajador, con la crianza debida, le dió la carta del rey de Persia, y Su Santidad la tomó y habló un rato por el intérprete con el embajador, y entre otras cosas le dijo el engaño y cautela de Don Antonio con los presentes, y Su Santidad respondió: «Yo no castigo a los que vienen a mí, y más enviándolo de paz el rey de Persia; llévenlo al rey de España, que él lo castigará». Con esto se despidió el embajador, y levantándose Su Santidad nos echó su bendición y se entró, y los cardenales nos acompañaron hasta la puerta, y el mayordomo de Su Santidad hasta la posada.

Cada día Su Santidad enviaba a saber cómo estábamos, y nos enviaba a mandar que saliésemos a ver las cosas notables de Roma, y así cada día venían cardenales y príncipes a visitar al embajador, y nosotros salíamos a ver aquellos santos templos y reliquias, las riberas del Tíber y los jardines y viñas más curiosas. Y habiendo estado dos meses en Roma, envió Su Santidad una cadena de oro y dos mil ducados al embajador, y a cada uno de los caballeros nos envió una cadena con un retrato suyo.

Con esto fuimos a despedirnos de Su Santidad y a

pedir su bendición y licencia para venir a España; y Su Santidad nos la dió con mucho amor, y nos dió un canónigo de Barcelona, llamado Francisco Guasque, que viniese con nosotros, y le dió todo el dinero que era necesario para el camino hasta España. Y cuando quisimos partir de Roma y miramos por Don Antonio, no pareció él ni los ingleses, porque se habían huído.

Salimos de Roma sin los ingleses, y al salir de la ciudad echamos menos tres persianos, y volviendo a Roma a buscarlos, hallamos que ya Dios empezaba a obrar de las maravillas suyas, porque hallamos a los tres persianos que faltaban, en el palacio de Su Santidad, tratando de volverse cristianos.

Sintiólo el embajador con mucho extremo, y acudió a Su Santidad, y Su Santidad respondió que la ley de Dios era muy suave y que a nadie llamaba por fuerza; que libres eran, que hiciesen lo que quisiesen, que su voluntad estaba en sus manos.

Con esto el embajador los habló aparte, y viéndolos tan constantes y firmes en ser cristianos, los dejó y salimos de Roma.

A quince días como salimos de Roma, llegamos a Génova, donde estuvimos ocho días, y en ellos nos regaló la Señoría y caballeros con particular cuidado y a su costa, y los príncipes que hay en ella, que son grandes hospedadores.

Aquí tomamos dos galeras y nos embarcamos, y en dos días llegamos a la ciudad de Saona, y de ahí, tomando cabalgaduras, venimos por Francia hasta Aviñón, donde el vicelegado de Su Santidad, que asiste allí, nos recibió y honró dos días que allí estuvimos. Aquí mudamos caballos y acémilas; partimos a la vuelta de Nimes y venimos a Montpellier, y de allí a Narbona, donde pasamos a Salsas, y de allí a Perpi-

fián, donde el alcaide y capitán general nos regaló como pudiera un gran príncipe.

De Perpiñán fuimos con treinta soldados de guarda, por amor de los bandoleros, hasta que nos pusieron en salvo en Barcelona, habiendo pasado aquel áspero y peligroso pedazo del Pirineo.

A media legua de Barcelona envió el duque de Feria, que estaba por virrey allí, muchos coches y caballos para que entrásemos en la ciudad, y nos salieron a recibir della lo más de la nobleza catalana, y entramos en aquella ciudad, cuya labor de edificios y limpieza de calles nos enamoró mucho. El duque, con ánimo y pecho muy de quien es, nos honró y regaló diez días a su costa, y mandándonos dar caballos y acémilas, partimos para Zaragoza, donde habiendo sabido el duque de Alburquerque, que estaba por virrey, nuestra venida, nos envió a media legua seis coches y muchos caballos para que entrásemos, y nos salió de la ciudad a recibir toda la nobleza de Aragón que hay en aquella ciudad. Entramos en ella rodeados de infinito número de gente, hasta al aposento que nos estaba señalado. Aquí estuvimos tres días, regalándonos a su costa el virrey, como tan gran príncipe, y haciéndonos mostrar las curiosidades de aquella ciudad, que son muchas, particularmente la iglesia y capilla de Nuestra Señora del Pilar, que después de la de Monserrate, que vimos al salir de Barcelona, aunque infieles, nos agradó mucho. De aquí, mandándonos dar las cabalgaduras necesarias, venimos para Valladolid, hasta a un lugar que se llama Olivares, y allí nos detuvimos, enviando un intérprete a Valladolid, a la Majestad del rey nuestro señor, a hacerle saber nuestra venida, y caminamos poco a

poco hasta Tudela de Duero, y desde aquí no pasamos adelante hasta tener orden de su Majestad, y aquí nos llegó orden que guardásemos ocho días.

RELACION VII

DE CÓMO ENTRAMOS EN VALLADOLID Y BESAMOS LAS MANOS A SU MAJESTAD, Y CÓMO UN SOBRINO DEL EMBAJADOR SE BAPTIZÓ.

Llegamos a Tudela, y luego el canónigo que venía con nosotros y yo, por orden del embajador, partimos a la corte solos, para hablar con el duque de Lerma, camarero mayor de su Majestad, y con el marqués de Velada, que hace el oficio de mayordomo mayor; y en entrando en Valladolid causa tanta admiración la novedad de mi hábito, que se iba tras de mí infinita gente por las calles. Llegué al palacio real, y allí me honraron y hicieron merced de acompañarme todos los caballeros que se hallaron presentes, hasta ponerme en la presencia del marqués de Velada, a quien propuse el intento de mi venida, de parte del embajador, y di la razón que convino dar en aquella ocasión de la venida del embajador de Persia y de mi persona. Su señoría me mandó sentar y me oyó con mucha afabilidad y me respondió que su Majestad había recibido mucho gusto con la venida del embajador, y que la casa donde se había de aposentar se estaba colgando y aderezando; que se entretuviese en Tudela tres o cuatro días, y que luego se enviaría orden para entrar en esta corte. Con cuya resolución, y agradecidísimo del favor que su señoría me hizo, volví a Tudela con el canónigo, y conté al embajador

lo bien que me había parecido la grandeza de la corte de España y la multitud de príncipes que en ella vi, de que se holgó mucho el embajador; y esperamos el orden para entrar en la corte.

De allí a ocho días como me volví a Tudela, su Majestad mandó a uno de sus cuatro mayordomos (que se llama Don Luis Enrique), que saliese media legua al camino de Tudela por nosotros, el cual fué acompañado de muchos caballeros de su casa y sangre, como aquella que es una de las cualificadas de España, y nos llevaron cinco coches, en que venimos hasta Valladolid, y en ella nos recibieron muchos caballeros cortesanos, y nos trujeron a una muy buena casa, que estaba apercebida para nuestro aposento, muy bien colgada y aderezada con muy ricas camas y tapicerías de telas y terciopelos de colores; y en ella nos servían criados de su Majestad, y teníamos parte de la guarda tudesca y española. Y aquí vinieron a visitar al embajador todos los embajadores que están en la corte de España de todos los demás príncipes del Poniente, y los grandes y los más de los títulos que se hallaron en esta corte; y estaba todo el día nuestra casa llena de gentes, particularmente a la hora de la comida y cena. Y pasados cuatro días de como entramos en Valladolid, habiendo ido una vez en público el duque de Lerma a visitar al embajador de Persia, nos mandó su Majestad llamar al palacio, y nos trujeron caballos muy bien aderezados, en que fuimos acompañados de muchos caballeros, hasta donde estaba la guarda por una y otra parte; y en apeándonos en palacio, y subiendo a las escaleras, salieron a la antecámara de la primera puerta los caballeros de la Cámara de su Majestad, acompañándonos hasta la misma cuadra donde su Majestad estaba. El embajador

llegó, y sacando la carta, la cual era al modo de Persia, escrita con letras de oro y de color, en un pliego de más de una vara en largo, y el modo de las dobladuras era peregrino, y tan larga la carta como medio pliego de papel de los de España, y tan ancha como tres dedos, que la llevaba el embajador metida en una bolsilla de tela de oro y puesta en el turbante y tocado de la cabeza, de donde la quitó y besó y dió a su Majestad. Su Majestad se quitó la gorra y tomó la carta, y por la lengua del intérprete se informó del intento del rey de Persia y el fin de aquella embajada; y, entendido, respondió: «Que estimaba mucho que el rey de Persia le ofreciese su amistad, y que todo lo que enviaba a decir haría de muy buena gana, y respondería a su carta, y que holgásemos y descansásemos por entonces». Y con esto el embajador se despidió de su Majestad, y nos volvimos con el mismo acompañamiento a nuestra posada.

En la corte estuvimos dos meses con mucho regalo, saliendo en coches y caballos de su Majestad a ver las cosas notables que hay en ella. Particularmente vimos muy grandes saraos y fiestas públicas de toros y cañas, que nos parecieron con muchas ventajas mejores que las que habíamos visto en otros reinos y provincias, porque esta república española, aun en las cosas de burlas, tiene una gravedad y concierto que falta en otros estados.

En medio de estos entretenimientos sucedió una cosa de mucho pesar para el embajador. Entre los caballeros que veníamos con él, venía un sobrino suyo llamado Alí Guli Bec, el cual oía, por parecerle bien, los ritos y cerimonias de la ley cristiana, por haberse inclinado al modo de vivir de los españoles y agradádole el hábito. Pero todo esto es cosa de burla: la

verdad es, y así se ha de presumir y creer, que había llegado la hora en que aquel Dios poderoso, que supo y pudo con una mano abrir las aguas del mar Bermejo, y pasar a pie enjuto los hijos de su pueblo, y con la otra volver a tender las aguas sobre los sátrapas y príncipes de Egipto, quería mostrar en España que se es el mismo Dios, y que de los remotos fines de la Asia, sabía y podía traer los más rebeldes corazones a los fines de la Europa, y en ella hacerlos cera blanda, para regalarlos y derretirlos al calor de la doctrina evangélica. Bendita sea su misericordia y dichoso este caballero, si sabe conocer y agradecer las mercedes que Dios le hizo en hacerle cristiano.

Dijo, pues, Alí Gulí Bec, que quería ser cristiano y bautizarse, y diciendo y haciendo, retiróse de todos nosotros y entregóse en las manos de los padres de la Compañía de Jesús, para que lo instruyesen en la fe, y lo hiciesen catecúmeno, que cierto me parece que formaba conciencia, si no dijera lo que siento, que esta religión la puso Dios en su iglesia para honra suya y gran provecho y bien por la cristiandad, porque han descubierto el verdadero camino de enseñar.

El embajador y nosotros, como infieles, desconsolámosnos mucho, pero divertímonos en ver recreaciones y fiestas, y al cabo de dos meses, su Majestad mandó enviar una cadena de oro al embajador, que pesaba quinientos escudos, y a cada uno de los tres caballeros que habíamos quedado, una cadena de tres mil reales de valor, y otras de menor peso para los criados, y una carta para el rey de Persia, y diez mil ducados de ayuda de costa, y mil ducados para hasta Portugal, y ayuda de costa al canónigo que vino con nosotros, y orden para que se nos diese embarcación en Lisboa a costa de su Majestad, ansí el flete como los manteni-

mientos, sin que nos costase blanca, hasta ponernos dentro del reino de Ormuz y de Persia. Liberalidad digna de la augusta mano de la Majestad Católica de Filipo Tercero, gloria de Austria y de España, y única columna de la fe y amparo del cristianismo del Poniente.

Con esto fuimos a despedirnos de su Majestad, agradecidísimos de tantas mercedes, y llevando un intérprete que nos mandó dar su Majestad, criado suyo y muy cursado en todas lenguas, que se llama Diego de Urrea, salimos para la ciudad de Segovia, donde el corregidor della y caballeros nos salieron a recibir, y nos honraron mucho. Y yo, como siempre, desde que salí de Persia, había traído intento de escribir todo lo que viese en este viaje, por hacerlo público en Persia, hice que nos mostrasen cuatro cosas que tiene esta ciudad, peregrinas. La primera es una ermita con una imagen de Nuestra Señora, que llaman de la Fuen-cisla, puesta en un abrigo de un peñasco que mira al Mediodía, de la mayor devoción que yo vi jamás rostro de imagen; y tiene tan grandes lámparas de plata delante de sí, que escasamente se pudiera creer sino viéndose. Y preguntando yo que qué reyes habían dado aquello, me respondieron que los oficios de los hombres que labran lanas allí (que se labran muchas) las habían ofrecido a Nuestra Señora.

La segunda cosa notable que hay en esta ciudad es el alcázar y palacio que ahí tienen los reyes de España, que es el uno de los más notables y bien labrados que hasta allí habíamos visto, fundado sobre un peñasco cortado a manos, con un foso hondísimo, y un razonable río, que lo hace más fuerte.

La tercera cosa notable de esta ciudad es un puente labrado de sillería, hecho todo de piedra viva sin ar-

gamasa, por encima del cual viene toda el agua que ha menester esta ciudad, siendo tan largo que tiene más de ducientos arcos, y tan altos por algunas partes, que vuela dos picas.

La cuarta cosa admirable es una casa de moneda donde se labran muchos millones de ducados de oro, plata y cobre, sin labrarla a manos, sino toda artificialmente con el agua del río que baña el alcázar.

De aquí fuimos a ver una casa de invierno que tienen los reyes de España, a dos leguas de Segovia, que se llama Balsaín; y llámola ansí, por no ser casa de jardines y estar metida en un valle hondísimo, cercada de unas grandes montañas, de pinos; pero en aquella aspereza, es un paradiso de la tierra.

De aquí fuimos a ver el Escorial, obra de las más monstruosas que tiene el mundo, y que por sólo verla se puede venir desde las más remotas provincias dél. Es una casa y palacio que el rey Don Philipe Segundo, que sea en gloria, mandó labrar en las faldas de unos montes y sierras que llaman de Guadarrama, por un arroyo que deciende dellos. El sitio está abrigado del Norte, y mira al Mediodía, y es su forma cuadrangular, tan grande, y la forma de tantas diferencias de géneros dóricos, jónicos y corintios, y la materia, piedra de la que llaman viva, asentada de sillería; y hay tantos patios y torres y columnas y palacios y galerías y lonjas, y dentro de ellos tantas riquezas y tantas pinturas, que con razón la llaman octava maravilla del mundo, y pienso yo que ninguna de las siete maravillas pasadas llegó a ésta. Dicen que la labró el rey Don Philipe Segundo en cumplimiento de cierto voto que hizo estando sobre San Quintín, donde fué fuerza derribar una iglesia de San Laurencio; y ansí, es de San Laurencio la vocación de la iglesia del Es-

curial, cuyo retablo es la más peregrina cosa que hay en el mundo. Es monasterio de frailes jerónimos, y tiene colegios y escuelas públicas, y es el entierro de todos los reyes de España, cuyos huesos han podido ser habidos.

De allí fuimos a una casa de invierno que está a cinco leguas del Escorial y dos de Madrid, que labró el emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria, que es también una gran casa y en extremos curiosa, cercada de grandes bosques muy poblados de todo género de caza mayor y menor, y es con tanta abundancia, que andan a bandas los venados y puercos jabalíes.

De aquí fuimos a la Casa del Campo de Madrid, cuyas fuentes, jardines y estanques tenían necesidad de particular libro; y entramos en Madrid, que es una de las más grandes y más hermosas poblaciones que hay en España, de cuyas grandezas y curiosidades hay tanto que escribir, que es mejor callarlo.

De aquí fuimos a ver a Aranjuez, que es una casa de verano de los reyes de España, que fundó la Majestad de Filipo Segundo, sobre las vertientes del gran río Tajo, cuyos jardines, bosques, estanques, mares, recreaciones, cazas mayores y menores, son tantas y de tantas diferencias, tantos árboles y tantas frutas, y tantos animales y aves traídos de la India más remota, que es imposible escribirlo en muchos libros; y ansí, con darle a Aranjuez nombre de novena maravilla del mundo, decimos lo que alcanzamos.

Vimos también de paso la imperial ciudad de Toledo, corte de los reyes godos, su alcázar, y el artificio con que sube el agua desde lo profundo del Tajo hasta lo alto dél. Su iglesia, metrópoli de España, por cuya majestad se llama Toledo la Roma española.

De aquí caminamos la vuelta de la tierra que llaman Extremadura, y pasamos por la ciudad de Trujillo, llena de linajes antiguos, y llegamos a la ciudad de Mérida, que fué antiguamente otra Roma, como parece hoy por sus ruinas.

Aquí quiso descansar el embajador un día, y como cargase mucha gente a vernos, y pusiésemos en la puerta a Amir, que era nuestro alfaquí, que es como capellán del embajador, natural persiano, y descendiente de la casa de Mahoma, el cual como hiciese mucha resistencia en la puerta, no faltó un hombre descomedido y de malas entrañas, que, sin darle otra ocasión, le mató de una puñalada; y como era de noche, no fué posible averiguar quién lo hizo, aunque el corregidor hizo diligencia y prendió mucha gente, por satisfacer al embajador, que quería volver a la corte a quejarse a su Majestad. Pero resolvímonos, por andar su Majestad en caza, y no estar en la corte, de que llegásemos a Lisboa, y en cuanto se prevenía la embarcación, que yo volvería a la corte a dar cuenta a su Majestad de la muerte del alfaquí, para que mandase castigar el delito. Y ansí enterramos al alfaquí Amir a la usanza de Persia, con las cerimonias de allá, en el campo. Cosa que salió toda la ciudad a verla, y causó mucha risa.

De aquí pasamos a la ciudad de Badajoz, que es una ciudad puesta en las rayas de Portugal y Castilla, y el corregidor della, que era un caballero muy principal que se llama Don Juan de Avalos, nos aposentó en su propia casa, y nos honró y regaló mucho.

De aquí pasamos a la ciudad de Lisboa, célebre en España por su mucha nobleza y su antiguo fundador Ulises, y ser corte y cabeza del reino de Portugal, y ser población de más de ochenta mil vecinos, y hacerla más famosa aquel gran puerto de la boca del Tajo y mar

Océano, que es escala de toda la navegación de la India mayor y mundo nuevo.

En llegando que llegamos a Aldea Gallega, enviamos a hacer saber al virrey que estábamos allí, que era entonces el marqués Don Cristóbal de Mora; y luego nos envió cuatro galeras con mucha gente, que nos llevaron a Lisboa, donde se nos hizo grande recibimiento y fiesta, y nos hospedaron en un muy grande palacio.

Después de haber descansado en Lisboa y habernos regalado mucho el virrey y infinitos príncipes y caballeros portugueses, que cierto son grandes hospedadores, me dió orden el embajador de volver con el canónigo a Valladolid, a dar cuenta a su Majestad de la muerte del alfaquí, y ansí volví luego; y cierto se echa de ver en esto la verdad de lo que escribe David de Dios, que su mano vuelve los corazones como quiere, pues ansí como llegué a Valladolid, fuí a visitar Alí Guli Bec, a la Compañía de Jesús, y desde que empecé a hablar con él y a tratar con aquellos padres de la Compañía de Jesús (tan discretos como grandes religiosos), empezó Dios a querer obrar en mí otra maravilla nueva, y yo a sentir ciertos deseos interiores de buscar y hallar a su Majestad Divina. Bendigo mil veces su Santísimo nombre, que estando tan confuso y sin acertar a declararme, desató Dios la lengua tartamuda de otro Moisés, y pidiendo el bautismo yo propio, en una posada, sin enseñarme particular maestro, escribiendo en la letra persiana las oraciones, artículos, mandamientos y todos los demás principios cristianos necesarios para hacer a un infiel catecúmeno. Y he dado particular cuenta de esto, para que se den alabanzas a su Divina Majestad de la maravillosa providencia con que obra en los que llama a su iglesia, y a la unión de los fieles. Instruído, pues, en la doctrina necesaria, ha-

biendo hecho en esto diligencia Don Alvaro de Caravajal, capellán mayor y limosnero mayor de su Majestad, al cual comuniqué muchas veces y me alumbró y animó y favoreció con una pecho como de tan cristiano caballero.

Con esta resolución, pedí licencia para hablar al duque de Lerma, camarero mayor de su Majestad, y de quien pende todo el peso del cuidado del gobierno de estos reinos, y su excelencia me recibió con grande amor, y se alegró mucho con mis buenos deseos, y me animó de nuevo, y comunicándole a su excelencia mis propósitos, que eran después de haberme bautizado de volver a Persia y traer mi mujer y un hijo que tenía. A lo cual me respondió su excelencia que en España, bautizándome y quedando en ella, su Majestad me honraría y favorecería, y si sentía el perder la mujer y hijo, que por Dios más se había de hacer y aventurar y dejar; que no hay hijos, padre, madre ni mujer, cuyo amor se pueda comparar con el que Dios tiene a sus fieles; y otras muchas razones tan eficaces y fuertes, que cierto acabaron de alentarme y esforzarme. Que dotó Dios a su excelencia de un clarísimo ingenio y valeroso pecho, que ansí lo dijo el embajador persiano cuando habló con su excelencia, a quien iba muy aficionado. Tenía Dios ya dispuesto mi corazón (aunque sin merecerlo yo), y resolvíme en bautizarme y volver a Persia por mi mujer y hijo, sin que por allá se entendiese que era cristiano hasta tener comodidad de volver, por el viaje que desde el reino de Ormuz, hacen los portugueses a España; y con este acuerdo, se previno el bautismo.

RELACION VIII Y ULTIMA

DE CÓMO NOS BAPTIZAMOS EL SOBRINO DEL EMBAJADOR Y YO; Y CÓMO VOLVÍ YO A LISBOA, Y DE LAS COSAS QUE ME SUCEDIERON CON EL EMBAJADOR, Y CÓMO SE DETERMINÓ DE SER CRISTIANO OTRO CABALLERO PERSIANO QUE SE LLAMABA BONIAT BEC.

En volviendo que volví de hablar con su excelencia, se aderezó todo lo necesario para el bautismo, y acudiendo con particular cuidado Don Alvaro de Caravajal, capellán mayor y limosnero mayor de sus majestades, a quien se remitió. Estando ya dispuestos con la doctrina cristiana, nos trujeron dos vestidos de raso blanco y nos llevaron al palacio, yendo con nosotros en un coche Don Alvaro de Caravajal, limosnero mayor. Desta suerte subimos a donde estaban sus majestades, vestidos también de blanco, y bajamos a la capilla con mucho acompañamiento, y allí, siendo sus majestades nuestros padrinos, nos bautizó Don Alvaro de Caravajal. Y Alí Guli Bec, el sobrino del embajador, se llamó Don Philipe de Persia, y yo, que de antes me llamaba Uruch Bec, me llamé Don Juan de Persia. Luego sus majestades nos abrazaron y hicieron muy grande honra; y dándome a mí sus majestades una carta para el embajador y un intérprete y ayuda de costa para el camino, volví a Lisboa en mi primero hábito persiano, con el intento que en la relación pasada dije, que era el disimular de ser cristiano en Persia, hasta traer mi hijo y mi mujer; si ya no fuese que se ofreciese ocasión de confesar la fe de Cristo, y morir por ella, que para esto ya iba instruído y enseñado de la obligación que corría por mí desde que yo me bapticé y merecí llamar-

me cristiano. Con esto partí a Lisboa, y llegué sin sucederme cosa notable, habiendo llevado por orden de su excelencia a Francisco de San Juan, criado de su Majestad y lengua turquesca, aunque ya, como era cristiano, no me agradaba la conversación de los persianos, no hallándome de antes un instante sin ellos. ¡Bendito seáis, Dios mío, cómo mudáis los corazones!

El embajador mostró de holgarse mucho con mi venida, y luego empezó a dar prisa para la embarcación. Yo fuí a besar las manos al virrey, y le di cuenta de cómo me había bautizado, de que se holgó en extremo, pero llegándole yo a decir cómo volvía a Persia por mi hijo y mujer, me empezó a persuadir que no me fuese a Persia, y que me quedase en España, porque ya el embajador sabía cómo era cristiano y me había bautizado con su sobrino, y que corría peligro de mi vida, que me haría matar por el camino, o cuando no, diría en Persia lo que pasaba y me haría quemar. Yo le respondí que agradecía la merced y aviso que me daba su excelencia, y que el embajador estaba ignorante de que yo era cristiano, y me quería mucho, que no haría tal. El virrey me replicó que lo mirase más, pues estaba a tiempo. Con esto yo me despedí y fuí a mi posada algo suspenso, y así no trataba sino con Boniat Bec, otro caballero persiano particular amigo mío.

Con esta sospecha, un día que estaba el embajador, después de haber comido, retirado en su aposento con Azén Ali Bec, el otro caballero persiano, yo estaba en su sala paseándome; puse el oído para ver lo que trataban, y oí cómo decía el embajador: «Nadie le diga cómo yo sé que se ha bautizado y se llama Don Juan, que yo disimularé con él, hasta estar en Persia. Y en llegando allá, yo lo pondré preso y le entregaré al rey, para que lo mande castigar».

Yo disimulé el haberlo oído, y envié el intérprete al virrey, y mandó darme otra casa y todo lo que fué necesario. En esto, entendiendo el embajador el caso, reñimos, y llegó a tanto, que pusimos mano a las espadas, y a no estar de por medio el intérprete, sucediera alguna desgracia, porque todos los criados del embajador eran contra mí. Aunque el embajador tuvo por entonces poca razón de llegar a las manos conmigo, porque yo no le había dicho aún que era cristiano, sino que quería ir por otro camino a Persia, y no con él, porque era muy enfadosa tanta navegación como la de la India, y por acá, puesto en Venecia, pasaría la Turquía vestido de turco en tres o cuatro meses, y me pondría en Persia. Pero de lance en lance ello se hizo tan público que yo me había bautizado, que me pusieron a ocasión que me obligó a confesarlo. Y ansí me aparté dellos y me fuí a vivir a la casa que me señaló el virrey, con el intérprete.

Visto por el embajador que yo era cristiano declarado, y que me quedaba en España, y que ya no me podía llevar consigo, y aunque él quisiera yo no me atreviera a ir, se resolvió, como por vía de venganza, de hacer matarme, y lo procuró encomendar a algún soldado perdido, y como no se hallase quien lo hiciese, dió orden con un turco esclavo, que habían sacado del remo de las galeras del marqués de Santa Cruz, que estaba allí en Lisboa por general de España, el cual servía al embajador de criado y de intérprete, por entender la lengua turquesca, que me matase; y para esto traía el turco un puñal, y buscaba ocasión para hacerlo; de lo cual yo fuí luego avisado, y acudí al virrey, y me respondió que acudiese al marqués de Santa Cruz, que lo remediaría. Y informado el marqués dello, mandó echar veinte soldados en tierra, y aguardando ocasión que el

turco saliese de casa del embajador, le cogieron fuera y le volvieron preso a las galeras, donde le mandó castigar muy bien el marqués, y lo echaron al remo de nuevo.

Con esto, yo no traté más con el embajador ni sus criados, y sólo nos comunicábamos Boniat Bec y yo, y cada día le trataba de lo que importaba la salvación del alma, y que se bautizase. El estaba en duda; unas veces me decía que sí, otras que no, al fin, como más mozo. Yo no cesaba de encomendar a Dios este negocio muy de veras, porque me sería de mucho consuelo.

Acudíamos los dos en casa de un mercader veneciano, que sabía la lengua turquesca, que vive en Lisboa, que se llama Nicolao Clavel. Este persuadía con grande vehemencia y fervor a Boniat Bec, que hiciese lo que le pedía yo y se bautizase, que le iba su salvación. Y sucedió que estando un día el Nicolao Clavel contando en la lengua turquesca (porque lo entendiese Boniat Bec) el misterio de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, entró una paloma blanca, sin saber de dónde venía ni cuya fuese, y se asentó encima del bufete, en medio de todos, donde estábamos hablando; y habiendo sosegado un poco, sin espantarse volvió a volar y se fué, con no pequeña admiración de los que allí estábamos, atribuyéndolo a un grande milagro.

No fué menester más para Boniat Bec, que como ya Dios le iba disponiendo, se enterneció, y resolvió en bautizarse, y luego yo le llevé conmigo ante el virrey y le di cuenta de todo lo que pasaba, y se holgó en extremo, y sin dar cuenta al embajador, con la mayor brevedad que pudimos, mandando el virrey darnos lo necesario para el camino, partimos con el intérprete para Valladolid, donde, en llegando, yo pedí licencia

para hablar a su Majestad, y por el intérprete le di cuenta de todo lo sucedido y le dije que yo me había resuelto en quedarme en España, y que en lugar de mi hijo traía aquel caballero, que también quería ser cristiano. Su Majestad mostró holgarse en extremo, y le mandó remitir a Don Alvaro de Caravajal, para que lo hiciese hacer catecúmeno.

En este tiempo, su Majestad partió para el Escorial, y estando en él, envió Don Alvaro de Caravajal un capellán suyo, que llevó a Boniat Bec al Escorial, y hallándole instruído ya en la doctrina cristiana, le vistieron de raso blanco, y llevándole al palacio, en la capilla real, apadrinándole su Majestad y la duquesa de Lerma, le bautizó Don Alvaro de Caravajal, y sus majestades le honraron mucho, y llamóse en su bautismo Don Diego de Persia.

Su Majestad, como príncipe tan cristiano, viéndonos ya cristianos y extraños de nuestra patria tantas leguas, nos mandó con su cristiana y real mano señalar a cada uno mil y ducientos escudos de renta cada año, mandándonos dar con qué poner casa, y que se nos diese de aposento en su corte, y otras muchas mercedes que cada día nos mandó hacer, y mayores que cada día las esperamos de su real mano.

Bendita sea la infinita misericordia del piadoso y benigno Dios que tantas mercedes nos ha hecho, lo primero de darnos luz del conocimiento de su fe, y nos ha puesto en tierra de cristianos, donde es tan grande la frecuentación de los Sacramentos, y donde, sabiéndonos aprovechar, tenemos tantos maestros que nos enseñen el camino de la verdad, Cristo; y lo segundo que militamos debajo del amparo de un tan gran rey y señor, que tanto nos honra y favorece cada día.

Al Rey de los Reyes, Dios, ofrezco el celo y buen de-

seo que desde el primero punto que traté de ser cristiano, he tenido de acertar el camino de mi salvación. Y ansí, si he escrito este libro, más ha sido para que se den alabanzas a Dios de las maravillas que cada día obra, que no por otro respecto humano. Que su Divina Majestad sabe que estoy tan contento con ser cristiano, que se ha borrado de mi memoria cualquier sentimiento que me podía causar el apartarme para siempre de mi mujer, hijo, patria y hacienda. A El se den las gracias, pues como dijo Job: «Suyo es todo, y de El viene todo que vive en los siglos de los siglos.» Amén.

L A U S D E O

**DON JUAN DE PERSIA NOTO
EN SU PATRIA ESTOS DIEZ MODOS
DE DARNOS EJEMPLO A TODOS,
Y ANSI AQUI LOS ESCRIBIO**

Diez cosas dice el persiano
Notables, y que en razón
Arguyen gran discreción
Y son un problema llano.

Destas ríe el que es prudente,
Y cansan al que es discreto,
Y en ellas cae, en efecto,
Toda la más de la gente.

- I. Dicen en Persia: mejor
Es en el mortal destierro,
Partir con los dientes hierro,
Aunque es tan grande dolor;

Mejor es abrir camino
Con las uñas por la parte
Que algún risco no se parte
Ni hombre humano jamás vino;

Mejor es en las entrañas
Del fuego entrar la cabeza,
Y sacar de su fiereza
Centellas con las pestañas;

- Mejor es llevar de un polo
a otro un monte de pesos
Un hombre que está en los huesos,
Flaco y con sus fuerzas solo;
Mejor es tanto tormento
De llevar y de sufrir,
Que no llegar a pedir
A un hombre que es avariento.
- II. Cosa es de risa y que enfada
Que tenga un amante tierno
El corazón hecho infierno
Y el alma toda abrasada;
Y con que su vida acorta
Por aquella tal mujer,
Que quiera dar a entender
Que ni lo siente ni importa.
- III. También parece pasquín,
Y por tal se ha de tener,
Que una viciosa mujer
Que siempre ha sido ruín,
Delante de los que ven
Su torpeza y liviandad,
Jure con siguridad
A fe de mujer de bien.
- III. También es justo reñille
Al que pide al miserable,
Viendo que es inexorable,
Y con todo da en pedille.
Porque se afrenta y se nota,
Porque cuando viene a dar,
Casi se llega a ahorcar,
Y causa risa y chacota.
- V. También es indiscreción
Del que es pobre, aunque es de cuenta,

Sustentar gastos sin renta
Y criados sin ración.

Porque este tal que trabaja
De mostrar lo que no tiene,
A quedar al cabo viene
Como sin pluma la graja.

VI. También es cosa cruel
Que uno que en un arte es malo,
Piense que hace regalo
En atosigar con él.

Demás de que es imprudencia
Que éste tanto de sí fie,
Y cante mal y porfíe,
Porque acaba la paciencia.

VII. También son bravos errores
Que un hombre que es un jumento,
Quiera poner su argumento
Entre los que son doctores;

Y que estando en ocasión
Donde el docto se recata,
No entendiendo lo que trata,
Quiera él meter su razón.

VIII. También es cosa donosa
Que una fea no se vea,
Y que con verse, no crea
Que en efecto no es hermosa.

Porque aunque el mundo la avisa,
Con preciarse se desprecia,
Y es fea y queda por necia,
Cansa y da a los otros risa.

IX. También es muy ignorante
El que es ciego, y cada vez
Se quiere hacer juez
De lo que tiene delante.

Con poder tener por fe,
Aunque junto de él estén,
Que no puede juzgar bien
Uno de lo que no ve.

X. Y, últimamente, es cansado
Un pobre sin discreción,
Que quita la devoción
Con hacerse porfiado.

Que la voz y el tono esfuerza
Y endurece la piedad,
Porque aquella es voluntad,
Y él lo que quiere, hacer fuerza.

F I N

TABLA DE LAS COSAS NOTABLES QUE SE TRATAN EN ESTOS TRES LIBROS DE LAS RELACIONES

LIBRO I

- Qué tierra es Persia, y cuáles son los vocablos propios de las provincias a ella sujetas. Folio 4. [Pág. 58]
- Tierra tan caliente que el estío no pueden pasar sino dentro del agua. Fol. 4. [Pág. 59]
- Chapitel de una torre fecho de treinta mil cabezas de venados cazados en un día. Fol. 5 [Pág. 60]
- Tierra donde nunca llegan los frutos a madurar. Fol. 6. [Pág. 62]
- Torre maravillosa hecha de cincuenta mil cabezas de turcos. Fol. 7. [Pág. 63]
- Carneros de cinco cuartos como terneras. Fol. 8. [Pág. 63]
- Cuántas nobles familias hay en Persia, y cómo se llaman. Fol. 9. [Pág. 65]
- El modo del gobierno de Persia por toda la relación. Fol. 11. [Pág. 67]
- Por qué se descalzan en cualquier visita. *Ibidem.* [Pág. 67]
- Cómo se diferencian los nobles de los plebeyos. Fol. 12. [Pág. 68]
- Tan barata la seda, que ocho varas de tafetán valen cinco reales. *Ibidem.* [Pág. 68]
- Por qué los georgianos son más inclinados siempre a los persas que a los turcos. Fol. 13. [Pág. 69]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Cómo se conoce cuánta gente lleva el ejército del Sofí por las banderas. Ibídem. [Pág. 70]
- La guarda del Sofí es de renegados como la del turco, y cómo se llaman. Fol. 14. [Pág. 70]
- Cómo llaman a los cuerpos de los que tienen por santos. Ibídem. [Pág. 71]
- Cómo se lleva a enterrar una persona de cuenta. Ibídem. [Pág. 71]
- Précianse los persianos de poetas. Fol. 15. [Pág. 72]
- Cosa notable que hacen los galanes persianos muy enamorados. Ibídem. [Pág. 72]
- Cómo se casan los Persas. Fol. 16. [Pág. 73]
- Costumbre bestial y fea de los gitanos que llevan a Persia sus mujeres. Fol. 17. [Pág. 74]
- Principio de los reyes de Babilonia. Ibídem. [Pág. 75]
- Priamo vasallo de los reyes de Persia. Fol. 18. [Pág. 78]
- Los persianos se pueden preciar de que descienden de Nemrot. Fol. 20. [Pág. 79]
- Importa mucho la severidad en los reyes. Fol. 21. [Pág. 80]
- Sardanapalo tenía dos mil mujeres. Ibídem. [Pág. 80]
- Caída y muerte de Sardanapalo, cómo fué. Fol. 22 [Pág. 81]
- Cuánto tiempo se rigió por reyes Persia, y cuánto por sátrapas. Fol. 23. [Pág. 82]
- La mayor monarquía del mundo fué Persia, y cuándo empezó. Ibídem. [Pág. 82]
- Que los Reyes Magos fueron persianos. Fol. 24. [Pág. 83]
- Augusto Octaviano se pudo llamar rey de Persia y fué de los gentiles último rey della. Ibídem. [Pág. 84]
- San Judas Tadeo y San Simón, hermanos de Santiago, predicaron primero el Evangelio en Persia y bautizaron 60 mil. Fol. 25. [Pág. 84]
- Suanir o Sunair se llamaba la ciudad donde fueron martirizados S. Judas Tadeo y S. Simón. Ibídem. [Pág. 85]
- Los mártires cristianos de Persia son sin número. Fol. 26. [Pág. 85]
- Peregrino principio del linaje de Artaxerses, rey de Persia, hijo de Paveco. Ibídem. [Pág. 86]
- El rey Sapor de Persia, para ponerse a caballo, ponía el pie sobre el emperador Adriano, que tenía preso. Fol. 27. [Pág. 87]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- El rey Sapor mataba tantos, que para igualar los valles con los montes los llenaba de cuerpos. Ibídem. [Pág. 87]
- Niño antes de nacer coronado por rey de Persia y extraño pronóstico dello. Fol. 28. [Pág. 88]
- Ejército destruído de mosquitos, a petición de un Santo. Ibídem. [Pág. 89]
- Hisdicherdes, rey de Persia, nombrado por tutor del emperador Teodosio. Fol. 29. [Pág. 89]
- Ley en Persia hecha por el rey Cobades que las mujeres fuesen comunes, y cómo le cóstara el hacer esta ley la vida. Ibídem. [Pág. 89]
- Cosdroes juntó quinientos mil caballos. Fol. 30. [Pág. 90]
- Turcos que traían cruces en las frentes, y por qué. Fol. 31. [Pág. 92]
- Sucesos de Heraclio y Cosdroes. Fol. 32. [Pág. 93]
- Palabras de rey cristiano dichas por Heraclio a Dios. Fol. 33. [Pág. 94]
- Persia en poder de los sarracenos, porque los llamaron perros. Fol. 34. [Pág. 95]
- Omar primero, rey moro de Persia. Ibídem. [Pág. 96]
- Omar empieza a reedificar el templo de Salomón. Ibídem. [Pág. 96]
- Odmán deshizo el coloso de Rodas. Fol. 35. [Pág. 96]
- Cuántos años se había conservado en pie su tamaño y grandeza, y lo que se sacó dél. Ibídem. [Pág. 97]
- Cuándo y dónde y por qué se hizo el Alcorán. Fol. 36. [Pág. 97]
- Iezid, Califa de Bagdat y rey de Persia, depuesto del reino y muerto por su hermano por darse a la poesía. Ibídem. [Pág. 98]
- Halid, gran Califa de Persia, fué quien permitió dar socorro al conde Don Julián. Fol. 37. [Pág. 98]
- Diferencia de sectas de moros en Persia. Ibídem. [Pág. 99]
- De quién descienden los Sofíes. Fol. 38. [Pág. 100]
- Bagdat fundada de las ruinas de Babilonia. Ibídem. [Pág. 100]
- Los persianos llamaron en su favor los turcos, siendo idólatras pegóseles el ser Mahometanos. Fol. 39. [Pág. 101]
- Belzefo el primero turco que se llamó rey de Persia. Fol. 40. [Pág. 102]
- Principio de la casa otomana. Ibídem. [Pág. 103]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- El gran Tamorlán fué rey de Persia, y cómo se prueba. Fol. 41. [Pág. 103]
 Embajada de Usán Casano, rey de Persia, a la Señoría de Venecia. Fol. 42. [Pág. 105]
 No hubo nombre de Sofi en Persia hasta los años de 1500. Ibídem. [Pág. 105]
 Pedro Mocenigo, valeroso capitán veneciano. Ibídem. [Pág. 105]
 Liga contra el turco entre venecianos y persianos, y qué fruto se sacó della. Fol. 43. [Pág. 106]
 Rey de Persia y turco setecientos mil caballos en una batalla. Ibídem. [Pág. 166]

LIBRO II

- Excelencia de los años de 1500 por los príncipes que en ellos nacieron. Fol. 45. [Pág. 111]
 Nacimiento del primero Sofi. Fol. 46. [Pág. 112]
 Ley de Mahoma, cuál. Ibídem. [Pág. 112]
 Delante de la sepultura de Alf más de dos mil lámparas de oro y plata. Fol. 47. [Pág. 113]
 Principios de las diferencias entre turcos y persianos, y por qué. Ibídem. [Pág. 114]
 Por qué los reyes de Persia siempre desean la amistad de los reyes cristianos. Fol. 48. [Pág. 114]
 Ismael huyó de diez años y se sustentó de limosna. Ibídem. [Pág. 115]
 Ismael empezó de diecinueve años a predicar su nueva secta. Fol. 49. [Pág. 115]
 Ismael empezó con catorce hombres. Ibídem. [Pág. 116]
 Venganza que hizo Ismael de la muerte de su padre. Fol. 49. [Pág. 116]
 Por qué se intituló Ismael con este nombre, Sofi. Fol. 50. [Pág. 116]
 Por qué llaman los turcos caselvas a los persianos. Ibídem. [Pág. 116]
 Que Sofi no es vocablo griego ni quiere decir sabio. Ibídem. [Pág. 117]
 Hazaña de Techelle, primero capitán general de Ismael Sofi. Fol. 51. [Pág. 118]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Los persianos también pelean con arcabuces a caballo, como los alemanes. Fol. 52. [Pág. 119]
- Opinión de que los soldados del Sofí llegaron hasta Constantinopla. Ibídem. [Pág. 119]
- Blasón de los Sofíes, ser piadosos con los reyes que se van a amparar dellos. Fol. 53. [Pág. 120]
- El Sofí casa al turco Amurat con una hija suya. Ibídem. [Pág. 120]
- Grandes penas puestas por Selín a quien hablase con los del Sofí ni tuviese su ley. Ibídem. [Pág. 120]
- Batalla contra el Sofí, donde Selín llevó 400 mil caballos y 800 mil infantes. Fol. 54. [Pág. 121]
- Ismael Sofí herido en una espalda por los turcos y vencidos. Fol. 55. [Pág. 122]
- Artillería llevada en hombros por los turcos contra el Sofí. Fol. 57. [Pág. 124]
- Tomón Beyo, gran Soldán de Egipto, envía por artillería al gran Maestre de Rodas. Fol. 57. [Pág. 125]
- Batalla de Selín y Tomón Beyo en las calles del Cairo, que duró dos días. Ibídem. [Pág. 125]
- El gran Cairo desde su fundación hasta que se apoderó Selín dél, cuánto duró su grandeza. Fol. 58. [Pág. 125]
- Muerte de Selín en ocasión importante a la cristiandad; murieron Selín y Ismael Sofí en un tiempo. Ibídem. [Pág. 126]
- Casi en un tiempo se coronó en Aquisgrán Carlos V, y Solimán en Constantinopla. Fol. 59. [Pág. 126]
- Solimán coronado en Babilonia de mano del gran Califa. Ibídem. [Pág. 126]
- Victoria grande del rey Tahamas y pérdida notable de Solimán. Ibídem. [Pág. 127]
- Graciosa venganza de Tahamas del Califa que coronó a Solimán. Ibídem. [Pág. 127]
- Don Juan de Austria desbarata y vence a Selín. Fol. 60. [Pág. 128]
- Paces entre Tahamas y Solimán, y con qué condiciones. Ibídem. [Pág. 128]
- Xiras es la antigua Persépolis. Ibídem. [Pág. 129]
- Por qué tenía preso Tahamas a su hijo Ismael, y por qué Mahamet, siendo mayor que Ismael, no fué llamado a la sucesión del reino. Fol. 61. [Pág. 129]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Aider, puesto en el reino por consejo de su hermana, y luego muerto a puñaladas. Fol. 62. [Pág. 130]
- Ismael, que sucedió a su hermano Aider, también muerto a puñaladas. Ibídem. [Pág. 130]
- Siete años duró el dudar qué infante elegirían por rey de Persia. Fol. 63. [Pág. 132]
- Codabanda no quiere decir ciego, sino esclavo de Dios. Ibídem. [Pág. 132]
- Entra Mahamet Codabanda en el reino con su hijo Amza Mirza. Fol. 64. [Pág. 132]
- La cabeza de Pericancanom es cortada y traída por las calles de Casbín en la coronación de su hermano. Ibídem. [Pág. 133]
- Tocomac, bravo capitán persa, engañado de sus capitanes mozos. Fol. 65. [Pág. 134]
- Mostafá trincheado con tres mil cabezas de persianos. Fol. 66. [Pág. 135]
- También la Georgia se llamó Iberia, y la descripción desta provincia. Fol. 67. [Pág. 135]
- David georgiano reniega, y Simón, por no querer renegar, es preso. Ibídem. [Pág. 137]
- Vanachul, ciudad antigua que fundaron los Cruzados que ganaron a Hierusalem. Fol. 69. [Pág. 138]
- La ciudad de Teflis, perdida. Ibídem. [Pág. 138]
- Inconstancia de los príncipes georgianos. Fol. 70. [Pág. 139]
- Los capitanes persas escapan a nado. Fol. 71. [Pág. 140]
- Aras Can, ahorcado. Ibídem. [Pág. 143]
- Preso por su descuido Abdilguiray, príncipe tártaro. Fol. 73. [Pág. 143]
- Abdilguiray, que trató amores con la reina Bagún, no es cierto. Fol. 74. [Pág. 144]
- Su muerte, y por qué. Ibídem. [Pág. 144]
- La mujer de Osmán es causa de la muerte de su mismo padre, por no saber callar. Ibídem. [Pág. 144]
- Municher georgiano renegó. Ibídem. [Pág. 145]
- Malas compañías lo que hacen. Fol. 75. [Pág. 146]
- Aligulichán, preso de los turcos. Fol. 76. [Pág. 147]
- Azán no cumple la palabra dada a Simón. Fol. 77. [Pág. 147]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Desde cuándo escribe Don Juan de Persia por relaciones de su padre, y desde cuándo de vista. Ibídem. [Pág. 148]
- Ostentación del rey de Persia. Ibídem. [Pág. 148]
- Burla hecha en Constantinopla al embajador del rey de Persia en unas fiestas. Fol. 79. [Pág. 150]
- Extraña valentía de Municher el renegado. Fol. 80. [Pág. 150]
- Heri fué reedificada por el Tamorlán. Fol. 81. [Pág. 153]
- Castíganse las inobediencias de los reyes en Persia rigurosamente. Fol. 82. [Pág. 153]
- Mirze Salmán muerto porque aconsejó mal al rey. Ibídem. [Pág. 153]
- Emir Amze nunca fué yerno de Mirze Salmán. Ibídem. [Pág. 154]
- Arrepiéntense Municher y Simón de haber renegado, llévase el dinero del turco. Fol. 84. [Pág. 156]
- Tiempo y tierra donde valían tres fanegas de trigo cincuenta ducados. Fol. 86. [Pág. 158]
- Aligulichán se huye de la prisión. Ibídem. [Pág. 159]
- El padre de Don Juan de Persia persuadió a Emir Can que se diese al rey. Fol. 87. [Pág. 159]
- Traza de Xaus para hacer matar a Osmán, y qué mal salió della. Fol. 88. [Pág. 160]
- Los pueblos drusos son reliquias de los Cruzados. Fol. 89. [Pág. 161]
- Seiscientos mil zequíes dan cada año al turco el Cairo Egipto. Ibídem. [Pág. 161]
- Tauris es entrada de Osmán, cruel saco. Fol. 90. [Pág. 163]
- Por qué se perdió Tauris. Fol. 91. [Pág. 164]
- Primera batalla donde se halló Don Juan de Persia. Fol. 92. [Pág. 165]
- Gran victoria del príncipe de Persia. Ibídem. [Pág. 165]
- No pudo Cigala encubrir la muerte de Osmán. Fol. 93. [Pág. 166]
- Fiestas en Constantinopla, que mejor se pudieran llamar exequias. Fol. 94. [Pág. 167]
- El rey de Persia y su hijo vienen sobre el fuerte de Tauris. Ibídem. [Pág. 168]
- Piezas grandes de artillería de una boca de vara en alto. Fol. 95. [Pág. 168]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Los turcos del fuerte de Tauris descubren la mina y por qué. Ibídem. [Pág. 168]
- Cómo fué enviado Sultán Ali Bec Bayat, padre de Don Juan de Persia, del príncipe, con cierto artificio contra el fuerte. Fol. 96. [Pág. 169]
- Cómo murió sobre el fuerte valerosamente el padre de Don Juan de Persia, y lo que hicieron los turcos dél. Fol. 97. [Pág. 171]
- Por qué Don Juan de Persia no murió con su padre, aunque lo deseó. Ibídem. [Pág. 171]
- Engañosa venida de los turcomanes, y robo del infante Tahamas. Fol. 99. [Pág. 173]
- Gran libertad y atrevimiento de los turcomanes en la corte. Ibídem. [Pág. 173]
- Hace el rey a Don Juan de Persia cabo de unas compañías de caballos. Fol. 100. [Pág. 174]
- Embajador de los rebeldes echado de cabeza en una laguna. Ibídem. [Pág. 175]
- Por qué Casbín era entrada tan fácilmente de amigos y enemigos. Fol. 102. [Pág. 176]
- Por qué se saben las nuevas de la corte de un rey en otra. Ibídem. [Pág. 176]
- Gran peligro de los reyes en haberse de fiar de muchos. Fol. 103. [Pág. 178]
- Amza Mirza muerto de noche por un barbero de su cámara. Fol. 104. [Pág. 179]
- Esmi Can, cabeza de los conjurados, cómo mató al barbero. Ibídem. [Pág. 179]
- Ardebil, entierro de los Sofíes y las limosnas que allí se dan. Fol. 105. [Pág. 180]
- Desafío de campal batalla de dos grandes de Persia. Fol. 106. [Pág. 181]
- Abbas Mirze es llamado y hecho rey de Persia, llamóse Xabas. Fol. 107. [Pág. 182]
- Extraño castigo de veinte y dos Canes y Sultanes. Ibídem. [Pág. 183]
- Xabas saca los ojos a sus dos hermanos. Ibídem. [Pág. 183]
- Paces entre Xabas y Amurates, y con qué condiciones. Fol. 108. [Pág. 184]
- El rey Xabas camina a pie para dar ejemplo a sus soldados. Fol. 109. [Pág. 185]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

Todos los ministros de Justicia de los reyes de Persia andan vestidos de colorado. Fol. 110. [Pág. 186]

Los más reyes sujetos al rey Xabas se rebelan, y él los venció y mató. Por toda la relación doce del segundo libro. Ibídem. [Pág. 186]

Mujer de un gobernador asada viva porque su marido se huyó. Ibídem. [Pág. 186]

Esclava comprada en diez mil ducados. Ibídem. [Pág. 186]

Bofetón que dió Xavardi Can a su mujer, qué cara le costó. Fol. 111. [Pág. 187]

Castillo engañoso y graciosa burla. Fol. 112. [Pág. 188]

Torre de pica y media en alto toda de oro y un diamante que alumbrá una legua. Fol. 113. [Pág. 189]

Grandes guerras entre Abdulá Can, rey de los tártaros, y el rey Xabas sobre el reino de Corazán. Fol. 114. [Pág. 190]

Notable crueldad de los tártaros con los vencidos en Maxet. Ibídem. [Pág. 190]

El rey Xabas decía que tantas victorias ha dado la buena paga de los soldados como la buena fortuna.

Ibídem. [Pág. 191]

Deshizo el rey su vajilla para pagar a los soldados.

Ibídem. [Pág. 191]

Notable número de muertos en estas guerras.

Fol. 115. [Pág. 192]

Pasa el rey la corte de Casbín a Ispahán.

Fol. 117. [Pág. 192]

Muerte de Amurates. Sucédele Mahamet. Ibídem. [Pág. 192]

LIBRO III

Embajador del turco a la corte del rey de Persia, y el castigo que se hizo en él por lo que pidió. Fol. 119. [Pág. 198]

Llega Don Antonio Sherley, inglés, a la corte del Rey de Persia. Ibídem. [Pág. 198]

El rey de Persia estaba determinado, antes que llegara el inglés, de enviar embajador a España. Ibídem. [Pág. 198]

Determinase el rey de Persia a enviar embajada a ocho reyes cristianos y cuáles eran. Ibídem. [Pág. 199]

Llegan dos frailes por la India a Persia, regálalos el rey.

Fol. 120. [Pág. 199]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Cuándo salió el embajador de la corte de Persia para España.
Ibídem. [Pág. 200]
- Embárcase el embajador en el mar de Baccú.
Fol. 121 [Pág. 201]
- Gran abundancia de perros marinos que se pescan en el mar de Baccú, cuyos pellejos se venden bien.
Fol. 122. [Pág. 201]
- Gran tempestad, riense los persianos de ver rezar los frailes.
Ibídem. [Pág. 202]
- Tártaros muy rústicos y muy humildes. Ibídem. [Pág. 202]
- A donde es dulce el agua del mar Caspio.
Fol. 123. [Pág. 203]
- Cómo entramos en las tierras sujetas al Duque de Moscovia.
Fol. 124. [Pág. 204]
- Y encontramos otro embajador de Persia que iba a Moscovia.
Ibídem. [Pág. 204]
- Cómo llegamos a la ciudad de Astaracán, y su descripción, y de las notables costumbres destes cristianos moscovitas.
Ibídem. [Pág. 204]
- Cinco galeras nos hicieron para que navegásemos por el río Eder.
Fol. 125. [Pág. 205]
- Peces que nadie los osa comer, sino es unos guevos que tienen y se guardan lo más del año. Ibídem. [Pág. 206]
- Extraña manera de pasar sus ganados por el río a herbar los tártaros nocayos.
Fol. 126. [Pág. 206]
- Extraño regalo de los tártaros para su convidados.
Ibídem. [Pág. 207]
- Ciudad de tantas campanas en las iglesias, que no dejan dormir.
Fol. 127. [Pág. 207]
- Tierra donde no hay pobres, y suelen buscar por los caminos quién quiera comer.
Ibídem. [Pág. 208]
- No pueden traer los oficiales armas, y por qué.
Ibídem. [Pág. 208]
- Perros muy grandes, sueltos de noche para guardar la ciudad.
Ibídem. [Pág. 208]
- Campana que se toca a soltar los perros.
Ibídem. [Pág. 208]
- El río por donde navegamos se heló en una noche, de suerte que hubimos de ir por tierra. Fol. 128. [Pág. 209]
- Extrañas sillas o cochecillos en que caminábamos.
Fol. 129. [Pág. 210]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Torpes costumbres de los baños de Nochena. Ibídem. [Pág. 210]
- Orden del rey de Moscovia que aguardásemos un mes para entrar en su corte. Ibídem. [Pág. 210]
- Extraña superstición de unos mercaderes de la ciudad de Morlo. Fol. 130. [Pág. 211]
- Ciudad de Moscoa, corte del rey de Moscovia, de dos leguas de largo. Fol. 131. [Pág. 212]
- El palacio del rey de Moscovia tiene seis mil casas dentro. Fol. 132. [Pág. 213]
- Grande y maravilloso recibimiento que nos hicieron en la corte de Moscovia. Ibídem. [Pág. 214]
- Extrañas costumbres del moscovita. Fol. 132. [Pág. 215]
- Todas las casas de Moscovia son de madera. Ibídem. [Pág. 216]
- Extraña campana que treinta hombres no la pueden mover. Ibídem. [Pág. 216]
- Sala a donde está el rey de Moscovia y donde nos recibió, de extraña grandeza. Fol. 135. [Pág. 216]
- Convite de extraña magnificencia que nos hizo el moscovita. Fol. 136. [Pág. 218]
- Vino de uvas solo se trae a Moscovia para celebrar y para el rey. Ibídem. [Pág. 218]
- León con crines de dos varas de largo. Fol. 137. [Pág. 219]
- Piezas de artillería que entra un hombre holgadamente á limpiarlas. Ibídem. [Pág. 219]
- El fraile dominico se nos perdió en la corte de Moscovia, y lo que se sospechó. Ibídem. [Pág. 219]
- Extraña manera de cómo nos pasaron sobre un río. Fol. 138. [Pág. 220]
- Tierra por donde pasamos, que siempre era de día. Fol. 139. [Pág. 221]
- Puerto donde siempre hay cuatrocientos navíos y donde nos embarcamos. Fol. 140. [Pág. 222]
- Burla y engaño que nos hizo Don Antonio para alzarse con los presentes. Ibídem. [Pág. 222]
- Tierra donde los hombres no se diferencian de la mujeres en el rostro, y cuán pequeños son, y de sus costumbres. Fol. 141. [Pág. 223]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Hombres tan hechiceros que venden el buen tiempo a los que navegan y lo que les respondimos. Ibídem. [Pág. 223]
- Mar donde en cuarenta días no anocheció. Ibídem. [Pág. 223]
- Cómo encontramos unos navíos ingleses, y lo que nos pasó con ellos. Ibídem. [Pág. 223]
- Pescados que vimos que creímos ser navíos. Fol. 142. [Pág. 224]
- Caballos marinos que siguen los navíos. Ibídem. [Pág. 224]
- Tierra donde es lo más de las casas de plomo. Fol. 143. [Pág. 225]
- Extraños tocados de mujeres. Ibídem. [Pág. 226]
- Depósitos de trigo donde había trigo de noventa años cogido. Fol. 144. [Pág. 226]
- Que Turingia es el riñón de Alemania. Fol. 144. [Pág. 227]
- Muralla tan ancha que van por encima tres coches a la par. Fol. 145. [Pág. 228]
- Extraña hechura de un aposento del Lantgrave. Ibídem. [Pág. 228]
- Recámara toda cubierta de coral. Fol. 145. [Pág. 228]
- Burla graciosísima que nos hicieron en la mesa del Lantgrave, dándonos hasta las servilletas de azúcar. Fol. 146. [Pág. 229]
- Pieza de artillería que dispara cuarenta veces en media hora. Ibídem. [Pág. 229]
- Daño que hace el azogue. Fol. 147. [Pág. 230]
- Tierra donde se siembra con un caballo lo que basta para el sustento de un año. Ibídem. [Pág. 232]
- Descripción de Alemania. Fol. 148. [Pág. 232]
- Que siempre truje ánimo de escribir lo que viese, y para qué. Fol. 149. [Pág. 233]
- El recibimiento y gran favor que nos hizo la Majestad cesárea del emperador Rodolfo. Fol. 150. [Pág. 233]
- La ciudad de Praga dividida en tres ciudades. Ibídem. [Pág. 235]
- Grandezas de la ciudad de Augusta. Fol. 153. [Pág. 237]
- Peregrina fuente y jardín. Ibídem. [Pág. 237]
- Qué extraño es el sitio de Mantua. Ibídem. [Pág. 238]
- Lo que nos respondió la Señoría de Venecia, y por qué. Fol. 154. [Pág. 239]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

- Recibimiento y gran regalo que nos hizo el gran duque de
 Florencia. Fol. 155. [Pág. 239]
- Extraña fortaleza que hace en Ligorno el gran duque.
 Ibídem. [Pág. 240]
- Cómo Su Santidad nos envió un cardenal a Sena.
 Fol. 156. [Pág. 240]
- Cómo el embajador de Persia riñó con Don Antonio sobre
 el engaño de los cofres. Ibídem. [Pág. 240]
- Maravilloso recibimiento que se nos hizo en Roma.
 Ibídem. [Pág. 241]
- Lo que nos pasó con Su Santidad, y cómo se nos desapare-
 ció Don Antonio en Roma. Fol. 158. [Pág. 243]
- Cómo se bautizaron en Roma tres criados nuestros persianos.
 Ibídem. [Pág. 243]
- Cómo nos regalaron en Génova. Ibídem. [Pág. 243]
- Cómo nos honró el duque de Fería en Barcelona y el de
 Alburquerque en Zaragoza. Fol. 159. [Pág. 244]
- Cómo llegamos a Tudela de Duero y esperamos el orden
 que mandaba dar su Majestad. Ibídem. [Pág. 245]
- Cómo yo vine a Valladolid por orden del embajador a hablar
 al duque de Lerma y Marqués de Velada. Fol. 160. [Pág. 245]
- Cómo entramos en Valladolid, y cómo nos servían los cria-
 dos de su Majeſtad. Fol. 161. [Pág. 246]
- Extraña hechura de la carta que traía el embajador del
 rey de Persia para su Majestad. Ibídem. [Pág. 247]
- El sobrino del embajador quiere ser cristiano, es llevado
 a la Compañía de Jesús. Fol. 162. [Pág. 247]
- Cuán importante es la Compañía de Jesús en la cristiandad.
 Ibídem. [Pág. 248]
- La merced que hizo su Majestad al embajador y cómo par-
 timos para Lisboa. Fol. 163. [Pág. 248]
- Cuatro notables cosas que tiene la ciudad de Segovia.
 Ibídem. [Pág. 249]
- Grandeza del Escorial. Fol. 164. [Pág. 250]
- Excelencias de Aranjuez. Fol. 165. [Pág. 251]
- Entierro que hicimos en Mérida a un alfaquí que nos mata-
 ron, y la risa que les causó. Fol. 166. [Pág. 252]
- Cómo llegamos a Lisboa, y cómo nos honró el virrey Don
 Cristóbal de Mora. Ibídem. [Pág. 252]

T A B L A D E C O S A S N O T A B L E S

Que los portugueses son grandes regaladores.

Fol. 167. [Pág. 253]

Cómo volví yo a Valladolid y hablé con Ali Guli Bec, y cómo nos bautizamos y él se llamó Don Philipe y yo Don Juan, y cómo fueron sus Majestades nuestros padrinos.

Fol. 169. [Pág. 255]

Cómo volví a Lisboa con ánimo de ir a Persia por mi mujer y hijo, y lo que allí me sucedió con el embajador.

Ibíd. [Pág. 256]

Cómo se determinó Boniat Bec de ser cristiano por un caso milagroso de una paloma.

Fol. 171. [Pág. 258]

Cómo se baptizó Boniat Bec en el Escorial, y se llamó Don Diego.

Fol. 172. [Pág. 259]

TABLA DE LOS VOCABLOS PERSIANOS Y DE OTRAS LENGUAS, QUE SE TOCAN EN ESTAS RELACIONES

Para que se entiendan mejor, los que tuvieren una P son persianos; los que una T, turquescos; los que una A, son arábigos.

| | |
|-------------------|---|
| Nispechahán. | P. Medio mundo. |
| Carvanzara. | P. Mesón. |
| Hamam. | P. Baño. |
| Bazar. | P. El mercado. |
| Hacom. | P. Gobernador. |
| Daroga. | P. Corregidor. |
| Vesir. | P. Viller. T. Secretario mayor de Estado. |
| Vechil. | P. Presidente. |
| Can o Sultán. | P. Grande o Virrey. |
| Ixich Agasibasi. | P. Mayordomo mayor. |
| Basi. | P. Cabeza. |
| Ixichagasi. | P. Mayordomo menor. |
| Gabuchibasi. | P. Portero mayor. |
| Deuleth Cahna. | P. Palacio del rey. |
| Haram. | P. Palacio de la reina. |
| Gali. | P. Alfombra. |
| Acta. | P. Eunuco. |
| Harram Exichcasi. | P. Escudero viejo de palacio. |
| Tache. | P. El turbante de doce puntas. |
| Cul. | P. La guarda de georgianos renegados. |
| Xich. | P. Cuerpo santo. |

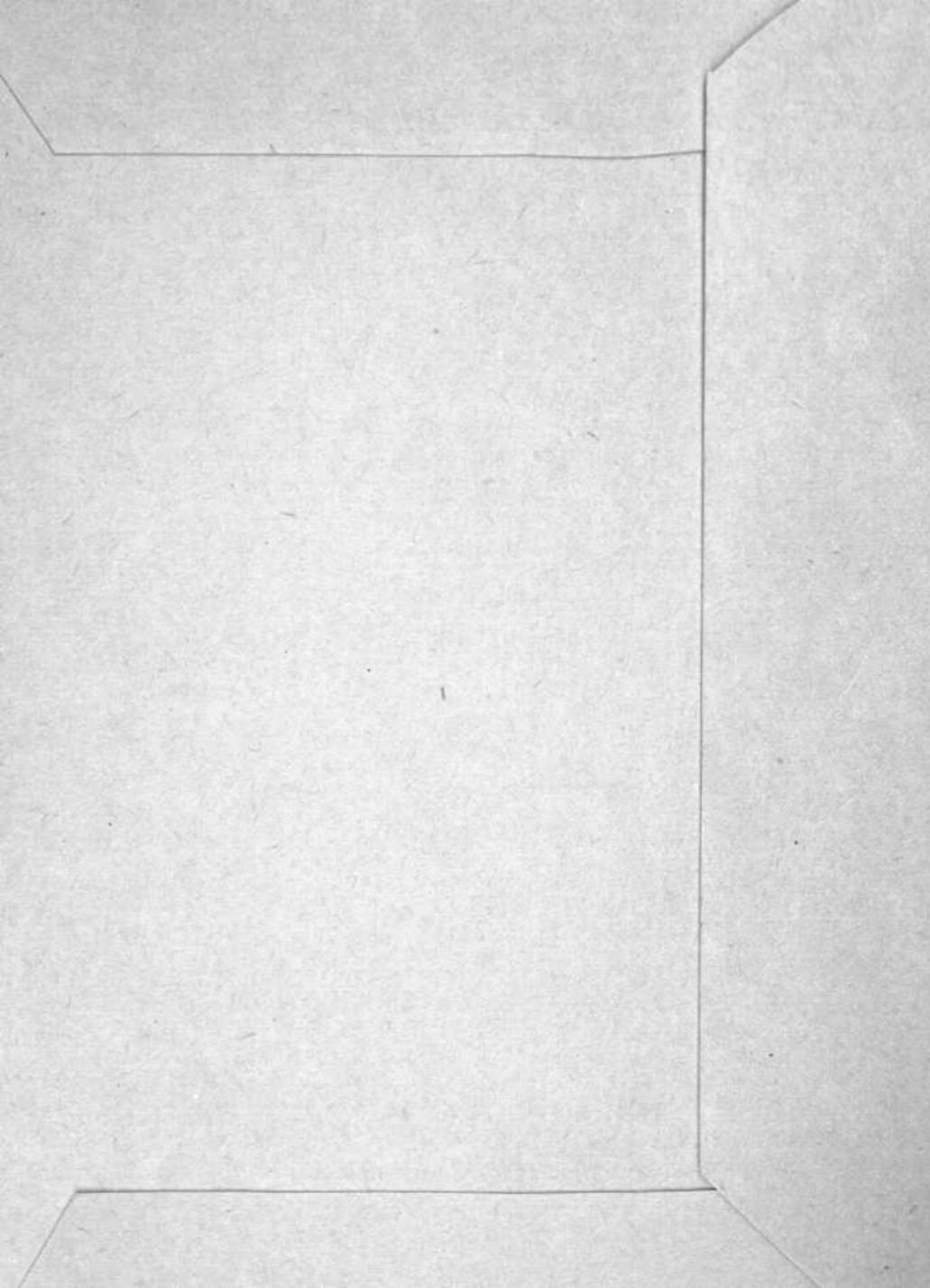
T A B L A D E V O C A B L O S

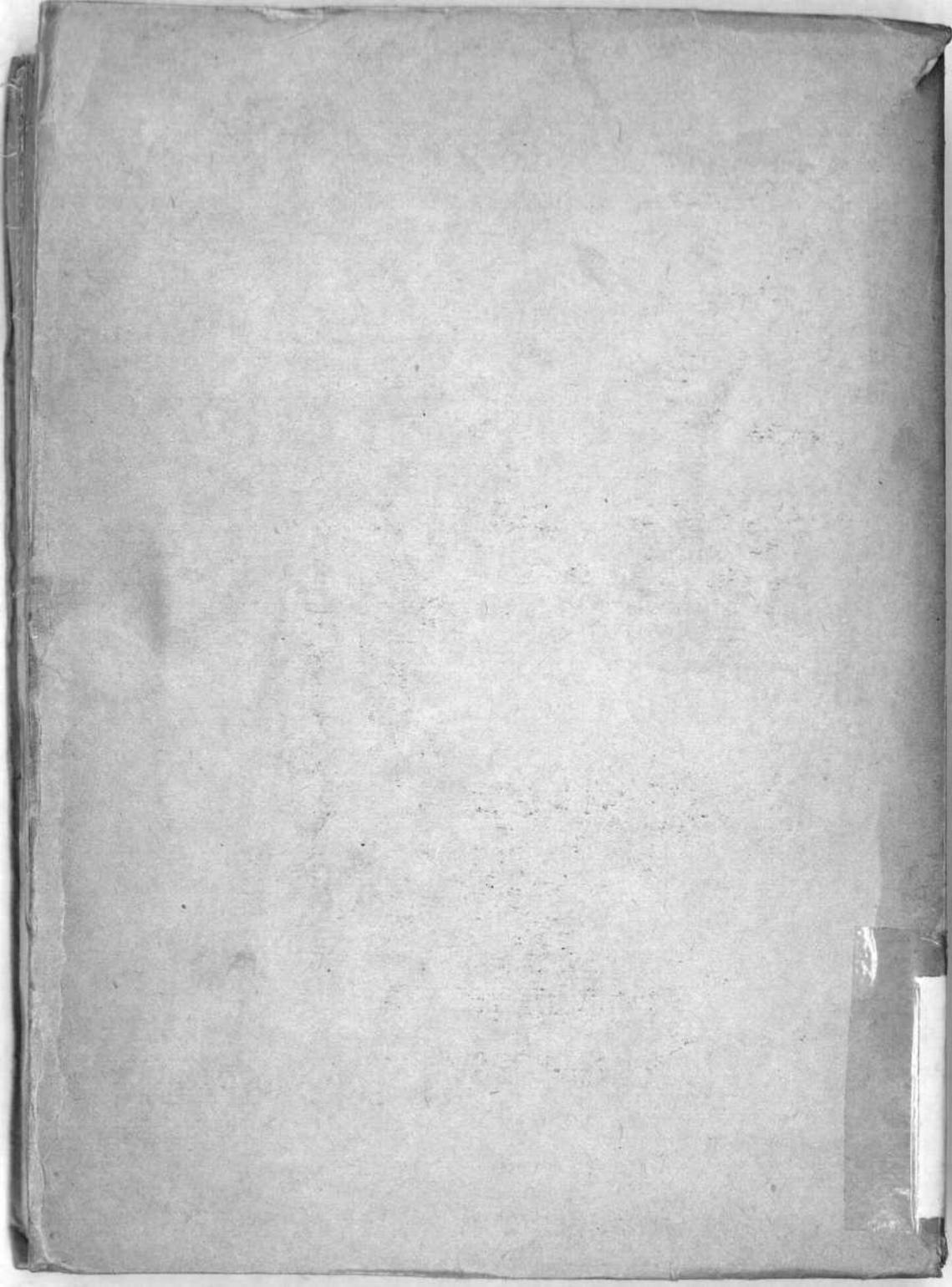
| | |
|----------------|-----------------------------------|
| Zacharimar. | P. Serpiente ponzoñosa. |
| Masadal. | A. Casa de Alf. |
| Zeites. | P. Capellanes. |
| Facohines. | T. Clérigos. |
| Charuc. | P. Zapatos de vaca. |
| Bengui. | P. Borracho. |
| Bengue. | P. Hierba que emborracha. |
| Melic. | P y T. Regidor. |
| Gorchibasi. | P. Cabeza de los criados del rey. |
| Chinguis. | P. Alteza de todos. |
| Emanbrrreza. | P. Santo hijo de Alf. |
| Codabanda. | P. Esclavo de Dios. |
| P'ericancanom. | P. Hermana de Mostafá Mirza. |
| Cosá. | T. De poca barba. |
| Altuncalá. | T. Castillo de oro. |
| Mirza. | P. Príncipe. |
| Emir. | P. Grande. |
| Capichi. | T. Portero. |
| Chaus. | T. Correo. |
| Saitan-Calasi. | T. Castillo del diablo. |
| Xam. | P. De noche. |
| Dellac. | P. Barbero. |
| Xah. | P. Majestad. |
| Deria. | P. Mar. |
| Colzum. | P. Mar Caspio. |
| Chaudar. | P. Trigo de cierta manera. |
| Oimach. | P. T. Son naciones. |

FIN

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO DE LAS
«RELACIONES DE DON JUAN DE PERSIA»,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS
ULTRA, S. A., EL DÍA TRES
DEL MES DE OCTUBRE DEL
AÑO DE MIL Y NOVE-
CIENTOS Y CUA-
RENTA Y
SEIS
AÑOS
L A U S D E O

Perteneció
a la
BIBLIOTECA DE
EUGENIO D'ORS





BIBLIOTECA
SELECTA DE
CLASICOS
ESPAÑOLES

G 23165